

MÁS INTENSA. MÁS ROMÁNTICA MÁS... BETA.



el Psicólogo

BETA JULIETA

MÁS INTENSA. MÁS ROMÁNTICA. MÁS...BETA.

el Psicólogo

BETA JULIETA

Sinopsis

La fama del prestigioso neuropsicólogo, Sylvain Arnaud, le precede. Y no es para menos. A pesar de su corta edad, ha conseguido que todos sus pacientes recuperen la memoria en el tiempo establecido. Sin excepción. Y cuando su jefe le ruega que ayude a su hija Sofía a recuperar la memoria, no puede negarse.

Sofía Ruíz no recuerda nada de los días previos al accidente que sufrió hace tres meses. Y cuando su padre le suplica que acuda al mejor psicólogo de Madrid, acepta a regañadientes.

¿Conseguirá Sylvain que Sofía recupere sus recuerdos antes de que contraiga matrimonio con su novio de toda la vida? ¿Aceptaré Sofía someterse a la peculiar terapia de Sylvain para recuperar su memoria?

Título original: El Psicólogo.

© Beta Julieta, 2019

© Autoedición Personal

Primera Edición en Noviembre 2019

Diseño de Portada y Contraportada: Beta Julieta

Corrección Ortotipográfica: Romeo Ediciones

Diseño y Maquetación: Beta Julieta

Fotografía e imágenes del interior: Alba Placer Noriega

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

*Para Nerea, Chus y Alba, gracias por estar siempre ahí.
Va por vosotras...*

1

Sylvain

El reloj de pared marcó las ocho en punto y Sylvain se quitó las gafas, guardándolas en su estuche de manera automática. Cerró la sesión de su ordenador de sobremesa y recogió todos y cada uno de los papeles que había esparcidos encima de su escritorio de madera de cedro, como hacía cada día a esa misma hora.

Se levantó, recopiló los cuadernos de piel de diferentes colores que había en una de las esquinas de la mesa y se dirigió hacia la estantería que tenía a su derecha para colocarlos en su sitio. Aunque Sylvain apuntaba los datos de sus pacientes en la base de datos de su ordenador, acostumbraba a anotar a mano todo lo que le parecía importante de las sesiones en libretas de colores. Con esto conseguía crear una conexión especial con sus pacientes. No se limitaba a estar allí sentado frente a una pantalla, tecleando todo lo que ellos le contaban. No. Se sentaba con ellos, los escuchaba con atención y apuntaba lo imprescindible en los cuadernos. Todo sin romper esa conexión que tenía que crear con ellos para que se abrieran con él. Su método era diferente, pero eficaz. Herencia de su padre.

Aquel día Sylvain había tenido tres pacientes, uno por cada cuaderno. A pesar de ser pocos, las sesiones habían sido bastante intensas y productivas. Adela, a la que correspondía el cuaderno de piel en rojo por su pasión a la vida, parecía recuperar la memoria perdida durante un ictus sufrido hacía dos meses. Ramón y Manuel eran antiguos pacientes que seguían visitándole para comentarle sus avances. A Sylvain le gustaba anotar su progresión en los cuadernos que había utilizado durante sus sesiones, para guardar todo el histórico. Y en este caso, había elegido uno negro para Ramón, por su color de pelo azabache, y otro amarillo para Manuel porque siempre llevaba una prenda de ese color.

Ninguno de los cuadernos los elegía al azar. Sylvain elegía el color minuciosamente en el momento en el que conocía a cada paciente. A veces, por el color de su pelo o por el de su ropa. Otras porque algunas personas le inspiraban un determinado color.

Sonrió antes de acercarse al perchero y coger su abrigo de lana. El día salió como él había planificado, y no podía estar más satisfecho.

Se aproximó a su escritorio haciendo resonar sus lustrosos zapatos negros y recogió su maletín. Había metido unos cuantos papeles dentro relacionados con los pacientes a los que vería al día siguiente. Después de cenar les echaría un vistazo.

—¿Sylvain? —oyó su nombre mientras la puerta se abría.

Entornó los ojos y apretó los labios antes de girarse, contemplando el reloj de pared. Pasaban tres minutos de las ocho de la tarde. A esa hora debería estar en el ascensor camino del aparcamiento para coger su coche y conducir hasta su pequeño apartamento en el barrio de Salamanca.

Resopló. Odiaba los imprevistos.

—León.

Sylvain forzó una sonrisa como pudo y observó a su jefe. El señor León Ruíz era un hombre de

cincuenta y seis años, con su pelo blanco perfectamente peinado hacia atrás, vestido con un traje azul oscuro de marca, una camisa blanca y una corbata que cambiaba según el día de la semana.

—No pensé que seguirías aquí —respondió León con una voz grave mientras observaba todo a su alrededor.

Sylvain soltó el aire por la nariz, intentando contener una sonrisa irónica.

—Esta es mi hora de salida —sentenció Sylvain arrastrando la “r”, sin poder evitar su acento francés—. Estoy aquí porque me he retrasado un minuto.

—No te entretendré mucho —dijo León cerrando la puerta y acercándose a él. Portaba una carpeta marrón que hizo que Sylvain torciera el gesto. Eso solo podía significar una cosa. Más trabajo.

—Tú dirás —instó Sylvain mientras dejaba el maletín en su escritorio y se metía las manos en los bolsillos de su abrigo. No quería que su jefe le viera apretar los puños.

—Vengo a pedirte un favor —comenzó León frente a él—. Un favor muy grande.

Merde. Aquello no comenzaba bien. Apretó un poco más los puños en silencio.

—Sabes que no te lo pediría si no fuera importante —puntualizó León como si le hubiera leído la mente. Comenzó a andar en dirección a los grandes ventanales que se extendían desde el suelo hasta el techo, detrás del escritorio de Sylvain, y que dejaban ver las imponentes calles del centro de Madrid—. Iré al grano.

“Ya era hora”, pensó Sylvain tenso, mirando de nuevo el reloj. Las ocho y diez. A esas horas debería estar camino de su apartamento. Cerró los ojos antes de girar el cuello para contemplar a su jefe.

—Sabes que mi hija tuvo un accidente de tráfico hace casi tres meses.

Lo sabía, sí, aunque no conocía los detalles. El señor Ruíz estuvo ausente durante dos semanas debido al accidente que sufrió su hija, pero no sabía mucho más. No era de su incumbencia. Frunció el ceño sin entender.

—Estuvo una semana en coma y hace un mes, antes de las Navidades, le dieron el alta.

—Me alegro —se le escapó a Sylvain en un tono que no correspondía a su afirmación.

León lo miró por encima del hombro, sin sorprenderse por la impaciencia de Sylvain.

—No está bien —continuó con la voz ronca—. A pesar de que físicamente se ha recuperado por completo, tiene secuelas.

—¿Y usted necesita de mí, por qué...? —inquirió Sylvain haciendo uso de la alevosía aprendida de los españoles en los últimos años.

—Tiene amnesia.

Ahí estaba. Sylvain sacó las manos de los bolsillos y las cruzó por encima de su pecho.

—Mi hija no recuerda absolutamente nada de los días antes al accidente. Y mucho menos después.

—Que no recuerde los días posteriores al accidente es normal —sentenció Sylvain—. Estaba en coma.

—Sylvain, te estoy hablando en serio —dijo León molesto, volviendo a su posición inicial, frente a su empleado.

—Yo también.

León cerró los ojos en un intento por encontrar la calma que Sylvain no le proporcionaba.

—Necesito que la trates —pidió por fin, clavando sus ojos azules en los de Sylvain—. Necesito que la ayudes a recordar.

Sylvain le aguantó la mirada y se apoyó en el borde del escritorio mientras se desabrochaba los botones de su chaquetón de lana. Cogió aire y volvió a cruzar los brazos. Esta conversación tenía

pinta de que iba a durar más de unos pocos minutos.

—¿Por qué yo?

—Porque yo no puedo hacerlo, Sylvain —respondió León—. Es mi hija. La ética profesional no nos permite tratar a pacientes que tengan un estrecho vínculo con nosotros. Conoces el código deontológico de los psicólogos. Lo conoces bien.

Sylvain le sostuvo la mirada. Conocía bien las normas, por supuesto, pero... ¿tratar a la hija de su jefe? ¿Acaso su padre no había sido capaz de encontrar la manera de que ella recuperara la memoria incluso incumpliendo el código?

—Sé que tienes muchos pacientes a tu cargo, Sylvain —continuó él en un intento por convencerle—. Pero eres el mejor neuropsicólogo de Madrid. No hay otra posibilidad.

Sylvain siguió mirándole. Sí, era el mejor neuropsicólogo de Madrid. Se atrevería a decir que también de España. Se había pasado los últimos diez años de su vida dedicándolos por completo a su carrera laboral. No viajó a Estados Unidos hace tres años por simple placer. No estudió en las mejores escuelas de Europa para ser uno más. Sabía que era el mejor.

—Solo tú eres capaz de hacer que Sofia recupere la memoria rápidamente. Apenas tenemos tiempo.

Sylvain enarcó una ceja sin entender del todo a qué se refería León con la última frase.

—Mi hija se casa en unos meses. El 1 de junio —confesó León—. Y quiero que vaya con las ideas claras.

Ajá. Así que de eso se trataba. Procesó rápidamente la información que León le acababa de dar. Su hija no debía superar los treinta años y, normalmente, en personas de esa edad con un trastorno cognitivo de pérdida de memoria, la recuperación de los recuerdos sucedía de manera progresiva. Podían tardar meses o incluso años, pero en la mayoría de los casos la persona recuperaba la memoria por sí sola, sin necesidad de un especialista. Un tema aparte era cuando el paciente superaba cierta edad. La recuperación era más lenta y por eso se recurría a la ayuda psicológica. Pero claro, la impaciencia humana hacía que la gente recurriera a ellos con frecuencia. Y en el caso de la hija de León, algo le decía a Sylvain que había otro motivo oculto para que ella recuperara la memoria tan rápidamente.

—No puedo asegurarle que recupere sus recuerdos en tan poco tiempo —dijo Sylvain, calculando mentalmente lo que quedaba desde ahora, principios de enero, hasta la fecha que le había indicado su jefe—. Cada paciente es diferente.

León alargó el brazo y le tendió la carpeta que portaba desde que había entrado en su despacho.

—Confío en ti, Sylvain —dijo el señor Ruíz—. Sé que lo conseguirás. Y te aseguro que tendrá su recompensa.

Sylvain cogió la carpeta sin apartar los ojos de él. León esbozó una sonrisa traviesa en sus labios antes de confesar.

—Sabes que, desde hace algún tiempo, estoy planteándome la idea de la prejubilación.

Él levantó una ceja, interesado.

—Y cuando eso ocurra —continuó León—, necesitaré a alguien que se haga cargo del gabinete. Y había pensado en ti.

“Interesante”, pensó Sylvain. No era la primera vez que León le comentaba su intención de jubilarse en breve, pero sí era la primera vez que le comentaba la idea de ser su reemplazante. Durante los dos años que Sylvain llevaba trabajando allí, no se había preocupado lo más mínimo por saber qué ocurriría con la regencia del gabinete cuando León se jubilara. No acostumbraba a pensar en ese tipo de cosas. No acostumbraba a cotillear sobre la vida de otras personas. Sylvain se centraba en su trabajo. Ni más ni menos.

—Eres el mejor psicólogo que ha pasado por aquí desde hace mucho tiempo, Sylvain. Sé que eres joven y todavía te queda mucho camino por recorrer, pero tienes madera. Y este gabinete necesita a alguien como tú para dirigirlo.

—¿Y qué pasa con Diego?

El gabinete del señor Ruíz era pequeño, contaba con tan solo cuatro empleados si le contábamos a él. Diego llevaba más de diez años ejerciendo como psicólogo, tenía cuarenta años y, en cierto modo, le gustaba lo que hacía, aunque cambiaba de especialidad cada poco tiempo porque se cansaba de la rutina. La otra empleada había sido la última en llegar, Mel. Acababa de terminar la carrera y les ayudaba con las labores de secretariado, organización y papeleos. En definitiva, en el equipo de cuatro había solo dos psicólogos que podían optar a gestionar el gabinete cuando el jefe se jubilara.

León apartó la vista y movió la mano delante de él.

—Diego es muy bueno, Sylvain. Pero no te voy a mentir —confesó el señor Ruíz—, necesito a alguien como tú al mando —meditó antes de continuar—. Diego se implica demasiado con los pacientes... bueno, con algunos pacientes. Ya me entiendes. Tú eres más neutro... más frío. Más...

—Profesional.

No era una pregunta, era una afirmación. León sonrió, asintiendo con la cabeza.

Sylvain se separó de la mesa y rodeó su escritorio, donde había depositado el maletín de piel. Lo abrió y extrajo su agenda de piel negra, donde apuntaba todas sus próximas citas, como a la antigua usanza. Echó un rápido vistazo, apuntó algo con el boli que siempre llevaba en el bolsillo de su chaqueta y volvió a meter la agenda en el maletín junto con la carpeta marrón que León le había dado al llegar.

—Tráigala mañana a las cuatro.

León sonrió y soltó el aire que retenía en los pulmones.

—Sé que no me defraudarás.

Se acercó a él y le palmeó el hombro, haciendo que Sylvain arrugara la cara. No le gustaba el contacto, no le gustaban las muestras de cariño. León apartó los ojos sabiendo que se había excedido debido a la emoción del momento y giró sobre sus talones.

—Nos vemos mañana —dijo antes de desaparecer por la puerta y dejar solo a Sylvain en su despacho.

Sylvain cerró los ojos, se abrochó los botones del chaquetón y cogió su maletín de nuevo. Le irritaba tener que cambiar sus planes esa noche y estudiarse el historial de la hija de su jefe para prepararse la sesión de mañana, pero su futuro estaba en juego. Aceptó la propuesta de León más por el desafío que suponía para él hacer que una persona recuperara sus recuerdos en tan poco tiempo, que por el puesto de gerencia que le había ofrecido. Era un auténtico reto, sin duda. Pero le encantaban los retos. Le motivaban. Era el mejor neuropsicólogo de la ciudad, y tenía de nuevo una oportunidad para demostrarlo.

Sonrió cuando cerró la puerta con llave y caminó por el pasillo en dirección al ascensor. Miró su reloj de muñeca. Las ocho y media.

A esas horas estaría duchándose.

2

Sylvain

Se sabía la biografía de Sofía Ruíz de memoria. Esa era otra de sus grandes virtudes (o defectos, según cómo se mirase): Sylvain era capaz de retener hasta la frase más tonta. Su capacidad para asimilar y recordar datos le fascinaba incluso a él.

Sofía Ruíz tenía veintisiete años. Había estudiado Moda y Patronaje en la Universidad de Madrid y se había clasificado con una de las mejores notas de su promoción, aunque finalmente se ganaba la vida como dependienta en una tienda de Naf Naf, en el centro comercial de la calle Princesa. Desde los diecinueve años mantenía una relación con Adrián, un profesor de literatura que había conocido durante su estancia en la Universidad. Llevaban dos años viviendo juntos, en un pequeño apartamento en el barrio de Lavapiés, pero antes habían estado residiendo en diferentes pueblos de la comunidad de Madrid, según dónde estuviera destinado Adrián.

El pasado 29 de octubre, Sofía tuvo un accidente de tráfico. Al parecer se saltó un semáforo en rojo y chocó contra un camión. Iba sola en el vehículo y dio varias vueltas de campana. La llevaron de urgencia al hospital por un fuerte traumatismo en la cabeza, y se le indujo el coma para comprobar que no hubiera daños cerebrales. Despertó una semana después sin lesiones graves: apenas una herida en la frente y rozaduras en el lado izquierdo del cuerpo. Nada más. Salvo porque no recordaba los días previos al accidente.

La tuvieron ingresada varias semanas, realizando mil y una pruebas. Pero su cuerpo y su cabeza estaban intactos. No había nada dañado en su cerebro. Por eso León, después de varios días intentando convencer a su hija de que visitar a un psicólogo le ayudaría a recuperar los recuerdos, recurrió a Sylvain. Y es que, como bien había dicho su jefe, se les acababa el tiempo. El 1 de junio Sofía y Adrián se casarían, y León, como un buen padre, quería que Sofía fuera con las cosas claras.

Sin duda alguna, aquello iba a ser un caso interesante para Sylvain.

—Miau...

Sylvain levantó los ojos de la carpeta y observó a la pequeña gata negra que le miraba desde el pasillo. *Merde*. Se le había olvidado darle de comer. Se quitó las gafas y se levantó, rumbo a la cocina. La gata le siguió, manteniendo las distancias, y cuando Sylvain puso la comida en su comedero, ella esperó paciente a que él se apartara.

—*Chaton*... —masculló con una ceja levantada mientras observaba cómo la gata devoraba la comida con una elegancia innata.

Sylvain giró sobre sí mismo y volvió a centrarse en su próxima paciente. Aún le quedaban unas cuantas horas relejendo los informes de Sofía, sus gustos, sus aficiones, algunas anotaciones que había apuntado León sobre su personalidad... Tenía cinco meses para hacer que ella recuperara la memoria y nunca, en todos sus años como psicólogo, ninguno de sus pacientes se había quedado sin sus recuerdos. Y Sofía no iba a ser la primera.

Sonrió y comenzó de nuevo su lectura.

3

Sofía

León giró hacia la derecha por la calle María de Molina y se colocó para entrar en el parking del edificio donde tenía su gabinete de psicología. Sofía iba sentada en el asiento del copiloto, con los brazos cruzados y mirando por la ventana. Durante todo el camino desde su apartamento hasta allí no se había dignado a dirigirle la palabra a su padre.

—Sofía, por favor... —pidió por enésima vez León—. Te ruego que te comportes con Sylvain, él solo pretende ayudarte.

—No necesito su ayuda —dijo entre dientes.

—Sofía... —insistió su padre mientras maniobraba para aparcar su BMW en la plaza correspondiente—. Han pasado más de dos meses desde el accidente y todavía no recuerdas lo que pasó.

—Es totalmente normal, papá —se quejó ella agarrando su bolso, mientras abría la puerta del coche, todavía en marcha—. Tú mismo se lo has dicho a muchos pacientes. Es normal no recuperar la memoria después de un accidente hasta pasado un tiempo.

—Cariño... —León salió del vehículo y apretó el paso para alcanzar a su hija, que había llegado ya hasta las puertas del ascensor—. Tu madre y yo estamos preocupados por ti. Sobre todo, tu madre.

—Estoy bien —insistió ella entrando en el elevador—. El médico me ha dado el alta. He vuelto a trabajar. Papá, me encuentro perfectamente.

—Pero no recuerdas los días antes ni...

—Papá...

—Tu madre está muy preocupada —continuó León—. El día del accidente la llamaste muy alterada por teléfono. Estabas histérica, fuera de ti. Y antes de que pudieras explicarle qué es lo que había pasado...

—Discutí con Adrián, papá. Nada más.

—No fue una discusión normal, hija.

Sofía soltó el aire bruscamente por la boca, mirando hacia arriba.

—Por supuesto que no fue una discusión normal. Nos vamos a casar. Una boda conlleva mucho estrés, mucho agobio.

—Hija...

El ascensor pitó alertando de que había llegado a la planta indicada.

—Esto es una pérdida de tiempo —sentenció Sofía saliendo hacia el pasillo, mientras sus botines de correas resonaban a su paso.

—Sofía, por favor —dijo León agarrándola del brazo para que se detuviera, pero no lo hizo. Siguieron andando hasta la última puerta a la izquierda, que permanecía cerrada—. Comportate, por Dios te lo pido.

Sofía volvió a poner los ojos en blanco y resopló. ¿Qué podía hacer? Su madre se había empeñado en que recibiera un tratamiento, aunque ella pensaba que con el paso del tiempo

recuperaría esa memoria que ahora aparecía en sus pensamientos como una laguna negra. Y su padre, como psicólogo que era, había apoyado la moción de su madre, por supuesto.

Resopló. Por lo menos el tratamiento la saldría gratis. Era lo que tenía ser la hija del jefe de un gabinete de psicología.

Se giró hacia León y forzó una sonrisa. Solo tenía que aguantar una hora al amigo de su padre, Sylvain Arnaud, el mejor neuropsicólogo de todo Madrid. Una hora y después se inventaría una excusa para no volver a ver al viejo abuelito que seguro que le ofrecía galletas para ganarse su confianza. Porque sí, así era como Sofia se lo imaginaba. Un hombre canoso, entrado en años y con barba blanca, que ofrecía galletas a sus pacientes y... En fin. Tenía que concentrarse. “Vamos, Sofia, puedes hacerlo”, se dijo a sí misma, suspirando.

Agarró el pomo de la puerta y, sin esperar a que su padre pidiera permiso, entró sin llamar.

4

Sylvain

León y su hija irrumpieron en su despacho, crispando a Sylvain. Si había algo que odiaba más que los imprevistos era la falta de educación. Y la impuntualidad. Y que la gente hiciera ruido mientras comía. Y que... En fin.

Su jefe se apartó de la puerta, dejando que su hija pasara primero. Sylvain entornó los ojos para observarla bien. Una de sus rutinas con los pacientes era analizarlos a conciencia la primera vez que se veían, porque las primeras tomas de contacto decían mucho sobre los pacientes.

Sylvain abrió mucho los ojos cuando vio aparecer a Sofía. No era para nada como se esperaba. La hija de León era una mujer joven, con una larga cabellera rubia que caía ondulada de manera natural por su espalda. Su rostro era pálido, de un color casi neutro. Pero lo que más llamaba la atención eran sus ojos. Eran grandes, quizá demasiado. Eran los ojos más saltones que jamás había visto, pero lo que más le inquietó fue su color. No sabría describir exactamente el tono de sus ojos porque eran... Diferentes. Ni azules ni verdes. Según cómo les diera la luz eran de un color o de otro, y en aquella ocasión, cuando sus ojos se cruzaron por primera vez, eran de un verde agua casi nacarado.

Sofía entró al despacho con el ceño fruncido y sin dejar de mirar a Sylvain. Parecía sorprendida y... mosqueada. Por lo general, sus pacientes evitaban mirarle directamente a los ojos cuando se conocían. Las primeras sesiones eran las más complicadas. Ellos se sentían incómodos y esquivos, pero Sofía no. No dejaba de mirar a Sylvain y eso le sorprendió. Así que él se tomó la libertad de devolverle la mirada sin tapujos.

Una parte de él se reprendió por pensar que Sofía sería la típica niña pija, vestida con ropa cara y con demasiado maquillaje. Una niña de papá, como se decía coloquialmente. Pero lejos de sus prejuicios, Sofía era todo lo contrario. Apenas llevaba maquillaje. Quizá un poco de rímel para resaltar sus pestañas, pero nada más. Tenía un ligero rubor en las mejillas que parecía natural. Y vestía de una manera... extravagante. Llevaba un jersey de cuello vuelto en color burdeos sobre una blusa blanca que enseñaba los puños. Las uñas las llevaba sin manicura, cortas, simplemente con un ligero brillo que daba a entender que las cuidaba, pero no de manera obsesiva, como algunas mujeres. Los vaqueros oscuros se ceñían a su cuerpo, marcando su figura. No era capaz de adivinar la marca de sus prendas, pero por alguna extraña razón, le resultaba familiar.

—Hola, Sylvain, disculpa la tardanza —dijo León cerrando la puerta a su espalda.

Miró el reloj de pared de reajo. Pasaban cinco minutos de las cuatro. No le extrañaba comenzar unos minutos tarde. Su jefe no era de lo más puntual que digamos.

—Sofía, este es Sylvain Arnaud —dijo León cuando los dos llegaron hasta el escritorio.

Sylvain se levantó, echando hacia atrás la silla de cuero, que se movió ágilmente gracias a las ruedas que tenía en las patas.

—Un placer —dijo tendiendo la mano a su nueva paciente, intentando pronunciar la maldita “r”.

Sofía entrecerró los ojos y sonrió forzosamente, pero esquivó su mano. Sin mirarle, se sentó en una de las sillas que tenía Sylvain frente a su escritorio, aún con los brazos cruzados. León suspiró agotado e hizo lo mismo.

Vaya. Parecía que aquella mujer no se lo pondría fácil. Sin inmutar su expresión, Sylvain se estiró su chaqueta azul abotonada, que había combinado con una camisa blanca y unos pantalones chinos en color gris oscuro, y se sentó con la misma elegancia con la que se había levantado.

—Bien, Sofía —comenzó Sylvain ajustándose las monturas sobre la nariz—, nuestra primera sesión será rápida. Será una toma de contacto para conocernos y ver qué es lo que queremos conseguir de todo esto.

Sofía entornó los ojos, aguantándole la mirada.

—Soy Sofía Ruíz, la hija de tu jefe —espetó ella remarcando con énfasis la palabra “tu”—. El objetivo de todo esto es que recupere la memoria, ¿no?

Sylvain intentó no levantar una ceja, pero al final no pudo evitarlo. Aquella mujer era peleona, no había duda.

—Sofía... —intervino León, en un susurro.

Sylvain lo miró de reojo y, con un leve movimiento de mano, levantó dos dedos en su dirección para indicarle que le dejara actuar a él. No era la primera vez que trataba con una paciente así. Sofía parecía cabreada y en desacuerdo con todo aquello, pero solo era una etapa más por la que todos los pacientes pasaban en su periodo de recuperación. Sofía estaba viviendo de lleno la etapa de la frustración.

—¿No quieres recuperar la memoria? —preguntó Sylvain como si nada.

Sofía parpadeó, sorprendida por la pregunta.

—Sí... sí, claro —dijo demasiado rápido, sin evitar que le temblara un poco la voz.

Y entonces Sylvain lo vio. Durante un escaso segundo, pero lo vio. Una sombra cruzó los ojos verdosos de Sofía, indicando que había algo más.

—Pero... no tengo tiempo para estos juegos —dijo Sofía viendo que Sylvain no decía nada más.

“¿Nervios?”, pensó el psicólogo sin dejar de mirarla. Sí. Podría asegurar que Sofía estaba nerviosa, e incluso un poco asustada, aunque intentara demostrar todo lo contrario con su mirada. Porque seguía con los ojos fijos en él.

—Entiendo —dijo Sylvain pasados unos segundos que se hicieron eternos. En su cabeza revolotearon las frases que había leído en la carpeta marrón de Sofía, intentando buscar la mejor estrategia que seguir con ella. Juntó las manos sobre el escritorio mientras Sofía fruncía aún más el ceño.

—¿El qué entiendes? —preguntó ella.

Ahora el que frunció el ceño fue Sylvain. Las preguntas las hacía él, no los pacientes. Respiró hondo y soltó el aire por la nariz. Obviaría su pregunta. Solo por esta vez.

—Estás comprometida con tu novio de toda la vida, con el que llevas ocho años y al que conociste al empezar la universidad —comenzó Sylvain—. Os casáis en primavera del próximo año, concretamente el 1 de junio, y hace casi tres meses sufriste un accidente de tráfico que te dejó en coma durante una semana. Al parecer, mantuviste una discusión con tu pareja y llamaste a tu madre mientras conducías, alterada. A pesar de que, según tu último informe médico, físicamente estás recuperada, tienes amnesia postraumática y no recuerdas los días previos al accidente.

León sonrió al ver que Sylvain se había estudiado el informe que él le había dado el día anterior. Sofía, por su parte, estaba roja, aguantando la respiración.

—Veo que mi padre no ha perdido detalle en contarte toda mi vida privada —dijo con la voz

grave.

—Sofía... —susurró León—. Es necesario que...

—¿En esa carpeta que tienes ahí también viene la talla de sujetador que uso?

Por un momento Sylvain estuvo a punto de desviar la mirada hacia la carpeta marrón que le había dado León y que descansaba a su derecha, pero no lo hizo. Aguantó la mirada inquisitiva de Sofía. No quería perder el duelo, no quería apartar la mirada porque, si lo hacía, ganaba ella. Se preguntó qué tipo de ropa interior preferiría, si de algodón o de encaje. Quizá de algodón, por la manera en la que vestía. Un momento. ¿Qué narices estaba pensando? Eliminó el pensamiento con la precisión de un cirujano al usar un bisturí. Joder, necesitaba echar un polvo. Hacía demasiado tiempo que estaba a dos velas. “Maldita sea, Sylvain, concéntrate”, se reprimió a sí mismo.

—Las preguntas las hago yo —dijo Sylvain, volviendo a recuperar la compostura—. Según el informe policial, te saltaste un semáforo en rojo, chocaste lateralmente con un camión que cruzaba la calle perpendicular y volcaste, produciéndote un golpe muy fuerte en la cabeza.

León apretó el reposabrazos de su silla, afectado al recordar el accidente de su hija.

—¿Lo recuerdas? —preguntó Sylvain directo.

—No lo sé, dímelo tú —respondió ella arisca—. ¿Qué es lo que pone en esa carpetita tuya?

—Sofía, por favor... —susurró León.

Ella puso los ojos en blanco.

—No —terció Sofía.

—¿Recuerdas la conversación con tu madre?

—No.

—Ella dice que tuviste una discusión con tu pareja.

—Se llama Adrián.

Sylvain apretó los labios y le mantuvo la mirada. No quería decir su nombre, no quería pronunciar esas malditas sílabas. Pero ella lo estaba provocando, y si no le demostraba que le daba igual, ganaría ella. Tomaría el control. Y no iba a permitirlo.

—De acuerdo, ¿recuerdas la discusión con Adrián?

En cuanto pronunció el nombre de su pareja, Sofía curvó los labios, reprimiendo una sonrisa, y Sylvain maldijo para sus adentros. *Merde*. Le costaba horrores pronunciar ciertos nombres españoles, y más si tenían “erres” de por medio. A pesar de que hablaba español a la perfección, su acento francés le traicionaba con algunas palabras.

—¿Lo recuerdas? —insistió viendo que Sofía seguía aguantando la sonrisa.

—No. Sería algo de la boda, yo qué sé. ¿Qué más da?

—Es importante.

—¿Por qué? —preguntó ella sin dejarle hablar.

Sylvain suspiró. Las preguntas las hacía él, no ella.

—Necesito saber el momento exacto de tu último recuerdo, para, a partir de ahí, crear un plan estratégico que te ayude a recuperar los recuerdos perdidos.

Sofía levantó una ceja ante los tecnicismos que Sylvain había empleado.

—Recuperaré la memoria tarde o temprano —espetó molesta—. No soy psicóloga, pero mi padre sí. Y me ha contado algunos casos de pacientes similares. Sé que recuperaré la memoria antes o después, por eso no me preocupa. Solo necesito tiempo.

—No tenemos tiempo, Sofía —intervino su padre—. La boda es dentro de...

—¡Me estáis agobiando! —dijo Sofía elevando el tono de voz y separando por primera vez los brazos—. ¡Mamá y tú estáis obsesionados con que recuerde antes de que me case! ¿Os pensáis que no estoy segura? ¿Os pensáis que no quiero casarme con Adrián? ¡Por el amor de Dios,

llevamos ocho años juntos! ¿Qué más necesitáis?

—Sofía... llamaste a tu madre muy alterada, no es propio de ti.

—¿Y qué? ¡Tuvimos una discusión por la maldita boda, nada más!

—Sofía...

Sylvain observaba atento la discusión entre padre e hija. Estaba claro que aquella discusión que habían tenido Sofía y Adrián había sido el detonante para que Sofía abandonara el piso y cogiera el coche alterada, ocasionando el accidente. Mmmm... la cabeza de Sylvain iba a mil por hora mientras miraba la desesperación de León al intentar convencer a su hija para que aceptara las sesiones y la determinación de Sofía para que la dejara tranquila.

—Esto es una pérdida de tiempo y de dinero, papá —espetaba Sofía—. ¡Estoy bien! He tenido un accidente, como muchas otras personas. Tengo algunas lagunas, pero si no me importan a mí, ¿por qué os tiene que importar a los demás?

—Solo queremos que estés bien, tu madre y yo...

—¿Cuántas veces tengo que repetirlo? —dijo Sofía perdiendo los papeles y levantándose—. ¡Estoy bien! ¡El médico me ha dicho que estoy bien! ¡He vuelto a trabajar, no me pasa nada!

—Sofía, por favor...

—Basta —dijo girando sobre sus talones, dispuesta a marcharse—. Esto ha sido una equivocación, una pérdida de tiempo. Me voy.

León se levantó lo más rápido que pudo para seguir a Sofía, que se dirigía a la puerta pisando con determinación sobre el parqué del despacho. Cuando Sofía agarró el pomo de la puerta, y antes de que lo girara para salir de allí, Sylvain, con toda la parsimonia del mundo, espetó:

—Puedo hacer que recuperes la memoria antes de tu boda.

Sofía se dio la vuelta haciendo que toda su melena rubia se moviera a la vez. Sylvain se había levantado de su butaca y había colocado las manos en los bolsillos de su pantalón chino. Volvían a sostenerse las miradas, como si se tratara de un pulso entre los dos.

—¿Te crees que soy idiota? —gritó Sofía soltando el pomo de la puerta y girándose por completo hacia el psicólogo—. Es imposible que recupere la memoria en apenas cinco meses.

—Conmigo no es imposible.

Sofía frunció el ceño de nuevo. Sylvain aprovechó la ocasión para salir de detrás del escritorio, aún con las manos en los bolsillos, y caminar lentamente hasta donde se encontraban Sofía y León.

—Mis métodos son más efectivos que los de cualquier otro psicólogo —argumentó sereno—. Mi historial me precede. He conseguido hacer que todos mis pacientes, sin excepción, recuperen la memoria en el plazo acordado. He estudiado tu caso y te aseguro que, en menos de cinco meses, habrás recordado todo lo que has olvidado.

León respiró y sonrió eufórico. Sofía aguantaba la mirada de Sylvain, llena de ira y rabia, pero también de curiosidad.

—¿Qué métodos utilizas? —preguntó, haciendo que Sylvain sonriera al hacerse realidad sus suposiciones.

—Tendrás que aceptar el reto y ponerte en mis manos para averiguarlo.

Sofía apretó los labios ante la afirmación de Sylvain. Sí, era un reto, y Sofía lo sabía. Habían estado aguantándose las miradas durante toda la sesión y eso había ayudado a Sylvain a conocer que, la única manera que tenía de acercarse a ella, era proponiéndole un desafío.

—¿Acaso utilizas algún tipo de tortura? —preguntó Sofía.

Otra vez las malditas preguntas que le crispaban. Sylvain avanzó un poco más hacia ellos y se detuvo a un escaso metro de distancia de ella. León quedaba en un segundo plano, formando un

triángulo con los dos.

—Depende de lo que consideres una tortura.

Sofía le mantuvo la mirada. Tenía las mejillas sonrojadas por el momento y Sylvain supo que estaba buscando la manera de salir de esa situación cuanto antes con solo mirarla.

—Esto es una tontería, no necesito...

—Si no recuperas la memoria en el plazo acordado —le cortó Sylvain—. Te devolveré el coste íntegro de las sesiones.

Sofía sonrió por primera vez, soltando una carcajada que se escapó entre sus labios.

—No digas bobadas —dijo ella, levantando la barbilla—. Sé que mi padre correrá con los gastos de este tratamiento, y que tú, a final de mes, cobrarás el mismo sueldo que todos los meses.

No era tonta, pero esto no iba a quedar ahí.

—No me has entendido —dijo Sylvain.

—Entonces explícamelo —instó Sofía con impaciencia.

—Si no recuperas la memoria en el plazo acordado —repitió él—, pagaré de mi propio bolsillo el coste íntegro de las sesiones.

—Sylvain, no es necesario que... —intervino León.

—Como bien has dicho, conoces el trabajo de tu padre —continuó Sylvain sin dejar que León hablara—. Y sabes que somos un gabinete muy exigente, de alta categoría. Por lo que las sesiones no son baratas, que digamos.

Sofía tragó saliva, pero dejó que Sylvain siguiera hablando.

—Piénsalo. Podrías utilizar todo ese dinero para la boda.

Sofía cruzó los brazos, meditando la proposición.

—Sylvain —susurró León—, no es necesario que...

—Cuatro meses —dijo ella después de un minuto que se hizo eterno—. Si en cuatro meses no he recuperado la memoria, que será un mes antes del enlace, tendrás que pagar de tu bolsillo las sesiones que hayamos tenido.

—Sofía, por favor... —dijo León acercándose a ellos.

—Hecho —soltó Sylvain sacando una mano de su bolsillo y tendiéndola de nuevo hacia Sofía.

Ella miró su mano dudando por un momento, pero finalmente, y sin apartar sus ojos verdosos de los de Sylvain, la aceptó.

Sylvain apretó la pequeña mano de Sofía, notando una especie de corriente eléctrica entre ellos que les hizo parpadear. Sylvain se apartó de ella, carraspeó y se acercó a la puerta para abrirla.

—Nos vemos mañana a las siete —dijo Sylvain—. He revisado el informe que me dio tu padre y sé que esta semana estás en turno de mañana en la tienda.

Sofía apretó los dientes y aguantó la respiración, haciendo que Sylvain sonriera un poco en sus adentros por haberla sorprendido de nuevo.

—Entonces nos vemos mañana —sentenció Sofía haciendo un gesto con la boca, intentando simular una sonrisa, antes de desaparecer por la puerta y dirigirse hacia el ascensor.

León se acercó a Sylvain y le palmeó el hombro.

—Gracias... —susurró antes de marcharse y dejarle solo en su despacho.

Cuando por fin cerró la puerta, Sylvain respiró orgulloso. Había conseguido que la pequeña rubita de ojos saltones accediera a su tratamiento, aunque sabía que no iba a ser fácil.

Miró el reloj. De los escasos cuarenta y siete minutos que habían compartido, Sylvain supo que aquella paciente iba a ser la más difícil que había tenido en mucho tiempo. No por el caso en particular, sino porque Sofía no quería recordar lo que había pasado los días previos al accidente, y eso complicaba las cosas. Aun así, no había paciente que se le resistiese, y estaba seguro de que

en cuatro meses Sofia recuperaría la memoria.

Se acercó al mueble que tenía en la pared contigua al escritorio y abrió un cajón en el que tenía varios cuadernos de cuero sin estrenar que utilizaba para los pacientes nuevos. Los compraba al por mayor en París, en una tienda de un viejo conocido de la familia, y le gustaban porque los tenían de varios colores.

No dudó en elegir el color que asignaría para Sofia, así que cogió el cuaderno de color azul verdoso y se sentó en su escritorio para anotar la próxima sesión que tendría con ella.

5

Sofía

—Sí, mamá —dijo Sofía entrando por la puerta de su pequeño apartamento, sujetando el teléfono móvil con el hombro—. Acabo de llegar a casa. Papá me ha acercado y ya va para allá.

—Vale, Sofía —respondió su madre al otro lado del teléfono—. Me alegro mucho de que hayas entrado en razón y por fin hayas accedido a seguir el tratamiento que te ha dicho tu padre.

—Sí, vale —respondió poniendo los ojos en blanco mientras dejaba las llaves en el pequeño aparador de la entrada.

—Vente un día de estos a cenar y me cuentas cómo van las sesiones, ¿vale?

—Lo intentaré. Tengo que dejarte, hablamos, mamá.

—Vale, un beso. Da recuerdos a Adrián.

Sofía colgó y suspiró.

—Ya estoy aquí —dijo elevando la voz, pero no obtuvo respuesta. Seguramente Adrián se habría encerrado en el estudio y estaría con los cascos escuchando música mientras corregía algún trabajo de los alumnos.

Sofía se quitó el abrigo y las botas y se puso las zapatillas de estar por casa. Después de haber conocido a Sylvain y haber tenido la primera sesión con él, no estaba de muy buen humor. Si es que a eso se le podía llamar sesión. Ya de por sí iba con la idea preconcebida en la cabeza de que el psicólogo sería un amigo cincuentón de su padre, y no pudo estar más equivocada. Sylvain no debería tener mucho más de treinta y dos o treinta y tres años, y ya era, según su padre, el mejor neuropsicólogo de todo Madrid.

Sonrió mientras entraba en la cocina para coger un vaso de agua. Ya lo veríamos. Si tan bueno era, recuperaría la memoria en apenas cuatro meses, cosa prácticamente imposible.

—¿Sofía? —oyó a Adrián llamarla desde el estudio.

—Voy —dijo ella mientras dejaba el vaso de agua en el fregadero y se dirigía a la habitación que habían habilitado como estudio para Adrián.

Adrián estaba sentado en la mesa de escritorio que había justo debajo del ventanal de la habitación. Se había quitado los auriculares que llevaba siempre puestos y estaba revisando montones de hojas y de documentos en el ordenador.

—Había oído la puerta y pensé que eras tú —dijo Adrián cuando entró Sofía.

—¿Quién si no?

Adrián sonrió en el momento en el que se giró a contemplar a su prometida y luego siguió revisando la pantalla del ordenador. Sofía se acercó a él.

—¿Qué tal tu día?

—Bastante liado —dijo Adrián—. Voy retrasado con la corrección de los trabajos de los alumnos de primero de bachillerato, y la semana que viene los de segundo me entregarán los suyos. Esto sumado a que aún no he preparado los exámenes de este cuatrimestre...

—Bueno, tranquilo —dijo Sofía colocándole una mano en el hombro—. Seguro que puedes con todo esto.

—Ya, bueno. —Adrián dio a imprimir un documento en el ordenador y se levantó hacia la impresora que tenía en el lado opuesto de la habitación—. Quizá me debería haber quedado en el colegio esta tarde, para avanzar un poco más. Me concentro más allí.

Sofía sonrió triste. Adrián acostumbraba a quedarse la mayoría de las tardes en el colegio para avanzar los trabajos de corrección y preparación de exámenes, y ella le había pedido que se quedara en casa las semanas que trabajaba ella de mañana para poder verse un poco más.

—Bueno... —dijo Sofía, cambiando de tema—. Vengo de ver al psicólogo, al amigo de mi padre.

Adrián se giró hacia ella con sus pequeños ojos azules abiertos como platos.

—¿Era hoy? —Se pasó las enormes manos por su pelo castaño corto una y otra vez—. Joder, Sofía, se me había olvidado.

—No te preocupes, me ha acercado mi padre.

—Lo siento mucho, cariño —se disculpó Adrián agarrándola de las manos—. ¿Cómo ha ido?

—Bueno... —comenzó ella—. Al final he aceptado.

—¿Sí? —dijo Adrián entre sorprendido y molesto—. Pensé que habíamos dicho que no hacía falta. Sofía, no podemos permitirnos pagarnos un psicólogo ahora. La boda...

—Lo sé, lo sé —dijo ella levantando una mano para que la dejara hablar—. Mi padre se ha ofrecido a pagárnoslo. Y, además, he llegado a un acuerdo con el psicólogo.

—¿Qué acuerdo? —preguntó Adrián volviendo a mirar la pantalla del ordenador.

Sofía sonrió eufórica por su logro.

—Si no recupero la memoria en cuatro meses, él nos pagará las sesiones, ¿a qué es increíble? ¡Podremos utilizar el dinero para costear la boda!

—¿Cómo? —Ahora Adrián se giró para mirarla fijamente, aunque permanecía sentado—. Sofía, cariño, no necesitamos el dinero para nada. La boda la tenemos prácticamente pagada.

—Lo sé, pero...

—No necesitas un psicólogo, con el tiempo acabarás recordando —dijo Adrián—. Aunque ya te he contado mil veces qué fue lo que pasó la noche del accidente.

Era verdad. Adrián le había contado una y otra vez lo que había pasado aquella noche, pero, por más que lo intentaba, no era capaz de recordarlo por ella misma.

—Lo siento... —dijo Sofía sin saber exactamente por qué pedía perdón—. Pensé que sería una buena idea.

—No te preocupes, cariño —dijo Adrián poniendo su mejor sonrisa—. Mañana llamas a tu padre para cancelar lo del psicólogo. No podemos perder el tiempo en este tipo de cosas, tenemos que centrarnos en la boda.

—Ya tenemos casi todo para la boda... —se defendió Sofía.

—¿Ya has elegido el vestido de novia?

Sofía se mordió el labio.

—Aún no —respondió ella, un poco dolida porque Adrián sacara siempre el mismo tema.

—Pues tienes que centrarte en elegir el vestido.

Sofía asintió poco convencida. Llevaba dándole vueltas al vestido de novia demasiados meses, pero no se decidía. Al principio le dijo a Adrián que ella misma se haría el vestido de novia y le hacía mucha ilusión poder llevar un diseño propio a su boda. Pero cuando se lo comentó a Adrián, no le hizo mucha gracia. Le dijo que no perdiera el tiempo, que eligiera un vestido ya hecho. Sin embargo, a pesar de llevar meses viendo los dos juntos vestidos de novia, no le convencía ninguno.

—Si quieres mañana llamo a tu padre para que cancele las sesiones —dijo Adrián, sacándola

de sus pensamientos.

—No te preocupes, mañana tengo... —Reflexionó unos minutos—... Tenía... la siguiente sesión con Sylvain.

—¿Mañana? ¿Tan pronto?

—Sí —dijo ella—. Sylvain quería comenzar cuanto antes.

—¿Sylvain? —repitió Adrián verificando de nuevo unos documentos en su ordenador—. ¿Qué clase de nombre es Sylvain?

—Creo que es francés.

Sofía no pudo evitar reírse al recordar la manera en la que Sylvain pronunciaba las erres. Cierto era que hablaba español perfectamente, pero se le notaba un deje francés muy característico que le hacía gracia. Sobre todo, cuando pronunciaba el nombre de Adrián. “Sería porque la erre unida a otra consonante le resultaría complicada”, pensó.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó Adrián intrigado viendo que la sonrisa no desaparecía de la cara de Sofía.

—Nada —dijo ella risueña—. Me acordaba del extraño acento que tiene el psicólogo y de cómo...

El móvil de Adrián comenzó a sonar encima del escritorio y, como un rayo, Adrián lo cogió.

—Dame un segundo, cariño —dijo mirando la pantalla—. Es Elena, me llamará por algo del cuatrimestre.

Sofía sonrió, asintiendo con la cabeza mientras Adrián contestaba la llamada de Elena, una profesora que trabajaba en el mismo instituto que él. Salió del estudio y lo dejó solo. Volvió a la cocina, sin saber muy bien qué hacer.

6

Sylvain

Eran las ocho y veintisiete cuando Sylvain entró en su pequeño apartamento de la calle Azcona. Cerró la puerta a su paso, dejó las llaves en el mueble de la entrada y colocó su chaquetón azul dentro del armario empotrado, como hacía cada día a las ocho y veintisiete.

—Miau...

Se giró hacia el pasillo y allí estaba ella, como cada vez que llegaba a casa. La gata negra, con los ojos amarillos y brillantes, le observaba desde la mitad del pasillo.

—Yo también me alegro de verte —espetó Sylvain pasando a su lado, en dirección a la cocina.

Aquella gata negra llevaba en su piso casi tres meses, desde que Madrid sufrió la inesperada tormenta de nieve que dejó paralizada a la ciudad durante casi una semana. Cuando Sylvain volvió a su apartamento se la encontró empapada en el portal.

Sin saber por qué, aquel animalillo le dio pena. Así que esa noche, cuando entró en su edificio después de haberse acercado al supermercado a por fruta fresca como cada martes, la dejó entrar. Sin cogerla, sin acercarse a ella. Simplemente dejó la puerta del portal abierta y ella le siguió hasta dentro, mirándose los dos con desconfianza. Cuando subió las escaleras hasta su piso, Sylvain no pensó que la gata le seguiría hasta allí, ni hasta el interior de su apartamento. A pesar de que odiaba a los animales y de que no soportara la idea de tener pelos y olores en su piso, aquella noche le dio igual. Calentó un poco de leche y puso un par de toallas calientes a modo de cojín debajo del radiador de la cocina donde, desde entonces, la gata se había instalado. En teoría Sylvain solo tenía que darle de comer cuando ella maullaba y cambiar de vez en cuando el arenero que había comprado al día siguiente. Así que no era mucha molestia para él.

Cogió la comida especial para gatos que guardaba en el armario de la cocina y la vertió, junto con algo de agua, en el comedero de la gata, que se acercó rápidamente. Sylvain suspiró mientras contemplaba cómo aquel animal comía. Lo hacía con una elegancia y un cuidado que jamás se había imaginado que tendrían los animales.

Se alejó de ella en dirección al salón para comprobar si tenía algún mensaje en el contestador automático. La luz verde parpadeaba sin interrupción y Sylvain aguantó la respiración cuando pulsó el botón para escucharlo.

—Hola, hermanito, ¿cómo estás? —Respiró aliviado al escuchar la voz de su hermana, hablando en perfecto francés—. He intentado llamarte a tu despacho, pero no han querido pasarme contigo aludiendo que “estabas muy ocupado”, así que he tenido que llamar a tu casa para dejarte un mensaje. La semana que viene tengo que viajar a Madrid para un evento de la firma, así que ya puedes ir poniéndome ropa de cama limpia que me quedo en tu casa. ¡Y ni se te ocurra llevarte a ninguna lagartona, eh! Que soy tu anfitriona. Pues lo dicho, te enviaré un WhatsApp con los detalles de mi llegada. ¡Estoy deseando darte un achuchón! Cuídate, hermanito. Mamá te manda un beso.

Estupendo. Adiós a la tranquilidad. Adiós a sus horarios. Si algo caracterizaba a su hermana era que revolucionaba cualquier sitio en el que estuviera. En fin. Giró sobre sus talones y encontró

a la gata plantada en medio de la puerta, mirándolo fijamente.
—Parece que la semana que viene tendremos compañía.
La gata bostezó y se relamió una pata, como si aquello le diera igual.

Sylvain

Miró el reloj de pared por el rabillo del ojo. Apenas faltaba un minuto para las siete de la tarde, lo que significaba que en apenas unos segundos comenzaría la sesión con Sofía.

Sylvain chasqueó la lengua, preguntándose si ella habría heredado la impuntualidad de su padre. No tuvo que esperar mucho para averiguarlo porque, en cuanto la aguja grande del reloj se puso encima del número doce, unos golpes sonaron en la puerta de su despacho.

—Adelante.

La puerta se abrió y una cabellera rubia un poco alborotada asomó por el quicio. Sofía entró en el despacho y cerró la puerta.

—Buenas tardes, Sofía —dijo Sylvain quitándose las gafas y depositándolas encima del escritorio, junto al cuaderno azul verdoso que había elegido el día anterior para anotar los avances en sus sesiones con Sofía.

—Hola —respondió ella, con un pequeño temblor en la voz que intentó disimular, pero que no pasó desapercibido para el psicólogo. Sylvain sostuvo su mirada, como había ocurrido el día anterior desde que se conocieron, y supo al instante lo que le pasaba a su nueva paciente. Lo que Sofía había venido a decirle.

—Siéntate, por favor —dijo él, como si nada.

Sofía dio unos pasos en su dirección y agarró su bolso negro con las dos manos. Siguiendo el estilo del día anterior, llevaba unos vaqueros que se ajustaban a su figura y un jersey blanco, que parecía demasiado ancho para ella por cómo le quedaba debajo del abrigo color camel.

—No me quedaré mucho...

Bingo. Ahí estaba. Sofía venía a anular las sesiones. No había duda. Sylvain levantó una ceja, fingiendo una sorpresa que no sentía.

—¿Y eso? —preguntó él, cogiendo un bolígrafo y anotando algo en el cuaderno azulado. Despacio, sin prisa, calculando al milímetro todos y cada uno de sus gestos.

Sofía lo miró intrigada y, pasados unos segundos que se le hicieron eternos, no pudo contener su lengua.

—¿Qué has apuntado ahí?

Sylvain sonrió para sus adentros, eufórico. En apenas la hora que compartió con ella ayer, si algo había descubierto de Sofía era que la curiosidad le podía.

—Oh... nada importante —dijo Sylvain, depositando el bolígrafo sobre la mesa, cerrando el cuaderno y juntando las manos frente a su cuerpo. La miró a los ojos de nuevo, soportando la mirada inquisitiva de ella. Otra vez el duelo. Otra vez el juego que habían comenzado en silencio para ver quién cedía antes. Esta vez fue Sylvain quien habló—. Dime, ¿tienes... —Buscó una palabra alternativa que contuviera menos erres, pero no la encontró—... prisa?

Los labios de Sofía se curvaron durante una milésima de segundo, aguantando una sonrisa, y Sylvain maldijo para sus adentros por su maldito acento.

—He venido a... —comenzó Sofía, recuperando la compostura—. Bueno, solo quería decirte

que no voy a venir más.

Sylvain mantuvo la expresión impasible, pero por dentro se felicitaba a sí mismo por haber descubierto que Sofía le diría justamente eso con solo mirarla a la cara cuando entró en su despacho.

—Vaya... —comenzó Sylvain con la expresión inescrutable—. ¿Puedo saber qué es lo que te ha hecho cambiar de opinión?

Sofía apretó más las manos alrededor de la correa de su bolso, intentando que no se le notara el temblor en las manos.

—No necesito ningún psicólogo —dijo ella al cabo de unos segundos—. No estoy enferma.

Mentía. Esa no era la razón por la que había decidido abandonar las sesiones. Sylvain se levantó despacio y caminó hasta el mueble de su derecha.

—Hay psicólogos que tratan enfermos y otros que no —dijo Sylvain despacio mientras abría un compartimento y sacaba una botella con líquido amarillo y dos vasos—. En mi caso, no trato con enfermos. Trato traumas.

—¿Y qué diferencia hay?

Sylvain sonrió mientras vertía líquido en los dos vasos. Ahí estaba de nuevo la curiosidad de Sofía y las malditas preguntas.

—Los traumas son lesiones físicas generadas por un agente externo que provoca un golpe emocional y que, a su vez, repercute en la mente. Una enfermedad es una alteración de un organismo, generalmente ocasionada por una lesión interna. Para curar una enfermedad es necesario, en la mayoría de los casos, tratamientos químicos con medicamentos. En cambio, un trauma es posible resolverlo mediante el poder de uno mismo, indagando en su mente. Yo trato a pacientes con traumas. Les ayudo a encontrar la manera de desbloquear la mente.

Sylvain se giró hacia Sofía y le tendió uno de los dos vasos. Sofía tardó más de la cuenta en reaccionar. Parecía procesar las palabras que le acababa de decir.

—¿Qué es? —preguntó ella desconfiada sin apartar la vista del psicólogo.

—Limonada.

—¿Limonada? ¿En enero?

Sylvain aguantó una sonrisa.

—La limonada es buena para la mente. Ayuda a liberarla.

Sofía miró de nuevo el vaso y arrugó la nariz. Sylvain suspiró. Aquella mujer era tan desconfiada... ¿Acaso pensaría que la había drogado o envenado?

—Solo es agua, limón y azúcar.

Sofía frunció el ceño, pero se mantuvo inmóvil.

—No me apetece.

Sylvain aguantó su mirada unos segundos y luego, de un trago, vació uno de los vasos sin apartar su mirada de ella. Depositó el otro en la mesa y apoyó sus caderas en el borde del escritorio, frente a ella, a un escaso metro de distancia.

—Dime cuál es la verdadera razón por la que quieres dejar las sesiones.

Sofía parpadeó y Sylvain pudo ver cómo intentaba disimular su nerviosismo.

—Ya te lo he dicho —se defendió ella.

—Ya.

Otra vez el duelo de miradas. Se volvieron a retar durante un minuto que se hizo eterno. Hasta que, al final, Sofía no pudo más.

—Tengo muchas cosas que hacer. No puedo perder el tiempo en esto.

—¿Consideras que sería una pérdida de tiempo? —Sylvain se agarró la mandíbula y miró por

un instante hacia arriba, pensativo—. Tan solo serían tres horas a la semana. Durante cinco meses.

—Cuatro.

Sylvain la miró, levantando una ceja. Por un momento pensó que no recordaría la sesión anterior.

—Cuatro —cedió él—. Apenas sesenta horas de tu vida. Todo ese tiempo a cambio de recuperar la memoria.

—Recuperaré la memoria... en unos meses.

—O no.

Sofía apretó los labios, dejándolos en una línea recta casi imperceptible.

—Tampoco necesito recuperarla... No necesito acordarme de un accidente de coche. Es demasiado morboso, traumático. No me apetece recordar cómo me explotaba el airbag en la cara mientras giraba y daba vueltas de campana.

—No recuperarás la memoria del momento del accidente —puntualizó Sylvain—. Y si recuperas algo, no será doloroso. Nuestro cuerpo o, mejor dicho, nuestra mente, es más sabia de lo que pensamos. Recuperarás los momentos antes, el vacío mental de los días previos al accidente, pero no el propio accidente en sí. Y mucho menos el dolor de los golpes.

Sofía pareció dudar un momento.

—Sé lo que pasó los días anteriores.

Sylvain sonrió por primera vez.

—¿Por lo que te ha contado... tu pareja?

—Adrián.

Apretó los labios e hizo de tripas corazón, pero no podía ceder ahora y dejar que ella tomara las riendas de la discusión.

—Adrián —repitió él intentando pronunciar la erre.

Ella no respondió. Se limitó a mirarle. A mirarle y... a mirarle.

—¿No te gustaría recordarlo por ti misma?

Sofía fue a responder, pero Sylvain ladeó la cabeza y siguió hablando.

—¿O es que acaso tienes miedo de descubrir que, en realidad, lo que te ha contado Adrián no es cierto?

Una sombra apareció en los ojos de Sofía cuando ella frunció aún más el ceño.

—Por supuesto que no.

—¿Entonces? —volvió a retarla.

Sofía le fulminaba con los ojos.

—No tengo tiempo para esto.

Sylvain notó cómo se le encendían las mejillas de ira. Se aguantaron de nuevo la mirada. Azul verdoso de ella contra marrón oscuro de él.

Se había pasado toda la noche leyendo el historial de Sofía. Se conocía su vida de memoria. León había hecho un gran trabajo y había indicado en su carpeta los aspectos más importantes de la vida de Sofía. Por eso, en aquel momento solo tuvo que meterse un poco más en esos ojos para intuir qué es lo que había pasado los días previos al accidente, qué era lo que Sofía había olvidado. Intuía que no había sido una discusión normal. Si lo hubiera sido, Sofía no habría salido corriendo. Sofía no habría conducido afectada y no habría tenido ese accidente. Tenía una ligera idea de lo que había pasado aquella noche, antes del accidente. Sus intuiciones nunca fallaban, y en aquella ocasión estaba casi seguro al cien por cien de saber qué era lo que ella había olvidado.

—Está bien —sentenció Sylvain pasados unos segundos.

Sylvain se levantó, bordeó el escritorio y se sentó de nuevo en su butacón, ante la atenta mirada

de Sofia.

—Hablaré con Mel para que cierre tu expediente mañana como muy tarde —dijo Sylvain sin mirarla, colocándose las gafas y tomando un bolígrafo.

—Vale —susurró Sofia confusa. Seguramente estaría pensando que había sido demasiado fácil suprimir las sesiones de psicología.

Sylvain sacó un papel y un sobre pequeño de uno de los cajones. Y con toda la parsimonia del mundo, empezó a escribir. Una simple frase, corta, en apenas una cuartilla de folio. Después, miró a Sofia solo por unos instantes, cogió el sobre, dobló el papel y lo metió dentro. Despegó la solapa y lo cerró.

—Ten —dijo Sylvain, mirándola fijamente a través de los cristales de sus gafas, con la mano estirada y el sobre hacia ella.

Sofia dudó, sin dejar de fruncir el ceño.

—¿Qué es?

Sylvain aguantó una sonrisa, pero permaneció impassible ante ella, con el brazo estirado en su dirección.

—Tus recuerdos —dijo serio—. Lo que has olvidado.

Sofia parpadeó.

—No es verdad.

Sylvain se encogió de hombros.

—Puedes abrirlo y comprobarlo por ti misma.

La duda volvió a aparecer en los ojos de Sofia mientras vacilaba en si coger el sobre o no.

—O... —continuó Sylvain, sin mover un ápice de su cuerpo— puedes aceptar mi ayuda para encontrar la llave que desbloquea tu mente y te devuelva por ti misma los recuerdos que has perdido.

Sofia aguantó la mirada. Sylvain no iba a apartar la vista. Como si leyera su mente, supo que Sofia estaba enumerando todas las cualidades que pensaba de él, y ninguna era buena.

—Tú eliges —insistió Sylvain solo para ponerla más nerviosa.

Si Sofia hubiera sido un dragón, estaba seguro de que echaría humo por la nariz y las orejas debido al enfado que tenía.

Sin decir una palabra, arrancó el sobre de los dedos de Sylvain y giró sobre sus pasos.

—Sofia —dijo Sylvain antes de que se acercara a la puerta. Ella se giró con furia en los ojos, y Sylvain, de pie, cogió el cuaderno azulado y avanzó hasta ella—. Normalmente no suelo dar los cuadernos en donde anoto mis sesiones con los pacientes. Pero, en este caso, haré una excepción. —Le tendió el cuaderno y Sofia volvió a mirarlo desconfiada—. De todas maneras, solo he apuntado una cosa. Considéralo un regalo.

Sofia frunció más el ceño. Su cara era un libro abierto, expresando a la perfección sus sentimientos. Confusión, rabia... ¿incluso duda?

Forzó una sonrisa enseñando los dientes cuando cogió de mala gana el cuaderno y, antes de que ella pudiera reaccionar, Sylvain pasó a su lado y abrió la puerta.

—Ha sido un placer —le dijo él invitándola a salir de su despacho.

Quizá por enfado, por odio o por culpa, Sofia se quedó sin palabras y salió disparada hacia el pasillo. Y solo cuando Sylvain se quedó completamente solo, sonrió orgulloso. Intuía que no sería la última vez que la veía. Y sus intuiciones nunca fallaban.

Sofía

Imbécil. Imbécil. Imbécil. Imbécil. Sylvain era un total y completo imbécil.

Desde que Sofía había salido despavorida de su última sesión con el psicólogo, solo repetía esa palabra en su cabeza. Imbécil.

Llegó al apartamento que compartía con Adrián hecha un basilisco y se entristeció al ver que él no se encontraba allí. Seguramente se hubiera ido al instituto, donde se concentraba más, como siempre le había dicho.

Se dirigió hacia el salón, despojándose del bolso, y, cuando quiso quitarse el abrigo, descubrió que todavía tenía en la mano el sobre y el cuaderno que Sylvain le había dado.

Dejó los objetos en la mesa del salón y se quitó el abrigo sin dejar de mirar el sobre. ¿Sería verdad que en ese pequeño trozo de papel estarían sus recuerdos? ¿Lo que había olvidado antes del accidente? No. Por supuesto que no. Sylvain era psicólogo, no vidente. Seguramente sería un truco de aquel estúpido francés. Habría puesto algo así como “*discutiste con tu pareja*” (y pondría pareja en lugar de Adrián, porque incluso escribiéndolo le costaba pronunciarlo al muy idiota).

Resopló, enfurecida. Aquel estúpido francés la sacaba de quicio. La ponía nerviosa. Y aunque tirase de todo su autocontrol para evitarlo, no podía.

—Imbécil... —dijo en alto esta vez, intentando liberar su furia interior.

Y entonces fijó su mirada en el cuaderno azulado que el psicólogo le había dado. Y recordó que, justo cuando ella había entrado, Sylvain había escrito algo en él. Agarró el cuaderno con las dos manos, intrigada. Quería saber qué era lo que él había escrito. Intentó convencerse de que no, de que le daba igual. Pero la curiosidad le podía. Si algo tenía claro Sofía sobre ella misma era su naturaleza curiosa.

Cogió aire y abrió el cuaderno por la primera página. Aguantó el aire en sus pulmones cuando leyó lo que había escrito. Apenas dos frases. Dos simples frases que la enfurecieron incluso más.

24 de enero de 2019

Primera Sesión con Sofía Ruíz.

Sofía viene a renunciar a las sesiones.

Cabrón. Ya no era un imbécil. Era un auténtico cabrón. Maldito psicólogo. Maldito francés. ¿Así que eso era lo que había escrito cuando la vio entrar en su despacho? ¿Cómo lo supo? Ni siquiera le había dicho a su padre que quería terminar las sesiones. Solo lo sabía Adrián. Y ella, por supuesto. ¿Entonces cómo narices sabía que quería renunciar? Cerró el cuaderno bruscamente y sus ojos se fijaron en el pequeño sobre cerrado que permanecía en la mesa. Sintió una presión en el pecho. Si Sylvain había averiguado sus intenciones el día de hoy con solo mirarla... ¿habría averiguado de verdad sus recuerdos olvidados?

Cogió el sobre amedrentada. Tan solo tenía que abrirlo y salir de dudas. Les diría a todos que

lo había recordado y se acabaría este paripé. Se acabarían las sesiones con el psicólogo. Miró el sobre que temblaba en sus manos. Solo tenía que abrirlo... solo abrirlo... ¿Entonces por qué tenía miedo? ¿Y si no era lo que ella esperaba? ¿Y si no era lo que Sofía pensaba que había olvidado?

Una parte de ella quería recordarlo por sí misma, como le había dicho Sylvain. Quería encontrar esa llave que abría los malditos recuerdos cerrados, pero... Adrián le había dicho que se olvidara del psicólogo, que se preocupara por la boda, aunque solo faltara el vestido y aún quedaran cinco meses...

Frunció el ceño, sin dejar de mirar el sobre. Si Sylvain había averiguado sus intenciones nada más verla, puede (y solo puede) que fuera capaz de ayudarla a recordar aquello que había olvidado. No estaba enferma, solo tenía un trauma ocasionado por un accidente. Solo se le había cerrado la mente por un recuerdo doloroso. Era lo que el francés había dicho.

Cogió aire y tomó una decisión. Ya vería cómo le explicaría a Adrián que había cambiado de opinión.

Tomó el sobre y el cuaderno azulado y se dirigió al estudio de Adrián para coger un boli. Si Sylvain quería guerra, tendría guerra. Abrió el cuaderno azulado y, justo debajo de la frase que había escrito Sylvain, escribió.

9

Sylvain

Llamaron a la puerta de su despacho y Sylvain resopló enfadado antes de responder con la voz grave.

—Adelante.

Mel abrió, pero se quedó en la puerta, sin entrar al interior.

—Te dije que no me molestara nadie hasta las diez —recordó Sylvain mirando a la mujer a través de los cristales de sus monturas.

—Lo sé —dijo Mel poniendo cara de niña buena mientras hacía un mohín con la boca, pintada en esta ocasión de un rosa intenso, a juego con sus stiletos del mismo color, que resaltaban sobre su *look* informal compuesto por un vestido negro ajustado con mangas largas—. No te interrumpiría si tu hermana no llevara media hora llamándote.

Sylvain chasqueó la lengua y cogió el móvil que reposaba bocabajo sobre el escritorio. Puso los ojos en blanco al ver que tenía más de diez llamadas perdidas de Marie.

—Está bien —dijo Sylvain sin mirar a Mel—. Ahora la llamo.

—De nada —se despidió ella mientras cerraba la puerta y le dejaba solo.

Sylvain marcó el número de su hermana y llamó. No había sonado el segundo tono cuando una voz aguda le respondió en francés.

—*Mon dieu!* ¡Por fin te localizo!

—Hola, Marie.

—¿Hola Marie? ¡Pensé que vendrías a recogerme al aeropuerto! Llevo media hora llamándote.

—No he podido acercarme, Marie.

—Eso ya lo veo.

—He contratado un chófer para que vaya a recogerte y te acerque a mi apartamento.

—Eso también lo veo —respondió ella, molesta—. El pobre chófer lleva media hora con el cartelito de “Madame Arnaud” sin moverse del sitio. No se despega de mí.

—Le pago para que te recoja y te lleve a mi apartamento —repitió Sylvain acariciándose la sien.

—Llevamos tres meses sin vernos, Sylvain. Pensé que vendrías a recogerme y desayunaríamos juntos para ponernos al día. Tienes que contarme cómo está papá y... —Se le cortó la voz—. Bueno, los casos que tratas. Me encanta que me cuentes las historias con tus pacientes.

—¿Sabes que nuestra ética profesional no nos permite dar detalles sobre nuestros pacientes, verdad?

—Tú ya me entiendes. Además, algo tendrás que hacer para compensarme tu plantón.

La culpabilidad se instaló en el pecho de Sylvain, pero abandonó ese sentimiento con rapidez.

—Lo siento, hermanita —dijo intentando apaciguarla—. Tengo el día complicado y demasiadas sesiones. Esta noche te llevo a cenar a tu restaurante favorito.

—¿El que está en Malasaña?

—Sí.

Sylvain oyó cómo su hermana sonreía a través del teléfono.

—Está bien. Pero no creas que por eso se me va a pasar el enfado antes.

Ahora el que sonrió fue él.

—Veré qué se me ocurre para contentarte.

—Te veo luego entonces. Aprovecharé para ir de compras por el centro.

—Lo que te apetezca. Tengo que colgar.

—Hasta luego, hermanito.

—Adiós.

Y colgaron los dos a la vez. Sylvain se quitó las gafas y se apoyó contra el respaldo del butacón. Suspiró hondo. Le esperaba una semana conviviendo con su hermana y a él, que odiaba los cambios de planes, esa visita le crispaba. Menos mal que Marie estaría entretenida visitando los principales locales de su marca, siendo embajadora y asistiendo a algún evento al que estaría invitada. Marie era modelo y las visitas a Madrid eran principalmente para eso.

Volvieron a llamar a la puerta, sacándole de sus pensamientos. Esta vez Mel entró sin esperar permiso de Sylvain.

—Creí haber dejado claro que...

—Sí, lo sé —dijo ella cortándole—. Pero no entraría si no fuera importante —espetó imitando lo que le había dicho la vez anterior.

Sylvain resopló, sin ánimo de ocultar su frustración. La próxima vez cerraría su despacho con llave. Así quizá sus compañeros no le molestarían con tonterías.

Mel avanzó unos pasos hasta él y se detuvo frente al escritorio.

—¿De qué se trata esta vez?

Mel sonrió y sacó las manos que ocultaba detrás de la espalda. Sylvain levantó una ceja al ver un cuaderno azul verdoso, demasiado familiar para él.

—La señorita Ruíz ha traído esto para ti.

Vaya, vaya. Después de lo ocurrido ayer con Sofía, sabía que tarde o temprano ella daría señales de vida. Pero no pensaba que lo hiciera tan pronto.

—¿Cuándo ha venido? —preguntó Sylvain.

—Se acaba de marchar.

¿Y encima le evitaba? Sonrió. Esto se ponía interesante. Sofía era dura de roer. Cualquier otra paciente hubiera vuelto con el rabo entre las piernas y las orejas agachadas, suplicándole perdón. Pero ella no. Sofía era una mujer de carácter, aunque le daba la impresión de que solo lo sacaba cuando se veía amenazada.

—Gracias, Mel —dijo Sylvain cogiendo el cuaderno azulado.

La morena le guiñó un ojo y giró sobre sus tacones para dirigirse a la puerta, haciendo contonear sus caderas al ritmo de los tacones.

—Si necesitas algo... —dijo ella mirando por encima del hombro a Sylvain juguetona—. Ya sabes dónde encontrarme.

Sylvain levantó una ceja, sin inmutar su expresión más allá de ese gesto. Desde que Mel había entrado en el gabinete, le lanzaba indirectas y tonteaba con él abiertamente. Era verdad que entre ellos había cierta atracción física, pero Sylvain tenía una regla básica: no mezclar jamás trabajo con placer. Jamás permitía que el sexo o los sentimientos se interpusieran en su trabajo y, por mucho que Mel le atrajera de esa manera, no iba a permitir ninguna distracción en su carrera laboral.

Cuando se quedó de nuevo solo en su despacho cerró los ojos y volvió a centrarse en su nuevo caso. Sonrió satisfecho porque las sesiones con Sofía estaban saliendo tal y como él había

planeado. Que ella se hubiera acercado para devolver el cuaderno solo podía significar una cosa. Tenía que planear su próxima cita.

Abrió su agenda y encontró un hueco justo dentro de dos días. Se giró hacia el ordenador en busca de los datos de Sofía para buscar su teléfono y enviarle un mensaje.

Cuando lo encontró, cogió el cuaderno azulado que Mel le había entregado y lo abrió por la primera página para anotar su teléfono y la siguiente cita.

Se le escapó una sonrisa cuando vio que, después de lo que él había anotado la última vez, había dos líneas escritas con una caligrafía pequeña y elegante.

24 de enero de 2019

Primera Sesión con Sofía Ruíz.

Sofía viene a renunciar a las sesiones.

Primera Sesión con Sylvain.

El psicólogo tiene cuatro meses (y no cinco) para que la paciente recupere la memoria.

Sylvain tenía que reconocer que la rubita de ojos saltones tenía coraje. Volvió a sonreír mientras cogía su teléfono y escribía un mensaje.

10

Sofía

—¡Auch...! —exclamó Sofía mientras se llevaba el dedo índice a la boca. Se había picado con la aguja de coser por estar despistada. Y le dolía más estar desconcentrada en su trabajo que el maldito pinchazo.

Aquel día su jefa le había echado la bronca por haber llegado tarde a la tienda Naf Naf en la que trabajaba desde hacía tres años, en plena calle Preciados, dentro del Corte Inglés. Y todo había sido culpa de Sylvain. Sofía se había levantado más temprano que de costumbre para acercarse hasta el despacho del psicólogo francés y dejarle el cuaderno azulado que él le dio el día anterior. Lo que no calculó bien fue la distancia entre el despacho y la tienda donde trabajaba, así que llegó cinco minutos tarde haciendo que su jefa montara en cólera.

Después de haberle hecho repasar la tienda de arriba abajo, su jefa había decidido ir a tomar un café con algunas compañeras que también trabajaban en el Corte Inglés, y la había dejado cogiendo los bajos de algunos pantalones que tenía que entregar a varias clientas esa misma tarde.

Sofía suspiró y se permitió distraerse unos segundos. Llevaba toda la noche y toda la mañana dando vueltas a lo que había ocurrido con el psicólogo. Y cuando aquella misma mañana se acercó a su despacho, evitó verle a toda costa. A pesar de que la guapa morena que la atendió (una tal Melisa García, según la placa que había sobre su puerta) insistiera en que hablara con Sylvain en persona. Pero no quería verle, no quería volver a enfrentarse a Sylvain, porque le ponía nerviosa. Más de lo normal.

Suspiró y cerró los ojos. Estaba inquieta, y no solo por continuar con las sesiones de psicología. Estaba nerviosa porque aún no le había comentado a Adrián su decisión de seguir viendo a Sylvain. Y no tenía ni idea de cómo hacerlo. Quizá podría escaquearse un par de horas a la semana sin que él se diera cuenta, por lo menos hasta que encontrara la forma de confesar a Adrián que había seguido el consejo de su padre...

Una clienta entró en la tienda, haciendo que Sofía se levantara y saliera de detrás del mostrador.

—Buenos días —dijo Sofía poniendo su mejor sonrisa.

La clienta ni siquiera la miró. “Menuda borde”, pensó para sus adentros mientras se volvía a sentar y continuó dando puntadas al pantalón que tenía entre manos. La miraba por el rabillo del ojo mientras ella miraba prendas. Conocía a ese tipo de clientas. El tipo de señoras que toqueteaban toda la ropa para al final no llevarse nada. Suspiró al cabo de cinco minutos cuando volvió a quedarse sola en la tienda. Por suerte, aquel día a esas horas había poca clientela y podía dedicarse a terminar de ajustar las prendas que tenía pendientes.

El tintineo de la campanita de la entrada volvió a sonar y Sofía se levantó de nuevo.

—Buenos días —repitió de nuevo como un loro, sonriendo otra vez.

—¡Buenos días! —respondió la recién llegada con un acento extraño y una efusividad que sorprendió a Sofía mientras le dedicaba una sonrisa perfecta.

Sofía parpadeó ante el gesto de aquella clienta. Y esta vez, en vez de sentarse de nuevo, esperó de pie, contemplando a la recién llegada.

Era una mujer joven, se atrevería a decir que de su edad. Y parecía una bailarina por la forma de moverse hacia las perchas y por la manera tan delicada que tenía de actuar. Era rubia, con una melenita cortada por la barbilla peinada a la perfección. No había un solo pelo fuera de su sitio. Y vestía de forma muy elegante. Llevaba un abrigo de pata de gallo con cuello de pelo negro y debajo un mono negro también con una parte transparente en la parte del escote. Sofía ladeó la cabeza reflexionando por un momento, pensando que ese atuendo era muy conocido para ella, y cayó en la cuenta de que era ropa de su tienda, de la temporada anterior.

La recién llegada estuvo diez minutos viendo todos y cada uno de los vestidos que había en la tienda, sin decidirse por ninguno, y Sofía finalmente se acercó a ella.

—¿Puedo ayudarle en algo? —preguntó educadamente.

—¡Oh! —exclamó la clienta sobresaltada y girando la cabeza para mirarla con unos ojos tan negros como el carbón—. Sí, gracias. No acabo de decidirme.

Y cuando dijo la palabra “gracias” Sofía frunció un poco el ceño porque se dio cuenta de dónde venía el acento que tenía la muchacha. Era francesa, a pesar de que hablara español.

—Claro —dijo Sofía apartando sus pensamientos y centrándose en su trabajo—. ¿Qué está buscando exactamente?

La joven sonrió, se colocó el bolso y cogió un par de vestidos de nuevo.

—Estoy buscando un vestido para una fiesta muy importante que tengo dentro de cuatro días, pero no encuentro nada que me convenza.

—¿De qué estilo estamos hablando?

La clienta apretó los labios mientras miraba los dos vestidos que tenía en la mano.

—Busco un estilo elegante, de noche, pero no demasiado recargado —confesó ella sin mirarla—. Este vestido me gusta —dijo mostrando a Sofía el que tenía en su mano izquierda, un vestido de encaje en tres tonos (*beige*, burdeos y negro)—, pero no me convence la parte de arriba. En cambio, este... —Señaló el de su derecha, también de encaje, pero con un escote que dejaba los hombros al descubierto—... me gusta la parte de arriba.

—Mmm... Entiendo —dijo Sofía contemplando los dos vestidos. La verdad es que la clienta tenía muy buen gusto.

—¿Tú cuál elegirías?

Sofía parpadeó, sorprendida por la pregunta. Pocas veces una clienta le preguntaba su opinión, y menos una con tanto estilo como aquella mujer.

—¿Yo? —preguntó nerviosa, sin saber si había entendido bien la pregunta.

La joven sonrió abiertamente y asintió con la cabeza.

—Sí, tú. Si fueras a una fiesta de noche, ¿cuál escogerías?

Sofía reflexionó unos minutos y se cruzó de brazos mientras contemplaba los dos vestidos que ella le mostraba. Ninguno de los dos la acababa de convencer. Era como que a cada uno le faltaba algo que tenía el otro. Repasó mentalmente el inventario que había en la tienda y que había ordenado a primera hora de la mañana, buscando algo que cuadrara con lo que la cliente le estaba pidiendo. Pero no encontró ninguno, salvo los dos que sujetaba ella.

De pronto recordó algo. Desde que tenía uso de memoria había hecho experimentos con telas, realizando vestidos para sus muñecas y cosiendo poco a poco sus propias vestimentas. Con el paso de los años, sus diseños fueron más profesionales, más maduros. Más elegantes. Sofía diseñaba y confeccionaba su propia ropa. Jerséis, faldas, vestidos y blusas. Pero ahora, desde que Adrián y ella habían decidido casarse, había apartado esa faceta suya a un lado. No se veía con fuerzas de seguir diseñando. El vestido de novia la traía de cabeza y sentía que se había quedado bloqueada. Que algo le impedía volver a confeccionar su propia ropa.

Pero al ver la indecisión de la clienta, recordó que tenía un vestido a medio acabar con todo lo que ella estaba buscando: era negro, ceñido en las caderas, hasta las rodillas y con el cuello y los hombros caídos.

—Ninguno —respondió Sofia al cabo de unos minutos, dando vueltas a su diseño en la cabeza.

La joven rubia hizo un mohín con la boca y volvió a mirar los dos vestidos, un poco disgustada. Sofia aguantó la respiración y dio gracias de que su jefa no estuviera allí. Si hubiera estado, la habría regañado por no haber escogido uno. Al decir aquello, estaba segura de que la clienta se marcharía sin comprar nada y habría perdido una venta. Suspiró y sintió cómo un cosquilleo recorrió su cuerpo. ¿Y si...? Miró a ambos lados de la tienda y ganó confianza al encontrarse sola con ella.

—Pero... —comenzó Sofia notando cómo una gota de sudor bajaba por su espalda—. Creo que tengo lo que buscas.

Los ojos de la mujer se agrandaron y se acercó más a ella.

—¿En serio? ¡Enséñamelo, por favor!

Sofia se mordió el labio y retrocedió.

—Es que... No está en la tienda.

—¿Como que no está en la tienda?

Aguantó la respiración y, cuando sus pulmones empezaron a quemarla, soltó el aire y lo que llevaba dentro.

—Se trata de un vestido que yo misma he diseñado —confesó—. Por eso no está en la tienda. Está en mi casa.

—¿Eres modista?

Sintió un pinchazo en el corazón. No lo era. Realmente no lo era, pero siempre fue su sueño. Cerró los ojos y volvió a abrirlos.

—Algo así...

La cliente abrió la boca para decir algo, pero sus palabras murieron antes de que las pronunciara. Sofia continuó hablando nerviosa. Ahora ya no podía echarse atrás.

—Creo que es todo lo que buscas —continuó—. Negro, de corte recto, con los hombros...

—¡Lo quiero!

Sofia parpadeó.

—¡Lo quiero! ¡Es justo lo que estoy buscando!

—Pero...

La mujer rubia rebuscó en su bolso y sacó la cartera.

—Espera un momento... —pidió Sofia viendo sus intenciones.

—Toma —exclamó ella, depositando en sus manos un fajo de billetes y una tarjeta—. Necesito ese vestido. Termínalo y tráemelo a esta dirección dentro de tres días, por favor.

—Pero... No puedo —respondió Sofia negando con la cabeza—. Ni siquiera lo has visto.

Ella sonrió y la agarró de las manos, haciendo que Sofia cerrara el puño en torno a los objetos que le había dado.

—No me hace falta verlo para saber qué es lo que estoy buscando. Además, sé reconocer el talento en cuanto lo veo. Y tú lo tienes.

Quiso replicar. Quiso decirle que estaba equivocada. Pero no pudo. Sofia se bloqueó y se quedó parada ahí, en el mismo sitio donde había hablado con la mujer, viendo cómo ella desaparecía de la tienda con la sonrisa más brillante que jamás había visto.

—Pero...

¿Qué narices había pasado? ¿Había aceptado rematar uno de sus diseños en apenas dos días?

Parpadeó varias veces intentando regresar a la realidad, y se acercó al mostrador.

—¿Qué...? —dijo cuando vio la cantidad de dinero que la muchacha le había dejado. Había al menos seis billetes de cincuenta euros... ¿cómo podía ir la gente con trescientos euros en el bolso? “Espera, no te despistes”, se reprendió Sofía a sí misma. ¿Por qué narices se había quedado callada? Un hormigueo recorrió su estómago. No era tan difícil, tan solo tendría que rematar el bajo y la cintura, se sabía el vestido de memoria. Tan solo... Sonrió. Sonrió al notar el gusanillo del estómago, haciendo que se sintiera viva. Esto era lo que realmente le gustaba. Diseñar, crear, coser. Ya que no podía diseñar su propio vestido de novia, diseñaría el vestido de fiesta de una clienta. Quizá por eso su subconsciente se había quedado callado y aceptó en silencio. Tenía dos días para hacerlo, así que corrió a la trastienda, cogió los enseres necesarios y los metió en una bolsa. Se pondría a rematar el vestido en cuanto llegara a su casa.

El corazón le iba a mil cuando su móvil vibró en su pantalón, sacándola de sus pensamientos. Tenía un nuevo WhatsApp de un número desconocido y, cuando abrió su contenido, no pudo evitar sonreír.

25 de enero de 2019. 13.45 h.

Me alegro de que haya aceptado las sesiones de nuevo, señorita Ruíz.

Si le viene bien, convocaré la siguiente sesión dentro de dos días, a las 16.00 h, donde siempre.

No necesitó que él pusiera el remitente. Estaba claro que era de su odioso psicólogo francés. ¿De verdad se alegraba de que hubiera aceptado seguir con las sesiones? Moviò la cabeza y buscó en Google el traductor para contestarle en francés. Por alguna extraña razón quería quedar por encima de él. Quería demostrarle a Sylvain que con ella no se jugaba. Que no era tonta.

Tecleó rápidamente la frase y, después de copiarla en su teléfono, la envió. A los pocos segundos, aparecieron los dos tics azules. Pero Sylvain no contestó. Lo había leído, pero no contestó. Maldito psicólogo... ¿Estaría sonriendo o seguiría con esa expresión rígida que tanto le caracterizaba?

11

Sylvain

Sylvain sonrió cuando oyó dos golpes en la puerta. Comprobó por el rabillo del ojo la hora de su reloj de pared. Faltaba un minuto para las cuatro. Sofia volvía a ser tan puntual como siempre.

—Adelante.

Se irguió en la silla mientras ella entraba en su despacho con el ceño fruncido, como siempre. Empezaba a pensar que su ceño fruncido solo lo ponía cuando estaba con él, dudaba mucho que llevara esa misma expresión durante todo el día.

—Bienvenida... de nuevo.

Sofia forzó una sonrisa mientras se quitaba su abrigo de pelo negro y lo depositaba encima del sofá que había nada más entrar al despacho, a la izquierda.

—Puedes dejarlo en el perchero —propuso Sylvain, señalando un sitio un poco más allá del sofá.

Sofia le sostuvo la mirada durante unos segundos, sin moverse, sin mirar el lugar que el psicólogo le indicaba.

—Aquí está bien.

Ahora el que frunció el ceño fue él. Observó la expresión de Sofia y no le costó adivinar que se encontraba irritada y molesta. Parecía que no le hacía gracia volver a las sesiones, pero nadie la había obligado. Mmm... Había algo más. ¿Estaría mosqueada con él por algo? Recordó sus últimos intercambios y se le escapó una sonrisa al recordar el mensaje que ella le había enviado. Sofia respondió a su último WhatsApp en francés. Sabía que era una manera de quedar por encima de él, de decirle: “aquí estoy yo”. Y Sylvain no supo qué responder a su mensaje porque no había por dónde cogerlo. O sí.

De todos es sabido que los traductores de Google no son especialmente buenos, y cuando leyó la respuesta de Sofia, entendió lo que quiso decir, aunque se hubiera equivocado en las palabras escogidas. Ella había escrito “*Je serai en toi*” queriendo decir “*Estaré allí*”. Aunque la verdadera traducción de la frase sería algo así como “*Estaré dentro de ti*”. Sofia carraspeó haciendo que volviera al presente y la expresión de Sylvain volvió a ser imperturbable.

Sofia caminó hacia el escritorio y, antes de que Sylvain pudiera decir algo, se sentó en la butaca donde se había sentado el primer día y se cruzó de brazos. En aquella ocasión, había elegido un jersey blanco con rayas negras horizontales y un extraño fleco que quedaba por debajo de sus hombros. Un *look* atrevido que combinaba con unos pantalones chinos negros y unas bambas negras en el mismo color. Estaba claro que aquella mujer rubita tenía su propio estilo.

—Me alegro de que hayas aceptado retomar las sesiones —comenzó Sylvain, manteniendo un tono cordial y neutro. Tenía que conseguir que Sofia se abriera a él o no tendría ninguna posibilidad para que recuperara la memoria.

—No tenía otra opción.

—Siempre hay otra opción, Sofia.

Ella le aguantó la mirada. Pareció que iba a decir algo, pero al final las palabras murieron en

sus labios antes de que las pronunciara.

—Bien —dijo Sylvain rompiendo el silencio y acercándose hacia delante para unir las manos frente a él—. Establezcamos las condiciones antes de empezar.

—Las condiciones están establecidas desde la última vez —cortó Sofía en un tono más brusco de lo normal.

—Sofía... —susurró Sylvain intentando sonar apaciguador—. Cuatro meses es poco tiempo.

—¿No se supone que eres el mejor neuropsicólogo de Madrid? Cuatro meses son más que suficientes.

Sylvain cerró los ojos por primera vez, buscando la paciencia interior que tanto había perfeccionado en los últimos años.

—Está bien —dijo finalmente, volviendo a abrir los ojos y clavándolos sobre aquellos tan azules—. Acepto los cuatro meses, pero a cambio de un par de condiciones por tu parte.

—¿Qué condiciones? —dijo ella levantando una ceja.

—Las sesiones serán más intensas. Si tengo menos tiempo para que recuperes la memoria, las sesiones serán mucho más intensas que unas sesiones normales.

—¿Y la segunda condición? —preguntó Sofía.

Sylvain sonrió, por lo menos la primera condición parecía aceptarla.

—Necesito que confíes en mí y que, durante las sesiones, no estés a la defensiva conmigo. Solo pretendo ayudarte.

—Eso son tres condiciones.

—Las dos últimas van unidas. No van una sin la otra. Por eso son dos condiciones.

—¿Y ya está? —preguntó Sofía, volviendo a la defensiva.

—La confianza es esencial, Sofía. Tendrás que ser totalmente sincera conmigo para que esto funcione.

Por primera vez en el poco tiempo que se conocían, Sofía dejó de fruncir el ceño y soltó una carcajada que se incrustó en la cabeza de Sylvain como una bala.

—¿En serio? —dijo ella irónica—. ¿Crees que voy a venir aquí, contarte mi vida como si nada y ya está?

—Sofía...

—¿De verdad esto te funciona con tus pacientes?

Sylvain la escudriñó con la mirada.

—Lo siento, pero no —escupió Sofía volviendo a su semblante serio—. No voy a contar todos mis secretos a cambio de nada.

—No es a cambio de nada, es a cambio de que recuperes la memoria.

—No —dijo tajante—. Si quieres que confíe en ti, tú deberás confiar en mí.

Sylvain levantó una ceja, sin entender.

—Confío en ti.

Sofía resopló y se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja. Su melena rubia alborotada caía sobre su espalda.

—No en ese sentido. No quiero algo tan frío. No quiero venir, sentarme, hablar de mí y ya está. No se me da bien. Me cuesta abrirme con la gente, y mucho menos así.

Sylvain volvió a recostarse sobre el respaldo. Repitió en su cabeza todas y cada una de las palabras que Sofía había pronunciado en ese momento. Aunque ella no lo creyera, acababa de darle información muy valiosa. Le costaba confiar en la gente, abrirse. Dudaba mucho de que tuviese un gran número de amigos. Mmm... anotó mentalmente toda la información en su cabeza antes de continuar con la sesión.

—¿Qué es lo que quieres entonces? —preguntó Sylvain.

Las mejillas de Sofía se ruborizaron y relajó el gesto. Por primera vez, Sylvain pudo ver a la verdadera Sofía que había detrás de ese escudo.

—No sé... Algo más... no sé —dijo dubitativa, intentando sonar firme—. Hablar... los dos. No solo contarte yo mis cosas. Que haya comunicación, que hablemos los dos... no sé.

Sylvain entornó los ojos, intentando averiguar hasta dónde quería llegar ella. Como vio que no seguía hablando, decidió hacerlo él.

—Habla los dos.

Sofía volvió a clavar los ojos en él, frunciendo el ceño de nuevo.

—No en ese plan —sentenció dolida—. No quiero llegar aquí, que me preguntes y yo te conteste. Eso sería muy frío.

Sylvain apretó los labios.

—Necesito hacerte preguntas para conocerte mejor y poder ayudarte a que recuperes la memoria.

Sofía apartó la vista por primera vez, agarrándose las manos sobre su regazo. Sylvain la contempló en silencio durante los segundos que ella permaneció con la boca cerrada. A veces la comunicación no verbal decía mucho más que las palabras. Y con solo mirarla, supo que estaba siendo sincera, que le costaba abrirse con los demás, que era una mujer tímida, aunque fuera tan lanzada y agresiva con él.

—Da igual, no lo entiendes —dijo ella con un susurro.

—Entonces explícamelo.

—Lo estoy haciendo.

Sylvain volvió a inclinarse hacia adelante.

—No lo estás haciendo, Sofía. ¿Qué es lo que quieres?

—¿Tan difícil es de entender? —preguntó dura, volviendo a clavar su mirada en los ojos de él, a la defensiva—. Eres francés, no idiota.

—Sofía —le reprendió él—. Nada de estar a la defensiva.

Ella frunció los labios en una expresión que le resultó hasta divertida a Sylvain. Si la conversación no hubiera estado tan tensa, estaba seguro de que hubiera sonreído. Pero no lo hizo.

—Sofía —dijo de nuevo, viendo que no decía nada.

—Me siento incómoda —confesó ella por fin—. Sentada aquí, respondiendo a tus preguntas, solo hablando yo. Es demasiado frío. Ya me cuesta abrirme con mis amigos como para llegar aquí y contarte toda mi vida.

Sylvain volvió a recostarse en el butacón. Vale. Lo había dicho por fin.

—¿Quieres que seamos amigos?

Sofía parpadeó y un rubor subió hasta sus mejillas, tiñendo su piel de un color rosado fascinante.

—No —dijo Sofía mientras su labio inferior temblaba. ¿Se había puesto nerviosa?—. No es posible. ¿O sí? ¿No hay una política rara entre médicos y pacientes que no permite estas cosas?

—No soy un médico, Sofía.

Ella se movió inquieta en el asiento. Sylvain sonrió un poco, conteniéndose. Si sonreía abiertamente, el escudo que Sofía estaba abriendo se volvería a cerrar.

—Y sí —continuó Sylvain—. Hay una política rara, como tú dices. Un código deontológico para los psicólogos. Pero no es incompatible con que haya confianza mutua entre psicólogo y paciente. La confianza es esencial en este tipo de sesiones.

Ella apretó los labios. Parecía que quería decir algo, pero no encontraba las palabras.

—Sofía...

—Solo estoy incómoda, nada más.

Y cuando lo dijo, no le miró a los ojos. No como otras veces en que se retaban. Sofía se estaba abriendo y le había dolido más de lo que podía imaginar confesar que se sentía incómoda contando sus secretos, su vida. Sylvain respiró hondo. Tenía que reconducir la situación y encontrar la manera de que Sofía se abriera con él.

—¿Qué puedo hacer para que no te sientas incómoda? —preguntó Sylvain.

Ella se encogió de hombros, sin mirarle. Ya no fruncía el ceño.

—Da igual. Olvida lo que he dicho.

Sylvain sopesó las opciones. Sabía de sobra que Sofía no sería una paciente como los demás. Tenía carácter, y había enterrado sus recuerdos en lo más profundo de su mente, por lo que no sería fácil llegar hasta ellos. La ética profesional estipulaba que psicólogo y paciente no podían traspasar unos límites, no podían romper ciertas reglas. El terapeuta y el paciente no son amigos, no son amantes, no son confidentes. La relación debe ser puramente profesional, pero... En la psicología era complicado. Había que crear un vínculo, una conexión con los pacientes para que estos se abrieran y contaran todo aquello que ayudaría a los psicólogos a encontrar su camino. Para algunos ese vínculo era simplemente la escucha, para otros, la seguridad. Pero Sofía necesitaba más. Sofía necesitaba un amigo. Y si Sylvain quería que aquella mujer testaruda recuperara la memoria en apenas cuatro meses, tenía que hacer cosas que jamás hubiera hecho antes. Y eso incluía “hacer amigos”.

Sylvain suspiró, se quitó las gafas y las depositó en la mesa.

—Haremos una cosa —dijo Sylvain convencido de que era la única opción—. Una pregunta por otra. —Los ojos de Sofía se iluminaron un poco—. ¿De acuerdo?

Ella asintió más efusiva de lo que él se hubiera esperado.

—Pregunta —dijo Sylvain—. ¿Qué quieres saber?

Sofía parpadeó. Por primera vez, Sylvain sintió que la había dejado desarmada. Y eso le enorgulleció. Tenía que romper el escudo que ella misma se había forjado. Aunque fuera muy poco a poco.

—No lo sé —dijo ella, nerviosa—. ¿Algo sobre ti?

Sylvain cerró los ojos, buscando paciencia y una respuesta que pudiera hacer que Sofía confiara en él. Si quería que esto saliera bien, tendría que dar el primer paso. Respiró hondo, volvió a abrir los ojos y los fijó en los de Sofía.

—Me llamo Sylvain Arnaud, tengo treinta y dos años. Soy psicólogo, especializado en neuropsicología clínica desde hace tres años. Anteriormente, he trabajado en París y en Nueva York como psicólogo organizacional, reclutando empleados y analizando la organización de varias empresas para mejorar su funcionamiento. Cambié de rama radicalmente hace dos años, y desde entonces ayudo a pacientes con pérdida de memoria, producida básicamente por un traumatismo, a recuperarla en un corto espacio de tiempo.

El rostro de Sofía se suavizó, aunque no apartó la vista de él durante unos segundos. Sylvain esperó a que ella preguntase, porque estaba seguro de que lo haría. Y cuando ella movió los labios, supo cuál sería la pregunta antes de que la formulara.

—¿Por qué cambiaste a una rama tan distinta?

—Ya has consumido tu primera pregunta —dijo Sylvain sin evitar sonreír, volviendo a corroborar que sus intuiciones nunca fallaban. Sofía era inquieta y curiosa—. Es mi turno.

Sofía se removió en su butaca, mordiéndose la lengua. Sylvain se puso serio, había llegado su turno y no podía desperdiciar esta oportunidad para conocer mejor a su paciente.

—Tengo entendido que trabajas en una tienda de ropa, en el Corte Inglés de Preciados.

—Sí —respondió ella rápido—. En Naf Naf.

—Pero estudiaste una doble titulación.

Sofía apartó los ojos durante un escaso segundo, pero lo volvió a mirar.

—Sí —respondió ella de nuevo—. Diseño de Moda y Gestión de la Imagen.

—¿No conseguiste un trabajo relacionado con ello cuando terminaste la carrera?

—No es que no lo consiguiera. Me ofrecieron un trabajo como diseñadora.

—¿Pero? —preguntó Sylvain cuando vio que Sofía no seguía hablando.

Ella sonrió y se cruzó de brazos.

—Has consumido tu primera pregunta —respondió Sofía copiando lo que había dicho él minutos antes—. Es mi turno.

Sylvain sonrió y meneó la cabeza a ambos lados. Tenía carácter y sabía pelear.

—Pregunta —dijo él, aunque ya sabía qué era lo que preguntaría.

Sofía lo miró triunfante.

—¿Por qué cambiaste a una rama tan distinta?

Le sostuvo la mirada y por un momento se permitió perderse en aquellos ojos saltones tan azules. ¿Quería contarlo? ¿Estaba preparado para hablar de eso? Reflexionó unos minutos. No era necesario llegar tan lejos. No era necesario hablar de sus verdaderas motivaciones con respecto al cambio de trabajo tan pronto. Y menos con Sofía. Era una paciente más y acababa de conocerle. Sonrió y decidió seguir con su propio juego.

—Motivos personales.

Sofía abrió mucho los ojos, sorprendida, pero sonrió. Sylvain estaba seguro de que por dentro le carcomía la curiosidad, pero ese extraño juego que habían iniciado estaba consiguiendo que ella se relajara y se abriera poco a poco ante él.

—Me toca —dijo Sylvain levantando una ceja. Había llegado su turno y no podía desperdiciar la oportunidad de provocarla un poco más—. ¿Por qué no aceptaste el trabajo de diseñadora?

Se volvieron a aguantar las miradas. Otra vez el reto, otra vez el desafío. Sylvain se la había jugado al haberle contestado con una respuesta tan ambigua, y estaba seguro de que Sofía, o hacía lo mismo, o se levantaría de la silla y se marcharía hecha un basilisco. Pero no. Respondió. Y cuando lo hizo el que se quedó de piedra fue él.

—Adrián sacó una plaza como interino en un instituto de Rascafría, un pueblo de Madrid. Y yo me fui con él.

Ahora el que abrió mucho los ojos fue él. Vaya. Eso sí que no se lo esperaba. Quería preguntarle más, quería que siguiera hablando. Esperó unos segundos, y Sofía solo lo miraba. Ya no fruncía el ceño, y sus ojos parecían haberse oscurecido. Supo con solo mirarla que le había costado responder de esa manera y no esquivando su pregunta. Quería apuntarlo en la libreta azulada, pero sabía que, si lo hacía, rompería el momento que tanto le había costado crear.

—Vamos —dijo Sofía sacándole de sus pensamientos—. Pregúntame por qué. Lo estás deseando.

Sylvain sonrió. No. Tenía que jugar limpio. Tenía que seguir las reglas que ellos mismos habían impuesto.

—Te toca preguntar a ti.

Se quitó un mechón de pelo que caía por su rostro y se encogió de hombros.

—Si te pregunto lo que quiero saber, no me lo contarás.

Y tenía razón. No estaba preparado para contarlo. No podía contar los motivos personales que le llevaron a cambiar radicalmente de área. No podía contar lo de su padre. Suspiró, sabiendo que

era un hombre de honor y de palabra. Y que tenía que jugar limpio.

—Sofía...

Ella resopló fuertemente, cerrando los ojos.

—Lo hice porque estoy enamorada de Adrián. En eso consiste el amor, ¿no?

Sylvain sostuvo su mirada, viendo cómo sus ojos saltones se llenaban de tristeza. Quiso contestar, pero no supo qué decir. Ordenó las ideas en su cabeza, pero, antes de hablar, Sofía se le adelantó.

—¿Acaso tú no has estado enamorado alguna vez?

La pregunta le pilló por sorpresa, pero no podía apartar los ojos de ella. Sofía se estaba sincerando con él, se estaba abriendo. Se había relajado, a pesar de todo el miedo que sentía. Y algo le decía que aquello no lo hacía habitualmente.

—No —respondió Sylvain monótono, sin darse cuenta siquiera de que estaba hablando.

Sofía parpadeó.

—¿No? —repitió ella—. ¿Nunca has estado enamorado?

Se sostuvieron la mirada.

—Nunca.

—¿Por qué? —preguntó Sofía con el rostro totalmente relajado y los ojos muy abiertos.

Sylvain se relajó al ver que la tristeza de los ojos de Sofía desaparecía. Podía haberle dicho que le tocaba preguntar a él, que ya había consumido otra pregunta. Pero ella se había abierto, y era justo que él hiciera lo mismo. Hablar del amor era menos doloroso que hablar de las razones por las que cambió de especialidad tan radicalmente. Reflexionó la respuesta antes de pronunciarla. Mientras todos sus amigos se habían casado, él se había concentrado en su carrera. Se podría decir que el trabajo se había convertido en su amante a tiempo completo. Joder, no es que no hubiera estado con mujeres, por supuesto que no. A esas alturas estaba cansado de los diferentes tipos de mujeres que lo rodeaban: furiosas y amargadas o frágiles y dependientes.

—No he tenido tiempo para ello —confesó Sylvain.

Sofía parpadeó y abrió la boca, dispuesta a preguntar algo más. Sylvain no pudo evitar sonreír. Se jugaba la mano (y no la perdería) a que la rubita había estado contando las preguntas que había formulado.

—He priorizado mi profesión —dijo Sylvain, aunque lo cierto era que no había encontrado a una chica que le interesara lo suficiente para cambiar sus objetivos.

—¿Y no te sientes... —dijo Sofía entornando los ojos, que se habían aclarado—... solo?

La pregunta parecía simple, pero no lo era. Llevaba intrínseco mucho más de lo que parecía a simple vista. Sylvain la escudriñó con la mirada. Sofía lo observaba sin pestañear, esperando impaciente su respuesta.

—Para nada —respondió Sylvain al cabo de unos segundos—. A veces pensamos que lo peor que nos puede pasar en la vida es terminar solos. Pero no lo es. Lo peor que nos puede pasar en la vida es estar con alguien que nos haga sentir solos.

Volvió a sostenerse la mirada. Sofía tragó saliva, sin pestañear, y sus ojos se oscurecieron de nuevo. Y supo que aquella simple frase se había colado en lo más profundo de Sofía.

Sylvain deseó no tener un maldito resorte en su cabeza que le alertaba de la hora constantemente. En aquel momento, cuando solo faltaban dos minutos para que el reloj marcara una nueva hora, quiso detener el tiempo y seguir hablando con Sofía, indagando dentro de su mente. Ayudándola a encontrar los engranajes que hicieran que recobrarla la memoria.

Resopló y, reprochándose a sí mismo no haber aprovechado bien el tiempo de la sesión, se puso en pie para finalizarla.

—Ha sido una sesión muy productiva —dijo Sylvain ante una sorprendida Sofia—. Siento cortar así, pero mi siguiente paciente llegará en dos minutos.

Sofía fue a decir algo, pero cerró la boca antes de articular palabra, frunciendo el ceño. La suavidad de su rostro volvió a endurecerse y otra vez, el escudo que levantaba solo frente a él, volvió a aparecer.

—Sí, claro —dijo Sofia cortante mientras se levantaba—. Ya me voy.

Sylvain rodeó el escritorio y siguió a Sofia hasta el sofá que había junto a la entrada. Ella cogió su abrigo y su bolso, pero antes de que se acercara a la puerta, Sylvain ya estaba allí, con la mano sobre el pomo.

—La semana que viene estás de turno de tarde —dijo Sylvain—, así que te propongo que nos veamos el lunes sobre las diez de la mañana.

Sofía sonrió forzadamente.

—Perfecto —dijo.

Sylvain giró el pomo y abrió la puerta, haciéndose a un lado para que ella pasara.

—Hasta la semana que viene, entonces —dijo Sofia seca, mientras cruzaba el umbral.

—Hasta la semana que viene, Sofia.

12

Sofía

Sofía llegó a casa con una sensación rara en el estómago. Sospechaba que era por la manera tan fría en la que Sylvain se había referido a ella al final, diciendo que tenía que marcharse porque tenía “otro paciente”. Ella solo era una paciente más. Aunque en aquella sesión hubiese sentido que estaba hablando más con un amigo que con un psicólogo, Sylvain se lo había dejado bastante claro al final. Solo era una paciente más.

Dejó el abrigo en el perchero de la entrada y encendió las luces. La casa estaba en penumbra y eso solo podía significar que Adrián seguía en el colegio terminando los exámenes o corrigiendo los trabajos de sus alumnos. Una vez más llegaba a casa y estaba sola.

Sola. Sin saber por qué la frase que Sylvain había dicho durante su sesión volvió a aparecer en su cabeza: A veces pensamos que lo peor que nos puede pasar en la vida es terminar solos. Pero no lo es. Lo peor que nos puede pasar en la vida es estar con alguien que nos haga sentir solos. ¿Se sentía sola? No. Por supuesto que no. Tenía a Adrián. A sus padres, aunque a veces la sacaran de quicio. Y a su mejor amiga, Bea, aunque no la viese tanto como quisiera.

Se quitó las Converse y fue directa al salón, con el móvil en la mano. Sí, llamaría a Bea. Hacía mucho que no hablaba con ella y, como siguieran así, se verían solo el día de la boda.

Sofía se sentó en el sofá con las piernas cruzadas, buscó el contacto en su Smartphone y dio a videollamada. Bea no tardó ni tres tonos en contestar.

—¡Pero bueno! ¡Qué sorpresa, Sofi! —dijo una chica morena, con flequillo, que la miraba a través de la pantalla del móvil—. ¿Qué tal todo? ¿Qué tal estás?

—Bien, bien, como siempre, ¿qué tal tú, Bea?

—Pues reventada, cariño, estamos preparando ahora la campaña de primavera-verano y esto es una locura, ¡apenas veo el sol en semanas! Pero no me quejo, me encanta lo que hago.

Sofía sonrió tristemente. Bea y ella se habían conocido en la carrera y desde entonces se habían vuelto muy amigas. Las dos habían estudiado moda y eran unas forofas de los desfiles y la imagen. Cuando acabaron la carrera, les ofrecieron irse a Barcelona a una gran empresa que confeccionaba ropa a la última moda. Bea aceptó el puesto y se fue con Miguel, su pareja, a Barcelona. Mientras que Sofía rechazó el puesto y se fue a Rascafría con Adrián. Desde entonces, la carrera de Bea ha ido en ascenso, confeccionando los modelos que desfilaban por las grandes pasarelas de Barcelona. Mientras que ella... ella trabajaba de dependienta en alguna tienda de ropa, según la ciudad a la que Adrián fuese destinado.

—¿Sofi? —dijo Bea con cara de preocupación—. ¿Todo bien, cariño?

—Sí, sí, solo un poco cansada.

—¿Qué tal llevas la boda? ¿Ya tienes el vestido? ¡Me lo tienes que enseñar!

Sofía se mordió el carrillo.

—Aún no, Bea, es lo único que falta y no me decido.

—¿Pero no ibas a diseñarlo tú? —preguntó Bea haciendo que el corazón de Sofía sintiera un pellizco—. Pensé que habías comprado las telas y todo. ¡El diseño que me enseñaste era

fantástico!

Sofía intentó aguantar el tipo. Había comprado las telas, tenía el diseño del vestido y había confeccionado los patrones, pero todo había quedado guardado en el fondo del armario.

—Ya, pero no —dijo intentando tragar la bola que se le había atascado en la garganta—. Al final voy a comprarme uno. Es lo más fácil.

Bea abrió mucho la boca.

—¡No! ¿En serio? —dijo sorprendida—. ¡El diseño era precioso!

—Ya bueno, pero es lo que hemos decidido.

Bea parpadeó.

—¿Como que habéis decidido? ¿Quiénes?

—Pues quién va a ser. Adrián y yo.

—¿Adrián vio el diseño? ¿En serio?

—¿Qué tiene de malo?

—¡Pues que da mala suerte a la novia!

Sofía resopló.

—Tonterías.

Bea puso los ojos en blanco.

—¿Entonces no le ha gustado o qué?

—No es que no le haya gustado —se defendió Sofía—. Es más complicado hacerlo y es mejor que compre uno hecho y ya está.

—¡Pero bueno, este chico es tonto! —dijo Bea elevando la voz más de la cuenta—. ¡El culmen de una diseñadora de moda es hacerse su propio vestido de boda!

—Hace mucho que no soy eso.

—Bobadas. Solo estás desentrenada, seguro que si te pones...

—Bueno, ya está. No quiero hablar más del vestido. Me agobia.

Bea relajó el gesto.

—Sofí...

—Solo te llamaba porque te echo de menos.

—¡Oh, qué mona! ¡Y yo a ti! —dijo su amiga dando besos a la pantalla del móvil y sacándole, por fin, una sonrisa a Sofía—. Por cierto, ¿cómo vas de tu amnesia? ¿Has recordado algo?

—No, aún no —dijo Sofía—. Pero estoy yendo a un psicólogo.

—¿Psicólogo?

—Sí, especialista en pérdidas de memoria. Creo que antes de la boda habré recuperado la memoria. Parece que Sylvain es bastante bueno.

—¿Sylvain? ¿Qué clase de nombre es ese?

Sofía sonrió al recordar la cantidad de erres que había dicho durante la última sesión y la manera tan graciosa que tenía de pronunciarlas.

—Es francés.

—Oh, là là.

—Eres boba.

Y las dos rieron juntas.

—Bueno, cariño —dijo Bea—. Tengo que dejarte, Miguel tiene que irse a la fábrica y aún no hemos cenado. ¿Hablamos otro día?

—Claro. Dale recuerdos a Miguel.

—Hecho. Hablamos, Sofí. ¡Cuídate!

Sofía colgó con una sensación agrídulce en el pecho. Echaba de menos a Bea, una de las pocas

amigas que tenía, por no decir la única. Al final, el seguir a Adrián por los diferentes institutos a los que le destinaban no propiciaba tener muchos amigos.

Suspiró y se levantó. Sin saber por qué, se dirigió hacia la habitación que compartía con él y abrió el armario. Allí estaba. Una pequeña maleta marrón, rígida, con apenas decoración. Sus manos fueron hasta ella y la sacó del armario para depositarla en la cama. La miró durante unos segundos y, después, la abrió.

Dentro de la maleta estaban las telas, en tonos blancos, crudos y rotos, que había comprado para confeccionarse su propio vestido de novia. Pasó la mano por el encaje y sintió una punzada en su pecho que no entendió. O que sí entendió, pero que no quiso admitir. Encima de todas las telas, una pequeña carpeta. Dentro, los diseños a lápiz que había realizado con sus propias manos, junto con las medidas y con los patrones, ya recortados. Frunció el ceño cuando vio que el patrón más grande, el que correspondía a la parte del cuerpo, estaba pegado con celo. Lo cogió y sintió un dolor en la sien, mientras unas imágenes se volcaban en su cabeza. Unas imágenes que formaban parte de sus recuerdos. Unas imágenes en donde había una pelea. Adrián y ella discutían. Fuerte, acaloradamente. Ella estaba llorando, cogía el patrón que tenía en las manos y lo rompía por la mitad. Pero antes de seguir reviviendo el recuerdo, soltó el patrón dentro de la maleta y la cerró. ¿Estaría recordando la discusión que Adrián le había dicho que habían tenido justo antes del accidente? ¿Sobre qué discutirían? ¿Sería sobre el vestido de novia? Sintió un pinchazo en la sien y se acarició en ese punto para calmarse. Le dolía la cabeza después de la sesión con Sylvain y no tenía fuerzas para seguir indagando en sus recuerdos.

Una pequeña parte de su corazón anhelaba coger los pedazos de tela y coser. Recomponerlos. Unirlos formando aquel diseño que, a pesar de llevar tiempo sin pensar en él, tenía en su cabeza pensado al milímetro. Se sabía a la perfección los pasos y acciones que tenía que hacer para conseguir unir las piezas y formar aquel vestido. Pero había acordado con Adrián que el vestido sería comprado, no diseñado por ella misma. Meneó la cabeza a ambos lados con energía para volver a guardar aquel anhelo en lo más profundo de su corazón.

Cogió la maleta y volvió a colocarla en el armario. Y, sin saber por qué, recordó a aquella extraña chica que había entrado en su tienda y que le había pedido realizar un diseño único para un evento. Había obviado el misterioso encargo, aunque se había llevado los enseres de costura de la tienda a su casa sin saber por qué. Sofia había decidido no terminar el vestido y, cuando la chica francesa regresara a la tienda para pedir explicaciones, se disculparía con ella y le devolvería el dinero. Pero hoy Sofia sintió algo diferente. Sintió un cosquilleo conocido en los dedos de las manos. Ese cosquilleo que le indicaba las ganas, la necesidad de coger un pedazo de tela y coser. ¿Cuánto hacía que no cosía algo que no fueran bajos de pantalones?

Miró el reloj rápidamente. Aún quedaba una hora para que Adrián volviera a casa. Tenía tiempo si se daba prisa. Giró sobre sus pasos y fue hacia el armario de la otra habitación, donde había guardado sus antiguos diseños. Si no se distraía, en una hora lo tendría prácticamente acabado. ¿Qué había de malo en hacer una locura de vez en cuando? Nadie se enteraría. Cogió el vestido a medio terminar, su kit de costura y la máquina de coser del armario, y fue al salón dispuesta a apagar ese cosquilleo que le recorría los dedos de las manos.

Sylvain

Entró en casa y cerró la puerta con llave.

—Hola —dijo en voz alta para que su hermana lo oyera.

Una cabeza rubia asomó por la puerta de la cocina. Su hermana llevaba puesto un pantalón de chándal y una de sus camisetas para estar en casa, que la quedaba más grande de lo normal, mientras preparaba algo en una sartén.

—Hoy has llegado más tarde, hermanito. Estoy calentando las crepes.

Sylvain descolgó su chaquetón y la bufanda y los puso en el perchero de la entrada.

—He ido a ver a papá —dijo sin más.

El sonido de los trastos en la cocina cesó. Sylvain se aproximó hasta la cocina.

—¿Cómo está? —preguntó Marie de espaldas, sin enfrentarse a los ojos de su hermano.

—Igual —respondió Sylvain con las manos en los bolsillos.

Marie sacó las crepes que estaban en la sartén y las colocó en dos platos. Resopló.

—Vas a decirme que debería ir a verle —espetó Marie dolida.

—Marie...

—Sabes que no puedo, Sylvain.

—No iba a decirte nada —sentenció Sylvain serio. Hacía tiempo que no le importaba lo que hiciera o dejara de hacer su hermana con respecto a su padre. Entendía que le doliera, y lo asumía. Cada uno era libre de hacer lo que quisiera y de actuar como creyera conveniente.

—Miau...

Los dos giraron la cabeza hasta la pequeña gata negra que había entrado en la cocina y se había colocado a los pies de Sylvain.

—Podías haberme dicho que habías adoptado a ese bicho —dijo Marie con una mueca en la cara.

La gata bufó, sin moverse del sitio.

—No es un bicho, es una gata —corroboró Sylvain mientras iba hacia el armario a por comida para el animal. Se había retrasado una hora y aquella bola peluda negra ya estaba reclamando su comida.

—¿Cómo se llama?

Sylvain miró extrañado a su hermana.

—No tiene nombre.

—¿Como que no tiene nombre? —espetó Marie con los ojos muy abiertos—. ¡Tendrás que ponerle un nombre!

Sylvain giró la cabeza y volvió a mirar a la gata, que comía con su elegancia de siempre sobre el plato de comida que le acababa de servir. No salpicaba, no tiraba ni una miga fuera del plato. Jamás había visto un animal tan limpio. Pero aun así...

—No se quedará mucho tiempo —concluyó Sylvain mientras sacaba cubiertos y los ponía en la bandeja con los platos que había preparado Marie.

—¿Por qué no? —sentenció ella agachándose para acariciar el lomo del animal.

Sylvain miró cómo la gata se dejaba acariciar, mientras se deleitaba con la comida. Siempre pensó que los gatos eran animales ariscos que rechazaban cualquier tipo de caricia.

—Solo está aquí temporalmente —dijo Sylvain mientras se sentaba en una de las sillas de la cocina—. En cuanto pase un poco el mal tiempo, se marchará.

—Pobrecita... —dijo Marie poniendo un puchero mientras se sentaba al lado de su hermano—. Seguro que si vuelve a la calle cualquier macho la dejará embarazada y morirá dando a luz...

Sylvain puso los ojos en blanco.

—Eres una dramática.

—Y tú un rancio —dijo Marie—. Podrías quedártela. Te hace compañía y así no estarás tan solo.

Aquel comentario le hizo sonreír. Recordó la sesión que había tenido con Sofía y cómo habían hablado de eso mismo. De la soledad. De estar solo.

—¿De qué te ríes? —quiso saber Marie levantando una ceja.

—Hoy he hablado de eso mismo con una paciente.

—¿Del gato?

—No —dijo riendo—. De la soledad.

Marie apoyó la cabeza sobre la palma de su mano y lo escrutó con la mirada.

—¿Se siente sola?

Sylvain meditó la respuesta. ¿Se sentiría Sofía sola? Meditó la pregunta de su hermana. Conocía a Sofía de apenas unas pocas horas, pero estaba acostumbrado a averiguar más cosas sobre la gente con solo mirarla que con preguntas. Sofía necesitaba preguntas para abrirse, pero él solo necesitaba mirarla a los ojos para saber qué es lo que le ocurría. Qué ocultaba. Y la sombra que teñía sus cristalinos ojos azules indicaba que se sentía más sola de lo que ella podía pensar.

—Sí —afirmó Sylvain comiendo un pedazo de crepe.

—¿Qué es lo que le ocurre? —quiso saber Marie—. ¿No tiene amigos?

Tragó el bocado antes de responder. Odiaba hablar con la boca llena.

—No creo que sea eso. Tiene amigos, pocos. O por lo menos eso creo.

—¿Por qué ha recurrido a ti entonces?

Sylvain cogió una servilleta y se la pasó por la comisura de los labios, con una elegancia que se asimilaba a la gata.

—Tuvo un accidente de tráfico y no recuerda lo sucedido antes.

Los ojos de Marie se iluminaron como dos piedras negras.

—Seguro que consigues que recupere la memoria. Eres el mejor, hermanito.

Sylvain se levantó y recogió su plato.

—No lo dudo —dijo—. Pero hay un hándicap.

—¿Cuál?

Sylvain se apoyó contra la encimera de la cocina y observó a su hermana.

—Tengo cuatro meses para que la recupere.

—¿Solo cuatro? ¿Por qué tan poco tiempo?

—Se va a casar. Su padre, que resulta que es mi jefe, quiere que recupere la memoria antes de que dé ese paso.

—Mon dieu! —dijo Marie—. ¿Tan malo es su futuro marido?

Sylvain recordó lo que había escrito en el pequeño sobre cerrado que entregó a Sofía cuando ella quiso abandonar las sesiones. Malo no era la palabra. Las personas no se podían catalogar por ser buenas o malas, hacían acciones que podían ser buenas o malas, pero no había que poner

etiquetas. Si sus sospechas eran ciertas, Adrián tenía mucho que ver con que Sofía no pudiera (o no quisiera, mejor dicho) recordar lo sucedido. Pero tenía que hacer todo lo posible para que ella misma lo averiguara. Y hablar de ello con su hermana le dio una idea.

—Creo que acabas de darme una idea estupenda.

—¿Ah, sí?

Sylvain sonrió y recogió el plato de su hermana.

—Ajá.

—¿Y cuál es? —dijo Marie resoplando.

—Me gustaría tener una sesión con el prometido de Sofía. Creo que puede ayudar a conseguir mi objetivo de que ella recupere la memoria en tan poco tiempo, aunque...

—¿Se llama Sofía? ¡Qué nombre tan bonito! —dijo Marie sonriendo, haciendo caso omiso a su reflexión. Sylvain sabía que había llegado el momento de cambiar de tema.

—¿Cuándo tenías el evento en IFEMA?

Marie resopló y Sylvain se giró para mirarla.

—¿Por qué pareces tan abatida?

Marie volvió a resoplar, pareciendo más dramática de lo normal.

—El evento es en dos días y no tengo nada que ponerme.

—Siempre dices lo mismo.

—Esta vez va en serio... ¡Estoy desesperada!

—Seguro que encuentras algo pronto.

—Ese es el problema... —susurró Marie—. Que lo he encontrado... pero he hecho una locura.

Sylvain levantó una ceja. Algo le decía que la impulsividad de su hermana había vuelto a jugarle una mala pasada.

—¿Qué has hecho esta vez?

Marie se encogió en la silla y empezó a rascar con la uña una raya invisible de la mesa.

—Fui al centro comercial de Preciados, a ver si encontraba algo para el evento. Pero no encontré nada. O no encontré una sola cosa, vamos.

—¿No te decides entre dos vestidos? —preguntó Sylvain sonriendo—. Qué dramático...

—¡Idiota! Te lo digo en serio —dijo Marie nerviosa—. La cosa es que había una dependienta que pensaba igual que yo: ninguno de los dos nos convencía. Las dos estábamos de acuerdo en que el diseño perfecto combinaba ambas partes, los volantes de uno con la tela del otro, la cintura diferente...

Marie se calló y Sylvain se cruzó de brazos.

—¿Y? —dijo instándola a que siguiera.

—La cosa es que, no sé cómo, ella me dijo que era modista y que había diseñado un vestido con todo lo que yo le estaba diciendo.

Sylvain parpadeó.

—No sabía que las dependientas tuvieran esas capacidades.

—¡Yo tampoco! —se defendió Marie—. Pero parecía que sabía de lo que hablaba, que entendía el mundo de la costura, la moda... No era una dependienta cualquiera. Me dio la corazonada de que tenía talento. E hice una locura.

—Marie...

—¿¡Qué?! —dijo ella sonrojada—. Ya me conoces. Me emocioné como una niña pequeña, le pagué por ese vestido que no he visto, pero que creo que es perfecto para mí. Solo tiene que terminarlo y traerlo aquí.

—¿Aquí?

—Le di tu dirección para que me lo trajera, pero han pasado un par de días y no sé nada de ella. Al final tendré que repetir modelo en el evento y daré de qué hablar. Soy una completa idiota...

—Marie —le interrumpió él—. No digas tonterías. Nadie te va a decir nada. Eres una de las modelos más reconocidas de tu marca. No pasará nada porque repitas un vestido una vez.

—Pero yo quería... —comenzó Marie poniendo pucheros.

—No hagas eso —dijo Sylvain—. No te comportes como las demás modelos caprichosas. No eres así.

Marie cerró los ojos. Aquel comentario le había dolido, pero Sylvain tenía que ser sincero con ella. Su hermana no se dejaba llevar por lo que la gente opinara de ella, por eso era tan buena en su profesión. Las agencias no dudaban en contratarla porque tenía su propio estilo.

—Marie... —dijo Sylvain acercándose a ella.

—Miau...

La gata negra había subido a la mesa de un salto y estaba delante de Marie, ronroneando. Su hermana abrió los ojos y acarició a la gata, sonriendo mientras lo hacía. Sylvain no pudo evitar poner los ojos en blanco. Durante las semanas que la gata había estado con él, no había mostrado ningún ápice de cariño y, ahora que llegaba su hermana, la gata parecía otra. Era más cariñosa de lo normal.

—¿Estás intentando animarme? —le dijo Marie a la gata en perfecto francés. El animal se acercó más a ella y movió la cabeza para que siguiera acariciándola.

Sylvain sonrió y se acercó a las dos.

—¿Qué te hace tanta gracia, hermanito?

—La gata —se sinceró—. No sabía que era tan cariñosa.

—Eso es porque tú no lo eres. Y te copia. Pero esta gata es un amor. Si no la quieres me la llevo a París.

¿Sería verdad que aquella gata imitaba sus gestos? Él no era cariñoso. No tenía tiempo para el amor, para cuidar a una pareja. No conocía el amor. Lo había hablado con Sofía en su última sesión. Pero lo asumía. Era consciente de ello, y lo aceptaba. Había personas que anhelaban el amor por encima del todo. Él no tenía tiempo, se había centrado demasiado en su carrera y desde siempre no había sido muy cariñoso.

—¿Me ayudarás a encontrar un vestido bonito para el evento? —dijo Marie sacándole de sus pensamientos. Fue a responder, pero se dio cuenta de que su hermana estaba hablando con la gata.

El animalito lamió la palma de su mano en señal de respuesta y ella la acarició más.

—No te preocupes por nada, Marie —dijo Sylvain mientras apoyaba la mano sobre la cabeza de su hermana, en un gesto protector—. Brillarás en el evento, como siempre.

Miró el reloj. Pasaban cinco minutos de las nueve y media. Se alejó de la cocina mientras Marie siguió acariciando a la gata. Tenía que ducharse, como hacía cada día a esa hora.

Sofía

Estaba nerviosa. Más de lo normal. Ella no hacía este tipo de cosas. No hacía estas locuras. Se limitaba a hacer día tras día la rutina que ella misma se había impuesto de manera inconsciente. Pero, aquel día, recordar el vestido de novia la removió por dentro y sintió la necesidad de volver a coser. De volver a crear. A diseñar. De salirse de su rutina.

Por eso, cuando Sofía comenzó aquella noche a coser el vestido para la chica, no se dio cuenta de la hora, y Adrián la pilló con las manos en la masa.

—¿Sofía? —la llamó Adrián cuando entró por la puerta y no la encontró en la cocina, como siempre que llegaba.

—Mierda... —dijo Sofía sin saber si lo había dicho en alto o solo había sido un pensamiento.

Adrián entró en el salón y frunció el ceño cuando vio todo el arsenal de costura sobre la mesa del salón.

—Hola —dijo Sofía poniendo la mejor de sus sonrisas. Tenía la cinta métrica por el cuello, la tiza en la oreja y se había recogido el pelo en un moño para que no le molestara. Las mangas llenas de alfileres y los dedos con algún callo. Pero estaba feliz. Nerviosa.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Adrián sin entender, mientras se quitaba el abrigo—. ¿Es el vestido de novia?

Algo le pellizcó el corazón. Le dolía que siempre estuviera con el mismo tema. ¿Acaso no veía que era un vestido negro y no blanco?

—No. Es un vestido que estoy retocando —se justificó ella. Y cuando quiso contarle la verdad algo en su interior le dijo que Adrián no lo entendería. Le diría que era una tontería, una pérdida de tiempo. Por eso no le tembló la voz cuando dijo lo siguiente—: Es un favor que estoy haciendo a una amiga.

—¿A una amiga?

Mierda. ¿Ni siquiera sabía cómo se llamaba aquella extraña mujer y ya la estaba considerando su amiga? La maldita conversación que había tenido con Sylvain se apareció en su memoria. Si aquel estúpido psicólogo no hubiera tratado el tema de la amistad...

—Eh... sí. Es una conocida de Bea. Me ha pedido un favor y no he podido decir que no.

—Cariño... —dijo Adrián mientras se acercaba y observaba extrañado los enseres de encima de la mesa—. ¿Llevas toda la tarde con esto?

—Sí, pero acabo enseñuida. Tan solo me queda rematar la costura de...

—Cariño, no deberías perder tiempo en estas cosas —dijo Adrián intentando sonar lo más apaciguador posible—. Aún nos quedan muchas cosas por hacer para la boda.

—Quedan meses, Adrián, esto no me quita tiempo para...

Adrián cerró los ojos y chasqueó la lengua, dolido.

—Sofía, tienes que encontrar un vestido de novia. Los arreglos, las pruebas del vestido y los complementos quitan mucho tiempo.

Sofía apartó la vista dolida. Por supuesto que sabía que los arreglos llevaban tiempo. ¡Era

diseñadora de moda! Lo sabía mejor que nadie. Sintió cómo la garganta se le contraía por la congoja. Y supo que tenía que soltar lo que llevaba dentro. Por lo menos una parte.

—Ya encontré un vestido de novia —dijo Sofía mirándole seria.

Adrián parpadeó.

—Cariño... —susurró abatido—. ¿Vamos a volver a hablar del mismo tema?

Sofía se mordió el labio. Intentó buscar el valor que le salía cuando rebatía a Sylvain, cuando le contradecía y contrataba con la verborrea que tenía, pero con Adrián no le salía. No lo encontraba. Por eso calló.

—Sofía... —dijo Adrián acercándose a ella—. Si tanto te cuesta elegir un vestido de novia, puedo elegirlo yo por ti.

Apretó las manos por debajo de la mesa, notando los pliegues del vestido que estaba cosiendo. ¿Adrián lo decía en serio? La conversación con su amiga Bea apareció en su cabeza.

—Es mejor que lo elija yo. Además, Bea dice que da mala suerte que el novio vea el vestido de novia.

Adrián sonrió.

—¿En serio te crees esas cosas?

—Lo dice mucha gente.

—Son tonterías, Sofía. No creas todo lo que te dice la gente. Vamos, te ayudo a recoger todo este desastre.

Sofía tragó la bola de desdén que se había quedado en su garganta. Le dolían ese tipo de comentarios de su pareja. Que pensase que coser era una tontería, un desastre. Adrián no lo decía para hacerle daño, pero tenía la sensación de que a veces no pensaba las cosas lo suficiente. Se levantó y empezó a recoger las cosas, ordenándolas en la pequeña maleta que tenía de costura. Y recordó la sensación que le había causado ver el diseño de su vestido de novia. Y lo que había removido por dentro.

—¿Fue sobre el vestido por lo que discutimos aquella noche? —se atrevió a preguntar.

Adrián dejó de recoger las cosas, pero no se giró a mirarla. Cerró los ojos y tardó unos segundos en contestar.

—Sofía... ya lo hemos hablado... —dijo mirándola con tristeza—. No quiero recordar aquel día, me hace daño.

—A mí también, pero...

—Discutimos. Sobre la boda. Ya te lo he dicho.

Y la manera tan brusca en la que lo dijo hizo que Sofía se sintiera estúpida. Ella no se acordaba, no lo recordaba. Y Adrián parecía tenerlo tan claro...

—Hoy he recordado algo —dijo ella dubitativa.

Adrián se tensó, irguiendo la espalda, y Sofía juró que el labio inferior le comenzó a temblar.

—Ha sido un segundo. Un pequeño flashback —explicó Sofía—. Recordaba una pelea y cómo yo rompía uno de los patrones que había diseñado para mi vestido de novia.

Adrián suspiró hondo, soltando todo el aire que había retenido en sus pulmones.

—Ya te dije que el vestido de novia fue una de las razones por las que discutimos.

—Sé lo que me dijiste, pero yo no lo recuerdo...

—Cariño, ¿tenemos que tener esta misma conversación siempre? —soltó abatido—. Acabarás recordando, ahora tenemos cosas más importantes que hacer.

Adrián volvió a recoger la mesa del salón, sin tener cuidado de las pertenencias de Sofía. Y quizá aquella acción, que le dolió como si le clavaran mil agujas en su corazón, hizo que se sincerara por fin.

—He aceptado seguir con las sesiones del psicólogo.

Adrián volvió a mirarla. Estaba enfadado. O quizás decepcionado. No sabía muy bien qué era lo que veía en aquella expresión tan seria.

—Pensé que habíamos acordado que no las necesitabas.

Era verdad, lo habían acordado, pero algo en el interior de Sofía confiaba en que Sylvain la ayudaría a recordar por sí misma. Porque una parte de ella necesitaba saber exactamente qué fue lo que pasó aquella noche del accidente. Aunque fuera doloroso.

—Lo hago por mi padre —dijo Sofía, aunque no era verdad. O bueno, era una verdad a medias.

Adrián resopló, enfadado.

—Adrián... —dijo Sofía acercándose a él. Cuando Adrián se ponía así, siempre acababan discutiendo.

—Da igual, Sofía. Haz lo que quieras —bufó él—. A fin de cuentas, siempre haces lo que te da la gana sin contar conmigo.

—Adrián...

—Voy a ducharme.

Y se alejó del salón dejándola con la palabra en la boca y el corazón en un puño. ¿Era verdad? ¿Siempre acababan haciendo lo que ella quería?

Aquella noche recogió los útiles de costura y los metió en una pequeña bolsa. No volvería a sacarlos en su casa. No delante de Adrián. No quería hacerle daño, pero... algo en su interior le decía que debía acabar aquel vestido. Por orgullo. Por ella misma. Por eso se lo llevó a la tienda al día siguiente y, cuando llegó la hora del cierre, remató el vestido. Quedándose una hora más allí, sola, con sus agujas e hilos. Con su ilusión. Con su sueño no cumplido. Y cuando terminó el vestido, sintió una emoción desconocida para ella que la llevó hasta la dirección que la francesa le había dado unos días antes.

Suspiró y miró hacia el bloque de pisos de la calle Azcona. Había llegado hasta allí en metro, cargada con una bolsa que era casi más grande que ella y con los nervios a flor de piel.

Un vecino abrió el portal y la instó a pasar. ¿Qué estaba haciendo? El corazón le iba a mil. ¿Y si la dirección era falsa? ¿Y si aquella chica le había tomado el pelo? “Relájate, Sofía”, se dijo a sí misma. Si fuera una broma, no habría pagado todo ese dinero por adelantado, ¿verdad?

El vecino se apeó en el segundo piso y ella subió hasta el último. Revisó el móvil una vez más, sin encontrar ninguna llamada de Adrián, y se entristeció. Desde que habían discutido no habían vuelto a hablar, y eso le dolía. Se miró al espejo y observó su rostro. Sus ojos azules estaban apagados y rodeados por unas ojeras oscuras que ensombrecían su rostro. No tenía muy buen aspecto. Pero ahora no podía echarse para atrás. Llamaría a la puerta y le daría el vestido a la chica. Ni más ni menos. Y no volvería a hacer ninguna tontería más. Se dedicaría a la boda y a encontrar un vestido que convenciera a los dos. Después de todo, era lo que tenía que hacer por el amor de su vida, ¿no?

Sylvain

Sylvain salió de la ducha después de haber estado más de veinte minutos bajo el agua. Aquel día, después del trabajo, había salido a correr para descargar adrenalina. Pero no lo había conseguido del todo. Y sabía perfectamente lo que le pasaba. Llevaba demasiado tiempo sin sexo. Pero ahora que estaba su hermana en la ciudad, no podía permitirse traer a alguno de sus ligues a casa. *Merde*. Tenía que encontrar alguna manera de descargar el deseo sexual para volver a concentrarse al 100 % en su trabajo. Y en su padre. Quizá si llamaba a alguna mujer de Tinder...

—¡Sylvain! —gritó su hermana desde el otro lado de la puerta.

—Voy —respondió mientras se ponía unos pantalones anchos de estar por casa y se colgaba la toalla al cuello. Luego se pondría la camiseta, una vez que se secase el pelo.

Abrió la puerta y encontró a su hermana en la habitación que le había asignado, justo enfrente del baño, con dos vestidos colgados de la mano.

—¿Cuál te gusta más? —dijo Marie visiblemente nerviosa—. No me decido por ninguno... ¡Y no tengo tiempo! Mañana es el evento y...

—Cálmate, Marie —dijo Sylvain secándose el pelo con la toalla mientras observaba los dos vestidos—. El burdeos es muy elegante.

—Pero lo veo demasiado largo para la ocasión.

—Entonces ponte el plateado.

—¡La manga es demasiado larga! —dijo volviendo a meterse en la habitación mientras hacía un puchero.

—Marie, con cualquiera de los dos irás genial.

—¡Estoy desesperada!

—Marie...

No pudo continuar porque el sonido del timbre les sacó de su pequeña conversación. Se miraron extrañados.

—¿Has pedido cena? —preguntó Sylvain extrañado. Acababan de cenar los crepes y era raro recibir visitas a esa hora.

—No —respondió ella—. ¿Has llamado tú a alguna de tus amiguitas?

Sylvain puso los ojos en blanco mientras se dirigía al pasillo. Alguna vez Marie había pedido cena a domicilio y se había olvidado de que lo había hecho. En fin.

Avanzó descalzo por el pasillo y, sin mirar por la mirilla, abrió la puerta.

Sofía

Los pocos segundos que pasaron desde que Sofía llamó a la puerta y esta se abrió, fueron los más largos de su vida. Bueno, de toda su vida igual no. Pero fueron largos. Al menos para ella. Estuvo a punto de salir corriendo hacia el ascensor, como una niña pequeña cuando llama a la puerta de los vecinos para incordiar. Pero el miedo la paralizó. ¿Y si aquella chica no vivía allí? ¿Y si vivía allí y el vestido no le gustaba? ¿Y si...? No pudo seguir cuestionándose más preguntas porque la puerta se abrió de pronto y lo que se encontró sí que no se lo esperaba para nada.

Sylvain estaba en el otro lado de la puerta, semidesnudo. Sofía abrió la boca y lo miró de arriba abajo, sin creerse lo que estaba viendo. Y sin disimular. Sylvain iba solo con unos pantalones de chándal que resbalaban por sus caderas y dejaban ver más de lo necesario. Iba descalzo y la parte de arriba descubierta, solo con una toalla colgada del cuello. Sofía se quedó sin respiración. Debajo de aquellos trajes impecables que vestía su psicólogo se encontraba un hombre atlético, para nada musculado, con un poco de vello recorriéndole el pecho y el vientre hasta el triángulo que formaban sus caderas. Tenía el pelo mojado y se lo secaba con la toalla que colgaba de su cuello. Acababa de ducharse, no había duda. Y olía a limpio. A limpio y a un jabón que se le incrustó a Sofía en todo su cuerpo. Sofía sintió cómo la sangre se le acumulaba en las mejillas y le faltaba la respiración. ¿Es que acaso no había visto nunca a un hombre desnudo? ¡Por supuesto que sí! Pero hacía mucho que no mantenía relaciones sexuales con Adrián y una tenía sus necesidades. Quizá por eso sintió un cosquilleo que recorrió su cuerpo de arriba abajo cuando vio a Sylvain así. Pero no porque fuera Sylvain. Con cualquier otro hombre le habría pasado lo mismo. ¿Verdad?

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó Sofía molesta.

Sylvain sonrió relajado. Era la primera vez que sonreía de esa manera.

—¿Qué? —dijo él—. Vivo aquí.

Sofía abrió mucho los ojos. No podía ser. Se había equivocado. El mundo le estaba gastando una broma.

—Mierda, mierda, mierda... —dijo Sofía sin saber dónde meterse.

—¿Cómo sabías dónde...? —comenzó a preguntar Sylvain.

—¡¡¡No puede ser!!! ¡¡¡No puede ser!!! ¡¡¡Has venido!!! —gritó la chica que días antes había conocido en la tienda.

Pasó al lado de Sylvain como un terremoto y, agarrando a Sofía de las manos, la hizo entrar hasta el salón del apartamento de Sylvain.

—¡No puedo creérmelo! ¡Has venido! —gritó ella agarrando por los hombros a una Sofía que no daba crédito a lo que estaba pasando—. ¡¡Sylvain!! ¡Es la chica de la que te hablé! ¡La de la tienda!

Sylvain había cerrado la puerta y se había reunido con ellas en el salón. Cuando Sofía lo miró sin comprender, estaba sonriendo, con los brazos cruzados.

—Vaya casualidad —dijo el psicólogo.

Sofía quiso replicarle, preguntar. Pero se había quedado sin habla. ¿Sylvain y aquella chica se conocían? Espera un momento. Parecía que vivían juntos. ¿Estaban juntos? La chica rubia hablaba sin parar sobre el momento en que ellas se conocieron en la tienda, y Sofía solo podía mirar a Sylvain con el ceño fruncido. Ahora todo encajaba. Le había mentido. Le había dicho que no había estado enamorado nunca y resulta que, casualidades de la vida, vivía con una mujer. Otra francesa.

—¡Oh, perdóname! —dijo de pronto la muchacha, captando la atención de Sofía—. Soy una maleducada. Me llamo Marie.

—Soy Sofía —respondió conociendo por fin a la extraña.

—¡Pensé que no vendrías!

—Yo también lo pensé... —confesó ella en un susurro.

—¿Has... tú... tú has...?

Sofía parpadeó sin entender la pregunta, pero, cuando vio que Marie miraba inquieta la bolsa que ella portaba, el miedo le invadió el cuerpo. Quiso salir corriendo. Quiso huir.

—Yo... —comenzó agarrando la bolsa con fuerza—. Yo... no estoy segura de que...

—¡Enséñamelo! ¡Por favor, por favor, por favor!

Y, antes de que pudiera negarse, su cuerpo la traicionó y sacó el vestido de la bolsa. Los ojos negros de Marie se iluminaron y su boca se abrió dejando escapar un grito que dejaría sordo a cualquiera.

—¡Es justo como me lo imaginaba! —Marie lo miraba de arriba abajo, acariciaba las costuras, le daba la vuelta—. ¡Es perfecto! —Se giró hacia Sylvain, que sonreía—. ¿No crees que sea perfecto?

Sofía se tensó cuando Marie se aproximó a Sylvain con el vestido en la mano. Algo en su interior la paralizó y esperó a que Sylvain hablara. ¿Sabría que lo había hecho ella para Marie? ¿Pensaría que era un mísero trazo? Un momento... ¿Por qué le importaba la opinión de su psicólogo? Sylvain descruzó los brazos, volviendo a dejar al descubierto su pecho, haciendo que Sofía aguantase la respiración sin saber muy bien si lo hacía por ver de nuevo el cuerpo desnudo de Sylvain o por cómo él acariciaba el vestido que ella había diseñado.

—Es perfecto, Marie —dijo Sylvain con seguridad.

¿Lo era? ¿De verdad Sylvain pensaba eso de su diseño? Sofía soltó el aire a la vez que sentía de nuevo el rubor en sus mejillas.

—¡Voy a probármelo! ¡Ahora vengo!

Y Marie salió tan rápido que ninguno de los dos pudo decir nada para detenerla. Sylvain miró a Sofía mientras ella volvía a fruncir el ceño y evitaba por todos los medios mantener sus ojos sobre los de él, para no volver a ese cuerpo desnudo que tenía tan cerca.

—Menuda coincidencia —comenzó Sylvain risueño mientras se acercaba hacia ella—. Esto sí que no me lo esperaba.

Sofía dio un paso hacia atrás, sin mirarle. ¿Por qué narices se sentía tan incómoda? El recuerdo de la última sesión apareció en su cabeza. Sylvain había dicho que no se había enamorado nunca, que no había sentido amor. Y resulta que le había mentado. Si le había mentado en eso, ¿en cuántas cosas más le habría mentado?

—Yo sí que no me esperaba esto —se defendió ella cruzándose de brazos.

—¿El qué? —preguntó Sylvain divertido.

Sofía se giró por primera vez, y frunciendo el ceño se enfrentó a él. Intentaba concentrarse en sus ojos negros, en su cara, en su pelo castaño, en sus cejas pobladas. ¡Pero no podía! ¿Por qué tenía que mantener una conversación así mientras él estaba semidesnudo?

—¿Quieres hacer el favor de ponerte una camiseta? —espetó ella—. ¡No se puede tener una

conversación normal con alguien así!

Los ojos de Sylvain se abrieron como platos, haciendo que Sofía se molestara más. ¿Acaso no se había dado cuenta de que estaba medio desnudo?

—Tienes toda la razón —dijo Sylvain—, qué mal anfitrión soy. Vuelvo enseguida.

Sylvain se giró y caminó despacio. ¿Lo estaba haciendo aposta? Antes de desaparecer por la puerta, se giró hacia ella.

—De todas maneras —comenzó con una sonrisa lobuna en la boca—, ¿nunca has visto antes a un amigo sin camiseta?

—Imbécil —dijo lo bastante alto como para que Marie lo pudiera oír desde la habitación.

Y solo cuando Sylvain desapareció del salón, Sofía respiró tranquila. ¿Qué la pasaba? ¿Por qué se había puesto tan nerviosa al ver a Sylvain así? ¿Y qué narices había sido ese último comentario? En la última sesión le dio a entender que ella solo era una paciente más, que no había ninguna intención por su parte de ser amigos, aunque al principio ella creyera que sí, cuando le contó su vida privada. ¿Acaso había cambiado de opinión?

—Soy idiota... —dijo sin saber muy bien si lo había dicho en alto o solo en sus pensamientos.

—Miau...

Cuando giró la cara hacia el ruido, descubrió una gata negra preciosa. No podía ser. ¿Sylvain tenía una gata? O quizás era de su pareja, de Marie. Ese pensamiento hizo que se le calentaran las mejillas. Marie era encantadora, pero que Sylvain le hubiera mentado... Movié la cabeza a ambos lados y se agachó para acariciar al animal.

Sylvain

Sylvain salió de su habitación metiéndose una camiseta por la cabeza. No podía dejar de sonreír. Había sido una casualidad que la misma chica que había conocido su hermana fuera Sofía. Se encaminó hacia el salón recordando la expresión que había puesto ella cuando había abierto la puerta. Se había quedado sin habla, paralizada. Lo único que movió fue la cabeza, de arriba abajo, mientras le recorría con la mirada. Sylvain no se había dado cuenta de que había abierto la puerta sin camiseta, pero cuando vio cómo aquella rubita de ojos cristalinos le comía con la mirada, su cuerpo se calentó. Y tuvo ganas de agarrarla por el cuello y besarla. *Merde*. ¿Qué le pasaba? ¿Tan desesperado estaba que se excitaba con cualquier cosa? No. Con cualquier cosa no. Con la manera en la que Sofía lo miró, rectificó en sus pensamientos. Tenía que olvidarse de esa expresión lo antes posible. Necesitaba echar un polvo urgentemente.

—Listo —dijo Sylvain cuando llegó al salón. Sofía se encontraba agachada, acariciando a la gata. “¿En serio?”, pensó nada más verlas. ¿Aquel animal era cariñoso con todo el mundo menos con él? Empezaba a pensar que su hermana tenía razón y que la gata era igual de cariñosa con él, que él con ella.

—No sabía que tenías una gata —dijo Sofía con la expresión relajada.

—Lo que yo no sabía es que esa gata era tan cariñosa —confesó él acercándose.

Sofía parpadeó sorprendida, sin dejar de acariciar al animal.

—¿En serio? Esta cosita es un amor.

—Pues será con los demás, porque...

Se miraron unos segundos y, por primera vez, Sylvain sintió que no se encontraba en un duelo. Sofía parecía más relajada, aunque sorprendida. Sofía parecía más ella misma.

—¿Cómo se llama? —preguntó ella cogiéndola del suelo y levantándose para ponerse a la altura de Sylvain.

—No tiene nombre —dijo él, chasqueando la lengua. ¿Qué les había dado a las mujeres con ponerle un nombre a la gata?

Sofía frunció el ceño.

—Deberías ponerle un nombre.

—No se me dan bien esas cosas.

—Ya —dijo Sofía volviendo a la defensiva. ¿Había dicho algo mal?

Sin saber por qué, Sylvain se acercó un poco más y alargó la mano para acariciar la cabeza de la gata. Al principio notó cómo el animal se tensaba en los brazos de Sofía, pero luego se dejó acariciar.

—¿Ves como sí es cariñosa? —dijo Sofía sonriendo.

Y quizá tuvieran razón. En todo el tiempo que la gata y él habían permanecido solos, no había mostrado cariño hacia ella. Por eso no era cariñosa con él. Aquella vez, mientras la gata estaba en los brazos de Sofía, Sylvain la acarició por primera vez.

—Debería llamarse Karma —soltó Sofía.

Sylvain la miró.

—¿Por qué Karma?

Sofía sonrió.

—Karma significa la ley de causa y efecto —explicó ella—. Según esta ley, lo que haces crea una energía que luego vuelve hacia ti. Es decir, si haces algo bueno, te pasarán cosas buenas. Si haces algo malo, te pasarán cosas malas.

Sylvain comenzaba a entender la proposición de ese nombre.

—Si eres cariñoso con la gata —continuó ella risueña—, la gata será cariñosa contigo.

Le aguantó la mirada. Aquella vez Sofía no tenía el ceño fruncido, y sus ojos estaban más verdosos que otras veces.

—Me sorprende —comenzó Sylvain sin apartar la mirada de ella.

—¿El qué? —preguntó ella extrañada.

—Que sepas tanto de leyes de causa y efecto.

Y cuando lo dijo, lo hizo con una sonrisa. Sin apartar los ojos de ella. Disfrutando de la corta distancia que los separaba. Un momento. ¿Estaba tonteando con ella?

Sofía frunció el ceño y se alejó de él. *Merde*. ¿Había averiguado sus intenciones? Sofía dejó a la gata en el sofá y se giró hacia él, con el ceño fruncido y los brazos cruzados.

—A mí también me ha sorprendido.

Sylvain entornó los ojos, sin entender. Y esta vez Sofía permaneció callada, retándole de nuevo con la mirada.

—¿El qué? —dijo Sylvain cuando vio que Sofía no iba a hablar.

—Que me mintieras —soltó como si nada.

Sylvain se acercó a ella, sin darse cuenta. ¿Que le mintiera? Podía ser cualquier cosa menos un mentiroso. Y menos mentir a una paciente. Sabía de sobra que las mentiras eran el camino opuesto para ayudar en la recuperación de sus pacientes. Tanto por su parte como por la de los pacientes.

—No entiendo —dijo Sylvain.

—Me entiendes perfectamente —espetó Sofía dolida—. Eres francés, no idiota.

Ahora el que se molestó fue él.

—Sofía, nada de faltas de respeto. Dijimos que...

—¿Dijimos que...? —le imitó ella descruzando los brazos y haciendo aspavientos con los mismos—. Dijimos muchas cosas, y parece ser que muchas mentiras. Por lo menos por tu parte.

Sylvain frunció el ceño. No entendía nada.

—Dime en qué te he mentado —exigió notando cómo perdía los nervios. ¿Dónde había quedado esa atmósfera que habían creado minutos antes?

Sofía aguantó la respiración. Sylvain quiso presionarla, pero no lo hizo. Tenían que crear el hábito de contarse las cosas sin insistir. Así que esperó. Esperó hasta que ella soltó el aire y, clavándole los ojos, lo dijo.

—Me dijiste que no tenías tiempo para el amor. Que nunca habías estado enamorado. Y resulta que vives con una mujer. ¿Te crees que no me iba a enterar? Las mentiras tienen las patas muy cortas.

Estuvo a punto de romper a reír a carcajadas. Pero no lo hizo. Si lo hacía, Sofía se lo hubiera tomado como una ofensa. Y no era para menos. Sonrió levemente y levantó una ceja. Jamás pensó que Sofía diría algo así. Jamás pensó que lo diría de “esa” manera. ¿Eran celos o acaso su imaginación le estaba jugando una mala pasada? Lo que tenía claro era que había que aclarar la situación.

—Sofía...

—¡¡Me encanta!!

Sofía

Marie entró por la puerta antes de que Sylvain pudiera confesar su mentira. Y toda la concentración que Sofía había tenido en mirar mal a Sylvain se perdió cuando vio a Marie vestida con aquel vestido que ella había cosido.

—¡¡Me encanta!! ¡¡Me encanta!! —repetía Marie eufórica mientras se acercaba hasta donde estaban ellos y daba vueltas sobre sí misma.

Y no era para menos. El vestido le quedaba como un guante. La forma de la tela se ajustaba a la figura de Marie, resaltando su cintura de avispa y su pecho. Los hombros al descubierto gracias al arreglo que había hecho Sofía y el bajo del vestido por encima de la rodilla. Sofía se acercó a su bolso y sacó un pequeño neceser de costura, que guardaba siempre por si acaso tenía que hacer algún arreglo o dar alguna puntada.

—Espera un momento... —pidió Sofía mientras se arrodillaba y le ajustaba el forro del vestido—. Puedo acortarlo si te parece muy largo, solo tengo que...

—¡¡No!! ¡¡Es perfecto así!! —decía Marie emocionada—. ¡Es tal y como había soñado!

Sofía parpadeó. ¿De verdad? ¿Era tal y como había soñado?

—Gra... gracias... —susurró nerviosa.

—¿Qué hay en la bolsa? —preguntó Marie mirando hacia el sofá.

¿La bolsa? ¡Ah, la bolsa! Con todo esto de Sylvain, se le había olvidado que había traído unos zapatos y un bolso para que los combinase con el vestido. Sin levantarse del suelo, acercó la bolsa y mostró los accesorios que había elegido.

—Pensé que... —comenzó mirando a Marie desde abajo—. Pensé que podrían combinar con el vestido. Como me diste más dinero yo...

—¡¡¡Son perfectos!!! ¡¡Quiero ponérmelos ya!!

Marie se quitó las zapatillas de estar por casa y rápidamente Sofía le ayudó a ponerse los zapatos, abrochándoselos en el tobillo. Eran unos zapatos rojos, con punta, muy similares a unos stiletos, pero con tiras que se ataban en el tobillo. Cuando acabó de ponerle los zapatos a Marie, se levantó y contempló a la modelo en su totalidad. El conjunto le quedaba perfecto, y los zapatos eran el broche de oro. Pero, sin duda, lo que más le gustaba a Sofía era ver la cara de ilusión que tenía Marie.

—No me puede gustar más —dijo Marie radiante, y luego se giró hacia Sylvain, que se había sentado en el sofá. ¿En qué momento se había sentado en el otro sofá?—. ¿Qué te parece? ¿Me queda bien?

Sofía se tensó. ¿Por qué le preocupaba tanto la opinión de su psicólogo? Sylvain miró a Marie de arriba abajo y, antes de contestar, desvió la mirada hacia Sofía, dejándola sin respiración. Si Sylvain no contestaba pronto, estaba segura de que se pondría morada y se caería allí mismo por falta de aire. Sylvain sonrió y volvió a mirar a Marie.

—Es perfecto, hermanita.

El aire salió de los pulmones de Sofía, y volvió a respirar. Es perfecto. Es perfecto. Se repetía

la frase de Sylvain en la cabeza de Sofía. Eso significaba que le había gustado, ¿verdad? Un momento. ¿Qué había dicho después de “es perfecto”? No. No podía ser. Mierda. Mierda. Mierda. Mierda. ¡Era su hermana! Y por eso él la había mirado antes de responder. ¡Lo había hecho aposta! Maldito imbécil.

—*Mon dieu!* —soltó de pronto Marie sacándola de sus pensamientos—. Qué maleducada soy. No os he presentado. Sofía, este es mi hermano, Sylvain... Sylvain esta es...

—Ya nos conocemos, Marie —dijo él levantándose y acercándose hasta ellas.

—*C'est vrai?* —preguntó de nuevo Marie extrañada.

Sylvain sonrió, sin dejar de mirar a Sofía.

—Sofía es mi última paciente.

—¡No!

—Sí —dijo Sylvain asintiendo, divertido.

—¡No! —volvió a repetir Marie sin creérselo—. ¿Es la chica que se va a casar y ha perdido la memoria?

¿En serio? Pensó Sofía molesta al ver que Marie sabía demasiada información. Sylvain asintió con la cabeza y Marie se volvió hacia ella.

—¡No puedo creérmelo! —dijo gritando más de lo normal—. ¡Qué alegría conocerte!

Sofía parpadeó. ¿Se alegraba de conocerla?

—Enhorabuena por tu matrimonio —dijo Marie con una sonrisa de oreja a oreja. Un segundo después, estaba haciendo pucheros—. Y siento mucho lo de tu pérdida de memoria.

—Ah... gracias, no te preocupes —dijo sin saber qué decir.

—Estoy segura de que mi hermano te ayudará a recuperarla. ¡Es el mejor!

Sofía sonrió y volvió a mirar a Sylvain, que la observaba fijamente. Parecía divertirse con aquella situación. ¿Cómo había sido tan tonta de presuponer que eran pareja?

—Enséñame el anillo de pedida —soltó de pronto Marie—. Me encantan los anillos y, si son de compromiso, mucho más aún. El día en que encuentre novio, como no me pida matrimonio con un anillo de diamantes por lo menos, tengo claro que le diré que no.

Sofía parpadeó, mientras Marie buscaba en sus manos un anillo que no existía.

—Eh... no tengo anillo —confesó Sofía sin evitar ponerse un poco triste.

Ahora la que parpadeó fue Marie.

—¿No? Oh... bueno, yo pensé que...

Sofía se tensó. A pesar de que había pasado más de un año desde aquella cena de “no pedida” en la que Adrián y ella habían decidido casarse, le dolía recordarlo. Le hubiera gustado que Adrián fuera un poco más romántico, más detallista. Con el paso del tiempo se acostumbró a él, pero a veces recordar ciertas cosas le dolía.

—Yo...

—Marie, no incordies a nuestra invitada —dijo Sylvain entre ellas—. Es de mala educación atosigarla a preguntas. Y menos después de lo que ha hecho por ti.

Cuando Sylvain señaló el vestido, Sofía se relajó. Un poco.

—Lo siento —dijo Marie girándose hacia ella—. Mucho. He sido muy osada.

—No te preocupes —dijo Sofía—. Tu hermano es un poco exagerado, no le hagas caso.

Y cuando dijo “hermano” Sofía vio por el rabillo del ojo cómo Sylvain sonreía.

—Bueno —comenzó Sofía, fingiendo que miraba el reloj—. Se me ha hecho un poco tarde ya. Tengo que irme.

—¿Tan pronto?

—Marie... —volvió a reprenderla Sylvain.

Sofía cogió su bolso y se dirigió a la puerta. Los hermanos Arnaud la siguieron y la acompañaron hasta el pasillo.

—Bueno... —comenzó Sofía sin saber muy bien cómo despedirse. Sylvain estaba escrutándola con la mirada y Marie... Marie parecía nerviosa—. Gracias. Me marcho ya.

—¡Espera! —dijo Marie—. ¿Por qué no vienes conmigo al evento de mañana?

—¿Qué?

—¿Qué?

—No tengo acompañante —se justificó Marie—. Y necesito uno. Queda mal que una modelo como yo vaya sola. Empezarán a hablar, a especular... Y Sylvain es un aburrido y no quiere venir conmigo.

—Pero... —comenzó a decir Sofía, incrédula.

—Por favor... —siguió Marie, juntando las palmas en forma de súplica—. Soy extranjera en esta ciudad, no conozco a nadie y...

—Marie —dijo Sylvain con la voz seria. Luego se giró hacia Sofía y le aguantó la mirada. “Esta mirada no es buena”, pensó Sofía. Era su mirada de reto. De duelo. Era la mirada que se dedicaban todo el tiempo en las sesiones de psicología.

—Sofía tendrá cosas más importantes que hacer —soltó con un deje extraño—. Tendrá muchas cosas que preparar para la boda.

Ah, no. Eso sí que no. Aguantaba que Adrián la atosigara todo el tiempo con el tema de la boda. Pero... ¿su psicólogo? Sofía frunció el ceño, sin apartar la vista de los oscuros ojos de Sylvain.

—Marie —dijo Sofía sin mirarla, sin apartar los ojos de Sylvain—. Me encantaría acompañarte. Será un placer.

Marie comenzó a dar palmas de alegría y, cuando pensó que Sylvain chasquearía la lengua derrotado, este sonrió. Los siguientes dos minutos se los pasó Marie explicándole dónde era el evento, quién estaría, a qué hora quedarían para ir juntas. Pero, aunque Sofía escuchaba, no prestaba atención. ¿Por qué narices Sylvain había sonreído?

19

Sylvain

—No sabes lo contenta que estoy —dijo Marie tarareando una canción incompresible.

—Sí que lo sé —dijo Sylvain desde el sofá, leyendo un libro. Hacía menos de una hora que se había ido Sofia y su hermana no dejaba de dar vueltas por la casa emocionada.

—Es que me hace mucha ilusión el evento de mañana. Voy a captar la atención de muchos con el vestido que me ha realizado Sofia. Y, además, tengo una nueva amiga. ¿Qué más quiero?

Sylvain sonrió y volvió a centrarse en su libro. La gata, a la que extrañamente le sentaba bien el nombre de Karma, estaba a su lado, hecha una bola, mientras apoyaba parte de su espalda en el muslo de él, como si buscara contacto. Quizá su hermana y Sofia tendrían razón y aquel animal le devolvía lo que él le daba.

—Pensé que Sofia me diría que no —explicó Marie captando de nuevo la atención de Sylvain.

—Yo también lo pensé —dijo Sylvain sin evitar sonreír—. Pero sabía que al final aceptaría.

Marie parpadeó.

—¿Cómo lo supiste?

Sylvain reflexionó unos segundos, repitiendo aquella conversación en su cabeza. Habían sido solo unos minutos, apenas unas frases, pero, cuando vio a Sofia dudar, supo exactamente lo que tenía que decir para convencerla. Para animarla a que se arriesgara. A que hiciera algo diferente.

—Se supone que no puedo hablar de mis pacientes con nadie —soltó Sylvain.

Marie puso pucheros.

—¡No seas así! Esto no era una sesión. ¡Era una reunión de amigos!

Amigos. Ahí estaba la palabra que tanto efecto tenía en Sofia. Dejó el libro sobre su regazo con cuidado de no despertar a Karma y se cruzó de brazos.

—Sofía no está acostumbrada a salir de su zona de confort —comenzó Sylvain—. Apenas la conozco de unas cuantas horas, pero creo que está acostumbrada a realizar siempre la misma rutina, sin hacer nada que se salga de la norma. Sin hacer nada que no consulte antes con Adrián.

—¿Adrián es su prometido?

—Ajá.

—¿La controla? —preguntó Marie llevándose una mano a la boca, asustada.

—No. No en el mal sentido que estás pensando, Marie. Se siente cómoda así, pero no es feliz.

Marie parpadeó.

—¿Crees que en realidad no quiere venir al evento conmigo?

—No es eso, Marie —respondió convencido—. Estoy seguro de que quiere, pero le da miedo salir de su zona de confort.

Marie reflexionó unos instantes.

—Igual es feliz así. Hay gente que está a gusto haciendo las mismas cosas siempre.

—Sofía no es de esas.

Marie asintió con la cabeza. Su hermana lo conocía lo bastante como para saber que cada frase que salía por su boca era cierta. Las decía pensadas y meditadas. Jamás decía algo de lo que no

estuviera seguro o por decir.

—¿Y por qué no se lo has dicho?

—¿El qué?

—Lo que me estás contando. Igual si le hubieras explicado lo que me has explicado a mí...

—No hubiera aceptado ir a la fiesta —dijo Sylvain con una sonrisa en los labios—. Solo por llevarme la contraria a mí.

Marie abrió sus ojos negros de par en par.

—¿Por llevarte la contraria a ti?

—Ajá.

—¿Y eso por qué?

—Conmigo siente que la ataco, y su forma de defenderse es llevándome la contraria.

Marie se recostó en el otro sofá.

—No quiero que le hagas daño —dijo Marie—. Sofía me cae bien. ¡Si le haces daño te las verás conmigo!

—No se lo haré. Solo quiero ayudarla.

—¿Conseguirás que recupere la memoria antes de la boda?

Sylvain aguantó la mirada de su hermana. Aguantó cómo aquellos ojos, negros como los suyos, le suplicaban que lo hiciera. Y a pesar de que a Sofía le dolería recordar, era lo que tenía que hacer.

—Sí —respondió Sylvain sin dudar—. Aunque para eso tenga que llevarla al límite.

Sofía

Había llegado quince minutos antes de la hora que había acordado con Marie. Sylvain, anticipándose a todo, le había enviado un mensaje a Sofía con el número de teléfono de Marie para que pudieran estar en contacto. Cuando ella le escribió, Marie no tardó ni un minuto en responderle dónde y a qué hora habían quedado.

Así que allí estaba ella, ataviada con el vestido negro que ella misma había diseñado y que no se ponía desde aquella cena de “no pedida” con Adrián. Lo había combinado con unos stiletos negros, una gabardina camel que llegaba por debajo de las rodillas y unos cuantos accesorios en plata para adornar su atuendo. Se había maquillado a conciencia para aquella noche, y se había pasado más de media hora con sus pinturas. A pesar de que a diario no lo hacía, sabía maquillarse. Aquella vez se había decantado por resaltar sus labios en un rojo intenso. Máscara de pestañas y eyeliner para agrandar aún más sus ojos. El pelo se lo había alisado y caía suavemente por su espalda. Cuando salió con todo su look finalizado, puso su mejor cara al entrar en el salón, donde estaba Adrián.

—¿Y bien? —le había preguntado ella con una sonrisa de oreja a oreja. Desde que habían discutido aquella noche en la que Adrián la vio cosiendo el vestido de Marie, las cosas se habían enfriado un poco. Pero estaba segura de que un vestido ajustado, un poco de maquillaje y su perfume favorito harían que Adrián se animara esa noche y acercaran posiciones.

—¿Vas a ir así? —preguntó Adrián levantando la vista de su móvil.

La sonrisa desapareció de los labios de Sofía.

—¿Qué tiene de malo?

—Es muy oscuro, ¿no crees?

¿Oscuro? Sofía se repasó de arriba abajo.

—Es un evento de noche. Los colores oscuros predominan sobre los claros —se defendió ella encogiéndose de hombros, sin saber muy bien el tipo de remarca que él le había hecho.

—Bueno, pásalo bien, cariño.

Un rayo de esperanza apareció en el corazón de Sofía cuando oyó la palabra “cariño”. Hubiera esperado que le dijera que estaba muy guapa, muy atractiva. Incluso que le insinuase que le encantaría quitarle el vestido con los dientes y... suspiró. ¿Hacía cuánto tiempo que no mantenían relaciones sexuales? Disparó la última bala.

—¿Me acercas hasta allí? —preguntó con voz sexual—. Seguro que no dura mucho la fiesta y puedo volver pronto. Podríamos hacer algo... tú y yo.

Adrián dejó de escribir en el teléfono y la miró de nuevo.

—Hoy no puedo, cariño. Tengo que acabar de corregir los trabajos sobre la Generación del 27 de segundo y estoy muy cansado.

La luz que atisbó se apagó de repente, como si hubieran echado un jarro de agua fría sobre el último resquicio de llama de una hoguera.

—Además que la Castellana estará intransitable. Es mejor que cojas un taxi, cielo.

Cogió todo el aire que pudo por la nariz y, después de retenerlo durante unos segundos en sus pulmones, lo expulsó de golpe.

—De acuerdo. No trabajas mucho —sentenció colocándose el abrigo y dirigiéndose a la puerta.

Había cogido un taxi de mala gana y, como era de esperar, la dejó con tiempo en el lugar indicado. Estaba nerviosa. Sofía no hacía más que mirar el reloj inquieta, observando a su alrededor para ver si veía aparecer la cabecita rubia de Marie. ¿Y si al final no venía? ¿Y si se había olvidado de ella? Volvió a repasar el móvil otra vez. “Cálmate”, se dijo a ella misma. Marie parece buena chica y...

—¡Sofía! —gritó una voz inconfundible a su derecha.

Ella giró la cabeza en su dirección y todo su cuerpo se relajó cuando vio a Marie corriendo hacia ella.

—¡Perdóname! —exclamó Marie apoyándose en las rodillas para coger aire. Había venido corriendo con esos zapatos de tacón rojos, sin perder el equilibrio—. Había muchos coches y Sylvain se ha empeñado en acercarme hasta la puerta.

—Ah —exclamó ella mirando detrás de Marie. ¿Estaría cerca su psicólogo?

—¡Guau! —dijo Marie demasiado alto como para sacarla de sus pensamientos—. ¡Estás increíble! ¡Date una vuelta para que te vea!

Sofía parpadeó y, después de unos segundos en los que Marie la observó expectante, su cuerpo se movió solo, rotando sobre sí mismo para dar una vuelta completa.

—¿Ese vestido también lo has hecho tú? —preguntó Marie abriendo un poco la gabardina de Sofía para observar mejor su vestido.

Sofía asintió con la cabeza, muda. ¿Cómo lo sabía? Oh, no... un pensamiento cruzó su mente y se tensó. ¿Tan mal estaba cosido el vestido que parecía hecho por una principiante?

—¡Es impresionante! ¡Me encanta! —dijo Marie—. ¿Por qué no te dedicas a esto como una profesional? ¡Eres buenisima!

Parpadeó, sin estar segura de si había escuchado bien a Marie. Antes de que pudiera asimilar la información, Marie la cogió del brazo y avanzó con ella hasta la parte de atrás.

—Ven, vamos. Tenemos que entrar por detrás, dejaremos los abrigos y luego haremos la pasarela hasta el interior del recinto, donde será el evento.

Sofía paró en seco.

—¿La pasarela?

—Sí. Es como una especie de alfombra roja donde...

—¿Una alfombra roja? No, no, no... Yo no puedo entrar ahí, Marie. Yo no soy nadie.

Ahora la que parpadeó varias veces fue Marie.

—Claro que eres alguien. Eres la diseñadora de mi vestido. Habrá mucha gente que se interese por mi atuendo, y no todo el mundo tiene la oportunidad de acudir a un evento así con su propio diseñador.

Sofía dio un paso hacia atrás, asustada.

—¿Tu propio diseñador?

Marie sonrió y volvió a cogerla del brazo, poniéndose en marcha de nuevo.

—Claro —giró la cabeza para mirarla y guiñarle un ojo—. Eres mi propia diseñadora y de nadie más. Serás la novedad.

—Yo... no estoy acostumbrada a...

—Tranquila, saldrá bien. No te dejaré sola ni por un momento. Y hablaré yo todo el tiempo.

Marie hablaba con tanta seguridad que parecía que lo decía en serio. ¿En qué lío se había metido?

Lo siguiente que ocurrió pasó demasiado deprisa para que Sofía lo pudiera asimilar sin más. Como Marie había dicho, entraron por la puerta de atrás donde un guarda de seguridad les estaba esperando para indicarles a dónde tenían que ir. Dejaron los abrigos en el ropero y se encaminaron hacia lo que Marie había denominado alfombra roja. Y entonces empezó un cúmulo de flashes, de luces y alboroto por todos lados. Otras modelos desfilaban ante los periodistas y posaban con sus vestidos de infarto, pero Marie no. Marie era diferente. Ella iba hablando todo el rato con Sofía, haciendo que se relajara. En ningún momento posó para los periodistas, pero sí hablaron con ella. Era como que todos la esperaban.

—Marie Arnaud, hacía meses que no la veíamos por Madrid, ya la echábamos de menos.

—¡Marie, Marie! ¿Quién es la joven que le acompaña? ¡Es la primera vez que la vemos acompañada!

—Señorita Arnaud, está usted espectacular con ese vestido.

Marie les dedicó una sonrisa de oreja a oreja y se acercó a ellos sin soltar a Sofía, que no sabía dónde meterse.

—Yo también os echaba de menos, chicos —confesó ella—. He tenido unos meses un poco complicados en París, pero ya tenía ganas de volver a España.

—¿Quién es la joven que le acompaña? —preguntó de nuevo el periodista que había formulado antes la pregunta.

Marie atrajo a Sofía a su lado.

—Me alegro de que me lo pregunten —dijo ella, colocando un brazo en la espalda de Sofía para que se tranquilizara—. Es una muy buena amiga mía que, además, ha diseñado el precioso vestido que llevo hoy.

Los periodistas empezaron a hacer fotos a Sofía y al vestido de Marie, mientras hacían más preguntas. Pero Sofía ya no escuchaba. ¿Marie había dicho que era una buena amiga suya? ¿Tan pronto? ¡Apenas se conocían de una semana! Se sonrojó y miró a Marie mientras hablaba con los periodistas, sin evitar sonreír. Que aquella rubia alocada la considerara su amiga le hacía feliz.

—Señorita, por favor —dijo un periodista captando su atención—. ¿Para qué diseñador trabaja? ¿Con qué marcas suele trabajar? Parece demasiado joven y nunca la habíamos visto por aquí.

—Yo... —comenzó Sofía nerviosa sin saber qué decir.

—Es freelance —sentenció Marie a su lado con la mejor de sus sonrisas—. Creo que debemos dar una oportunidad a los talentos ocultos que hay entre los jóvenes.

—Señorita Arnaud, una última pregunta...

—Disculpennos —dijo Marie dando un paso atrás, agarrando del brazo a Sofía—. Tenemos que entrar. Muchas gracias por vuestro tiempo.

—¡Gracias a usted, señorita Arnaud!

Siguieron andando hasta el final de la alfombra roja donde otro guarda de seguridad les indicó el camino. Marie no soltó en ningún momento a Sofía, y eso la reconfortó más de lo que jamás se hubiera podido imaginar.

—¿A que no ha sido para tanto? —dijo divertida Marie mientras le guiñaba un ojo—. Ahora vamos adentro, que me muero de hambre. ¡Aquí hacen unas tartaletas para chuparse los dedos!

Entraron en una sala enorme decorada con una gran cúpula central que dejaba traspasar la oscuridad de la noche. Estaba todo decorado con pequeñas bombillas blancas que iluminaban todo el espacio. Era espectacular. Sofía jamás había visto nada igual.

—Gracias —dijo Marie cuando un camarero pasó a su lado y les ofreció una copa de champán—. Pruébalo, te va a encantar. Está muy dulce.

Y era verdad. Sofía no era mucho de bebidas alcohólicas, pero aquel vino espumoso estaba exquisito. Y entraba solo.

—Venga vamos, voy a presentarte a unos conocidos.

Y, cogida del brazo de Marie, se mezclaron con la multitud.

Sofía

—¿Lo estás pasando bien? —preguntó Marie mientras daba otro pequeño sorbo a su copa.

—Esto es increíble —respondió Sofía, imitando su gesto. Empezaba a estar un poco contentilla. Ya llevaba algunas copas de champán, pero se las había bebido sin darse cuenta.

Había perdido la noción del tiempo, pero se lo estaba pasando como nunca. Marie le había presentado a algunos modelos, diseñadores de moda, maquilladores... y todo el mundo se interesaba por el vestido que ella había diseñado para Marie. Estaba viviendo un sueño.

—Gracias por traerme —dijo Sofía, con las mejillas ardiendo.

Marie sonrió.

—Gracias a ti por venir. Es mucho más divertido que venir sola. Y, además, todo el mundo está encantado contigo. Tu vestido está causando furor.

Sofía apartó la vista.

—No es para tanto...

—¿Por qué no te has dedicado a ello? —preguntó Marie poniéndose seria—. Tienes mucho talento como para ser solo dependienta en una tienda...

Sofía la volvió a mirar. Aquella pregunta le dolía. No porque se la hiciera Marie, sino por la decisión que ella había tomado hace años al seguir los pasos de Adrián, en lugar de los suyos propios. Bebió otro sorbo de champán.

—Cuando terminé los estudios me fui con Adrián a un pueblo alejado de cualquier gran ciudad. Adrián había obtenido una plaza como profesor y yo me fui con él.

—Bueno... —comenzó Marie—. Todavía no es tarde. Puedes dedicarte a ello si quieres. Yo podría ayudarte con los contactos. Conozco a mucha gente que...

—Gracias, pero no es necesario —dijo Sofía tajantemente. No quería que Marie siguiera hablando de eso. No quería que le metiera pájaros en la cabeza. Había tomado esa decisión hace años y era feliz así. ¿Verdad?

—Siento si te he incomodado —dijo Marie—. A veces soy un poco bocazas...

—No te preocupes —dijo Sofía, sintiéndose mal. A fin de cuentas, Marie la había invitado a pasar la noche con ella y hacía mucho tiempo que no se sentía tan bien como aquella noche—. Perdóname a mí si a veces... soy un poco borde.

—No eres borde. Me pareces una chica adorable.

Aquello la sorprendió.

—Gracias...

Marie sonrió y terminó su copa. Automáticamente, un camarero apareció a su lado y ofreció otras dos copas a las chicas.

—¿Cómo estás? —preguntó Marie mirando fijamente a Sofía—. Sylvain me contó lo del accidente.

Sofía frunció el ceño al escuchar el nombre de Sylvain y se preguntó por qué había contado algo así a su hermana. Esperaba que Marie fuera la única a la que se lo hubiera contado.

—Bien —dijo Sofía—. Fue hace casi tres meses y ya me he recuperado por completo. Tuve suerte y no tengo secuelas, salvo... bueno, la pérdida de memoria.

—¿Recuerdas cómo fue? Tuvo que ser muy duro...

—Fue un accidente de tráfico. Parece ser que choqué de lado con un camión y di vueltas de campana. Me di un golpe bastante fuerte en la cabeza y por eso no recuerdo lo que pasó en el accidente ni... los días anteriores.

—¿Nada de nada?

Sofía meditó un momento. Lo único que había conseguido recordar fue una pequeña imagen en la que Adrián y ella discutían, y ella acababa rompiendo un patrón de lo que sería su vestido de novia, pero... antes de que el recuerdo siguiera fluyendo, de alguna manera, se esfumó.

—Nada.

Marie hizo un puchero.

—Lo siento mucho...

—No te preocupes.

—Sylvain conseguirá que recuperes la memoria. Es el mejor...

—...neuropsicólogo de Madrid —finalizó Sofía por ella.

—¡De todo el mundo!

Rieron las dos.

—De todas formas... —comenzó Sofía—. Para recordar una discusión con Adrián, casi que prefiero no recordarlo. Las discusiones no me gustan.

—Igual era una discusión importante.

Sofía parpadeó.

—Él dice que discutimos sobre la boda. Sobre el vestido de novia y eso...

—¿Y tú le crees?

Aquella pregunta le pilló por sorpresa y le molestó un poco. ¿Cómo no iba a creer a la persona con la que había compartido su vida durante los últimos ocho años?

—Sí. ¿Por qué no iba a creerle?

Marie se encogió de hombros.

—A mí un chico que no le regala un anillo de compromiso a su novia... no me da buena espina. Y más si la chica lo desea tanto como tú.

Sofía sonrió, divertida por el comentario de Marie. Pero cuando vio que lo decía en serio, dejó de sonreír.

—Es que... Adrián es así —justificó ella.

Marie frunció los labios y apoyó un dedo sobre su barbilla, pensativa.

—¿Él está de acuerdo con que un psicólogo te ayude a recordar?

Sofía parpadeó.

—Bueno... —Bebió de nuevo un sorbo de su copa, empezaba a notar los efectos del alcohol en su cuerpo y estaba un poco mareada—. No mucho.

—Entonces igual lo que te ha contado que pasó aquella noche no es verdad.

Sofía tuvo que agarrarse a la barra del bar en la que estaban apoyadas para no caer hacia atrás. ¿Realmente era por eso por lo que Adrián no quería que Sofía fuera al psicólogo? No era por tema de dinero porque al final las sesiones las pagaba su padre, pero... Movié la cabeza a ambos lados, intentando apartar los pensamientos negativos de su mente. Pero no pudo. Algo le dolía dentro.

De repente el teléfono de Marie vibró en su diminuto bolso.

—*Oh, merde!* —exclamó ella—. Es mi hermano. Seguro que me llama para venir a buscarnos.

—Chasqueó la lengua—. Voy a salir fuera un momento y ahora vuelvo, que aquí no oigo nada.

Sofía asintió y apuró la copa mientras su amiga desaparecía entre la multitud. Sintió un vacío en el estómago al pensar en Adrián. ¿Por qué él no la había llamado para ir a buscar por la noche, como Sylvain hacía con su hermana? Los ojos empezaron a picarle y los cerró fuertemente. Cuando los volvió a abrir, tenía una copa de champán frente a ella, sujeta por una mano varonil.

—Hola —exclamó el hombre.

Sylvain

Cerró la puerta de su Maserati con más fuerza de lo normal. Había encontrado sitio en la calle Dublín, a pesar de que no había plazas de aparcamiento cerca. Por lo menos, eso, encontrar sitio a la primera, había salido bien.

Sylvain estaba enfadado. Muy enfadado. Se cerró la gabardina por el cuello mientras avanzaba por la calle en dirección al edificio donde estaban su hermana y Sofia. Cuando la había acercado hacía más de cinco horas, Marie le había prometido que estaría pronto en casa. Como muy tarde a las dos de la mañana. Y que cogerían un taxi las dos, se aseguraría de que Sofia llegaba bien a su casa y luego volvería a su apartamento. Pero cuando dieron las tres de la mañana y Marie no había dado señales de vida, se preocupó. Demasiado. Por eso la llamó hecho un basilisco y, aunque al principio no la oyera bien debido a la música, consiguió hablar con su hermana.

—¿Se puede saber dónde estáis? —le gritó a ella cuando descolgó el teléfono.

—Seguimos en la fiesta, ¿qué ocurre? —respondió Marie extrañada. Se oía menos la música y Sylvain supuso que su hermana había salido fuera para poder escucharle mejor.

—Son más de las dos de la madrugada.

—¡¿Ya?! —gritó Marie—. ¡Se nos ha ido el tiempo volando!

Sylvain resopló enfadado.

—Ahora mismo cogemos un taxi y vamos para casa —respondió Marie—. Voy a buscar a Sofia, que sigue dentro. En media hora estoy allí.

—Voy a buscaros.

—No hace falta, Sylvain.

—Sí. Sí hace falta. Ya me he desvelado. En veinte minutos estoy allí.

Y colgó antes de que su hermana pudiera replicar. En verdad no se había desvelado. Ni siquiera llegó a dormir aquella noche. ¿Por qué siempre tenía que preocuparse tanto por su hermana? Ya era mayorcita.

Volvió a resoplar cuando vio que las chicas no se encontraban en la puerta, tal y como deberían haber estado. ¿En serio? ¿Tenía que entrar a por ellas como si fuera su padre? Se acercó hasta el portero, mientras sacaba de la cartera su identificación. Juraría que no era la primera vez que veía al hombre.

—Buenas noches. Vengo a buscar a Marie Arnaud —espetó con cara de pocos amigos mientras levantaba su pasaporte.

El guarda de seguridad lo miró extrañado durante unos segundos, pero luego se apartó de la puerta sin decir absolutamente nada. Sí, estaba claro que no era la primera vez que se veían en este tipo de eventos porque le había dejado pasar.

Sylvain entró con paso decidido y se mezcló con la multitud. La sala estaba abarrotada. Había muchas personas, gente conocida a un lado y a otro. Modelos, diseñadores, maquilladores. Pero ni rastro de su hermana ni de Sofia. Frunció el ceño molesto. Sacó el móvil con la esperanza de tener algún mensaje de su hermana que le avisara de que estaban fuera, como él les había pedido. Pero

nada. No había nada. Chasqueó la lengua, malhumorado, se desabrochó la gabardina y avanzó hasta el final de la estancia, hacia la barra principal. Quizá allí encontraría algo. Y vaya si lo encontró.

Como si se hubiese quedado paralizado por la visión, dejó de avanzar. Allí estaba ella. Sentada en un taburete, al lado de la barra. Despreocupada, sonriente. Siendo ella misma. Sofía estaba preciosa. Su larga melena rubia ya no estaba alborotada, estaba peinada a la perfección, brillante y sedosa. Sus ojos estaban marcados por un maquillaje que no les hacía parecer tan separados. Y la boca. Llevaba la boca pintada de rojo, que destacaba sobre el vestido negro. Jamás pensó que un sencillo vestido pudiera sentar tan bien a una mujer.

Sonrió sospechando que, seguramente, aquel vestido lo habría diseñado ella misma. Un momento. ¿Y esas piernas? ¿Desde cuándo su última paciente tenía esas piernas? Largas, estilizadas, que remataba con unos tacones de infarto que quitaban la respiración a cualquier hombre. Incluso a él.

Dio un paso en su dirección y se detuvo de nuevo cuando vio que estaba hablando con alguien. Era un hombre rubio, elegante, que sostenía una copa con el brazo que tenía apoyado en la barra. Y se acercaba mucho para hablar con ella. Demasiado. ¿Sería Adrián? No. Con Adrián hubiera estado de otra manera.

Ni siquiera se dio cuenta de que estaba apretando los puños hasta que el móvil vibró en su bolsillo del pantalón. Sacó su Smartphone para leer un mensaje:

Marie:

Estoy en el baño. En cinco minutos salimos fuera. *Désolé.*

Chasqueó la lengua. Su hermana siempre hacía lo mismo. Siempre se retrasaba. Aunque para ella era algo normal, puesto que la impuntualidad estaba de moda entre las modelos más célebres. En fin... Guardó el teléfono de nuevo en el pantalón y decidió salir fuera a esperarlas. Pero cuando echó un último vistazo a Sofía y vio cómo aquel hombre agarraba su muslo, su mente se colapsó. Se nubló.

—Ah, no. Por ahí sí que no.

Y con la rabia fluyendo en su interior y un sentimiento que no logró entender, Sylvain se encaminó hacia la barra.

Quizá fuera porque se había pasado con las copas de ese champán tan rico que Marie le había dado a probar al principio. O quizá fuera porque, después de la conversación con Marie sobre Adrián, se sentía triste. Y sola. La cabeza se le había llenado de pensamientos negativos sobre su relación. ¿Sería verdad que lo que Adrián le había dicho sobre la noche del accidente era mentira? ¿Estaba ocultándole algo? No quería pensar más. No quería sentirse tan triste. Por eso cuando aquel hombre rubio, alto y trajeado se acercó a ella para invitarla a una última copa, no se negó.

—No te he visto nunca antes por aquí —dijo el hombre con una sonrisa perfecta. Era muy guapo. Bastante atractivo. El traje oscuro le quedaba como un guante, pero no mejor que le quedaban los trajes a su psicólogo. Un momento. ¿Por qué estaba pensando en el francés?

—Es que es la primera vez que vengo —respondió Sofía intentando concentrarse en la conversación

—Espero que no sea la última.

“Yo tampoco”, pensó ella dando un sorbo a su copa. Y no por él. Se lo estaba pasando bien. Tendría que darle las gracias a Marie cuando volviera del baño. Espera. ¿Acaso no le había dado ya las gracias? Se rio entre dientes. Porras. Estaba un poco borracha.

—El vestido que llevas es maravilloso —soltó él, haciendo que se le iluminaran los ojos.

—Lo he diseñado y hecho yo misma —dijo Sofía orgullosa.

—¿En serio? Tienes mucho talento.

¿De verdad lo pensaba aquel extraño? Sintió cómo el calor se instaló en sus mejillas. Era la primera vez que tanta gente alababa su trabajo. El sentimiento de orgullo desapareció enseguida cuando Adrián cruzó su mente. ¿Por qué él no admiraba lo que ella hacía? ¿Acaso era el único que no lo veía?

—Gracias —dijo Sofía sin evitar sonar un poco apagada.

—Lo digo en serio —respondió el extraño acercándose más a ella. Él estaba de pie y ella estaba sentada en un taburete, con las piernas cruzadas. Y, como era tan alto, tenía que agacharse para que pudiera oírla con la música—. El vestido es perfecto. Y tú eres preciosa.

Sofía parpadeó. Preciosa. ¿Hacía cuánto nadie le decía que era guapa? Sintió un pinchazo en el pecho y una mezcla de sentimientos. Tristeza porque su pareja hacía tiempo que no le decía algo así y un poco de alegría por recibir ese tipo de alabo. A veces una chica necesitaba que de vez en cuando le recordaran lo bonita que era. Independientemente de si ella lo creía o no.

—Espero que no estés intentando ligar conmigo, amigo —respondió ella levantando una ceja—. Estás hablando con una mujer prometida.

El rubio echó su cuerpo hacia atrás y se rio, divertido.

—Tan solo estamos hablando, preciosa —volvió a repetir—. De todas maneras, no podía imaginarme que estabas comprometida. No he visto ninguna alianza en tu mano.

Maldita sea. ¿Acaso todo el mundo tenía que fijarse en si tenía anillo de pedida?

—Bueno, es que mi novio... —comenzó diciendo, pero se mordió la lengua para no decir algo parecido a: “es un poco pesetero”, “es un soso”, “no le van esas cosas”.

El rubio sonrió misteriosamente y aproximó su cara a escasos centímetros de la suya. Sofía se quedó sin respiración cuando notó una mano sobre su muslo.

—Tampoco pasa nada por mantener una conversación interesante con alguien, ¿no? Podríamos ser amigos.

¿Amigos? ¿Qué significaba aquello? Antes de que pudiera responder, una sombra apareció a su lado.

—Por fin te encuentro —dijo una voz remarcando las erres.

El rubio se separó de ella en el momento en el que Sylvain le rodeó la cintura con un brazo.

—Ya nos veremos —dijo el rubio guiñándole un ojo, mientras se alejaba de la barra.

Sofía levantó la vista y miró a Sylvain, que observaba cómo su nuevo amigo se mezclaba con la multitud.

—Nos vamos —soltó Sylvain serio.

—¿Qué? No podemos irnos, estoy esperando a Marie —se justificó ella levantándose del taburete y tambaleándose en cuanto sus pies tocaron el suelo—. Además, ¿qué estás haciendo tú aquí?

—He venido a buscaros —respondió Sylvain todavía más seco que la vez anterior. Agarró a Sofía por el codo y comenzaron a andar—. Vamos a por tu abrigo.

—No podemos irnos —dijo Sofía frunciendo el ceño—. Tengo que esperar a Marie. Además, ella tiene la ficha del guardarropa.

Sylvain cerró los ojos y se pasó los dedos por uno de los párpados, buscando calma. Sofía se fijó en que no llevaba gafas. ¿Solo las llevaría para las sesiones?

Sylvain sacó el móvil y comenzó a escribir.

—¿Qué haces? —preguntó Sofía molesta.

—Nos vamos —dijo guardando el móvil de nuevo en sus pantalones—. Esperaremos a Marie fuera. Ella recogerá tu abrigo. Necesitas que te dé el aire.

Y no le dio tiempo a replicar. Sylvain la volvió a sujetar por el brazo y la condujo entre la gente a la salida del local.

Sylvain

—*Pas posible!* —gruñó Sylvain en cuanto salieron a la calle. Estaba diluviando.

—Si hablas en francés no entiendo lo que dices —se quejó Sofía a su espalda, mirándole con el ceño fruncido.

Sylvain volvió a cogerla del brazo y la condujo a un lateral. La cornisa les cubriría lo bastante para que no se mojasen. Además, desde esa posición verían a Marie cuando saliera. Confiaba en que su hermana no tardara mucho. Le había enviado un mensaje diciéndole que cogiera el abrigo de Sofía y saliera afuera, donde ellos la esperarían. Sofía necesitaba tomar aire. Algo le decía que había bebido demasiado.

—Me lo estaba pasando bien —comenzó a decir ella con cara de pocos amigos, apoyando su espalda contra la pared y cruzándose de brazos—. Quería quedarme más en la fiesta.

—Ya. —Fue lo único que dijo Sylvain. Estaba irritado. Cabreado. Odiaba que las cosas no salieran como él había planeado. Se suponía que Marie y Sofía debían salir antes de la fiesta, no ahora. Y se suponía que Sofía no debía haber dejado que aquel tipo... No. Para. ¿En qué narices estaba pensando?

—Eres un aguafiestas... —dijo Sofía, picándole de nuevo.

Sylvain fue a replicar, pero cuando giró la cabeza para hacerlo y la vio tiritando de frío, las palabras murieron antes de que las pronunciara. Entonces se colocó frente a ella y se despojó de su gabardina.

—Toma —dijo Sylvain mientras la atraía hacia él para separarla de la pared y le colocaba la prenda por encima de los hombros.

Sofía levantó la vista y lo miró sorprendida.

—¿Tú no tienes frío?

—No.

Ninguno de los dos se movió. Sylvain metió las manos en los bolsillos de su pantalón vaquero y se quedó inmóvil frente a ella. No es que aquella noche hiciera especialmente frío, pero la temperatura no era del todo agradable. A pesar de llevar un jersey fino de cuello redondo, él no tenía frío. El cabreo y la rabia le hacían estar en calor. En cualquier otro momento, hubiera descargado su frustración contra ella, pero había dedicado muchos años a mantener a raya su autocontrol. A decir las cosas de otra manera, sin explotar. Sylvain mantuvo la mirada a Sofía y, antes de que pudiera inculparle algo, las palabras murieron en su garganta. Sofía lo miraba diferente, sin el ceño fruncido, como solía mirarlo. Tenía los ojos más azules que nunca, brillantes. Vidriosos. Un poco enrojecidos. Y lo peor de todo era que parecía estar a punto de romperse.

—Sofía.

Ella apartó la mirada y se sorbió la nariz. ¿Estaba llorando?

—Me lo estaba pasando bien en la fiesta —volvió a repetir Sofía con la voz queda.

No parecía decirlo triste, parecía decirlo enfadada. Sylvain apretó los puños en los bolsillos de

su pantalón, tenso. *Merde*. Era psicólogo y debería saber cómo hacer que una persona dejara de estar triste, pero con Sofía era difícil. Muy difícil.

—Sofía...

—Eres un aguafiestas —espetó ella mirándolo desde abajo durante una fracción de segundo. Luego apartó la vista de nuevo—. Estaba conociendo a gente, haciendo amigos...

¿Haciendo amigos? Sylvain se tensó, aguantando la respiración todo el tiempo que pudo hasta que el aire le quemó en los pulmones.

—Si te refieres al hombre con el que estabas hablando, ese no tenía ninguna intención de ser tu amigo —espetó serio, sin saber por qué no había pensado la frase antes de soltarla por la boca.

Sofía levantó la cabeza y entrecerró los ojos, visiblemente irritada.

—¿Y tú qué sabrás?

Sylvain levantó una ceja, molesto.

—Soy un hombre. Y sé perfectamente cuándo otro hombre busca amistad o busca otra cosa.

Sofía apartó la mirada y volvió a sorber por la nariz. Se encogió más en la gabardina, con los brazos cruzados y la espalda apoyada en la pared.

—Ya. Claro. Sobre todo, tú, que tienes muchos amigos.

Ahí estaba. Las piezas del rompecabezas empezaron a encajar y Sylvain supo por qué Sofía estaba tan molesta con él. La culpa la tenía la maldita palabra. Amistad. Sofía se sentía sola, y cuando él le abrió la puerta en la última sesión para que fueran amigos, la cerró de golpe al llamarla “paciente”. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Se acercó un poco más a ella.

—Él solo estaba siendo amable conmigo —espetó ella encogiéndose contra la pared, sin mirarlo.

—Aquel hombre solo quería llevarte a la cama, Sofía.

Ahora sí que levantó la vista, y sus ojos se volvieron a encontrar. Se volvieron a retar.

—No tienes ni idea de...

—Oh, sí. Claro que la tengo —dijo Sylvain, acercándose un poco más, quedando a escasos centímetros de ella—. Solo me ha hecho falta ver cómo te miraba o cómo te tocaba para saber sus intenciones contigo. Y ninguna de ellas pasaba por ser tu amigo.

Sofía parpadeó. Ya no fruncía el ceño, aunque sus ojos seguían brillantes y sus mejillas ligeramente coloradas.

—Tan solo estaba... tan solo... —dijo nerviosa, respirando con dificultad—. ¡Solo nos estábamos conociendo! En ningún momento me ha dicho que...

—¿Que quiere acostarse contigo? —cortó Sylvain molesto, acabando la frase por ella—. Por favor, Sofía. ¿En serio piensas que...?

—¡No soy idiota! —gritó nerviosa, volviendo a fruncir el ceño. Parecía estar a punto de romper a llorar—. ¡Solo estábamos hablando! ¡Nos estábamos conociendo! ¡Estaba alabando el vestido que había hecho para Marie! ¡Y mi propio vestido! —dijo señalando su cuerpo y corroborando las especulaciones que había hecho Sylvain sobre si aquel entallado vestido negro era obra suya o no—. ¿Tan malo es que sean amables contigo? ¿Tan malo es que un chico te diga que eres preciosa?

Sylvain sostuvo la mirada de Sofía, que dejó de parpadear. Estaba seguro de que, si lo hacía, las lágrimas saldrían de sus ojos sin control. Cada frase que salía de su boca, de su corazón, le daba pistas sobre lo que realmente ocultaba Sofía. Aquella mujer estaba más rota por dentro de lo que en un principio había pensado. Por el amor de Dios, ¿qué coño le había hecho Adrián? ¿Qué se había hecho a ella misma? Llevado por la rabia interior que sintió en ese momento, Sylvain sacó las manos de los bolsillos, la agarró por los hombros e inclinó la cabeza para que le escuchara mejor.

—Escúchame bien. Nadie, Sofía, nadie tiene derecho a hacerte dudar nunca de ti misma. Eres mucho más de lo que crees que realmente eres. Y no tienes que seguirle el juego a un tío simplemente porque te diga que eres preciosa. Lo eres y punto. Eres preciosa, Sofía. Por dentro y por fuera. No necesitas que un imbécil como él te lo diga para creerlo. Tienes que creer en ti misma.

Sofía lo miró sin parpadear. Sylvain le sostuvo la mirada, su particular reto, pero esta vez el que fruncía el ceño era él, y no ella. Estaba molesto, enfadado, y todo lo que había dicho lo había dicho de corazón. Sofía comenzó a temblar. Sylvain lo notó porque seguía sujetándola por los hombros. ¿Tenía frío? La respiración de Sofía se aceleró y lo que pasó a continuación sucedió tan deprisa que Sylvain no tuvo tiempo de reaccionar.

Sofía sacó los brazos de debajo de la gabardina y agarró el cuello del jersey de Sylvain, atrayéndolo hacia ella. Cuando apenas quedaba un centímetro entre ellos, Sofía acortó la distancia y juntó sus labios con los de él, dándole un beso. Un beso que pilló totalmente desprevenido a Sylvain, pero no a su cuerpo, que reaccionó con un latigazo en la entrepierna, poniéndosela dura en cuestión de segundos. *Merde*. Los labios de Sofía eran suaves, fríos y carnosos. Ella había cerrado los ojos y dos lágrimas caían por sus mejillas, con forma de arrepentimiento. Esto no estaba bien. Hasta él lo sabía. Era un completo y absoluto error. Sofía era la hija de su jefe. Sofía iba a casarse en unos meses. Estaba prometida. ¿Entonces por qué lo estaba besando? Antes de que Sylvain pudiera reaccionar, Sofía acabó el beso y volvió a mirarlo, sin apartar las manos de él. Sus ojos estaban más azules que nunca, vidriosos, afligidos.

—Yo... —comenzó ella agobiada, respirando con dificultad.

Quizá fuera porque su erección le apretaba demasiado en el pantalón y necesitaba el contacto con una mujer. O por la manera en la que Sofía lo miraba, de manera especial, como si solo existiera él en ese momento. O puede que fuera por el recuerdo del sabor de sus labios, que se había quedado en su boca y en su cabeza incrustado como una droga para él. Pero Sylvain perdió el control de su cuerpo, dejó de sujetarla por los hombros para agarrarla por la nuca y la besó de nuevo, pillándola desprevenida.

Sofía

¿Qué había hecho? No. ¿Qué estaba haciendo? ¿Había perdido la cabeza o qué? ¡¡Había besado a su psicólogo!! ¡¡A su psicólogo!! Pero lo peor de todo no era eso. Lo peor de todo era que Sylvain le había devuelto el beso. Y menudo beso.

Cuando se separó de él, arrepentida y con los labios palpitándole por la sensación de calor del beso, Sylvain la agarró de la nuca, la empujó contra la pared y la besó de nuevo. Quiso replicar, quiso decirle que había sido un error, que aquello no estaba bien. Pero cuando abrió la boca, Sylvain aprovechó para meterse dentro de ella, buscando el contacto con su lengua y haciendo que le temblaran las piernas por aquel beso. Jamás nadie la había besado así. Con tantas ganas. Con tanta pasión. Como si le fuera la vida en aquel beso. Estaba segura de que, si no hubiera estado atrapada entre la pared y el cuerpo de Sylvain, le hubieran fallado las piernas y se hubiera caído al suelo. Porque sí, porque Sylvain la estaba apretando contra él. Un momento. ¿Qué era eso que sentía contra el vientre? ¿Era una erección? No. No podía ser. Sofía no era de esas mujeres que con un simple beso eran capaces de excitar a un hombre. ¿O sí?

—*Oh, c'est vrai?*

Marie.

Sofía apartó a Sylvain y rezó todo lo que sus padres y las monjas del colegio le habían enseñado para que Marie no los hubiera visto besándose. Giró la cabeza y la encontró en la puerta, mirando hacia el cielo, con su abrigo en los brazos.

—*Il pleut beaucoup!* —exclamó Marie sin dejar de mirar al cielo. Giró la cabeza y sonrió cuando vio a Sylvain y a Sofía—. ¡Estáis aquí! —dijo acercándose a ellos.

—Marie —susurró Sofía aliviada. No los había visto besarse. No tendría que dar explicaciones. Menos mal. Se acercó a ella.

—Lo siento. Había mucha cola en el ropero, pero ten —dijo Marie tendiéndole su abrigo—. ¡Madre mía, está lloviendo mucho!

Sofía sonrió como pudo y cogió su abrigo. Se despojó de la gabardina que Sylvain le había dejado para que no tuviera frío mientras esperaban y se dio la vuelta para devolvérsela.

—Gracias —dijo nerviosa, enfrentándose a sus ojos.

—Por nada.

Se sostuvieron la mirada un poco más. Y la curiosidad pudo con Sofía. Bajó la vista hasta la entrepierna de Sylvain para comprobar lo que había sentido en su vientre. Y ahí estaba. Abultada, apretada contra el pantalón. Una erección. No se lo había imaginado.

—¿Nos vamos a casa? ¡Hace frío! —exclamó Marie mientras agarraba del brazo a Sofía, que terminó de ponerse el abrigo.

Sylvain pasó por delante de ellas, abrochándose la gabardina. Y las dos amigas le siguieron bajo la lluvia hasta el coche.

Sylvain

Marie hablaba. Y hablaba. Y hablaba. En otra ocasión, Sylvain hubiera escuchado encantando las anécdotas de su hermana durante el evento. Pero en aquella no. No podía quitarse de la cabeza lo que había pasado minutos antes con Sofía. No podía quitarse de la cabeza el puñetero beso.

Conducía por las calles de Madrid con Marie como copiloto y con Sofía en el asiento trasero, detrás de Marie, rumbo a la dirección que Sofía le había dado al subir al coche. Habían sido las únicas palabras que habían intercambiado después del beso. Ninguna más. No podía evitar mirarla por el espejo retrovisor, y no se sorprendió cuando ella le devolvió la mirada. Él delante. Ella detrás. Pero retándose a través de la mirada, como siempre.

—Es aquí —dijo Sofía cuando llegaron a la calle de Lavapiés.

Sylvain redujo la velocidad, se aproximó a la acera y puso las luces de emergencia.

—¿Te acompañamos al portal? —sugirió Marie cuando Sylvain paró delante del portal de Sofía.

—No hace falta —dijo Sofía abriendo la puerta y saliendo a la calle, con bastante prisa.

Marie bajó la ventanilla y Sofía se colocó a su lado.

—Gracias por la noche de hoy, Marie. Me lo he pasado genial.

—¡Gracias a ti por venir! —dijo ella agarrándola de la mano—. ¡Esta solo es la primera de muchas!

Sofía sonrió levemente.

—¡Te llamaré! —dijo Marie emocionada.

—Vale —susurró Sofía, y antes de alejarse hacia su portal, desvió la mirada hacia Sylvain, durante una décima de segundo—. Buenas noches.

Sofía se alejó hacia el portal y Marie subió la ventanilla del coche para que la lluvia no mojase el interior del vehículo.

—Espera hasta que entre en el portal, porfa... —pidió Marie mirando por la ventanilla.

—No iba a moverme de aquí.

En silencio vieron cómo Sofía entraba en el portal y se colaba en el ascensor. Cuando desapareció, Sylvain quitó las luces de emergencia y retomó la marcha por las calles silenciosas de Madrid. Lo único que quería era llegar a su apartamento y darse una ducha. Otra. Necesitaba aclarar su cabeza y el agua de la ducha le vendría bien.

—¿Me vas a contar por qué has besado a Sofía? —inquirió Marie sin mirarle.

Sylvain se quedó sin respiración. ¿Cómo...? Aprovechó que el semáforo se puso en rojo para mirar a su hermana. Marie sonreía divertida, y cuando se dio unos golpecitos con el dedo índice sobre los labios Sylvain supo lo que pasaba.

Merde. Bajó el quitasol y deslizó el espejo para mirarse los labios. Joder. Tenía el carmín del pintalabios de Sofía en la boca. Y se veía perfectamente.

—Ha sido un error —confesó entre dientes mientras retomaba la marcha.

—Ya... —Marie sonaba divertida—. Un error que te ha gustado mucho, ¿no? Desde que os he

visto tienes “eso” ahí...

Sylvain la miró sin comprender y, cuando vio cómo Marie señalaba su entrepierna, chasqueó la lengua. Desde que había rozado los labios de Sofía la erección había aparecido y se había quedado ahí, inmutable. Por más que intentaba pensar en gatitos muertos, aquello no bajaba.

—Marie, por favor... soy tu hermano.

—¿Y? No soy idiota —dijo endureciendo la voz y cruzándose de brazos en el asiento del copiloto—. ¿Me vas a decir por qué has besado a Sofía? Ella tiene excusa, iba un poco borracha y no es que estuviera muy alegre que digamos. Pero tú... ¿Cuál es tu excusa?

Sylvain apretó el volante con fuerza, haciendo que los nudillos se le pusieran blancos. ¿Su excusa? No tenía. Podía haber engañado a su hermana y haberle dicho que llevaba demasiado tiempo sin sexo (que era verdad), pero eso se habría arreglado con una llamada a cualquiera de sus antiguos ligues. O podría haberle dicho cualquier otra cosa. Pero no pudo. Sylvain no era de esos. Sylvain no mentía. Era claro y directo. Y aquella vez no sabía qué era lo que le había llevado a besar a una de sus pacientes. Nunca lo había hecho. Nunca había traspasado esa línea entre psicólogo y paciente. No había sido por falta de sexo. El beso de Sofía lo había pillado desprevenido, pero luego él se lo devolvió. Con ansias. Con ganas. Buscando su boca, su lengua, su sabor.

—¿Por qué la has besado, Sylvain? —repitió su hermana viendo su silencio.

Sylvain soltó el aire por la nariz y contempló cómo los limpiaparabrisas quitaban las gotas que caían sobre el cristal.

—No lo sé, Marie. No lo sé.

Sofía

Domingo. Mediodía. Estaba sentada en el sofá de su apartamento, con las manos juntas sobre las rodillas, esperando a que Adrián regresara. Anoche cuando llegó de la fiesta con Marie, Adrián estaba dormido. Quiso despertarle y contarle lo que había pasado con Sylvain, pero estaba demasiado cansada, achispada y avergonzada. Así que decidió que se lo contaría por la mañana. No quería que hubiera secretos en su relación. El beso con Sylvain había sido un error. Un estúpido y grave error. Pero confiaba en que Adrián la perdonaría.

Por eso, a pesar de haber tardado en conciliar el sueño, al final se quedó dormida. El problema fue que, cuando se levantó, Adrián no estaba en el apartamento. Había salido a correr, según le había explicado en un mensaje de WhatsApp que se encontró en su móvil. Y volvería a la hora de la comida.

Por eso allí estaba ella, sentada, nerviosa y repitiendo las palabras que diría a Adrián una y otra vez. Besar a Sylvain había sido un auténtico error. Se le había ido la cabeza y había bajado la guardia. No fue su mejor noche y la conversación con Marie sobre su relación con Adrián la había puesto triste. Por eso cuando el extraño hombre rubio se acercó a ella, se sintió especial. Se sintió... alguien. Llevaba tanto tiempo pasando desapercibida para todo el mundo que, cuando ayer la gente se acercó a ella para alabar el vestido que había confeccionado para Marie, se sintió feliz. Y cuando el hombre rubio le dijo que quería ser su amigo, se sintió especial. Le dio mucha rabia que Sylvain apareciera y le robara el momento. Desde que salió con él fuera, a esperar a Marie, había estado aguantándose las lágrimas. No quería llorar. Y menos delante de Sylvain. Pero cuando le cedió su abrigo para protegerla del frío y le dijo que era preciosa, algo se removió en su interior. Sintió que Sylvain se preocupaba por ella. Que era importante. Que era más que una paciente para él. Incluso una amiga. Y lo besó. Sin pensarlo. Sin saber por qué. Lo besó. Y aquel beso se repetía en su cabeza sin cesar, una y otra vez. Sentía de nuevo el calor de sus labios, su sabor, sus manos en su nuca, apretándola contra él. Su lengua. Su pasión. Su fuerza... No podía dejar de pensar en cómo se había sentido al notar su cuerpo contra el suyo. ¿Cuándo había sido la última vez que la habían agarrado así, que había sentido una erección contra su cuerpo, esa sensación de seguridad? ¿De seguridad? ¡Pero si la había empotrado contra una pared!

La puerta se abrió de repente y Sofía se levantó como un resorte. Había llegado el momento.

—¡¡Sorpresa!!

Cuatro personas entraron detrás de Adrián, que llegaba con una sonrisa de oreja a oreja. Las personas (a las que Sofía conocía de vista) llevaban globos, una tarta y un montón de regalos.

—¡Cariño! —exclamó Adrián acercándose a ella para plantarle un beso en la boca—. ¿Has visto qué sorpresa nos han preparado mis compañeros del instituto?

—¡Eh, eh! —exclamó un hombre rapado, Eduardo, el profesor de gimnasia, al que Sofía había visto en alguna ocasión—. ¡Ha sido todo idea de Elena! Nosotros solo nos hemos dejado llevar.

Elena se sonrojó desde atrás. Había entrado en último lugar y llevaba los globos. Era una mujer un poco más mayor que ellos, profesora de inglés en el mismo instituto en el que trabajaba Adrián.

Estaba divorciada y desde el último año era inseparable del grupo de profesores que salían a tomar algo todos los viernes. Entre ellos Adrián.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Sofía a Adrián un poco confusa.

—Resulta que me estaban esperando en el Retiro para hacerme una emboscada. Han preparado todo esto para nosotros, cariño. Es una fiesta de despedida de solteros.

—¡Sí! —exclamó Ana, que entraba y salía de la cocina mientras colocaba las bebidas a diestro y siniestro, como si fuera su propia casa—. ¡Ya queda menos para la boda y no os podíais quedar sin la despedida de vuestros amigos!

“¿Nuestros amigos?”, pensó Sofía. Querría decir los amigos de Adrián.

—¡Oye! —exclamó Julián, el profesor de matemáticas, un hombre que estaba a punto de jubilarse, pero que tenía el espíritu joven—. ¿Me ayudáis con la cocina? ¡Hay que preparar muchas cosas!

Ana, Eduardo y Elena fueron a la cocina a ayudar a Julián.

—Tenemos unos amigos que no nos merecemos, cariño, ¿verdad? —dijo Adrián cogiendo a Sofía por los hombros y besándola en la frente.

—Ya... —Sofía estaba un poco desubicada, tenía que hablar con él sobre lo que pasó anoche—. Adrián, tenemos que hablar... —Luego ya atendería a sus amigos. Un momento. ¿Y...?

—Claro, dime.

—¿Dónde están Bea y Miguel? ¿También van a venir? —preguntó con un rayo de esperanza en su corazón. Hacía demasiado tiempo que no veía a su mejor amiga. Quizá llegarían más tarde, pero si era una reunión con sus amigos, contarían con Bea por lo menos, ¿no?

—Cariño... —comenzó Adrián entristecido, haciendo que Sofía aguantase la respiración—. Lo siento mucho. Se me olvidó pasar sus teléfonos a Elena para que les contactara. Perdóname.

Algo se rompió dentro de Sofía. Adrián sabía que no tenía muchos amigos, podía haber hecho el esfuerzo para llamarlos... Sintió cómo el pecho se le encogía y las lágrimas subían hasta sus ojos.

—¿Qué querías decirme, cariño? —preguntó Adrián sacándola de su letargo.

Sofía cogió aire y lo retuvo en el pecho, intentando que el dolor desapareciera. Tenía que contarle lo que había pasado, tenía que contarle que había besado a su psicólogo en un momento de bajón. De tristeza. Porque no estaba bien. Porque se sentía sola y Sylvain había conseguido despertar en ella un sentimiento que desconocía. Lo besó porque se sintió importante para él. Por lo menos más importante que lo que Adrián le hacía sentir en esos momentos. Tragó la bola de rabia y desdén que se había quedado en su garganta y puso su mejor sonrisa.

—Nada, cariño. Solo quería darte las gracias por haber organizado esta despedida con nuestros amigos.

Sylvain

Apuró el café, dando un último sorbo a su taza negra. Aquel martes no le apeteció tomarlo con Diego y Mel, como siempre hacía. Hoy tenía que organizar el día al milímetro, puesto que tenía cuatro pacientes a los que atender. Entre ellos a Sofía, que llegaría en seis minutos. Eso si no renunciaba a las sesiones después de lo ocurrido el sábado entre ellos.

Sylvain se quitó las gafas y se apretó el párpado, cansado. Desde aquella noche le había costado conciliar el sueño. Y no se podía quitar de la cabeza a Sofía. Más concretamente sus labios. Su beso. Su boca abierta.

La puerta se abrió de repente y Sofía apareció como siempre, con el ceño fruncido.

—Buenos días —dijo con la voz áspera.

—Sofía —respondió Sylvain a modo de saludo. Miró con el rabillo del ojo el reloj de pared. Faltaban dos minutos para las diez en punto. Sofía volvía a llegar antes de tiempo. Como siempre.

Sofía se quitó el abrigo y esta vez, a diferencia de la última sesión, lo colgó en el perchero, junto con una gran bufanda multicolor. Llevaba unos vaqueros grises y un jersey oversize azul, con motivos étnicos. Incluso así, con ropa ancha, Sofía era atractiva. La imagen del vestido ajustado negro que llevó al evento del sábado apareció en la mente de Sylvain. Aquel vestido marcaba sus curvas, su pequeño cuerpo. Recordó cómo lo sintió cuando la empujó contra la pared al devolverle el beso. Y cómo ella abrió la boca, llevada por la sorpresa o por la emoción, haciendo que Sylvain se excitara aún más contra ella. Por Dios, ¿qué sonidos haría Sofía cuando llegaba al orgasmo? ¿Gemidos? ¿Susurros? ¿Gritos? Un momento. ¿En qué narices estaba pensando?

Sofía se sentó frente a él, en la butaca de cuero, con los brazos cruzados y la mirada desafiante. Sylvain cogió sus gafas de montura dorada y revisó los papeles que tenía encima de la mesa. Había preparado la reunión de hoy a conciencia. Tenían que avanzar en el tratamiento o el tiempo se les echaría encima.

—Bien —comenzó Sylvain revisando los papeles—. Hoy comenzaremos por...

—Tenemos que hablar —cortó ella, tajante.

Sylvain la miró por encima de la montura. No sabía por qué, pero la rotundidad en su voz no le sorprendió.

—De acuerdo —respondió serio, irguiéndose en la silla. Sabía perfectamente de qué quería hablar Sofía. Y ella sabía que él lo sabía.

—Quiero que sepas que, después de hoy, no volveremos a hablar del tema —dijo Sofía sin apartar los ojos de Sylvain.

—De acuerdo —repitió Sylvain.

Sofía cogió aire y un ligero rubor se instaló en sus mejillas.

—Lo que ocurrió el sábado en la fiesta fue una tontería. Una estupidez —escupió ella molesta—. Pero antes de olvidarlo, quiero saber por qué lo hiciste.

—¿Perdón? —preguntó Sylvain levantando una ceja y quitándose las gafas.

Sofía apretó los labios, pero no apartó los ojos del psicólogo. Su mirada era fuego.

—¿Es que acaso lo haces con todas tus pacientes?

Cogió aire sin apartar los ojos de ella. Si lo hacía, perdería el reto. Pero no se iba a rendir tan fácilmente.

—Me besaste tú, Sofia.

El color de sus mejillas se apagó y se quedó pálida. Oír la palabra de boca de Sylvain hizo que se estremeciera de arriba abajo.

—Estaba borracha.

A Sylvain le costó un gran esfuerzo no sonreír.

—No estabas tan borracha.

Sofia aguantó la respiración y apretó los dedos en sus brazos, con rabia.

—Me devolviste el beso —contraatacó ella.

Sylvain notó un latigazo en la entrepierna al recordar sus labios y se cruzó de brazos, obligándose a tranquilizarse.

—Sí —dijo él sin esconderse.

—¿Por qué lo hiciste?

Se aguantaron la mirada, sin pestañear. A pesar de haber tenido más de dos días para descubrir por qué le devolvió el beso, no había encontrado otra respuesta que no fuera la misma que le dio a su hermana en el coche cuando lo interrogó. No lo sabía.

—¿Por qué lo hiciste tú? —preguntó desviando la pregunta.

Sofia entrecerró los ojos, mosqueada. Estaba en todo su derecho de no responderle, en esquivar la pregunta. La conversación se quedaría en ese punto y no volverían a hablar del tema. Sylvain abrió la boca para ceder, para confesar que no lo sabía. Para admitir que llevaba dos días enteros pensando qué fue lo que se le pasó por la cabeza para devolverle el beso, para apretarla contra la pared y besarla como si no hubiera un mañana.

—Sofía...

—No fue mi mejor noche que digamos... —confesó ella bajando el tono de voz—. A ver, la fiesta con Marie fue genial, pero... —Lo miró desde abajo, esquiva—. Supongo que tenías razón con aquel hombre. No buscaba ser mi amigo... él solo...

Apartó la vista al recordarlo, como si le hiciera daño. Sylvain apretó los labios.

—Y bueno... evitaste que pasara por un momento incómodo con un desconocido, me ayudaste a salir a la calle para que me diera el aire. —Volvió a mirarlo, y esta vez sus ojos estaban más cristalinos que de costumbre—. Incluso me prestaste tu abrigo para que no tuviera frío. Te portaste bien conmigo y cuando me dijiste que... —Tragó saliva sin apartar la vista, nerviosa—. Bueno. Supongo que lo que quiero decir es... que fue mi manera de darte las “gracias”.

Sylvain procesó toda la información que acababa de recibir. Su cabeza era un torbellino con las frases que había dicho ella y que se repetían una y otra vez en su cabeza. Se hubiera esperado cualquier cosa menos eso. Cualquier cosa menos la rotundidad con la que Sofia se sinceraba con él. Con la que se abría en canal y sacaba todo lo que guardaba en su interior.

Sofia le aguantaba la mirada esperando que dijera algo. Tenía los ojos tan claros que podía verse reflejado en ellos.

—No tienes por qué darme las gracias —dijo Sylvain al cabo de unos segundos—. Para mí fue...

—Por favor, no digas que es tu trabajo —le cortó Sofia tensándose y encogiéndose en la silla.

Sylvain parpadeó. La punzada en el pecho que sintió al oír sus palabras fue nueva para él. Le dolía que pensara eso. Sylvain sabía perfectamente que el camino para llegar hasta los recuerdos de Sofia pasaba por la confianza mutua, por la amistad. Aunque estaba incumpliendo las normas (y

le costase reconocerlo) la relación entre psicólogo y paciente estaba quedando atrás.

—No iba a decir eso —espetó brusco.

Sofía abrió los ojos.

—¿Qué ibas a decir? —preguntó con su impaciencia habitual.

Sylvain cogió aire.

—Iba a decir que para mí fue un placer.

Y Sylvain no supo si lo dijo por haberla ayudado con aquel hombre, por haberla protegido del frío o por el beso. Sofía volvió a fruncir el ceño y aguantó la respiración mientras el color inundaba sus mejillas.

—Vale... —dijo ella con el labio temblando—. Tema cerrado. No volveremos a hablar de ello nunca más.

Sylvain levantó una ceja.

—¿Es lo que quieres?

Sofía parpadeó, nerviosa.

—Sí.

—Quiero saber una cosa —dijo Sylvain, y Sofía se encogió en el asiento—. Y no volveremos a hablar del tema si es lo que quieres.

—Ya te he dicho por qué lo hice —espetó Sofía inquieta.

—No es eso lo que iba a preguntarte.

—¿Entonces? —Las palabras se le iban agolpando entre sí, y Sylvain tiró de su autocontrol por no sonreír. Si sonreía ahora, lo echaría todo a perder. Y lo que quería saber era clave para él.

—¿Se lo has dicho a Adrián?

El rostro de Sofía se tensó. Su mandíbula marcaba su perfecto rostro y sus ojos estaban más abiertos que nunca.

—No —respondió con aparente rotundidad, aunque le temblaba la voz.

—¿Por qué?

Sofía entrecerró los ojos, molesta.

—Porque no fue importante. No significó nada para mí.

Sylvain asintió con la cabeza, sin apartar la vista de ella. Sofía se removió en el asiento.

—Para mí fue como... como cuando una madre da un beso a un hijo o unas amigas se besan —dijo con las mejillas al rojo vivo.

Sylvain levantó una ceja.

—¿Besas así a tus amigos?

—¡No! —respondió parpadeando—. ¿Así cómo? Fue un beso sin más. Normalito.

Y cuando apartó los ojos de Sylvain supo que estaba mintiendo. Sonrió sin poder evitarlo. Había sido un beso diferente, pero no normal. Los dos lo habían sentido, no solo él. Y ahora lo confirmaba. Cogió aire y decidió centrarse en la sesión. No les quedaba mucho tiempo.

—Sofía —dijo llamando su atención—. Si Adrián hubiera besado a otra mujer...

—Dijiste que ya no habría más preguntas.

—Sofía...

—Vale. —Se cruzó de brazos, marcando distancia.

Sylvain soltó aire.

—Si Adrián hubiera besado a otra mujer, ¿querrías que te lo contara?

—¿A qué viene esa pregunta?

—Solo estamos hablando.

—No —dijo tensa—. Ese tipo de preguntas me hacen daño.

—¿Por qué te hacen daño?

Sofía levantó una ceja, molesta.

—Porque quiero a Adrián. Voy a casarme con él.

Sylvain no se inmutó. Volvió a utilizar el silencio para presionar a Sofía a seguir hablando.

—Me hace daño imaginar que pueda estar con otra mujer.

Y cuando lo dijo, pareció encogerse en el asiento. Seguía mirándolo con esos ojos saltones que parecían ocupar toda su cara, ahora triste y apagada. Sofía era como un libro abierto. Podían leerse en su rostro todos sus sentimientos.

—Bien —concluyó Sylvain, volviendo a ponerse las gafas y cogiendo el cuaderno azul—. Hoy quiero que...

—¿Por qué me has preguntado eso? —quiso saber Sofía acercándose al escritorio.

—Son preguntas para conocerte mejor —respondió Sylvain quitándole importancia.

—Creo que me conoces de sobra —dijo Sofía sin una pizca de humor—. Y me da la sensación de que no haces preguntas al azar.

Sylvain sonrió por primera vez.

—Los psicólogos hacemos preguntas clave, no hacemos preguntas al azar.

Sofía parpadeó.

—¿Eso era una pregunta clave?

—Todas las preguntas que hago son preguntas clave, Sofía.

Sofía frunció el ceño y volvió a recostarse en el asiento.

—¿Y no podemos hablar sin más? ¿Como personas normales?

Sylvain suspiró.

—Tenemos poco tiempo, Sofía. Tengo que conocer cómo funciona tu mente para dar con la clave y recuperar tus recuerdos. Y para eso tengo que hacerte preguntas, tengo que llevarte al límite.

—¿Por eso me besaste? —preguntó con las mejillas encendidas—. ¿Para llevarme al límite?

—No —dijo demasiado deprisa.

—¿Entonces?

La curiosidad de Sofía era insaciable. Al igual que su inteligencia. Había vuelto a llevar la conversación a un callejón sin salida. Y él no tenía la respuesta a esa pregunta. Por lo menos no ahora, no en este momento. *Merde*. Tenía que cambiar de tema rápidamente.

—Sofía —dijo de nuevo levantando el cuaderno azul—, tenemos que avanzar en la terapia. Necesito cambiar el proceso, porque no estamos avanzando.

—¿Cambiar el proceso?

Sylvain asintió. Había captado su atención.

—Quiero que escribas en la libreta tus recuerdos. Progresivamente, poco a poco. Puedes empezar escribiendo qué hiciste ayer o el domingo. Luego lo que hiciste hace una semana. Así hasta llegar al día del accidente. Pero necesito que sea de manera detallada.

—Es una tontería.

Sylvain suspiró.

—Es una manera de activar tu mente. De activar tus recuerdos. Tenemos que forzar a tu cabeza para que recuerde progresivamente. Y así llegaremos hasta el día del accidente.

—No se me da bien escribir.

—Sofía...

—¿Qué? —preguntó nerviosa—. Estoy siendo sincera. No soy buena escribiendo. Prefiero hablar.

—La escritura ayuda a concentrarse. Además, tenemos pocas sesiones para que me cuentes todo lo que recuerdas hasta el día del accidente. Necesito que hagas parte fuera de las sesiones.

—¿Me estás poniendo deberes?

—Sofía...

—Tendríamos tiempo si no me preguntaras cosas estúpidas —escupió con el ceño fruncido, poniéndose de nuevo a la defensiva.

Sylvain se quitó las gafas de nuevo y se apretó el párpado derecho, buscando paciencia.

—Puedo contarte lo que hice el domingo perfectamente —dijo Sofía—. Me acuerdo de todo.

Sylvain suspiró, rindiéndose.

—De acuerdo. Lo haremos a tu manera.

Sofía

Sonrió eufórica. Había ganado esta batalla. Se había salido con la suya. No quería pasarse las horas que tenía libres escribiendo en una libreta, aunque estuviera de acuerdo con Sylvain en que escribir la ayudaría a concentrarse, pero... ¿qué diría Adrián?

—Cuéntame qué hiciste el domingo —dijo Sylvain sacándola de sus pensamientos.

Sofía sonrió.

—Vinieron unos amigos a casa por sorpresa. Nos prepararon una despedida de solteros.

Sylvain asintió, poco convencido. Sofía intentaba mostrarse eufórica con su relato, aunque el plan del domingo no fue de lo mejor.

—¿Qué amigos? —quiso saber Sylvain.

Sofía parpadeó.

—¿Como que qué amigos? Pues... amigos, no sé.

—Dime quiénes eran.

—¿Por qué quieres saber eso?

—Preguntas clave, Sofía.

Y dale con las preguntas clave. Sofía chasqueó la lengua y enumeró uno por uno a los amigos de Adrián.

—¿Eran todos del colegio donde trabaja Adrián?

—Sí.

—¿Y tus amigos?

Sofía quiso apartar la vista al sentir un pinchazo en el pecho. Estaba claro que Sylvain iba al cuello en esta sesión.

—Esos son mis amigos —se excusó.

—Ya veo.

¿Ya veo? ¿Qué clase de respuesta es esa? Empezó a mover el pie, nerviosa.

—Bea y Miguel no pudieron venir, estaban en Barcelona —se justificó sin saber por qué.

Sylvain asintió con la cabeza, en silencio. Crispando más a Sofía.

—¿Ocurrió algo digno de recordar? —preguntó Sylvain, serio.

Sofía parpadeó.

—¿Estás insinuando que mi vida es aburrida?

—No he dicho eso.

—Lo has dado a entender.

—Solo he preguntado que si ocurrió algo digno de recordar. No todos los días pasan cosas interesantes.

—Todos los días pasan cosas interesantes —le picó ella, molesta. Por supuesto que su vida no era la más divertida y admirable de todas, pero le gustaba. ¿Verdad?

—Entonces dime algo que pasara el domingo digno de recordar.

Podía haberle dicho que le dolió que Adrián se olvidara de avisar a Bea y Miguel. Que estuvo

a punto de confesarle lo del beso, pero que al final se acobardó. Podía haberle admitido que durante todo el domingo se sintió desplazada, y que la frase que él le había dicho sobre la soledad se estuvo repitiendo como un disco rayado en su cabeza durante todo el día. Lo peor de todo era sentirse sola rodeada de tanta gente. Pero no quería parecer débil, no quería que Sylvain conociera esa parte suya. Había una parte de su interior que ardía por dentro en cada encuentro con Sylvain. Tenía la necesidad imperiosa de provocarle, de contestarle mal, de picarle. Como en una batalla. Y quizá por eso le mintió. En toda la cara.

—Adrián y yo tuvimos nuestra propia despedida de solteros cuando se marcharon los amigos.

Un músculo del rostro de Sylvain se movió levemente. Fue un movimiento imperceptible, casi inapreciable. Sofia frunció el ceño, molesta. Sylvain estaba conteniendo una sonrisa.

—¿Qué? —dijo ella sonando más grave de lo normal.

—Nada —respondió Sylvain, con el labio torcido—. Me encantaría saber qué tipo de despedida de solteros habéis tenido los dos solos.

Aquel comentario la encendió como nunca. ¿Qué se pensaba? ¿Que acaso no sabía divertirse con su pareja? ¿Que era una modosita?

—Tuvimos sexo salvaje —soltó intentando que no se le notara la mentira.

—Claro.

—Toda la noche.

—Ajá.

Sofia aguantó la respiración hasta que notó que le faltaba el aire.

—¿No me crees?

—Tendrás que ser un poco más concreta para que te crea.

Mierda. La había pillado. Tenía que inventarse algo. Y pronto.

—No voy a contarte los detalles de mis encuentros sexuales con Adrián.

—Está bien. —Sylvain cogió la libreta azul, la abrió por la mitad y, con toda la parsimonia del mundo, tomó un bolígrafo.

—¿Qué vas a escribir ahí? —dijo Sofia antes de que la tinta rozara las hojas.

Sylvain levantó la vista y la miró por encima de la montura.

—Un dato que considero importante.

—¿Qué dato?

Sylvain volvió a erguirse.

—Me parece interesante que consideres sexo salvaje a unos cuantos minutos de empujones en la postura del misionero.

Las orejas de Sofia se calentaron en cuestión de segundos. ¿En serio estaba manteniendo esta conversación con su psicólogo?

—No solo fue la postura del misionero —respondió rápida.

—¿Ah, no? —dijo Sylvain juntando las manos y apoyando la barbilla en ellas—. ¿En qué otras posturas lo hicisteis?

Mierda. ¿La postura del perrito valía?

—La primera condición que impusimos fue la sinceridad, Sofia.

Pillada. Aguantó la mirada inquisitiva de Sylvain que, lejos de estar molesto, parecía divertirse con aquello.

—¿Hace cuánto que Adrián no te toca?

El pulso se le aceleró. No podía creerse que estuviera pasando aquello. No podía imaginarse que en algún momento hablaría de sexo con su psicólogo.

—Sofia...

—No lo sé —respondió sintiendo la presión.

—Sí que lo sabes —contrató Sylvain sin pestañear.

Sofía no podía confesar que desde que pasó el accidente Adrián no había vuelto a tocarla. Incluso antes. Desde que decidieron casarse sus encuentros sexuales habían sido contados. Pero era normal. Llevaban muchos años juntos. La pasión acababa a los pocos meses para dejar paso al amor, pero...

—Dime, Sofía —insistió Sylvain con los ojos más oscurecidos que nunca—. ¿Hace cuánto que Adrián no te desnuda? ¿Hace cuánto que no pellizca tus pezones hasta enrojecerlos de placer? ¿Hace cuánto que no te penetra hasta que te corres gritando su nombre?

No podía creerse lo que Sylvain acaba de decir. No podía creerse que le estuviera diciendo esas cosas. Consideraba que el sexo con Adrián era... normal. Nunca había sido nada del otro mundo. Adrián era muy respetuoso y sus encuentros no eran tan pasionales como en las películas. No existían esas ganas de arrancarse la ropa, de morderse por todo el cuerpo, de empotrarse contra las paredes... Mierda. El beso con Sylvain volvió a aparecer en su cabeza. Se estremeció al recordar cómo sintió su cuerpo contra el suyo, cómo sintió su lengua invadir su boca. ¿Sylvain sería del tipo de hombres que hacía el amor como en las películas? ¿Le pellizcaría los pezones hasta enrojecerlos? ¿La penetraría hasta que se corriera mientras gritaba su nombre? ¿Su nombre?

—Para —le pidió Sofía con un hilo de voz cuando una gota de sudor frío recorrió su espalda. Estaba respirando entrecortadamente y de repente tenía mucho calor. ¿Qué narices le pasaba?

—¿Por qué? —preguntó Sylvain sin inmutarse, sin dejar de mirarla.

—Lo estás haciendo aposta —respondió ella dolida, incómoda—. Me estás llevando al límite para que recuerde.

Sylvain se recostó en la silla.

—No lo estás consiguiendo —siguió Sofía sin esperar a que él dijera algo—. Así lo único que haces es incomodarme.

—Creo que incomodarte no es la palabra.

Vale. Tenía razón. No se sentía incómoda, se sentía extrañamente excitada. Mierda. Se mantuvieron la mirada de nuevo. Retándose durante unos segundos que se hicieron eternos. Y Sylvain apartó la mirada para cerrar el cuaderno y tendérselo.

—Nos veremos dentro de dos días.

Sofía parpadeó y se fijó en el reloj del despacho. La sesión había terminado. ¿Y ya está? ¿La conversación no iba a continuar? Con las mejillas ardiendo miró con desprecio el cuaderno que le estaba ofreciendo y se levantó sin cogerlo.

—Hasta dentro de dos días entonces.

Ni siquiera espero a que él se levantara y la acompañara a la puerta, como hacía siempre. Salió lo más deprisa que pudo, sin ponerse el abrigo. Solo necesitaba salir a la calle y sentir el frío en sus mejillas, en su rostro. En todo su calenturiento cuerpo.

Sylvain

Abrió el agua de la ducha y se metió debajo de ella sin esperar a que se calentara. Aquella noche le daba igual tardar más en ducharse. Marie había vuelto a París durante unos días y tenía la casa para él solo. Podía haber llamado a cualquiera de sus anteriores ligues y haberle propuesto sexo. O incluso a Mel. Aunque eso supusiera romper la norma de no mezclar trabajo con placer. Ella no se hubiera negado. Pero algo en su interior se lo impidió.

Recordó la sesión con Sofía. ¿Qué narices le había pasado? Había perdido el control de la situación en cuestión de segundos. Nunca, bajo ningún concepto, había tenido una reunión así. Con ninguna de sus pacientes. ¿Qué narices le pasaba con Sofía? No era propio de él comportarse así. Vale que no fuera la primera vez que hablaba de sexo con sus pacientes, tanto hombres como mujeres. La manera que tenían las personas en relacionarse con el sexo decía mucho de ellas, y eso le había ayudado mucho en las sesiones. Pero jamás había vivido algo como lo que había vivido hacía unas horas con Sofía. Y lo peor de todo es que no se arrepentía. No se arrepentía de haberle hecho esas preguntas tan personales, haciéndole creer que se refería a Adrián cuando en su cabeza se refería a él mismo. Imaginando cómo sería desnudarla. Cómo sería pellizcar sus pezones, que sin duda serían rosados, hasta que ella gimiera de placer. Cómo sería penetrarla una y otra vez, hasta que se corriera con él dentro. No una ni dos veces. Hasta que no pudiera respirar.

¿Y ella? Su respiración se había acelerado y sus mejillas enrojecido. La había excitado. La había excitado con solo decirle lo que sería capaz de hacer. Dios. Aquel maldito beso había despertado su lado más animal. Desde que Sofía había entrado por la puerta su puta polla se había despertado, apretándole cada vez más en sus pantalones. Y cuando vio cómo se ruborizaba, cómo ella respiraba con dificultad, pensó que, si se movía, se correría allí mismo. Por eso permaneció quieto cuando ella se levantó y se fue. Si se hubiera levantado para acompañarla como otras veces ella habría visto su bulto y todo se habría echado a perder.

Mierda, Sylvain. Tenía que controlarse. Tenía que controlar la situación como siempre hacía. Había estado demasiado tiempo centrado en su trabajo, sin relacionarse apenas con mujeres. Era eso. Necesitaba sexo. Necesitaba satisfacer su lado más animal y dejar de pensar en su paciente. Porque, aunque su relación fuera más estrecha que con los demás, Sofía seguía siendo su paciente. Para bien o para mal.

Se apoyó en los azulejos, mientras el agua resbalaba por su espalda, y se agarró el miembro con la mano. Estaba duro. Demasiado. Y lo peor de todo era que llevaba así desde que Sofía se había ido. Tenía que acabar con eso cuanto antes. Se tocaría, se correría y dejaría de pensar en ella. Recordó la última vez que mantuvo sexo. Fue con una morena a la que había conocido a través de Tinder, la aplicación. Él había sido claro: no buscaba una relación, solo sexo. Ella aceptó gustosa y lo hicieron en su coche, lejos de miradas de curiosos. Porque no le gustaba llevar a mujeres a su apartamento. No le gustaba que invadieran su vida personal. El sexo con ella había sido rápido y salvaje. Intentó reproducir en su cabeza el encuentro, para acabar cuanto antes. Pero lo único que podía ver eran unos ojos demasiado saltones y una cabellera rubia.

Sofía

Imbécil. Imbécil. Imbécil. Era lo único en lo que podía pensar Sofía cuando entró en el portal de su apartamento. No podía creerse lo que había pasado en la última sesión. No podía creerse que Sylvain hubiera cuestionado de forma tan rastrera sus relaciones sexuales con Adrián. Desde que había salido de la sesión no había dejado de pensar en lo que había pasado. En lo que Sylvain le había dicho. Y estaba furiosa, cabreada. Y muy excitada. ¿Cómo era posible que con solo tres frases un hombre pudiera hacerla sentir así? Mierda. Llevaba demasiado tiempo sin acostarse con Adrián, era verdad. Pero con todo lo de la boda, el accidente... No. Ya no había más excusas. Llegaría a casa y se tiraría al cuello de Adrián. Esta noche tendrían sexo. Y llevaría ella las riendas. Se había acabado el ser siempre la que se dejaba hacer. Hoy saldría del cascarón. Hoy quería sexo. Y lo quería duro, salvaje y pasional. ¿Sería Adrián capaz de darle eso?

Le había pedido a su jefa salir una hora antes con la excusa de que se encontraba mal. Llegaría antes a casa y así tendrían tiempo de sobra para pasar una noche de sexo como Dios manda.

El ascensor llegó hasta su piso y ella salió disparada, con el abrigo y el bolso colgados de un brazo y las llaves en la mano. Abrió la puerta y no se preocupó de dejar los enseres en su sitio. Lo dejaría todo por el suelo, en el pasillo o en la habitación. Como en las películas. Ya lo recogerían después, cuando estuvieran satisfechos. Sofía fue directa al estudio, donde encontraría sin duda a Adrián. La puerta estaba entreabierta.

—No. Hoy no puedo, ya te lo he dicho —decía Adrián hablando por teléfono. Sofía abrió la puerta sin hacer ruido para darle una sorpresa. Adrián estaba de espaldas a ella, en su silla habitual—. Pero podemos vernos mañana...

Sofía dio un paso en su dirección. Estaría hablando con algún alumno o algo. Sonrió con el corazón a mil.

—No... Mañana Sofía está de tarde, así que puedes venir aquí. Estaremos solos... Sí, yo también te echo de menos...

Sofía dejó de escuchar. Fue como si todo a su alrededor se silenciara por completo y la sien le empezó a doler, como aquella vez que cogió el vestido de novia hacía unas semanas. Las imágenes empezaron a aparecer en forma de flashback, sin avisar. En una vio cómo abría la puerta de su apartamento, como tantas veces había hecho. En la siguiente, vio el pasillo, todo a oscuras, y le pareció raro. ¿Dónde estaba Adrián? Quizá no había llegado todavía. En la siguiente oía unas voces. Débiles, lejanas. Parecían provenir del estudio. Y una risa.

—¿Sofía?

Volvió a la realidad en el momento en el que las llaves se le cayeron al suelo y Adrián se giraba hacia ella.

—No sabía que habías venido —dijo Adrián levantándose. ¿En qué momento había dejado de hablar por teléfono? Porque estaba hablando por teléfono, ¿verdad?

—Yo... —masculló, en shock.

—Has venido antes, cariño, te esperaba más tarde. ¿Todo bien?

Sofía levantó los ojos y miró a Adrián. Había vuelto al presente. Había regresado de su pasado para volver al ahora. Todo el calor que había sentido en el despacho de Sylvain se había congelado. Se había vuelto hielo. Sentía frío y estaba un poco mareada.

—No me encuentro muy bien... —murmuró, apartando la mirada.

—Quizá deberías tumbarte un rato —respondió Adrián mientras le ponía la mano en la frente, para comprobar su temperatura—. ¿Quieres que vayamos al médico?

—Solo estoy cansada —dijo esquivando, girando sobre sus talones en dirección a su habitación.

Adrián no la siguió, y Sofía se desvistió como un zombi para meterse en la cama. ¿Qué había sido eso? ¿Qué había pasado? Había recordado de nuevo. O eso creía. Entonces, ¿por qué había sentido que una parte de ella bloqueaba esos recuerdos?

Sylvain

Sus dedos tamborilearon en el escritorio, nervioso. Sylvain miró el reloj que descansaba en el mueble y chasqueó la lengua. Pasaban dos minutos de la hora y Sofía aún no había aparecido por la puerta. Hacía dos días que no la veía, y la última sesión que habían compartido había sido... intensa. Se había pasado las últimas cuarenta y ocho horas analizando todos y cada uno de los detalles, y la única conclusión que había sacado era una que no le gustaba para nada. Entre ellos existía algo, una conexión. Una tensión sexual que según pasaban los días iba aumentando. No tenía ni idea de lo que les depararía la sesión de hoy. A pesar de que siempre llevaba todo preparado al milímetro, las sesiones con Sofía no eran nunca como las había planeado. Pero lo que sí que estaba claro era que tenían que avanzar. Ya estaban a finales de febrero y no habían avanzado nada.

La puerta se abrió y Sylvain se irguió en su asiento. ¿Estaba nervioso? Se preparó para recibirla, atento a todos y cada uno de sus propios sentimientos. Tenía que averiguar si era verdad que entre ellos existía tensión sexual. Si existía química. Y, sobre todo, tenía que controlar su entrepierna si no quería que pasase lo de la última sesión. Cuando Sofía entró por la puerta, Sylvain sintió algo, pero no lo que pensaba.

Sofía parecía un fantasma. Llevaba un jersey a rayas grises y rojas, cubierto casi en su totalidad por una bufanda dos veces más grande que ella. Dejó el abrigo que llevaba de la mano en el perchero y se giró hacia Sylvain. Estaba pálida. Su piel había perdido todo el brillo y sus grandes ojos estaban remarcados por unas oscuras ojeras.

—Buenos días —saludó con un hilo de voz.

—Sofía —respondió, levantándose—. ¿Te encuentras bien?

Sylvain se acercó hasta ella, que se había encogido en la silla y se había cruzado de brazos.

—Sí —dijo brusca—. ¿Por?

—No tienes buena cara.

Sofía frunció el ceño.

—Gracias. Tú también estás muy guapo.

—Sofía...

—Solo estoy cansada —dijo apartando la mirada—. Creo que estoy incubando algo.

—¿Quieres algo? ¿Té, café? ¿Limonada?

Ella casi sonrió. Casi.

—¿Cuál me hará recordar?

Sylvain suspiró y la observó por unos instantes. Sabía que ese momento llegaría. Tarde o temprano Sofía se desmotivaría por no recordar con la rapidez que ella querría. Era la etapa de frustración por la que todo el mundo con pérdida de memoria pasaba. Pero ahora es cuando no debía decaer. A veces la gente necesitaba tocar fondo para poder salir a la superficie con más fuerza.

Giró sobre sus pasos y se acercó al mueble que tenía en la pared. Abrió las puertecillas del

lado derecho y apareció una cafetera. Cogió un vaso y pulsó el botón de agua caliente.

—¿Qué más cosas tienes ahí? —preguntó Sofía curiosa.

Sylvain sonrió sin girarse. A pesar de estar mal, Sofía seguía queriendo saberlo todo.

—Te sorprendería las cosas que tengo en este despacho —se levantó con el vaso lleno de agua caliente y metió una bolsita de té—. Aquí paso demasiado tiempo. Ten.

Sofía lo miró sin ganas y cogió el vaso. Se lo acercó a la nariz para olerlo.

—Es una infusión con valeriana —explicó Sylvain con ganas de poner los ojos en blanco—. Te sentirás mejor.

Sofía hizo una mueca y Sylvain no supo identificar si era de agradecimiento o de asco. Se acercó de nuevo a ella y se apoyó en el borde de la mesa.

—¿Qué ocurre, Sofía?

Ella contempló la infusión, sin mirarlo.

—Nada.

—Habla conmigo.

Sofía lo miró desde abajo, sin levantar la cabeza. Tenía los ojos irritados. ¿Había estado llorando?

—¿Tengo que hablar contigo porque eres mi psicólogo?

—Los dos sabemos la respuesta a esa pregunta.

Se mantuvieron la mirada de nuevo. Una sombra apareció en los ojos de Sofía y Sylvain supo que tenía que actuar. Si no decía nada la conexión que tenían entre ellos se desvanecería, y no podía perder ese vínculo que les unía. Ahora no. Aunque estuviera yendo en contra de las reglas.

—Olvida que soy tu psicólogo por un momento y cuéntame qué te pasa. Los amigos hablan y se cuentan las cosas.

Sofía pareció entender su respuesta y relajó el gesto. Un poco. Sylvain sabía que había pasado algo. Los ojos de Sofía lo decían. Y había visto muchas veces cómo la mirada de una persona cambiaba cada vez que se le rompía el alma.

—He estado leyendo... —comenzó ella girando el vaso en sus manos.

—¿Sobre qué?

—Sobre lo que me pasa. Puede que no recupere la memoria nunca. Hay gente que después de un traumatismo como el mío no vuelve a recordar lo que sea que ha olvidado.

—Eso no va a pasar.

Sofía lo contempló entristecida.

—Hubo una vez un piloto de Fórmula 1, Darío Franchitti, que jamás recuperó la memoria después de un accidente de coche. Era joven cuando le ocurrió, y tuvo una conmoción cerebral más importante que la mía, pero... jamás recuperó los recuerdos.

—Eso no va a pasar —espetó Sylvain serio.

—¿Y eso cómo lo sabes? ¿Cómo sabes qué pacientes recuperarán la memoria y cuáles no?

—Es mi trabajo, Sofía. Son años de experiencia y...

—Ya —le cortó—. Y eres el mejor neuropsicólogo del mundo.

Sylvain sonrió.

—No iba a decir eso.

—¿Qué ibas a decir entonces?

—Sofía, mírame —dijo inclinándose hacia adelante para acortar la distancia entre ellos—. Sé lo que te pasó. Sé lo que olvidaste. Y no es tan traumático como para no volver a recordarlo jamás.

Sofía aguantó la mirada, triste.

—¿Cómo puedes saberlo?

—El sobre.

Los ojos de Sofía se abrieron sorprendidos. Eso solo podía significar que ella todavía no había abierto aquel sobre que le dio durante la primera sesión que tuvieron. La expresión de Sofía se endureció.

—Se me había olvidado que eres adivino.

—No lo soy —respondió Sylvain irguiéndose y cruzándose de brazos—. Pero mi trabajo es conocer a las personas y ayudarlas a encontrar el camino hacia sus recuerdos.

—Igual debería abrir el maldito sobre y acabar con esto de una vez.

—Pero no quieres.

—¿Qué? —dijo Sofía levantándose para ponerse a su misma altura—. ¿Crees que no sería capaz de abrir el sobre y terminar con esta tontería?

—Tus recuerdos no son ninguna tontería.

—No has contestado a mi pregunta.

Sylvain aguantó su mirada inquisitiva. Sofía estaba furiosa, tenía los ojos rojos y comenzaba a respirar con dificultad. No era buen momento para provocarla, para llevarla al límite. Hoy no estaba preparada para continuar con las sesiones, pero tenía que ser sincero con ella.

—No. No lo creo —contestó Sylvain—. Todavía no estás preparada para descubrir lo que pasó.

—Por supuesto que estoy preparada. Lo que pasa es que tus sesiones no están sirviendo para nada. Llevamos más de un mes con esto y no he conseguido recordar absolutamente nada.

—Porque no quieres recordar.

—¿Qué?

—No quieres recordar, Sofía. Bloqueas tus recuerdos.

—Eso no es verdad —masculló entre dientes.

—¿Ah, no? —dijo Sylvain, levantando una ceja—. Estoy seguro de que en todo este tiempo que llevamos con las sesiones ha habido algún momento en el que has experimentado un recuerdo. Algo. Una leve sensación, un flashback. —Sofía tragó saliva y apartó los ojos. Bingo. Aquella señal le dio la razón a Sylvain—. Pero te niegas a continuar viendo qué es lo que tu cabeza te quiere mostrar.

—Te equivocas. No he recordado nada.

—Porque tienes miedo de recordar lo que pasó aquella noche.

—No —dijo Sofía dando un paso hacia atrás—. Sé lo que pasó. Antes del accidente discutí con Adrián.

—Sabes que no fue una discusión como las demás.

Sofía apretó los labios, haciendo un enorme esfuerzo por retener las lágrimas. Sylvain se levantó y dio un paso hacia ella.

—¿Qué es lo que has recordado, Sofía? Habla conmigo.

—¡No he recordado nada! —gritó nerviosa.

—Dijimos que no habría mentiras —le recordó él—. Has recordado algo. Si no, no estarías así. No estarías irascible, habrías dormido.

—No tienes derecho a decirme eso. No me conoces.

—Te conozco mejor de lo que piensas. —Dio otro paso hacia ella—. Es normal que te sientas así. Es normal tu frustración. Tu miedo. Pero estoy aquí para ayudarte. Acabarás recordando lo que pasó por ti misma. Yo te ayudaré a encontrar el camino y me aseguraré de que cuando llegues a tus recuerdos no sea doloroso. Al menos no demasiado.

Sofía sorbió por la nariz. Se estaba desmoronando. Se estaba rompiendo. No era la primera vez que se encontraba con un paciente así, pero ver a Sofía en esa situación le provocó un sentimiento de agonía que no llegaba a entender del todo.

—Habla conmigo —repitió Sylvain acercándose más a ella. Sofía abrió la boca para decir algo, pero las palabras se murieron en sus labios. Sus ojos estaban a punto de romper en llanto, pero aguantaba mirándolo como una luchadora a pesar de que por dentro estaba sufriendo.

—Sofía —susurró Sylvain, levantando su mano derecha y agarrándole el brazo.

El contacto fue el detonante para ella. Las lágrimas salieron de sus ojos sin control y apartó el brazo en un movimiento tan brusco que incluso el té que sujetaba con la otra mano cayó al suelo.

—¡Esto no sirve para nada! —gritó Sofía explotando—. ¡Es una pérdida de tiempo! ¡Si es verdad lo que dices acabaré recuperando mi memoria con el paso del tiempo! ¡No necesito recuperarla antes de mi boda! ¡No necesito que un psicólogo de pacotilla como tú me ayude en nada!

—Sofía... —dijo cuando ella se giró rápidamente hacia el perchero para coger su abrigo—. Tranquilízate.

—¡¿Que me tranquilice?! —Bufó clavándole sus ojos, empañados de lágrimas—. ¡Llevo un mes perdiendo mi tiempo y mi dinero contigo!

—Sofía...

—¿Por qué no inviertes tu tiempo en ayudar a personas que lo necesitan más? —dijo sorbiendo por la nariz—. ¡Hay miles de enfermos de alzhéimer que necesitan que les ayuden a recordar!

Oír eso no fue fácil para Sylvain. Buscó su autocontrol en lo más profundo de su interior para retomar aquella conversación y hacer que Sofía entrara en razón. Pero no pudo. Se bloqueó. Se quedó paralizado, sin poder decir nada, mientras ella salía por la puerta y cerraba de un portazo, dejándolo solo en su despacho.

Sofía

Caminó furiosa por las calles de Madrid, rumbo a su apartamento. En otras circunstancias habría cogido el metro para llegar antes, pero necesitaba despejarse. Necesitaba tomar el aire. El encontronazo con Sylvain había hecho que perdiera los nervios y había salido tan rápidamente de su despacho que le había dejado con la palabra en la boca.

Sofía había acabado explotando. La tensión, la ansiedad y la frustración por no recordar había conseguido hacer estallar la bomba de presión que llevaba dentro. Y lo peor de todo es que sentía que había explotado con la persona equivocada.

Le había molestado que Sylvain supiera que había recordado algo, pero no quería admitirlo. Pensaba que si no lo admitía sería más fácil olvidarlo de nuevo. Mierda. Sylvain tenía razón. Tenía miedo de recordar lo que había olvidado. Y no se refería al momento del accidente. Se refería a su discusión con Adrián.

Cuando llegó a casa hacía dos días dispuesta a darle una sorpresa y pasar una noche de sexo salvaje y descontrolado, no esperaba recordar lo que recordó, cuando lo escuchó hablar por teléfono con alguien. ¿Qué hubiera pasado si hubiera seguido recordando? Estaba claro que lo había bloqueado. Que algo en su interior había paralizado la visión.

Movió la cabeza a ambos lados justo cuando entró en el portal de su edificio. Tenía que centrarse y prepararse para ir a trabajar. Ayer se había quedado en casa fingiendo una gripe cuando en realidad lo que quería comprobar era si la persona con la que Adrián había quedado por teléfono la noche anterior aparecía. Pero nadie entró.

—¿Sofía? —dijo Adrián saliendo a recibirla—. ¿Dónde estabas? Pensé que hoy tampoco ibas a ir a trabajar.

—He ido a ver a Sylvain —dijo sin ganas, mientras se quitaba su abrigo. Adrián torció el gesto y Sofía supo al instante por qué. Había dicho Sylvain y no “su psicólogo”.

—Estando así no deberías haber ido —dijo él con cara de pocos amigos.

—Ya. Pero me está ayudando a recuperar la memoria.

—Pues no está sirviendo de mucho.

Sofía giró el rostro y se enfrentó a los ojos azules de Adrián. Quizá había llegado el momento de ser fuerte. De ser ella misma. Dio unos pasos hacia él.

—Estoy empezando a recuperar la memoria, pero bloqueo los recuerdos —espetó dolida, sin saber si era porque Sylvain tenía razón o porque era la primera vez que se enfrentaba a Adrián.

—¿Qué has recordado? —dijo él intentando no parecer ansioso.

—No mucho, pero... —Tragó saliva—. Adrián... necesito que me cuentes qué pasó exactamente la noche del accidente.

Adrián puso los ojos en blanco y pasó junto a ella para sentarse en el sofá que había en el salón. Sofía lo siguió, pero se quedó de pie.

—Cielo... te lo he contado mil veces.

—Solo una vez más. —Se sentó junto a él y cogió sus manos—. Por favor.

Adrián no la miraba. Cerró los ojos y apretó las manos con las de ella.

—Discutimos, Sofía, y te alteraste mucho. Dijiste que ibas a dar una vuelta. Pensé que lo harías andando, pero nevaba y cogiste el coche, y...

—¿Recuerdas qué nos dijimos exactamente? Cuantos más detalles me des...

—Sofía. —Adrián la miró por primera vez—. Me duele recordar ese día. Entiéndeme. Casi te pierdo por una discusión.

—Pero...

—A mí no me importa que no recuerdes lo que pasó. Estás bien. Nos queremos y nos vamos a casar. Eso es lo que importa. —La besó cariñosamente en la frente—. Tengo que ir al instituto.

Adrián se levantó del sofá y comenzó a prepararse para marchar.

Sofía tragó la bola de rabia y desdén que se le había formado en la garganta y, sin esperar a que él estuviera listo para salir juntos, cogió su abrigo y salió de casa.

Sylvain

Sylvain canceló todas y cada una de las sesiones que tenía durante el día. La discusión de Sofía le había afectado, por mucho que no quisiera admitirlo. Necesitaba tiempo para pensar, para asimilar lo que había pasado en su despacho. Para volver a centrarse. *Merde*. ¿Cómo no le iba a afectar si había tocado su único punto débil?

Analizó minuciosamente la conversación que habían mantenido y llegó a la conclusión de que solo quedaba una alternativa. Sylvain tenía que darle a Sofía un golpe de realidad. Aunque eso significase saltarse el código deontológico de los psicólogos y romper la norma de actuar siempre en beneficio del paciente. Aunque eso significara mostrar algo de su vida que jamás había mostrado. Sabía que, si le mostraba “esa” parte tan íntima, tocaría algo dentro de Sofía que la alteraría emocionalmente. Pero, a veces, los psicólogos necesitaban aplicar técnicas y procedimientos que hicieran sufrir emocionalmente a sus pacientes para conseguir que se despertase algo que estaba dormido. Y, como decía Carl Jung, “no importa cuántas técnicas domine un buen psicólogo, pero al tocar un alma humana, sea apenas otra alma humana”.

Cogió el aire mientras contempló por la ventana de su despacho la oscuridad de la noche sobre Madrid. Había tomado una decisión. Y no había otra alternativa.

Sofía

—Muchas gracias. Que tenga un buen día —dijo Sofía despidiendo a la última clienta que había entrado en la tienda.

Intentó poner su mejor sonrisa, pero no pudo. No le salía. La semana estaba siendo horrible, y lo único que quería era acabar su jornada laboral, ir a su casa y meterse en la cama. Ni siquiera tenía ganas de coser. ¡Ella, que adoraba la aguja y el hilo!

Suspiró, recordando que mañana tenía la siguiente sesión con Sylvain. Sabía perfectamente que había sido injusta con él, pero... ¿qué quería que hiciera? Él mismo había admitido que la provocaba para llevarla al límite y forzar que sus recuerdos salieran a la luz, pero...

Su teléfono sonó, sacándola de sus pensamientos.

—¡Marie!

—*Bonjour Mademoiselle!* —dijo risueña al otro lado del teléfono—. ¿Qué tal?

—Me pillas en la tienda, pero voy a cerrar ahora. ¿Tú que tal?

—Cansada, pero feliz —respondió Marie—. En unos días volveré a Madrid. Podríamos quedar a tomar algo y ponernos al día.

—Va... vale —tartamudeó ella nerviosa. ¿Quedaría con Marie? ¿Eso significaba que eran amigas?

—Y así me cuentas qué tal van las sesiones con mi hermano.

Sofía ahogó un grito mientras bajaba las verjas de la tienda.

—¿Sofía? —preguntó Marie nerviosa.

—Bueno... —empezó ella—. La verdad es que no van muy bien.

—¿Qué ha pasado?

—Siento que no avanzamos.

—Es normal, Sofía. Estás empezando. Tú relájate y confía en mi hermano.

—Ya... —Apagó las luces y se dirigió a la trastienda—. Quizá lo más fácil es abrir el sobre y acabar con todo esto.

—¿El sobre?

—Sylvain me dio un sobre en el que supuestamente está lo que he olvidado. Al parecer, además de psicólogo es adivino...

Marie soltó una carcajada.

—Este hermano mío... Cada día me sorprende con una nueva terapia.

—¿Suele hacerlo con todos sus pacientes?

—¿El qué?

—¿Les da un sobre con sus recuerdos?

—Que yo sepa no. Lo habrá hecho por algo. Sé que, de alguna manera, adapta las sesiones a cada paciente. Mi hermano es así.

Sofía se detuvo en seco.

—Quizá debería abrirlo...

—Si te lo ha dado es porque sabe que no lo abrirás. Es su manera de demostrarte que confía en ti.

Sofía sintió un pellizco en el pecho. La sesión de ayer volvió a su cabeza y sintió ganas de llorar.

—Da igual. Creo que la he fastidiado...

—¿Por qué? —quiso saber Marie.

Apretó los labios y decidió sincerarse con ella.

—Hemos discutido —confesó Sofía—. Me he ido antes de que acabara la sesión.

—Oh... —dijo Marie poniendo voz de niña disgustada—. No te preocupes por eso, Sofía. Es normal. Sylvain ha visto de todo en su trabajo, no te preocupes por una discusión.

—No es por la discusión en sí, es porque creo que me he pasado.

—¿En qué sentido?

—Le he dicho cosas terribles... Y no es propio de mí.

—Entonces pídele perdón. No creo que mi hermano te guarde rencor por eso.

—¿Tú crees? —preguntó con apenas un hilo de voz. Un pequeño rayo de esperanza apareció al final de sus pensamientos. Igual Marie tenía razón. Igual era tan fácil como pedirle perdón. Las personas discutían y no pasaba nada. ¿Por qué tenía tanto miedo de las discusiones?

—¿Sofía? —dijo Marie a través del teléfono.

—Gracias —respondió ella con una sonrisa.

—¡Anda! ¿Por qué?

—Por hablar conmigo.

Marie se rio al otro lado del teléfono y cambió de tema. Comenzó a hablarle sobre el próximo evento que tenía en Madrid, mientras Sofía sonreía, decidida a disculparse con Sylvain el próximo día.

Sofía

Subió en el ascensor con el corazón en un puño. Jamás se le había hecho tan largo el trayecto hasta el despacho de Sylvain. Sofía estaba nerviosa. Histérica. Sabía que la última sesión no había ido bien porque había explotado emocionalmente. Y venía dispuesta a pedirle perdón. No había estado bien la manera en la que se dirigió a su psicólogo, después de todo lo que había hecho por ella. De lo que estaba haciendo por sus recuerdos. La conversación con Marie le había hecho reflexionar, le había hecho darse cuenta de que no había sido justa con Sylvain. Y hoy venía dispuesta a disculparse. Si es que no le daba un ataque al corazón antes...

Cogió aire cuando llegó hasta la puerta del despacho de Sylvain, y llamó con los nudillos.

Esperó. Esperó como siempre hacía, esperando a que Sylvain le dijera que pasara, aunque nunca lo hacía. Mierda. Estaba histérica. “Cálmate, Sofía, no seas niña”, se reprimía a sí misma. Tenía que ser valiente y disculparse.

Agarró el picaporte y abrió la puerta.

Esperaba encontrárselo detrás de su escritorio, como siempre, con las monturas sobre su nariz, escrutándola con la mirada. Pero no.

Sylvain estaba de pie, de espaldas a ella, mirando por la ventana. La luz de las primeras horas de la mañana incidía sobre él proyectando una imagen casi mágica. Sofía quiso decir algo, pero tenía la boca seca. ¿Tan difícil era pedirle perdón?

Sylvain la miró por encima del hombro y ella dio un brinco, sin entender. Estaba serio. Más serio de lo habitual. Y sus ojos... sus ojos ya no tenían esa intensidad tan característica. No era la mirada de otras veces. No la retaba.

Se acojonó.

—Buenos días —dijo Sylvain girándose por completo hacia ella. Llevaba las manos en los bolsillos de un abrigo de paño negro. Un momento. ¿Por qué llevaba puesto el abrigo?

—Hola —respondió intentando que no le temblara la voz, mientras se desenroscaba la bufanda oversize del cuello.

—No te quites el abrigo —exigió Sylvain—. Nos vamos.

—¿A... A dónde?

Sylvain no respondió cuando pasó a su lado, instándola con una mano en la espalda a que saliera de su despacho. ¿Las sesiones habían acabado? ¿Iba a darle de baja? Sylvain cerró con llave su despacho mientras Sofía lo miraba incrédula.

—Si es por lo del otro día... —comenzó nerviosa, mientras él volvía a apoyar la mano en su espalda y recorrían el pasillo hasta el ascensor. Sofía podía haberse quedado quieta, pero lo siguió sin rechistar.

—Tiene que ver con lo del otro día, pero no es lo que piensas.

—¿Y qué es lo que pienso? —preguntó ella mirándole de manera inquisitiva cuando entraron en el ascensor.

Sylvain no la miraba. Se apretó el párpado derecho. ¿Estaba nervioso? ¿Desesperado?

—¿Estás enfadado? —quiso saber Sofía.

—No.

El ascensor paró y las puertas se abrieron. Estaban en el garaje del edificio. Sylvain salió agarrando por el brazo a Sofía.

—¿Entonces? —preguntó ella, mirándolo a la cara.

No hablaba. No soltaba prenda. ¿Cómo podía permanecer tan callado? Vale que la última sesión hubiera estado mal por su parte. Venía a disculparse con él, pero si no le daba la oportunidad...

Llegaron hasta el Maserati gris de Sylvain y él abrió la puerta del copiloto primero.

—Sube —pidió girándose hacia ella.

Sofía se cruzó de brazos, sin hacerle caso.

—No hasta que me digas qué pasa.

Por primera vez Sylvain le sostuvo la mirada y suspiró agotado.

—Hoy no será una sesión normal, Sofía. —Ella respiró aliviada al saber que iba a seguir habiendo sesiones—. Pero necesito pedirte que te mantengas como espectadora. No hables. No hagas preguntas. Sé que te dije que lo fundamental en este proceso era la comunicación, pero hoy necesito que me hagas caso.

Sofía frunció el ceño, sin entender. ¿Que fuera una mera espectadora? ¿A dónde narices iban?

—¿Por qué?

—Por favor —suplicó Sylvain sorprendiéndola. Era la primera vez que lo veía así. Estaba nervioso, afectado. Y eso solo la ponía más nerviosa a ella. Sofía lo contempló en silencio durante unos segundos. ¿Qué podía hacer? Podía darse la vuelta y volver a su casa o podía confiar en su psicólogo y descubrir qué era lo que le tenía preparado para hoy. Sylvain esperaba quieto, con la puerta abierta y los ojos clavados en ella.

Sofía cogió aire y tomó una decisión. Subió al coche.

Sylvain conducía en silencio por las calles de Madrid, mientras Sofía apretaba sus manos en el asiento del copiloto. Miraba a todos lados con el único fin de descubrir a dónde se dirigían. No tenía ni idea de cuál era el plan de Sylvain para aquella sesión. ¿Quería darle un castigo por la discusión que habían tenido el otro día? Igual la llevaba a una zona apartada y la dejaba tirada, sola, para que encontrara de nuevo el camino. Sylvain había dicho que tenía que llevarla al límite para que recuperara la memoria, pero...

Movió la cabeza a ambos lados intentando apartar esos pensamientos. Sylvain era psicólogo, no un psicópata. Jamás le haría daño, ¿verdad?

Lo miró por el rabillo del ojo mientras conducía. Estaba raro. Nervioso. Sylvain siempre daba la impresión de tener todo bajo control, era un hombre seguro de sí mismo, pero en aquella ocasión parecía... ¿asustado?

Sylvain redujo la velocidad y entró en un complejo con un enorme edificio blanco. ¿Era ahí donde tenían que llegar?

Aparcó con una habilidad asombrosa y bajó del coche. Conocía el lugar perfectamente, sin duda. Sylvain abrió la puerta del copiloto para que Sofía bajara y, cuando lo hizo, buscó alguna señal que le indicara dónde estaban.

—Vamos —dijo Sylvain agarrándola del brazo hacia la entrada.

—¿Estamos en un hospital? —preguntó Sofía viendo las instalaciones tan blancas. Una punzada le llegó hasta el pecho y paró en seco—. ¿Está bien Marie? ¿Qué le ha pasado?

—No estamos en un hospital —masculló él entre dientes, girándose—. Y Marie está bien.

—¿Dónde estamos? —preguntó de nuevo mientras reanudaban el paso. Sylvain cogió aire con

fuerza, como si aquello le ayudara a calmarse. Sofía lo miró por el rabillo del ojo y vio su desesperación. Vale. Nada de preguntas. Se lo había pedido él y no estaba cumpliendo su palabra.

Tragó saliva y siguió andando hasta el interior de aquel edificio. En silencio.

El suelo brillaba por los reflectores del techo, reflejando las paredes blancas y los muebles en madera de pino. Todo estaba impoluto. Varias enfermeras andaban de aquí para allá. Algunas solas, otras acompañando a ancianos que iban en sillas de ruedas o andando. Sofía comprendió que se encontraban en un centro para personas mayores. Una residencia. El Bastón de Oro, indicaban los letreros de las cristaleras. Sylvain la soltó del brazo, cogió aire y, sin mirarla, avanzó por las instalaciones.

Sofía lo siguió en silencio, mirando hacia ambos lados, sin entender qué hacían allí exactamente. Sylvain giró a la derecha y llegó hasta un pasillo que parecía no tener fin. Andaba con paso firme, saludando a las enfermeras y enfermeros que se encontraba en su camino. Parecía conocer aquel lugar a la perfección. Y eso solo inquietó más a Sofía.

Sylvain paró frente a la habitación 112 y llamó con los nudillos. Una voz de mujer le instó a que entrara desde el interior. Sylvain abrió la puerta, se puso a un lado y miró a Sofía, que seguía sin entender del todo lo que pasaba. Le preguntó con la mirada, pero solo recibió silencio de sus ojos negros, que la miraban fijamente.

Sofía avanzó despacio y entró en la habitación, seguida por Sylvain.

—Buenos días, Sylvain, hoy has venido más pronto —dijo una enfermera rubia con el pelo recogido en una coleta alta y vestida de blanco impoluto, como el resto de los trabajadores.

—Buenos días —respondió él—. ¿Cómo está?

Sofía dio un paso hacia delante para ver mejor la habitación donde se encontraban. Era pequeña y seguía la misma línea que el resto de las instalaciones: pintada de blanco, con el suelo brillante y los muebles en madera de pino. Tenía un pequeño pasillo inicial donde a la derecha quedaba un armario y lo que se intuía la puerta de un baño. Al fondo, una ventana y una cama, inclinada hacia delante. En ella había un hombre al que Sofía no lograba poner edad. Tenía el pelo blanco, el rostro pálido enmarcando sus mejillas y las cuencas de los ojos ensombrecidas. Un tubo conectado a la pared le ayudaba con el oxígeno.

—Hoy tiene un buen día —respondió la enfermera haciendo que Sofía regresara a la realidad—. Vuelvo en un rato. —Sonrió a Sofía cuando salió por la puerta y la cerró, dejándoles en la habitación.

Sylvain se acercó al hombre postrado en la cama y le acarició con delicadeza la cabeza.

—*Bonjour papa, ça va?*

El corazón de Sofía dejó de latir. Ella no hablaba francés, no entendía el idioma, pero había palabras universales que comprendería todo el mundo, y cuando Sylvain llamó “papá” a aquel hombre dejó de respirar. ¿Aquel hombre enfermo era su padre?

El hombre pareció reaccionar a su voz y, aunque tenía los ojos cerrados, movió ligeramente la cabeza. Sofía avanzó hacia ellos, con el corazón en un puño. En un extremo de la cama había una placa con un nombre: Bertrand Arnaud.

—Sylvain, yo...

—Hace poco más de dos años y medio recibí una llamada del Hospital de la Paz —comenzó Sylvain sin mirarla, sin dejar de acariciar a su padre—. Habían encontrado a mi padre desorientado y con un golpe en la cabeza. Cuando hablé con él por teléfono me dijo que no era la primera vez que le había pasado y me asusté. Tomé un avión en urgencia desde Nueva York para estar con él y descubrir qué era lo que le pasaba. Sabía que últimamente mi padre estaba más estresado, irritado y apagado de lo normal. Pero él me decía que era por el trabajo. Siempre

trabajó demasiado y pensé que, en aquella ocasión, su cuerpo le estaba diciendo que se tomara un descanso. Cuando me preguntaron si había posibilidad de que tuviera demencia, lo negué rotundamente. ¿Cómo podía mi padre, el neuropsicólogo más importante de España, perder la memoria? Era él quien ayudaba a la gente a recuperarla, no al revés. Aun así, los médicos insistieron en hacerle las pruebas. Le hicieron un test cognitivo, una evaluación neuropsicológica, exámenes de sangre, resonancia magnética... Y llegaron a un diagnóstico que nunca hubiera querido escuchar: mi padre padecía una demencia precoz. Su cerebro se estaba apagando a sus cincuenta y cinco años.

Sofía avanzó un paso más hacia ellos, sintiendo que le faltaban fuerzas para seguir escuchando aquella historia que le partía el alma.

—Decidí dejarlo todo y trasladarme a Madrid para ayudar a mi padre —continuó Sylvain—. Él siempre quiso que siguiera su misma especialidad en psicología. Pero no le hice caso. Cuando acabé la carrera me especialicé en psicología organizacional. Las empresas necesitan un psicólogo en el equipo para poder gestionar a los trabajadores, y durante mis primeros años trabajé para grandes empresas de París, Madrid y Nueva York. Pero cuando mi padre se puso enfermo, supe que me había equivocado. Regresé con él aquí y me especialicé en neuropsicología con el único fin de ayudar a mi padre. Durante el último año he visto cómo él empeoraba con el tiempo. Había días en que no recordaba dónde vivía o si había comido o no. Descuidó su aspecto, dejó de trabajar porque su productividad empezó a caer en picado. Y con cada cosa que olvidaba su mirada cambiaba poco a poco.

»Su enfermedad avanzó a pasos agigantados. El alzhéimer es así, cuanto más joven eres, más rápido te ataca. Hace cuatro meses no pude seguir haciéndome cargo de él, y tuve que traerle aquí para que me ayudaran. —Sylvain suspiró y miró hacia arriba—. En apenas un año mi padre no me reconoce, no sabe quién soy. Ni siquiera habla. En todo este tiempo no he sido capaz de ayudarle.

—Sylvain... —susurró Sofía. Quiso decir algo. Quiso decirle que no era verdad, que le había ayudado mucho, que había estado con su padre cuando más lo necesitaba. Pero las lágrimas se agolparon en sus ojos y un nudo en la garganta impidió que Sofía consolara a Sylvain.

—Sofía —dijo Sylvain girándose hacia ella y mirándola fijamente con aquellos ojos negros—. Yo soy psicólogo, no médico. Y por eso no puedo ayudar a mi padre. Yo puedo tratar la amnesia, no el alzhéimer. La amnesia no es una enfermedad, el alzhéimer sí. El alzhéimer destruye las células del cerebro que guardan nuestros recuerdos, la amnesia no. La amnesia bloquea esas células para que los recuerdos no fluyan, pero ellos siguen allí, esperando a ser desbloqueados.

Sofía no se movía, ni siquiera parpadeaba. Si lo hacía, estaba segura de que las lágrimas caerían por sus mejillas sin control. Los recuerdos de la última sesión con Sylvain aparecieron en su cabeza. ¿Cómo podía haber sido tan estúpida? ¿Cómo podía haber dicho lo que dijo de las personas con alzhéimer? Jamás podía imaginar que el padre de Sylvain estuviera enfermo. Jamás podía imaginar que Sylvain la llevaría hasta allí y le mostraría la realidad. La cruda y cruel realidad. Había sido una egoísta y una niñaata.

Hicieron el camino de vuelta en silencio. No habían vuelto a cruzar palabra desde que Sylvain había contado su historia. Sofía se sentía mal. Sentía que se había equivocado con él y que se había comportado como una auténtica estúpida. Además, no había encontrado las palabras para pedirle perdón, para decirle que lo sentía por todo, por cómo le había hablado en la última sesión y por lo que le había pasado a su padre. Ella, que siempre encontraba palabras para todo.

—Te acerco al centro —dijo Sylvain serio, regresándola a la realidad.

Al principio Sofía no entendió a qué se refería. Sylvain iba a acercarla al centro comercial de la calle Princesa, donde ella trabajaba. Miró por la ventana y el estómago se le encogió cuando

vio que estaban cruzando la calle Princesa y que llegarían en apenas dos minutos. La ansiedad se apoderó de ella y se agobió. Tenía que decir algo, no podía dejar que se despidieran sin decir nada.

—Sylvain, yo...

—No hace falta que digas nada —dijo Sylvain sin mirarla, conduciendo con una mano mientras la otra estaba en la palanca de cambios. Lo dijo sin resquemor, sin ápice de amargura. Lo dijo tranquilo, como si le hubiera leído la mente. Como si entendiera que ella estaba agobiada y necesitase decir algo. Sylvain no era adivino, pero conocía a las personas. La conocía a ella. Y parecía que la conocía mejor que nadie.

Sofía tomó aire y, sin pensar, apoyó su mano sobre la que él tenía en la palanca de cambios, sintiendo su calor de inmediato en comparación con su fría mano. Al principio pensó que Sylvain la apartaría, que le diría algo. Pero no lo hizo. El pulgar de Sylvain acarició levemente los dedos de Sofía, haciendo que ella se relajara.

Y en ese momento ella entendió que hay palabras que no dicen nada y silencios que lo dicen todo.

Sofía

Quemaba. El té quemaba demasiado, pero le calentaba las manos. Sofía estaba esperando a Marie en la cafetería Le Coco, de la calle Barbieri. Necesitaba hablar con ella. Necesitaba hablar con alguien de lo que le estaba pasando. Cuando el día de ayer llegó a su casa después de haber ido con Sylvain a ver a su padre, se lo contó a Adrián. Y este se puso como una furia. Le dijo que todo era un número para que sintiera pena por él, que lo único que hacía era perder el tiempo. Sofía no quiso escucharle más y acabó la conversación yéndose a su habitación. Aquella noche Adrián durmió en el sofá y, por primera vez en mucho tiempo, ella no se sintió mal.

—¡Hola! —Marie entró radiante en la cafetería con un *look* de lo más francés: abrigo de pata de gallo y una boina negra que resaltaba sus ojos oscuros y su cabellera rubia. Se acercó a ella, dejó el abrigo en la silla y le dio dos besos—. ¡Estás guapísima!

Sofía parpadeó y se sonrojó. ¿Lo estaba? Llevaba un jersey de cuello vuelto un poco más ajustado de lo normal y unos vaqueros que definían su figura. Tampoco se había puesto nada del otro mundo, pero sí que había intentado arreglarse un poco más de lo habitual.

—Gracias —respondió nerviosa, alabada porque ella se hubiera dado cuenta de eso.

El camarero se acercó a ellas y tomó nota del té de frutos rojas que pidió Marie.

—Me ha hecho mucha ilusión que me llamas —dijo Marie con una sonrisa de oreja a oreja—. Es una pena que mañana vuelva a París, porque podríamos hacer una noche de chicas y salir a bailar otra vez. Tendremos que posponerlo para la próxima. —Marie le guiñó un ojo cómplice y ella sintió un calor en el pecho que le reconfortó. Apenas conocía a Marie de hacía unas semanas, pero sentía que con ella tenía una conexión especial, una conexión diferente. Y eso le hacía feliz.

—Claro. —El camarero llegó hasta ellas y depositó la taza frente a Marie—. Oye, Marie...

—¿Sí? ¡Esto está buenísimo!

Podría haberse callado. Podría haber hablado de mil cosas. Pero estaba harta de tener miedo. Miedo a perder a la gente, a no tener amigos. Miedo a no ser ella misma.

—Sé lo de tu padre y... lo siento muchísimo, Marie. No lo sabía.

Marie parpadeó sorprendida por el comentario. Sofía estaba segura de que no se esperaba que tocara ese tema. Marie depositó la taza de nuevo sobre la mesa y comenzó a darle vueltas con una cucharilla.

—Así que Sylvain te lo ha contado... —dijo triste sin mirarla.

—Bueno —comenzó Sofía nerviosa—. En realidad, lo he conocido. He conocido a tu padre.

Marie levantó la vista sorprendida.

—Sylvain me llevó a verlo —explicó Sofía—. Al Bastón de Oro. Sylvain quería que supiera que... bueno... —Buscaba las palabras, pero le costaba encontrarlas—. Sylvain quería que entendiera la importancia de los recuerdos.

Marie sonrió triste.

—Siento mucho no habértelo contado, Sofía.

—¿Qué? —Parpadeó—. No, no. No quería que me lo contaras. Bueno... sí, pero que...

—Eres mi amiga y tienes derecho a saberlo.

Ahora la que abrió los ojos fue ella. Que Marie la considerase su amiga le hacía sentir especial. Mucho. Hacía demasiado tiempo que nadie le hacía sentir así. Hacía demasiado tiempo que nadie la consideraba su amiga.

—No solemos hablar mucho de eso. Sylvain y yo, me refiero —comenzó Marie removiendo el té—. Cuando mi padre enfermó Sylvain lo dejó todo para venir aquí con él. Al principio pensábamos que iría más lento, pero por desgracia le pilló en una edad temprana. Y cuando nos quisimos dar cuenta, la enfermedad avanzó muchísimo. Sylvain encontró el mejor centro para el tratamiento del alzhéimer y no dudó en ingresarlo en cuanto mi padre comenzó a depender de la gente. —Suspiró apretando la taza con sus manos—. Jamás me ha echado en cara que me quedara en París con mi madre. Mis padres se divorciaron cuando Sylvain y yo éramos muy pequeños y yo me quedé en París con mi madre, mientras que Sylvain se vino a España con él. Ellos dos están muy unidos. O lo estaban, porque ahora mi padre no recuerda nada...

—Marie, yo...

Marie sonrió, triste.

—A mí me duele ver a mi padre así, por eso evito visitarle siempre que puedo. Sufro mucho por él. Verle así, con lo que él ha sido, me duele demasiado.

Sofía alargó las manos hasta las de Marie y las tomó entre las suyas.

—Lo siento mucho, Marie. Siento mucho lo de tu padre. Si puedo hacer algo para que...

Marie sonrió con los ojos empañados.

—Gracias, Sofía. Eres una buena amiga.

Se quedaron así, agarradas de la mano y sonriendo entre lágrimas.

—Sylvain quiere ayudarte, Sofía —determinó Marie—. Conozco a mi hermano y es muy reservado con su vida privada. Si te ha enseñado esa parte es porque le importas. Y mucho.

¿Le importaba? Sintió cómo la garganta se le agarrotaba, impidiendo que salieran las palabras.

—No me he portado bien con él... —susurró como pudo entre dientes—. He pagado mi frustración con él.

—Es normal que estés frustrada, Sofía.

—Ya...

—Estoy segura de que mi hermano no te guarda rencor.

Y Sofía también lo sentía así. ¿Cómo era posible que, después de todo lo que Sylvain estaba haciendo por ella, no hiciese más que tratarlo mal? Ella no era así. No era tan arisca ni desagradable con la gente. Pero con Sylvain... sentía que era vulnerable. Sentía que Sylvain podía meterse en su cabeza como nadie lo había hecho, y eso le daba miedo. ¿Miedo? Acababa de pensar en dejar de tener miedo por todo. No quería tener miedo a tener amigos, a abrirse con la gente. No quería tener miedo nunca más de nada. Tenía que dejar entrar a Sylvain. Tenía que dejar de tener miedo. Y quizá solo así conseguiría recuperar los recuerdos.

—Le pediré perdón —determinó Sofía.

Marie sonrió de oreja a oreja, contagiando su sonrisa a Sofía.

Sylvain

—Adelante —respondió Sylvain desde el interior de su despacho.

La puerta se abrió y León Ruíz entró con una línea recta en los labios. Llevaba un traje azul claro que le daba una elegancia y un porte digno de un gerente de un gabinete.

—Buenos días, Sylvain, ¿tienes un minuto?

—Claro —respondió él quitándose las gafas e indicándole con la mano que tomara asiento en una de las dos butacas que tenía frente a él.

León se desabrochó la americana y se sentó en la silla derecha, la que quedaba más cerca de él. Sylvain se preguntó si habría elegido esa por ser la misma en la que se sentaba Sofía, y los recuerdos de la última vez que se vieron volvieron a su mente. Había cruzado una línea de no retorno. Jamás había llegado hasta ese extremo con otros pacientes. Y eso que había tenido algunos complicados y difíciles. Pero con Sofía era diferente. Tenía que abrirse con ella para que ella lo hiciera con él. Y vaya si lo hizo. Había abierto una puerta por la que jamás dejaba pasar a nadie. Había ido con ella a ver a su padre, enfermo, para demostrarle que él confiaba en ella y que ella todavía tenía recuerdos que recuperar. Ocultos, pero los tenía. Los podía recuperar. Y había gente, como su padre, que los había perdido para siempre.

—He hablado con Sofía y me ha contado que en la última sesión la llevaste al Bastón de Oro.

Sylvain le aguantó la mirada. León sabía que su padre estaba enfermo, pero nunca hablaban de ello. Tuvo que contarle la verdad cuando las veces que tenía que ausentarse para atender a su padre crecieron considerablemente en el último año.

—¿Haces eso normalmente con el resto de los pacientes?

Sylvain cerró los ojos ante la pregunta inquisitoria de León y respiró buscando calma. Con esa simple pregunta, Sylvain supo que el encuentro con su jefe no iba a ser agradable.

—No —respondió bruscamente, volviendo a mirarlo de manera firme.

—¿Entonces por qué con mi hija sí?

—León...

—Tenemos un código, Sylvain. Tenemos que seguir unas reglas y tratar a nuestros pacientes como los profesionales que somos.

—Tuve que hacerlo. Se nos acaba el tiempo.

—No podemos cruzar los límites con nuestros pacientes.

—Lo sé.

—¿Los has cruzado con Sofía?

Sylvain frunció el ceño. La imagen de Sofía agarrándole la mano mientras conducía se incrustó en su cabeza como una bala. El tacto frío de su mano mientras intentaba consolarlo y el sabor de sus labios eran los recuerdos favoritos que tenía con ella. Un momento. ¿Recuerdos favoritos? *Merde*. Aguantó la respiración con el único fin de ahogar esos sentimientos.

—No —mintió Sylvain por primera vez.

León le sostuvo la mirada, como intentando averiguar si su respuesta era verdadera. Y Sylvain

pudo ver en la mirada de León, idéntica a la de Sofía, que no se creía del todo esa respuesta.

—Acudí a ti porque yo era incapaz de ayudarla —dijo León sin mover un músculo de su cuerpo—. Los vínculos afectivos entre un psicólogo y su paciente dificultan su recuperación.

—Lo sé —repitió él empezando a crisparse.

—Si estás creando vínculos con mi hija, tienes que derivar a otro profesional.

—León...

—A todos nos ha pasado alguna vez, Sylvain. Todos nosotros, en algún momento de nuestra carrera laboral, nos hemos topado con un paciente que nos ha removido por dentro, que nos ha hecho replantearnos nuestros sentimientos. Es normal. Somos humanos.

—Por eso mismo.

León levantó una ceja, sin entender, y Sylvain se cruzó de brazos.

—Conoces mi trabajo. Conoces mis técnicas —espetó Sylvain aproximándose a León—. Aunque seamos psicólogos, aunque tengamos que mantenernos al margen, no debemos olvidar que estamos tocando almas humanas, y para tratarlas lo único que necesitamos es ser otra alma humana más.

León frunció el ceño.

—Lo único que intento decirte es...

—Sé lo que intentas decirme.

—Conoces el afecto por transferencia y contratransferencia.

—Lo conozco. Y no se trata de eso.

Sylvain sabía perfectamente de lo que hablaba su jefe. En su tipo de trabajo era normal que a veces se generara afecto entre paciente y terapeuta. Cuando el paciente experimentaba ese tipo de afecto hacia su terapeuta se denominaba amor de transferencia, y, cuando era al contrario, cuando el terapeuta desarrollaba ese afecto hacia su paciente, se denominaba de contratransferencia. Estos sentimientos eran generados por las sesiones, en las que el paciente se siente escuchado, comprendido y acompañado. Y ese tipo de sentimientos, por lo general, desaparecían al tiempo de cesar las sesiones. El verdadero problema es cuando se produce la contratransferencia, puesto que en ese caso el psicólogo debe derivar a otro profesional, dado que se ha perdido la objetividad y los sentimientos pueden perjudicar gravemente al paciente.

Sylvain lo conocía bien, y si algo destacaba en su carrera era la profesionalidad. Él podía controlarlo, podía autorregular sus propios sentimientos. Autorregulación emocional, se llamaba. Todo era cuestión de mantener su mente y sus sentimientos en equilibrio. Llevaba mucho tiempo trabajando en ellos.

—Sofía no quiere recordar —explicó Sylvain—. Bloquea sus recuerdos porque tiene miedo a enfrentarse a ellos. Sofía no es una paciente cualquiera, y lo sabes. Necesito crear un vínculo con ella para liberar su mente y ayudarla a afrontarlo sin dolor.

León lo escudriñó con la mirada durante unos segundos. Y se mantuvieron así. Retándose con la mirada, como Sylvain y Sofía hacían durante sus sesiones.

—¿Funcionó? —preguntó León.

—¿El qué?

—Que mi hija conociera a tu padre.

Los labios de Sylvain se curvaron en un intento de sonrisa.

—Mis técnicas siempre funcionan.

—Eso espero, Sylvain.

Sofía

Llegó hasta el despacho de Sylvain nerviosa, pero sonriendo. Sofía había tomado una decisión: se disculparía con Sylvain y seguiría el tratamiento que él le impusiera al pie de la letra. Sin peros y sin quejas. Sofía quería recordar aquello que había olvidado, aunque doliera, aunque tuviera miedo. Pero confiaba en Sylvain. Sylvain la conocía, sabía llevarla a través de sus recuerdos y estaría ahí cuando los recuperara para que no dolieran.

Llamó con los nudillos y agarró el pomo de la puerta, pero, esta vez, no se abrió. Estaba cerrada. Comprobó su reloj de pulsera. Había llegado puntual, como siempre.

—¿Sofía?

Se giró ante la voz tan familiar. Su padre estaba al otro lado del pasillo y avanzó hacia ella con las manos en los bolsillos de su traje.

—Papá... He venido a ver a Sylvain.

León apartó los ojos cuando llegó hasta ella.

—Cariño, Sylvain no está.

—Ah...

¿No estaba? Era raro que Sylvain no estuviera, pero era más raro aún que no hubiera cancelado la cita con ella, con lo meticoloso que era.

—Sofía... —dijo su padre mirándola a los ojos—. El padre de Sylvain ha fallecido.

—¿Qué?

No. No podía ser. Cuando lo vio en el centro el Bastón de Oro, hacía unos días, estaba bien. Lo había dicho la enfermera, ¿verdad? Había dicho “hoy está mejor”. Lo recordaba. Lo recordaba perfectamente. No podía ser. No podía haber pasado.

—Cariño... —dijo su padre agarrándola por los hombros. Sofía no supo que estaba temblando hasta que las manos de su padre la estabilizaron.

—¿Cuándo ha sido? ¿Cómo... cómo ha pasado?

—Anoche empeoró —explicó su padre con la mirada ensombrecida—. Esta mañana Sylvain me ha llamado para comunicarme lo peor.

—¿Cómo está? ¿Lo has visto?

—No, cariño —dijo su padre—. Está preparando todo para el entierro.

Sofía sintió que le faltaba el aire.

—¿Cuándo es el entierro?

—Mañana al mediodía.

—Tenemos que ir, papá. Tenemos que ir con Sylvain y...

—Cariño... —León acarició la mejilla de su hija—. El padre de Sylvain será enterrado en París. Lo trasladan esta misma tarde.

¿En París? La cabeza de Sofía iba a mil. Era lógico que enterraran al padre de Sylvain en París. ¡Eran franceses! ¿Qué esperaba? Además, allí estaría Marie y su madre. El corazón le oprimió en el pecho y la respiración se le aceleró. Sonrió tristemente. Había tomado una decisión.

—Entonces habrá que ir a París.

—¿A París?

—Sí —dijo Sofía sacando su ordenador portátil y sentándose en la cama.

—No podemos ir a París, Sofía —sentenció Adrián delante de ella, de brazos cruzados—. Tenemos responsabilidades. ¿Qué vas a decir en el trabajo?

—Me he pedido dos días.

—¿Dos días? Sofía... —Adrián daba vueltas por la habitación—. Habíamos quedado en que los días libres los utilizaríamos cuando se acercase la boda. Tenemos que rematar todos los preparativos.

—Ya veré cómo consigo otros dos días, no te preocupes por eso.

—Sofía... yo no puedo faltar dos días. Tengo que dar clases en el instituto.

—Pídetes días de permiso.

—Sofía... —Cerró los ojos desesperado—. No podemos ir a París. Es una tontería.

—Tenemos que ir, Adrián.

—Solo es tu psicólogo, nada más.

Aquel comentario le dolió. Sofía lo miró con el ceño fruncido.

—Sylvain es mi amigo.

—Es lo que quiere que pienses, ¿no lo ves?

—También es el padre de Marie. Tengo que estar con ellos.

—¿Tienes? —Se sentó junto a ella en la cama—. Sofía, por el amor de Dios, no tienes que hacer nada.

—Pero quiero hacerlo. —Lo miró seria—. Son mis amigos y quiero estar con ellos. Ellos me están ayudando a mí.

Adrián bufó y se pasó las manos por la cabeza.

—No te están ayudando, te están comiendo la cabeza.

Sofía puso los ojos en blanco y tecleó en el buscador de vuelos los horarios de los vuelos entre Madrid y París. Automáticamente salieron un montón de páginas con miles de combinaciones. Mierda. ¿Cuál era la mejor? Era la primera vez que cogía un vuelo, pero si todo el mundo lo hacía, no tenía que ser tan difícil, ¿no?

—¿Pero qué tipo de pájaros te ha metido ese estúpido psicólogo en la cabeza?

—No lo insultes —dijo Sofía molesta.

—Sofía, cariño... —Adrián se acercó a ella—. ¿Es que no ves lo que está haciendo? Tú antes no eras así.

—¿Así cómo?

—¿Irnos a París? ¿De un día para otro? No hacías estas cosas. No eras así de impulsiva... Pensabas más las cosas.

—Igual siempre he sido así, pero nunca te ha gustado que lo fuera.

—¿Ahora resulta que el malo soy yo? —espetó Adrián perdiendo los nervios y levantándose.

—Yo no he dicho eso.

—Pero seguro que ese psicólogo amigo tuyo sí, ¿no? Seguro que te ha dicho que toda la culpa la tengo yo.

Sofía parpadeó, sorprendida.

—Jamás ha dicho eso. Él nunca ha dicho nada en tu contra.

—Pero seguro que lo piensa.

Volvió a poner los ojos en blanco.

—Vamos a dejarlo, Adrián. No quiero discutir contigo. —Seleccionó una página en Internet—. He encontrado un vuelo que sale mañana a primera hora, el entierro es a las doce en el cementerio Père... Lachaise, o algo así, según me ha dicho mi padre. Podemos coger los vuelos de ida y...

—Sofía, no vamos a ir a París.

Ella lo escudriñó con la mirada.

—Adrián...

—No vamos a ir y punto.

Sofía frunció el ceño, molesta.

—Si no vienes conmigo iré yo sola.

Adrián soltó una carcajada burlona.

—¿Cómo vas a ir tú sola, Sofía? ¿Estás oyendo lo que dices?

—No voy a obligarte a venir si no quieres. Y tú no puedes obligarme a mí a quedarme si no quiero.

Adrián abrió los ojos sorprendido por la dureza de su mirada.

—Has cambiado, Sofía —dijo Adrián dañino—. No eres la misma de siempre.

—Quizá es porque las personas cambian, pero el pasado no.

Sofía se levantó dolida, con el ordenador portátil debajo del brazo.

—Mañana cogeré un vuelo que sale a las nueve menos diez de la mañana de Barajas. Si quieres venir conmigo, bien. Y si no, me iré yo sola, Adrián. Quiero estar con ellos.

Y salió de la habitación sintiendo que, por primera vez, había tomado una decisión ella sola.

Sylvain

Llovía. Desde que Sylvain había llegado a su ciudad natal no había dejado de llover. Y una parte de él sintió que el cielo lloraba con él la pérdida de su padre. El Cementerio del Père-Lachaise se encontraba en el distrito XX, al este de París. A pesar de ser un lugar para el luto, era uno de los sitios más bonitos de París. Algunas personas recorrían el cementerio, lleno de árboles y panteones, buscando una imagen hermosa que inmortalizar con sus cámaras de fotos o simplemente buscando la paz. Incluso en días como aquel, cuando llovía, era admirable. El pequeño mausoleo de la familia Arnaud se encontraba en una de las calles principales del cementerio, y durante generaciones lo habían utilizado para enterrar a los familiares allí. Bertrand Arnaud, a pesar de pasar la mayor parte de su vida fuera de París, siempre quiso que lo enterraran allí. Por eso Sylvain no lo dudó y preparó todo para trasladar el cuerpo sin vida de su padre a París, como él siempre quiso.

Su hermana, su madre, el novio de su madre y él habían velado durante toda la noche el féretro esperando a que las luces del alba aparecieran para realizar la ceremonia religiosa que tendría lugar antes del entierro.

La misa había sido corta y muy íntima. Apenas habían venido unos pocos familiares y amigos. Pero Sylvain lo prefirió así, no le gustaban las grandes multitudes, y quería que todo aquello acabara cuanto antes.

Cuando hacía dos noches recibió una llamada del centro Bastón de Oro, supo que tenía que prepararse para lo peor. Su padre había empeorado y había sufrido una pequeña parada cardiorrespiratoria que no tenía muy buena pinta. Lo único en lo que pensaba Sylvain cuando cogió el coche rumbo a las instalaciones era que su padre estuviera vivo cuando él llegara.

Y así fue. Bertrand respiraba con dificultad, pero esperó a que su hijo llegara para morir en paz, mientras él le sujetaba la mano. Por fin el sufrimiento había acabado. Por fin su padre y su familia podían descansar en paz. A pesar de haberse preparado psicológicamente para ese momento, Sylvain sintió que una parte de su alma se arrancaba de cuajo y desaparecía para siempre, dejando un hueco en su interior. Una parte de él quería que su padre dejara de sufrir, pero otra... Ya no volvería a verlo más. Ya no volvería a hablar con él. Ahora pasaba a formar parte de sus recuerdos. ¿Formaría él parte de los recuerdos de su padre allá donde quiera que se haya ido? Ojalá hubiera podido hacer algo más por él. Ojalá hubiera encontrado la manera de devolverle la memoria.

Aguantó la bola de rabia que se incrustó en su garganta y observó cómo los empleados del cementerio levantaban el féretro de su padre y lo introducían dentro del mausoleo.

Marie, a su lado, se apretaba contra su brazo mientras sollozaba, al tiempo que él sujetaba un paraguas negro, estoico. Su madre hipaba detrás de ellos, agarrada a Didier, su actual pareja. A su alrededor los pocos familiares y amigos esperaban en silencio, bajo sus paraguas. Los hombres colocaron bien el féretro, la placa donde se podía leer el nombre de su padre y, antes de cerrar la verja del mausoleo, depositaron las coronas de flores que habían acompañado a su padre durante

todo el camino hasta aquí. Había una de su madre, otra de Marie y de él, otra de sus amigos y una de los compañeros del gabinete de psicología.

Cuando los empleados cerraron la verja con llave, Sylvain supo que ya no habría marcha atrás. Su padre se quedaba allí y él tendría que volver a hacer su vida. Porque lo doloroso de la muerte no es el sufrimiento de la persona que se muere, sino de las personas que ven morir a un ser querido.

—Os acompaño en el sentimiento —dijo un conocido acercándose a Marie y a él.

Poco a poco los familiares y amigos fueron dando el pésame y alejándose de allí. Sylvain daba la mano en automático, mientras les agradecía su apoyo. Marie, a su lado, sollozaba y se limpiaba las lágrimas con un pañuelo, acurrucándose en su brazo, protegiéndose de la lluvia y del dolor. Los pasos fueron alejándose y lo único que quedó fue el sonido de la lluvia cayendo sobre sus paraguas junto a los sollozos de Marie y de su madre. Ya estaba. Había acabado. ¿Y ahora qué?

—¿Sofía? —dijo Marie con la voz rota.

Sylvain la miró sin entender, saliendo de su aturdimiento. Marie miraba en un punto alejado, a su derecha, y cuando Sylvain siguió la mirada de Marie no pudo creerse lo que vio.

Sofía estaba al final de la calle. Sujetaba un paraguas negro, a juego con su atuendo. Llevaba un vestido negro hasta las rodillas y un abrigo que le cubría hasta el cuello. A pesar de la lluvia, se había puesto unos botines de tacón, un bolso grande en el mismo tono y se había ondulado el pelo. Estaba preciosa. ¿Sería un espejismo? ¿Su imaginación le estaba jugando una mala pasada? Cuando sus ojos se le secaron, tuvo que parpadear. Y lo hizo con miedo, aterrado de que la imagen de Sofía desapareciera. Pero no lo hizo. Sofía seguía ahí, de pie.

Sofía se acercó hacia ellos y Marie se despegó del brazo de Sylvain para echarse a los brazos de Sofía.

—Lo siento muchísimo, Marie —exclamó Sofía abrazándola, mientras su hermana lloraba desconsoladamente.

Sylvain no podía creerse lo que estaba viendo. Ella estaba aquí. Había viajado hasta París. Sola. ¿Por qué? Sofía lo miró mientras abrazaba a Marie. Y esta vez se aguantaron la mirada de nuevo, como siempre. Pero ya no se retaban. Aunque no dijeran nada, lo estaban diciendo todo con sus ojos.

Marie se soltó de Sofía y caminó con ella hasta donde estaba Sylvain.

—Sofía —dijo Sylvain con la voz tocada.

Sofía le sonrió y, cuando Sylvain la vio hacerlo, sabiendo que ella estaba tan jodidamente rota por dentro, le dieron ganas de gritar a los cuatro vientos que se merecía un amor tan intenso como el universo.

Marie sujetó el paraguas de Sofía y ella avanzó hacia Sylvain, acortando las distancias.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Sylvain.

Y lejos de contestarle, Sofía se lanzó a sus brazos, rodeándole el cuerpo y apoyando la cabeza sobre su pecho.

—Quería estar aquí. Contigo. Con Marie —susurró tan bajito que solo él pudo oírlo.

Sylvain sintió el calor del cuerpo de Sofía. De su abrazo. La rodeó con el brazo libre, apretándola contra él.

Y deseó no tener que sujetar el paraguas con la otra mano para rodearla por completo.

Sofía

—Lo siento tanto, Sylvain —dijo Sofía apretándose más contra él mientras se aguantaba las ganas de llorar. No podía hacerlo, no podía llorar. Tenía que ser fuerte por ellos. Por Sylvain y por Marie. Tenía que ayudarles tanto como ellos la estaban ayudando a ella.

—Gracias, Sofía —respondió Sylvain apretándola contra su cuerpo. Todo el miedo que había pasado viajando sola por primera vez en avión, cogiendo un taxi hacia el cementerio... todo se desvaneció en cuanto abrazó a Sylvain.

—Eh... —Marie tosió a su lado, haciendo que se soltaran. A pesar de tener los ojos enrojecidos de tanto llorar, Marie sonreía—. Nosotros vamos saliendo.

Una mujer muy parecida a Marie, pero con el pelo largo y negro, se unió a ellos. A su lado, un señor con el pelo totalmente blanco la rodeaba por el brazo.

—Sofía —comenzó Sylvain, apoyando una mano sobre la espalda de ella—, te presento a mi madre, Manuela.

—¿Manuela? —preguntó parpadeando y mirando a la mujer—. ¿Es usted española?

La madre de Sylvain sonrió.

—Claro, ¿si no cómo crees que estos dos hablan español? Trátame de tú, cariño.

—Soy Sofía —dijo apretando la mano de Manuela—. Soy una pac...

—Es una amiga, mamá.

Manuela asintió con la cabeza, y Sofía se sonrojó ante la respuesta de Sylvain.

—Él es Didier, Sofía. Es la pareja de mi madre.

—*Échantedé* —dijo el hombre en un perfecto francés. Sofía le dio la mano también y sonrió como saludo.

Marie se agarró a su madre del brazo, sin separarse del paraguas de Sofía.

—Vamos al aparcamiento. Os esperamos allí —dijo Marie.

—Ahora vamos —dijo Sylvain mirando a su hermana. Marie sonrió, intercambió una mirada cómplice con su madre y se alejaron por la calle central.

—Sylvain —dijo Sofía cuando se quedaron solos, mirándolo directamente a los ojos—. Yo...

—¿Sylvain?

Los dos se giraron hacia la voz. Un hombre y una mujer caminaban en su dirección, resguardados de la lluvia también por un paraguas. La mujer era preciosa. Tenía una larga cabellera castaña y unos ojos verdes muy grandes. Pero para ojos, los del hombre, de un verde tan intenso que solo un dos por ciento de la población los tenía.

—¿Mark?

Sylvain avanzó un paso hacia ellos y, cuando la pareja llegó hasta donde se encontraban Sofía y él, el hombre, Mark, se abalanzó sobre Sylvain.

—No me lo puedo creer —dijo Sylvain en un perfecto inglés, mientras se abrazaban—. ¿Qué hacéis aquí?

—Estábamos en una convención en Bruselas y nos hemos venido en cuanto nos hemos enterado

—dijo Mark en inglés, sin dejar de abrazar a Sylvain—. Lo siento mucho, amigo.

La mujer de los enormes ojos se acercó a Sofía y la cubrió con el paraguas. En el efusivo abrazo entre los hombres, Sylvain se había llevado el paraguas dejando al descubierto a Sofía bajo la lluvia. Menos mal que aquella mujer estaba pendiente de todo. Sofía la miró desde abajo (era un poco más bajita que la mujer) y le sonrió.

—Gracias —dijo en inglés.

—Sofía —dijo Sylvain girándose hacia ella—. Oh, lo siento —exclamó mirando cómo la mujer cubría a Sofía con el paraguas—. ¿Te has mojado?

—Está bien —respondió Sofía sonriendo.

—Quiero presentarte a... —Se giró hacia ellos y volvió a hablar en inglés—. Sofía es española y...

—Sylvain —dijo Sofía captando su atención—. Hablo inglés, no te preocupes.

—¿Hablas inglés? —preguntó. Parecía sorprendido.

Sofía se cruzó de brazos y frunció el ceño.

—Claro —respondió ella—. Francés todavía no, pero inglés sí.

Sylvain sonrió.

—Sofía, estos son Mark y Evelyne. Dos grandes amigos de Nueva York. —Se giró hacia ellos—. Mark, Evelyne, esta es Sofía, una amiga.

¿Cómo se saludaban los estadounidenses? ¿Tenía que darles dos besos, la mano como hacían los franceses? Fue Evelyne la que se acercó a ella y le depositó un beso en la mejilla, seguida de Mark.

—Un placer conocerte, Sofía —dijo Evelyne.

—Mucho gusto, Sofía —respondió Mark sonriendo con una sonrisa de lado muy particular.

—El gusto es mío.

Sofía volvió junto a Sylvain, y Evelyne hizo lo propio con Mark.

—¿Qué hacéis aquí? No esperaba que vinierais... —dijo Sylvain.

—Estábamos en Bruselas por una convención y cogimos el primer avión en cuanto lo supimos —explicó Mark rodeando con el brazo a Evelyne.

—¿Y los niños? ¿Habéis podido dejarlos con alguien?

Evelyne y Mark se miraron cómplices.

—Ha habido una batalla campal entre los abuelos para ver quién se quedaban con quién —dijo Evelyne divertida.

—Y al final en vez de llevar a los niños a casa de los abuelos —continuó Mark—, los abuelos han venido a casa para cuidar a los niños.

Todos rieron bajo la lluvia.

—¿Cómo están? —preguntó Sylvain—. Seguro que han crecido muchísimo.

Evelyne sacó su móvil del bolso de su gabardina y buscó algunas fotografías.

—Pues Eli es un torbellino —dijo Mark—. Mi pequeña crece a pasos agigantados y cuando me quiera dar cuenta ya estará en la universidad.

—Eres un exagerado —le recriminó Evelyne mientras enseñaba el móvil a Sylvain y Sofía—. Solo tiene cinco años. Es pequeña todavía.

—Bueno, pero es mi niña —dijo Mark riendo—. Y Max es un buenazo. Este año comenzará el colegio. Cómo pasa el tiempo.

Sofía cogió el móvil que le daba Evelyne y vio a dos niños risueños. La niña, la mayor, era igual que Evelyne, pero con los ojos de Mark, y el niño era clavado a él, pero con los ojos oscuros.

—¡Son igual que vosotros! —dijo Sofia risueña. Evelyne sonrió eufórica y Mark se apretó más contra ella.

—¿Cómo va todo por Madrid, Sylvain? —preguntó Mark—. Por M&S te echamos de menos. No he vuelto a tener un psicólogo tan profesional como tú.

—Gracias, Mark —respondió Sylvain un poco entristecido—. Bien, las cosas marchan bien en el gabinete. Aunque ahora que ya no me ata nada a Madrid igual me planteo un cambio.

—Sabes que siempre tendrás un sitio en M&S —propuso Mark guiñándole un ojo.

—O en Advertising —dijo Evelyne sonriendo.

Sofia aguantó la respiración. ¿Sylvain se iría de Madrid? Sintió cómo se le encogía el corazón. ¿Y qué pasaría con su recuperación?

—Gracias, pero estoy planteándome volver aquí, a París. Por mi madre y Marie.

—Seguro que a Sofia le encantaría Nueva York —dijo Mark mirándola con esos ojos verdes tan inquietantes—. Nueva York es una ciudad muy romántica.

Sofia parpadeó, nerviosa. Mierda. ¿Los amigos de Sylvain pensaban que...? ¿Él y ella?

—Oh, no. No estamos juntos —dijo avergonzada—. Solo soy su paciente.

Mark y Evelyne la miraron expectantes y Sylvain se tensó.

—Sofia es una amiga a la que estoy ayudando a recuperar sus recuerdos —remarcó Sylvain.

—Oh, vaya —dijo Evelyne—. Lo siento mucho, Sofia, espero que los recuperes pronto.

—Gracias —respondió Sofia triste.

—Vamos a ir a comer a Montparnasse —explicó Sylvain—. Veníos con nosotros.

—Gracias, Sylvain —dijo Mark—. Pero cogemos el vuelo de regreso esta tarde. No queremos dejar a los niños solos tanto tiempo.

—Entiendo. —Se acercó de nuevo a Mark y le palmeó el hombro—. Gracias por todo. Por hacer este viaje tan largo y cambiar vuestros planes por mí.

Mark volvió a abrazarlo.

—Queríamos estar contigo.

Sylvain sonrió, se separó de Mark y abrazó a Evelyne.

—Cuídate mucho, Sylvain. Ven a vernos pronto.

—Lo haré.

Mark se acercó a Sofia y la abrazó.

—Un placer conocerte —dijo él—. La oferta sigue en pie. Ven a Nueva York cuando quieras.

—Gracias —dijo Sofia sonrojada.

Evelyne la abrazó.

—Cuídate mucho, Sofia. Y cuida de él —dijo en un susurro.

Sofia no supo qué contestar. Cuando se quiso dar cuenta, la pareja ya estaba caminando hacia la salida del cementerio.

Sylvain la agarró por la cintura y, ocultos de la lluvia bajo el paraguas, emprendieron el camino de vuelta.

Sylvain

—¡Esto es una locura! —dijo Marie sentada en el asiento del copiloto mientras Sylvain conducía el Mini negro de su hermana por las calles de París—. ¡No puedo creerme que estés aquí, Sofía!

Sofía se sonrojó en el asiento de atrás ante la afirmación de Marie.

—Yo tampoco puedo creérmelo —dijo ella avergonzada.

Sylvain la contempló a través del espejo retrovisor. Tenía las puntas de su cabello un poco mojadas por la lluvia y las mejillas coloradas. Él tampoco podía creerse que estuviera allí, en París. Con ellos. En cuanto la vio aparecer bajo la lluvia supo que estaba aterrorizada. Muerta de miedo. Sofía estaba cambiando. Había salido de su zona de confort. Y lo había hecho a lo grande.

—¿Cuánto tiempo te quedas aquí? —preguntó su hermana girándose por completo hacia atrás, para mirar a Sofía.

—Hasta mañana. Pasado tengo que regresar a trabajar.

—¿Qué vuelo tienes mañana? Igual coincides en el mismo que Sylvain.

—Eh... —titubeó—. No lo sé.

Marie parpadeó.

—¿Cómo que no lo sabes? ¿Cuándo tienes el vuelo de vuelta a Madrid?

Sofía palideció.

—Yo... no... no he cogido vuelo de vuelta.

—¿Cómo? —preguntó Marie con una sonrisa en los labios.

—¿Había que coger el vuelo de vuelta a la vez que el de ida? —dijo Sofía con los ojos muy abiertos.

—Normalmente, sí —respondió Marie risueña—. Se suele coger el vuelo de ida y el de vuelta a la vez para que te salga más barato.

—¡Mierda! —dijo cubriéndose el rostro con las manos—. ¡No lo sabía!

—¿Cómo no lo vas a saber? ¡Todo el mundo lo sabe!

—Marie... —dijo Sylvain a modo de reprimenda.

Sofía apartó las manos de su rostro y Sylvain la contempló por el espejo retrovisor mientras giraba en un cruce. Parecía estar a punto de echarse a llorar.

—Es la primera vez que cojo un vuelo... —susurró muy bajito—. Es la primera vez que salgo de España... Yo...

—¿En serio? —dijo Marie poniendo voz de niña buena—. ¿Es tu primer viaje al extranjero? —Sofía asintió en silencio—. Oh, mon dieu... ¡Qué mona eres!

Sylvain sonrió. Estaba orgulloso de ella. Estaba orgulloso por el gran paso que Sofía había dado, aunque ella no se diera cuenta.

—¡Puedes quedarte el tiempo que quieras! —dijo Marie girada por completo hacia Sofía—. Puedo enseñarte París, llevarte a los sitios de moda. ¡Oh! Y a las Galerías Lafayette. ¡Te van a encantar!

Sofía apartó la vista, triste.

—En realidad solo puedo quedarme hasta mañana. Después tengo que volver a trabajar...

—Oh... vaya. Qué pena. Estoy segura de que París te iba a encantar.

Sylvain también lo creía. Algo en su interior sentía que París era una ciudad para Sofía. Volvió a mirarla a través del espejo retrovisor.

—Entonces... —volvió a interrumpir Marie—. ¿Tampoco has previsto coger un hotel?

Sofía se mordió el labio y cerró los ojos, negando con la cabeza.

—¡Quédate con nosotros! —Marie se volvió hacia su hermano—. ¿Verdad que puede quedarse con nosotros? En tu piso hay sitio de sobra para los tres.

—No quiero molestar... —dijo Sofía mirando a Sylvain desde el asiento de atrás.

¿Molestar? Sylvain sonrió. ¿Cómo iba ella a molestar si había conseguido que Marie dejara de llorar?

—No molestas, Sofía —dijo sin apartar los ojos de ella—. Mañana cogeremos otro billete de avión hacia Madrid en el mismo vuelo que cojo yo.

—Pero...

—¡Bien! —exclamó Marie eufórica—. Y ahora que ya has perdido el miedo a volar, tendremos que mirar otro día en el que vengas más tiempo y así poder enseñarte París.

Sofía sonrió, mirando a través de la ventana.

—Claro. Me encantaría.

Sylvain la contempló de nuevo durante más tiempo del que él hubiera deseado mirarla. Sofía estaba allí. Con ellos. Era real. A pesar de la guerra interna que Sofía tenía con sus recuerdos, había dejado todo de lado para estar allí con ellos, en ese día tan doloroso. Sofía era una gran persona. Era de esas personas que te gusta tener en la vida. De las que dejan todo por los amigos, por el amor. De las que viven guiadas por su pasión. Y estaba haciendo grandes avances, aunque ella misma no se diera cuenta. Salir de su zona de confort, llevarse ella misma al límite, haría que los recuerdos volvieran a ella.

Hace apenas unas horas, lo único que quería era que el entierro de su padre terminara, volver a Madrid y centrarse en su trabajo. En sus pacientes. Quería alejarse de París, quería alejarse del dolor, de su familia, pero ahora... Ahora que Sofía estaba allí, no le importaba quedarse un poco más.

Miró a través del cristal del coche. Había dejado de llover, aunque el cielo seguía encapotado. Volvió a contemplar a Sofía a través del retrovisor mientras ella seguía mirando por la ventanilla.

Sonrió. Tenía una idea.

—Te enseñaremos París —dijo Sylvain cambiando la dirección en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Qué? —preguntó Marie extrañada. Sofía tenía los ojos muy abiertos y le devolvía la mirada a Sylvain.

—No tenemos mucho tiempo —continuó él mientras su cabeza trazaba una ruta que pasara por los principales monumentos de París—. Pero podemos enseñarte lo esencial con el coche.

Los ojos de Sofía brillaban más que nunca.

—Yo... no... —comenzó a decir ella, tartamudeando.

—No molestas, Sofía —dijo Sylvain, parando en un semáforo que se había puesto en rojo—. Sube delante. Cámbiate con Marie, así podrás verlo mejor.

Marie empezó a dar palmas y se desabrochó el cinturón en un abrir y cerrar de ojos. Sofía miraba boquiabierta a Sylvain a través del espejo retrovisor, y cuando Marie salió del coche casi la obligó a sentarse delante.

—¡Es una idea genial, Sylvain! —dijo Marie desde el asiento de atrás.

Sofía se había quedado muda y lo miraba con los ojos muy abiertos. El semáforo se puso en verde y Sylvain reanudó la marcha.

—Bien, señorita Ruíz —dijo con su particular acento—. Bienvenida a París.

Sofía

París era indescriptible. Sofía apenas había podido descubrir el encanto de la ciudad, pero lo poco que había visto le había dejado sin palabras. En apenas tres horas, Sylvain le había llevado por los monumentos más representativos. Habían recorrido el Sena, dirigiéndose a la espectacular Torre Eiffel. Sylvain detuvo el coche unos minutos frente a Trocadero para acercarse a un puesto ambulante para comprar unas crepes. Mientras, Sofía no dejaba de contemplar cada monumento con la boca abierta con Marie detrás, hablando sin parar.

Después, el pequeño Mini negro de Marie, conducido por Sylvain, puso rumbo a los campos Eliseos. Rodearon el Arco de Triunfo y Sylvain demostró que conocía la ciudad perfectamente al evidenciar una habilidad innata a entrando en la peor rotonda del mundo, como así se conocía a este emblemático lugar.

Se detuvieron en la entrada del Louvre, para que Sofía admirara las dos pirámides de cristal que hacían de techo de la entrada del museo. Subieron hasta Montmatre, donde contemplaron el famoso Sacre Coeur.

Por último, recorrieron las calles que llegaban hasta el Moulin Rouge y terminaron en la Catedral de Notre Dame, el monumento preferido de Sylvain. Sofía no tenía palabras para describir lo que aquella ciudad le había (o estaba) haciendo sentir.

—Ha sido... perfecto —dijo Sofía cuando los tres entraron en el apartamento que Sylvain tenía en la Avenida Duquesne, y el cual habitaba Marie desde que él se había trasladado a Nueva York y Madrid.

—Bueno, nos han faltado más cosas por ver, pero... —respondió Marie quitándose los tacones y enfilando el pasillo—. ¡Ha estado bien!

El apartamento de Sylvain no era muy grande y parecía que acababa de ser reformado recientemente. El suelo era de madera de nogal oscura, en contraste con las paredes y los marcos de las puertas y ventanas, que eran blancas. Nada más entrar, había un amplio salón con dos enormes ventanales que enmarcaban una cálida chimenea, enfrentada a un sofá blanco. La cocina era pequeña, pero acogedora, y al final del pasillo por el que había desaparecido Marie había tres puertas. Una a la izquierda, al lado de la cocina, y otras dos. Sofía dedujo que corresponderían a dos habitaciones y un baño.

—Ven —dijo Sylvain sacándola de sus propios pensamientos—. Te enseñaré tu habitación.

Sofía siguió a Sylvain hasta la última puerta que se encontraba a la izquierda. A la derecha estaba Marie colocando su abrigo en un enorme armario de color salmón, a juego con el resto de la habitación.

Sylvain abrió la puerta y le hizo un gesto a Sofía para que entrase primero. La habitación estaba decorada en tonos grises, blancos y negros. Una cama de matrimonio con el cabecero de madera presidía la habitación, que contaba con una cómoda y un armario negro a juego con los cojines y el pequeño sillón que quedaba junto a la ventana. No había duda de que aquella habitación era la de Sylvain.

—No puedo quedarme aquí, Sylvain —dijo Sofía girándose para mirarle directamente a los ojos—. Es tu habitación.

—No digas tonterías —dijo Sylvain, que se había desabrochado el abrigo de paño, dejando al descubierto un traje negro a juego con la camisa en el mismo color—. Eres nuestra invitada. Dormirás aquí.

—Puedo dormir en el sofá.

—En el sofá dormiré yo, no te preocupes.

—Pero...

—¿Has traído algo para cambiarte?

Sofía apartó la mirada avergonzada. Ni siquiera había previsto que tenía que coger un vuelo de vuelta, ¿cómo iba a prever que tenía que traerse algo de ropa?

Fue a responder cuando levantó la mirada y se encontró con los ojos de Sylvain. A pesar de todo, a pesar de haber perdido a su padre el día anterior, sus ojos parecía que brillaban. Un poquito.

—Marie —dijo llamándola por encima del hombro—, ¿puedes prestarle algo de ropa a Sofía, por favor?

—¡Por supuesto! —gritó desde la habitación de enfrente.

Sylvain pasó a su lado y se dirigió al armario empotrado que quedaba frente a la cama.

—El baño es la puerta de aquí a la derecha —le indicó, mientras sacaba toallas del armario—. Puedes ducharte si te apetece.

Sofía se sonrojó. Se supone que había ido hasta París para animar y cuidar a los hermanos Arnaud, no para que ellos la cuidaran a ella.

—¡Mira! —dijo Marie sacándola de sus pensamientos. Portaba dos prendas, una en cada mano—. Te puedes poner algo de esto. Es la última moda en pijamas. ¡Seguro que te quedan genial!

Sofía miró los conjuntos e intentó poner la mejor de sus sonrisas. En la mano derecha, Marie le enseñaba una especie de camisón largo, de raso rosa. En la izquierda, un pijama pantalón satinado, con detalles florales. Puede que fueran la última moda en París, pero...

Sylvain apareció a su lado y depositó en sus manos un par de toallas y un pijama que tenía toda la pinta de ser suyo.

—Dúchate —dijo Sylvain mientras cogía los dos pijamas que le ofrecía Marie y los ponía encima de las toallas—. Y ponte cómoda.

¿Sylvain había sonreído? Parpadeó varias veces mientras Sylvain salía de la habitación, llevándose a su hermana consigo y dejándola sola.

Sylvain

El frío le venía bien. Sylvain había salido a la pequeña terraza que tenían en el salón y que le permitía ver las espectaculares vistas de la Torre Eiffel de noche. Puede que el piso fuera pequeño, pero era acogedor. Y las vistas eran inmejorables.

Se había quitado el abrigo y esperaba apoyado en la barandilla a que las chicas acabaran de ducharse para poder hacerlo él. Contempló en silencio la iluminación de la Torre Eiffel y sonrió ante su belleza.

Mientras conducía por las calles de París, enseñando a Sofía los principales monumentos, se dio cuenta de que su ciudad natal era más bonita de lo que él pensaba. Quizás fuera porque llevaba mucho tiempo sin pasear por sus calles, o quizá fuera porque al verla desde los ojos de Sofía algo en su interior se removió.

Sonrió en silencio al darse cuenta de que aquel día había sido mejor de lo que esperaba, y que la mayor parte de la culpa no la tenía otra persona más que Sofía.

—¿No tienes frío?

Sylvain se giró. Sofía estaba en la puerta que daba acceso a la terraza. Sonrió al ver el pijama que había elegido y se alegró de que escogiera el suyo antes que los de Marie.

Cuando vio cómo ella miraba las prendas que su hermana le mostraba, supo que no se sentiría cómoda. Y él quería que se sintiera cómoda. Por eso, además de darle las toallas le prestó un pijama suyo. Un pijama que ahora mismo le quedaba tres tallas más grandes, pero que, aun así, hacía que Sofía resultase extremadamente atractiva. Espera. ¿Había dicho atractiva?

—Las vistas merecen la pena —respondió Sylvain intentando mantener la compostura.

Sofía ladeó la cabeza y se aproximó hacia él. Lo hizo de puntillas para que, a pesar de que llevase calcetines (seguramente se los había dejado Marie), tocara la menor superficie del frío suelo.

—Vaya... —exclamó Sofía cuando llegó a su lado y descubrió qué era lo que Sylvain estaba mirando—. Es incluso más impresionante de noche.

Y lo era. Sin duda lo era.

—París es preciosa —dijo ella mirando embobada las luces de la Torre Eiffel—. Si yo hubiera nacido aquí, no me hubiera trasladado nunca de esta ciudad.

Sylvain sonrió a medias. Le gustó comprobar que tenía razón en sus suposiciones y que a Sofía le había encantado París. Era una ciudad para ella, sin duda.

—Lo siento... —exclamó Sofía nerviosa a su lado—. No quería decir eso... Sé que te fuiste a Madrid por tu padre y...

—No pasa nada —dijo él sin mirarla—. Está bien.

Sylvain no la vio, pero supo que Sofía se estaba mordiendo el labio, nerviosa.

—¿Es verdad lo que les dijiste a tus amigos?

—¿El qué? —preguntó él sin girarse.

—¿Te irás de Madrid?

—Puede. Me trasladé a Madrid por la salud de mi padre. Ahora no me ata nada allí.

—¿Y mis recuerdos?

Ahora sí que se giró. Los ojos de Sofía estaban clavados en él, más azules que nunca, reflejando las luces de la ciudad. No fruncía el ceño. No lo retaba. Sus ojos decían que estaba...

—No me iré de un día para otro, Sofía. Además, recuperarás tus recuerdos antes de la boda.

Ella torció el gesto, nerviosa.

—¿Y si no lo consigo?

Eso no era una opción para él. Que alguno de sus pacientes no recuperase la memoria no entraba en sus planes.

—Eso no ocurrirá.

—Pero... —dijo ella apoyando las manos en su pecho, más cerca de él—. ¿Y sí...?

—Confía en mí, Sofía —le interrumpió antes de que finalizara la frase—. Estás recordando. Tus recuerdos están ahí, solo tienes que dejarlos salir. Cuando volvamos a... —Agarró las manos que descansaban en su pecho y se sorprendió de lo frías que estaban. *Merde*. ¿Cómo no se había dado cuenta? Sofía estaba en pijama, en una terraza, en pleno mes de marzo. ¿Cómo no iba a tener frío?

Los ojos de Sofía se agrandaron ante el calor que desprendían las manos de Sylvain sobre las suyas.

—Estás helada —murmuró Sylvain entre dientes, molesto—. Vamos dentro.

Se giró en dirección a la casa, sin soltar la mano de Sofía. Pero cuando intentó avanzar unos pasos, ella lo retuvo.

—Lo siento —dijo Sofía con la voz llena de pena—. Siento lo que te dije aquel día en tu despacho.

Sylvain se giró hacia ella. Sofía respiraba entrecortadamente y tenía los ojos vidriosos.

—No tenía que haberte dicho aquello, Sylvain —dijo ella sin apartar la mirada—. Tenías razón. En todo lo que dijiste. Estoy empezando a recordar. —Sylvain se aproximó a ella, sin soltarle la mano—. A veces me llegan *flashes* de aquel día, pequeñas imágenes. Pero los bloqueo. No soy capaz de seguir viendo qué es lo que me quiere mostrar mi cabeza.

—Sofía...

—Estaba frustrada. Estaba enfadada con todo el mundo —continuó ella sin dejarle hablar—. Y exploté contigo. Te dije cosas horribles, te eché en cara que perdieras el tiempo conmigo en vez de ayudar a personas con la enf... .

—Está bien —dijo Sylvain deteniéndose frente a ella. Sus cuerpos quedaron a apenas unos centímetros de distancia, unidos por las manos que ninguno de los dos quería soltar—. Es normal que estés frustrada.

—Pero no es normal que te dijera aquellas cosas —dijo Sofía clavando sus ojos en él—. Solo intentas ayudarme y yo... —Se le quebró la voz—. Lo siento. Lo siento mucho.

—Sofía...

—Necesito que me perdones.

Sylvain parpadeó, sorprendido por la sinceridad y la pasión en las palabras de Sofía. Ella lo miraba desde abajo, con aquellos ojos tan grandes y azulados que le suplicaban perdón. Podría perderse en ellos para siempre. Podría estar horas contemplando su mirada sin aburrirse. Podría estar horas mirándola solo a ella, con ese cabello rubio que caía sobre su espalda y que le enmarcaba la cara. Sofía tenía el rostro pálido, tan solo bañado por un pequeño rubor que tenía en las mejillas. ¿Sería el frío?

Llevado por un extraño sentimiento que no entendió, levantó la mano que no sujetaba la de

Sofía hasta su rostro y, suavemente, colocó un mechón de su pelo rubio detrás de la oreja.

—No tengo nada que perdonarte —dijo mientras dejaba caer sus dedos, acariciando esa mejilla sonrojada. Sylvain sintió un escalofrío ante el contacto. La piel de Sofía estaba fría, pero era suave. Demasiado suave. ¿Sería así de suave por todo su cuerpo o solo en la cara? Un momento. ¿En qué narices estaba pensando?

—Sylvain...

Sofía lo contemplaba sin apartar los ojos. Tampoco apartó el rostro ante el contacto de los dedos de Sylvain. No parecía incómoda ante la caricia. No parecía nerviosa. Y eso le dio valor a Sylvain para no apartar la mano. Bajó los dedos hasta su barbilla y con el pulgar volvió a acariciar su mejilla. La atmósfera a su alrededor se hizo más íntima. Daba igual el frío que pudiera hacer en la calle o la posibilidad de que volviera a llover. Daba igual dónde estuviera Marie porque ahora mismo solo existían ellos dos.

Sofía seguía mirándolo desde abajo, como aquella vez que se besaron en el callejón. Pero esta vez ella no estaba dolida, ni borracha. Sylvain se acercó un poco más y se fijó en sus labios. Esos labios rosados que ahora estaban entreabiertos y que ya había besado antes. Dios. ¿Por qué tenía ganas de besarla otra vez? ¿Qué excusa pondría si la besaba?

Sin pensarlo, inclinó la cabeza hacia ella, en busca de su boca. Pero antes de que pudieran volver a unir sus labios, el sonido del timbre les sobresaltó.

—¡Ya voy yo! —gritó Marie desde el pasillo—. He pedido *sushi* para cenar.

Sylvain y Sofía se separaron como si una corriente eléctrica hubiera pasado entre ellos. Sofía seguía mirándolo fijamente, con la respiración entrecortada y las mejillas encendidas.

—¿Qué hacéis ahí? —dijo Marie desde el interior del salón al darse cuenta de dónde estaban—. ¡Entrad dentro y cerrad la puerta! ¡Hace un frío que pela!

Sofía apartó la mirada cuando pasó a su lado y entró en el salón. Sylvain cerró los ojos por unos segundos antes de reunirse con las chicas. Necesitaba recuperar el control. La compostura. ¿Qué narices le pasaba con esa mujer que le hacía perder el autocontrol que tanto había perfeccionado en los últimos años? Se apretó el párpado con los dedos y entró en la habitación. Necesitaba una ducha. Urgentemente.

Sofía

Habían estado a punto de besarse. Otra vez. ¿Verdad? ¿O solo había sido su imaginación que le había vuelto a jugar una mala pasada?

No, se dijo Sofía, tumbada bocarriba en la cama de matrimonio de la habitación de Sylvain. Habían estado a punto de besarse. Sylvain se había acercado a ella en la terraza, sin soltarle la mano, y había acariciado su mejilla, haciendo que ella sintiera fuego en su interior ante el contacto. Estaba segura de que, si la cena no hubiera llegado en ese momento, Sylvain la hubiera besado. Él había inclinado la cabeza, buscando sus labios. Esos labios que Sylvain había mirado antes, con los ojos brillantes, como si solo existiera su boca y nada más. Y lo peor de todo es que ella se hubiera dejado besar, sin oponer ningún tipo de resistencia. Mierda. ¿Qué la pasaba? ¡Tenía que haberse apartado en el momento en que los dedos de Sylvain recorrieron su mejilla! ¡Se iba a casar!

Se tapó la cara con las manos, avergonzada. Sin entender del todo qué era lo que le pasaba. Quizá solo necesitaba atención. Últimamente la relación con Adrián no pasaba por su mejor momento. Ella sentía que no le hacía caso, que eran como simples compañeros de piso. Y Sylvain siempre estaba allí para consolarla, para ayudarla... Le prestaba atención.

Sofía se mordió el labio. Vale, Sylvain le prestaba atención, pero Marie también. ¡Y a Marie no tenía ganas de besarla! Después de que trajeran la cena, Sylvain se marchó corriendo a la ducha y no volvieron a intercambiar ni una sola palabra durante la cena. Cuando terminaron el *sushi*, cada uno se marchó a sus respectivas habitaciones: Marie a la suya, ella en la de Sylvain y él en el salón. De eso hacía ya un par de horas y Sofía no conseguía conciliar el sueño.

Volvió a mirar a su alrededor. La habitación era pequeña, pero acogedora. Y la cama era de matrimonio, lo bastante grande para que dos personas durmieran a gusto allí.

Chasqueó la lengua. Sylvain podría haber dormido perfectamente allí, con ella, en lugar de irse al salón. Un momento. ¿Dormir con ella? ¿En qué narices estaba pensando? Sintió cómo las mejillas se encendían y se obligó a sí misma a apartar ese pensamiento de su cabeza.

De repente oyó un ruido y se encogió en la cama. Sofía agudizó el oído para escuchar mejor y ver de qué se trataba. Como había dejado la puerta entreabierta, no tardó en descubrirlo. Un sollozo. Alguien estaba llorando. Y por el tipo de llanto que era y la proximidad con la que lo oía, estaba segura de que se trataba de Marie.

Sofía se levantó despacio, sin hacer ruido, con el corazón encogido. A pesar de que Marie había estado todo el día intentando sonreír, hablando todo el tiempo, sabía que solo era una fachada. Su padre había fallecido, era normal que estuviera rota por dentro.

Se aproximó a la puerta y la abrió para salir al pasillo, con la única intención de consolarla.

Dio un brinco cuando vio que no estaba ella sola en el pasillo. Sylvain estaba allí, de pie, con un pijama igual que el suyo, pero que le quedaba bien y no tres tallas más grande, como a ella. Se volvieron a mirar a los ojos, a sabiendas de que los recuerdos de horas antes volvían a aparecer en sus cabezas.

Marie volvió a sollozar y, cuando Sofía quiso avanzar hacia ella, Sylvain le indicó con una mano que permaneciera allí. Se llevó un dedo a los labios, pidiéndole silencio, y entró en la habitación de Marie, dejándola a ella en el pasillo.

La habitación de Marie estaba a oscuras, iluminada solo por la luz de la ciudad, que se filtraba a través de la ventana que quedaba justo frente a la puerta. A la izquierda, una cama de matrimonio, igual que la de la habitación de Sylvain, presidía la habitación. Marie estaba tumbada de lado, dando la espalda hacia la puerta y mirando hacia la ventana.

Sylvain entró despacio y caminó descalzo hasta el otro extremo de la cama, poniéndose frente a Marie. Se agachó y apoyó los brazos sobre el colchón.

—Marie... —dijo Sylvain con una ternura que impactó a Sofía.

Marie lloró un poco más fuerte y se encogió en la cama. Sylvain acarició el brazo de su hermana, sin dejar de mirarla.

—*Je ne peux pas dormir...* (No puedo dormir) —dijo Marie en un susurro.

—*Moi non plus...* (Yo tampoco)

Marie sollozó de nuevo y a Sofía se le encogió el corazón.

—*Il me manque...* (Le echo de menos)

Sylvain cerró los ojos.

—*Je sais.* (Lo sé)

—*Reste avec moi, Sylvain...* (Quédate conmigo, Sylvain)

Sylvain se levantó y, cuando Sofía pensaba que volvería al salón, Marie se hizo a un lado y él se metió con ella en la cama. Marie se acomodó en su brazo y se abrazó a él, sollozando todavía más. El corazón de Sofía estaba encogido. Había presenciado la escena en silencio, viendo como una espectadora más el sufrimiento de los dos hermanos.

Sylvain la miró una última vez, mientras consolaba a Marie entre sus brazos, y, después, cerró los ojos. En ese momento Sofía supo que, pasasen los años que pasasen, recordaría aquel momento durante toda la vida.

Sylvain

Estaban en Madrid de nuevo. Sylvain conducía por las calles de la ciudad hasta el apartamento de Sofía, mientras ella contemplaba a su alrededor, viendo cómo la lluvia salpicaba los cristales de su Maserati. Marie se había quedado unos días más en París, con su madre, y ellos habían cogido el vuelo aquel mismo día para volver a sus respectivos trabajos.

La noche anterior no había pegado ojo. Ninguno de los dos. O de los tres. Sylvain sabía que a Marie le había costado conciliar el sueño porque había dormido con ella. Y también sabía, por las ojeras que tenía Sofía aquel día, que ella tampoco había dormido nada.

Recordó el momento en el que escuchó a su hermana sollozar por la noche y se levantó del sofá para consolarla, encontrándose en el pasillo a Sofía. Aquello le conmovió. Sofía se había levantado para estar con su hermana. Para consolarla. Y eso decía mucho del tipo de persona que era Sofía. Porque están las personas que dicen quererte, y luego están las que te lo hacen sentir. No le hizo falta pensar mucho para saber en qué grupo se encontraba Sofía.

—¿Cuándo tendremos la siguiente sesión? —preguntó Sofía sin girarse, mirando por la ventana.

Sylvain cogió aire y reflexionó unos segundos, intentando recordar las citas que tenía los días siguientes.

—Mañana a última hora tengo un hueco —dijo Sylvain.

—Vale.

Sofía parecía apagada. Triste. O quizá solo estaba cansada. Sylvain apretó el volante entre sus manos y se esforzó por mantener la compostura. No podía dejar que los sentimientos se interpusieran entre ellos. Tenían que volver a centrarse en las sesiones para recuperar los recuerdos de Sofía. Y tenían que hacerlo los dos.

—Me gustaría que mañana viniera Adrián a la sesión —soltó Sylvain, intentando pronunciar correctamente las malditas erres.

Sofía se giró para mirarle.

—¿Adrián?

—Sí —respondió sin mirarla—. En este tipo de amnesia por traumatismo la ayuda de los familiares es primordial. Adrián es el único que sabe lo que pasó aquel día. Él podrá ayudarnos a desbloquear tus recuerdos.

Sofía apartó la mirada.

—No va a venir —dijo seria—. Adrián no cree en estas cosas.

—¿En qué cosas?

—En los psicólogos. Adrián cree que recuperaré la memoria por mí misma con el paso del tiempo.

Sylvain frunció los labios.

—Tenemos que intentarlo, Sofía. Se nos acaba el tiempo.

Sofía se encogió en el asiento del copiloto.

—Puedo hablar con él —propuso Sylvain.

—No creo que sea una buena idea —respondió con la voz apagada.

—Sofía...

—Intentaré convencerle de que venga mañana. Pero no te prometo nada.

—Gracias.

Sylvain estacionó en doble fila, frente al edificio donde estaba el apartamento de Sofía. Ella se desabrochó el cinto y suspiró. Algo le preocupaba.

Sylvain salió del coche a la velocidad de la luz, ante la mirada extrañada de Sofía.

—Te acompaño al portal —justificó él sin mirarla.

Los dos caminaron en silencio los escasos dos metros que había desde el coche hasta el edificio de Sofía. El cielo estaba encapotado, ya no llovía con fuerza, pero pequeñas gotas caían ligeramente.

—¿Estás bien? —preguntó Sylvain cuando llegaron a la puerta.

Ella se encogió de hombros, sin girarse.

—Eso debería preguntártelo yo, ¿no?

Sylvain sonrió levemente.

—Sofía...

Ella cogió aire y miró hacia el cielo antes de girarse y clavar sus ojos en él.

—¿Estarás bien?

Sylvainladeó la cabeza y metió las manos en los bolsillos de su abrigo de paño.

—Sí —respondió al cabo de unos segundos.

—Pero... —Sofía se mordió el labio y avanzó un paso hacia él, acortando las distancias—. Estarás solo, en tu apartamento, y...

—Sofía...

—Sé lo que me dijiste de la soledad —le cortó ella antes de que siguiera hablando—. Lo recuerdo, pero... Estoy preocupada por ti.

Aquella confesión no se la esperaba. Apretó sus labios y se acercó un poco más a ella.

—Puedes quedarte aquí esta noche —dijo Sofía nerviosa—. Tenemos una habitación de invitados que puedes usar.

Sylvain levantó una ceja y miró hacia arriba, buscando su apartamento.

—No creo que a Adrián le parezca bien. No le caigo bien.

Sofía parpadeó y apartó la mirada avergonzada, corroborando su afirmación. Sabía que no era santo de devoción de Adrián, aunque nunca hubieran hablado del tema. Y aunque los dos hombres no se hubieran conocido.

—No es verdad —le defendió—. No te conoce. Solo es... un poco escéptico con estas cosas.

Sylvain asintió con la cabeza, en silencio.

—No te preocupes —respondió mirándola fijamente.

—Pero...

Sofía respiraba entrecortadamente, con el ceño ligeramente fruncido. Parecía que tenía que ser un poco más explícito si quería que ella se quedase tranquila.

—La muerte es un proceso natural —comenzó Sylvain—. En psicología nos gusta compararlo con el proceso de curación de una herida. No podemos negar el dolor u ocultar su existencia, porque eso hará que nuestro cuerpo no ejecute correctamente su curación. Lo más difícil de este proceso es adaptarnos a su ausencia y volver a la rutina. Pero eso se consigue poco a poco. Y en este tipo de situaciones el tiempo es un factor clave.

—Vale... —respondió ella no muy convencida—. Me parece bien lo que dice la teoría, pero... ¿Tú cómo estás?

No sabía explicarlo con palabras. Había leído mucho a lo largo de los años sobre las distintas situaciones que afectaban a nivel psicológico al cuerpo humano, y una de las más importantes era la muerte de algún familiar. Aun así, lo que sentía en ese momento no se asemejaba a nada que pudiera haber leído. Se sentía... raro. Una parte de su mente seguía pensando que tendría que regresar a la residencia para ver a su padre. Y otra se sentía aliviada porque todo el sufrimiento de su padre hubiera acabado por fin.

Volvió a mirar a aquellos ojos azulados que le suplicaban una respuesta. Sonrió tristemente y se sinceró.

—Estaré bien.

Sofía tragó saliva, escudriñándolo con la mirada.

—¿Qué puedo hacer para que estés bien? —preguntó ella, con la respiración acelerada.

Sylvain sonrió.

—Solo deja que el tiempo cure las heridas.

Los ojos de Sofía brillaron más, y se acercó a él.

—¿Y mientras?

La desesperación con la que ella hablaba conmovió a Sylvain. Jamás, en sus treinta y dos años de vida, había visto a una persona con tanta pasión contenida. Sofía contenía sus emociones, vivía según unas reglas que ella misma se había impuesto. Y no se dejaba llevar por sus sentimientos. Hasta ahora. O eso quería pensar él. Quería pensar que el simple hecho de que sus caminos se hubieran cruzado había conseguido que la verdadera Sofía saliera a la luz.

Se vio reflejado en sus ojos y sonrió. Aquellos ojos ya no fruncían el ceño. Ya no se lo fruncían a él. Y eso, a pesar de todo, le hacía feliz. Sintió de nuevo aquello. Aquel calor en el pecho que había sentido la noche anterior, mientras compartió ese momento de intimidad con Sofía en la terraza. Y sintió cómo el corazón se le desbocaba cuando sacó la mano de su bolsillo y la llevó de nuevo hasta el rostro de ella, colocándole un mechón rebelde tras la oreja.

—Ya has hecho demasiado por mí, Sofía.

Y era verdad. Lo sentía de verdad. Sentía que nadie, en toda su vida, había arriesgado tanto por él como lo estaba haciendo Sofía. Y quizá estaba equivocado. Quizá Sofía había cogido el primer vuelo a París con la única intención de salir de su rutina, aprovechando la excusa de ir al entierro del padre de sus amigos. Pero él quería pensar, aunque fuera por un momento, aunque fuera por un instante, que ella lo había hecho por él. Por estar con él.

Cuando fue a apartar la mano con la que había colocado su pelo detrás de la oreja, Sofía la agarró con fuerza y la mantuvo ahí, sorprendiéndole. Lo miraba a los ojos, sin apartar la vista ni por un momento.

—¿Y por qué siento que todavía puedo hacer algo más?

Sofía llevó la mano de Sylvain hasta su mejilla, dejándola ahí, sin apartar su mano por miedo a que él quitara el contacto. La piel de Sofía volvía a estar fría y suave. Como siempre. Y sin saber por qué, Sylvain volvió a acariciar su mejilla con el pulgar, sintiendo un escalofrío en todo su cuerpo que le despertó el alma.

Sofía lo miraba con los ojos muy abiertos, respirando entrecortadamente. Y él se dio cuenta de que no era la única a la que le faltaba el aire. *Merde*. ¿Qué le pasaba? ¿Por qué su maldita cabeza solo pensaba en besarla hasta dejarla sin aliento?

Tenía que controlarse. Tenía que apartarse de ella, dar la vuelta y volver a su coche. Era fácil. Entonces, ¿por qué no podía hacerlo? ¿Por qué se quedaba parado, acariciando su mejilla mientras su cuerpo y su corazón se calentaban?

—Sylvain... —susurró Sofía con la boca entreabierta, apretando su mano contra su mejilla.

A la mierda. Se inclinó sobre ella, deslizando la mano hacia su nuca para atraerla más hacia él y besarla. Por fin.

Los labios de Sofía estaban fríos y húmedos. Y sabían a gloria y a calma. Sabían a paz. Quiso meter la lengua en su boca y rozar la suya, pero eso no estaba bien. ¿Qué estaba haciendo?

Se separó de ella lo justo para mirarla a los ojos. Y lejos de descubrir miedo o decepción en la mirada de Sofía, lo que vio fue vehemencia. Sofía le agarró las solapas del abrigo y lo atrajo más hacia ella. Los ojos de Sofía suplicaban más. Querían más.

Sylvain gruñó y volvió a besarla, esta vez con más ganas, con más pasión. No tuvo que pedirle permiso para profundizar en el beso porque fue ella la que abrió la boca buscando su lengua. Aquel beso no fue como el primero. No fue por sorpresa ni porque Sofía se hubiera pasado bebiendo. Aquel beso fue buscado. Sylvain quiso pensar que, no solo buscado por él, sino por Sofía también.

Y por primera vez en su vida tuvo miedo. Por primera vez en su vida se acojonó.

—Sofía... —dijo separándose de ella, mientras cerraba los ojos y apoyaba su frente en la suya. Sus respiraciones entrecortadas se juntaron en el espacio que les separaba—. Esto no está bien...

Sofía levantó la barbilla para rozar con su nariz la de Sylvain.

—¿Entonces por qué me besas? —susurró Sofía con las mejillas ardiendo, mientras sujetaba con fuerza las solapas del abrigo de Sylvain para que no se alejara.

Cerró los ojos, sin apartarse de ella. Podía haberle dicho una mentira. Podía haberse inventado alguna excusa tonta. Pero él no era así. Las mentiras y las excusas no iban con él. Por eso dijo lo que le pedía el corazón, sin importar si estaba bien o mal.

—Necesitaba agradecerte de alguna manera todo lo que has hecho por mí...

Sofía sonrió y sus ojos se oscurecieron.

—Espero que no se lo agradezcas así a todas tus pacientes...

Sylvain deslizó los dedos hasta su barbilla y se la levantó para que lo mirara directamente a los ojos.

—Solo a ti.

Sofía

Entró en el piso temblando como una hoja. Y Sofía sabía perfectamente que no era por el frío. Cuando Sylvain se había inclinado sobre ella y la había besado, no se lo podía creer. Desde que él había decidido acompañarla hasta el portal, sabía que pasaría algo.

Anoche, en el piso de Sylvain, habían estado a punto de besarse, y era cuestión de tiempo que volvieran a encontrar una oportunidad. “Mierda, Sofía, piensa un poco antes de actuar”, se reprochó a sí misma. El corazón le iba a mil y los labios aún los tenía calientes debido al beso de Sylvain. Ella no se había apartado. Ni siquiera se apartó cuando se acercó a él y lo vio dudar. Porras, ¿se había convertido en una buscona de la noche a la mañana? Espera. ¿Pero qué estaba diciendo? ¡Por supuesto que no era una buscona! ¿Acaso besaba a cualquier chico que se le pusiera por delante? No. Solo tenía ganas de besar a Sylvain. Un momento. ¿Qué narices acababa de pensar?

—¿Sofía?

Adrián apareció por el pasillo, con cara de angustia. Sofía no se había dado cuenta de que se había quedado parada en la puerta hasta que él apareció.

—Cariño... —dijo Adrián acortando las distancias y rodeándola con los brazos, pillándola totalmente desprevenida—. Lo siento... lo siento muchísimo. Estos días sin ti han sido horribles, pensé que podía pasarte algo...

Sofía cerró los ojos, triste, y volvió a la realidad. Si tan preocupado estaba por ella, ¿por qué no la había llamado en ningún momento?

—Podrías haberme llamado.

Adrián se separó de ella, con la cara compungida.

—No quería molestarte... Te fuiste a un entierro.

—Adrián...

Volvió a abrazarla.

—No quiero discutir más, Sofía —dijo con un nudo en la garganta—. Estoy nervioso por la boda. El trabajo me absorbe y tú... no sé qué te pasa. A veces siento que no me haces caso, que haces las cosas para llevarme la contraria.

Ella se separó de él, molesta.

—No hago las cosas para llevarte la contraria, Adrián, yo...

—Desde que ves a ese psicólogo pareces otra.

Sofía frunció el ceño, dolida por aquel comentario.

—Adrián...

—Perdóname —repitió de nuevo, abrazándola bruscamente—. Solo estoy celoso. Siento que ese psicólogo solo te quiere alejar de mí. Siento que te aparta de mi lado.

Cerró los ojos y abrazó a Adrián, buscando la paciencia que le faltaba.

—Sylvain solo está ayudándome a recuperar los recuerdos.

—¿Acaso no puedo estar celoso de todo el tiempo que pasas con él?

Mierda. No podía contarle a Adrián que Sylvain y ella se habían besado. Dos veces. Si lo hacía tendría motivos más que suficientes para estar celoso e incluso para cancelar la boda. Y ella no quería eso... ¿verdad?

—No tienes motivos para estar celoso... —mintió apretándose contra él—. Además, quiere que formes parte de las sesiones.

Adrián se apartó como si le quemara lo que le acababa de decir.

—¿Qué?

—Sylvain me ha propuesto que vayamos los dos mañana a una sesión. Cree que...

—No pienso ir —dijo con la voz brusca. No había rastro del arrepentimiento que había mostrado segundos antes.

—Adrián, puede ser bueno para mí.

Él se dio la vuelta y se cruzó de brazos, nervioso.

—Eres el único que sabe lo que pasó aquella noche —dijo Sofia con toda la tranquilidad del mundo—. Sylvain cree que con tu ayuda podré recuperar la memoria.

—Son tonterías —dijo Adrián mirándola con brusquedad—. Ya te he dicho mil veces lo que ocurrió aquella noche...

—Pero quizá contarle una última vez en presencia de...

—No pienso hacerlo, Sofia —repitió—. Yo no necesito ir a un psicólogo.

—Pero yo sí.

—No. Tú tampoco —dijo encarándose a ella—. Estás yendo porque tus padres te lo han pedido. Lo que tendrían que hacer es dejarnos en paz. Tenemos una boda que preparar, y estas tonterías lo único que hacen es hacernos perder el tiempo.

Sofia quiso hablar, pero la angustia se instaló en su cuerpo, haciendo que sus músculos se contrajeran alrededor de su pecho, causándole dolor.

Adrián se pasó una mano por la cabeza, desesperado, mientras Sofia lo contemplaba con un nudo en la garganta. Sabía que Adrián no iba a acceder a asistir a una sesión con Sylvain, pero no se esperaba que le faltara así al respeto. Apretó los labios con la única intención de controlar las lágrimas que se acumulaban en sus ojos para salir. ¿Cómo podía ser que en cuestión de segundos hubiera pasado de estar bien a estar destrozada? ¿Cómo podía ser que la persona a la que supuestamente más amaba no estaba dispuesta a ayudarla para recuperar sus recuerdos?

—Sofia —dijo Adrián dando pasos hacia ella. Pero Sofia ya no quería aguantar más aquella situación. Sacó valor de donde no supo y se apartó cuando él intentó abrazarla.

—Voy a ducharme —anunció brusca.

—Espera, Sofia...

Pero ya era tarde. Sofia había tomado una decisión. Si Adrián no le iba a ayudar a recuperar los recuerdos, lo haría ella sola. Bueno, sola no. Con la ayuda de Sylvain.

Cerró la puerta del baño de un portazo, dejando a Adrián en el pasillo, suplicándole perdón. Sofia tenía un plan, y tenía que hacerlo antes de la sesión de mañana con Sylvain.

Sylvain

Contempló el bullicio de Madrid mientras esperaba a Sofía, observando sin parpadear a través de las ventanas de su despacho. Sylvain cogió aire y lo retuvo en sus pulmones el máximo tiempo que pudo, con la única intención de calmarse. Estaba inquieto, y eso no era propio de él. Había sido un iluso al pensar que, al besar a Sofía por segunda vez, la ansiedad que sentía en su pecho desaparecería. Pero estaba completamente equivocado. Quería más. Mucho más. Y aquellos ojos azules no desaparecían de su cabeza en ningún momento del día.

Cuando llamaron a la puerta y Sofía entró, no se extrañó al verla venir sola. Adrián no había accedido a acompañarla, como ya se imaginó él.

—Buenas tardes —dijo girándose por completo hacia ella.

—Hola —respondió Sofía quitándose el abrigo y dejándolo en el perchero. Cogió el bolso y lo llevó con ella hasta la silla donde siempre se sentaba.

Sylvain bordeó el escritorio y se colocó frente a ella, apoyándose en la mesa. Sofía lo miró fijamente, sin fruncir el ceño, y suspiró.

—No ha querido venir —sentenció ella entristecida. No hizo falta que dijera más porque los dos sabían a qué se refería.

—Ya veo —respondió Sylvain cruzándose de brazos. Tragó saliva antes de preguntar—. ¿Habéis hablado?

Ella apartó los ojos.

—No mucho —dijo al fin—. No estamos pasando por nuestro mejor momento.

El pecho de Sylvain se contrajo, sintiendo un pequeño dolor. Sabía que las palabras hacían daño, pero no tanto. Sofía había dicho que Adrián y ella estaban pasando un mal momento y el recuerdo del beso de ayer volvió a aparecer en su cabeza. Quizá Sofía solo lo estaba utilizando porque se sentía sola, porque Adrián no le prestaba suficiente atención. Y eso le dolía. ¿Por qué? Nunca antes le habían importado las razones por las que las mujeres se acercaban a él. ¿Por qué ahora sí?

Sylvain cerró los ojos, intentando apartar esos pensamientos de su cabeza. Cuando volvió a abrirlos, Sofía lo estaba mirando fijamente.

—No le he dicho a Adrián que nos hemos besado... de nuevo.

La sinceridad de Sofía le impresionaba. Daba igual el tiempo que pasara, ella siempre conseguía sorprenderlo. Sylvain la contempló impassible, de brazos cruzados. En otra ocasión le hubiera preguntado por qué, pero en aquel momento no tuvo el valor de hacerlo. ¿Tenía miedo de descubrir que ella lo había utilizado?

Cuando el silencio y las miradas entre los dos se hicieron insoportables, Sylvain se giró.

—Vale —dijo dirigiéndose hacia el escritorio y sentándose en su silla, poniendo distancia entre ellos—. Tendremos que cambiar el proceso de las sesiones. Se nos acaba el tiempo.

Sofía se encogió en su asiento y cerró los ojos, compungida.

—No ha funcionado, Sylvain... —dijo con la voz entrecortada.

Sylvain frunció el ceño, sin entender.

—¿El qué?

Sofía levantó la vista. Tenía los ojos enrojecidos.

—Hice lo que me dijiste... —comenzó, abriendo su bolso de manera automática, sin apartar por un momento sus ojos de los de Sylvain—. Ayer, cuando me dejaste en casa, decidí hacerte caso... —Sacó un pequeño cuaderno en el mismo tono azulado que sus ojos—. Y compré esto.

Sylvain abrió mucho los ojos cuando vio un cuaderno muy parecido al que él utilizaba con ella en sus sesiones. El cuaderno azulado que había elegido nada más conocerla, hacía ya unas cuantas semanas.

—Empecé a escribir mis recuerdos —dijo ella contemplando entristecida el cuaderno mientras hacía pasar hojas—. Pero no ha servido de nada... —Volvió a mirarlo y esta vez parecía estar a punto de echarse a llorar—. No recuerdo nada más. No soy capaz de saber qué fue lo que pasó exactamente aquel día del accidente...

Sylvain se levantó en automático. ¿Le había hecho caso? ¿Había escrito sus recuerdos de manera progresiva hasta el día del accidente? Rodeó el escritorio y volvió a su posición inicial, de pie frente a Sofía.

—Ni siquiera recuerdo la discusión con Adrián... —continuó ella haciéndose más pequeña todavía—. Solo recuerdo unos segundos... apenas un *flashback*... —Sofía cerró los ojos como si aquello le ayudara a recordar mejor—. Me acercaba hasta el armario y cogía un patrón de mi vestido de novia y lo rompía... pero no recuerdo nada más...

Sofía cerró el cuaderno azulado, lo apretó por última vez entre sus manos y se lo tendió a Sylvain.

—Está todo ahí escrito —dijo ella rota—. Como me pediste que hiciera...

Lo había hecho. Sofía había escrito sus recuerdos tal y como él le había pedido. Y aunque ahora no se diera cuenta de la acción tan importante que había hecho, esto suponía un antes y un después en sus sesiones.

Sylvain cogió el cuaderno con cautela, como si fuera un tesoro que valía millones. Allí dentro estaba la clave para llegar a los recuerdos de Sofía. Lo contempló ensimismado durante unos segundos. No veía el momento de empezar a hojearlo, de anotar en paralelo sus primeras impresiones. Las veces que había recurrido al método del diario con sus pacientes disfrutaba mucho mientras sacaba sus propias conclusiones de todas y cada una de las palabras que ellos escribían. Porque, aunque sus pacientes no lo supieran, gracias a pequeños detalles era capaz de encontrar la clave. Y su intuición decía que en ese pequeño cuaderno azulado la encontraría.

Se había quedado embobado contemplando la libreta, y solo despegó los ojos de ella cuando escuchó un sollozo. Levantó la vista al tiempo que Sofía se encogía más en el asiento. Tenía los brazos estirados, apretando las manos sobre su regazo, y su cabeza no podía estar más inclinada. Respiraba entrecortadamente, mientras sorbía por la nariz las lágrimas que se le acumulaban en la garganta.

—Sofía... —dijo él depositando el cuaderno en el escritorio y avanzando hacia ella.

—Es inútil... —susurró Sofía intentando sonar más fuerte de lo que se sentía. Hipó, haciendo que todo su cuerpo se moviera.

Sylvain se agachó frente a ella, apoyándose sobre una rodilla con la única intención de verle la cara. Lo que sintió cuando vio sus lágrimas deslizándose sin control por sus mejillas le conmovió. *Merde*. No era la primera vez que uno de sus pacientes se echaba a llorar en alguna de sus sesiones. Era normal. La tensión, el estrés y la frustración que sentían hacía que en algún momento rompieran a llorar con la única intención de aliviar el dolor que sentían dentro. Normalmente

cuando eso ocurría esperaba estoico a que ellos se desahogaran por completo. A que ellos sacaran todo lo que les hacía sufrir. No intervenía en ningún momento porque sabía que ellos solos encontrarían su propio camino para aliviarse. Lo único que tenía que hacer era esperar, tener paciencia. Era otro de los principios básicos del decálogo de un buen psicólogo. Pero con Sofía...

—Sofía...

—Jamás recuperaré la memoria... —dijo ella sin mirarlo, mientras sus lágrimas deslizaban por sus mejillas—. Y eso es... muy doloroso...

Lo sabía. Por supuesto que sabía la frustración que sentían sus pacientes al no recordar. A lo largo de sus años había visto siempre el mismo comportamiento en ellos: se frustraban al no recordar, cambiaban su actitud con respecto a los demás. Se encerraban en sí mismos. Pero gracias a su ayuda conseguían salir del agujero negro donde se habían hundido y recuperaban su vida cotidiana, su vida normal.

Sylvain apretó los labios sin dejar de contemplarla. Sabía que Sofía acabaría recuperando su memoria, pero... ¿recuperaría su vida normal? Ya no era solo el proceso de ayudarla a encontrar sus recuerdos, sino el hecho de que sentía de alguna manera que estaba ayudando a Sofía a ser ella misma. A encontrarse a sí misma. Tenía la sensación de que Sofía vivía su vida según las pautas que le marcaban los demás, no según sus propias reglas. Recuperar sus recuerdos suponía recuperar la verdadera esencia de Sofía. Y Sylvain no estaba dispuesto a que ella no lo lograra.

—Escúchame —dijo él acercándose todavía más—. Sofía, por favor... —suplicó cuando ella no levantó los ojos para mirarlo. Sylvain la instó a que levantara la barbilla con sus dedos—. Es normal que te sientas así. Todos los pacientes que han sufrido un...

—No quiero que me trates como a todos tus pacientes —soltó brusca Sofía, clavándole de nuevo esos ojos azulados que ahora mismo estaban enrojecidos.

Sylvain la contempló en silencio mientras ella lo miraba con el ceño fruncido. ¿Lo había dicho con segundas? No. “Para”, se pidió a sí mismo. Estaba obsesionando con ver doble sentido a la relación que tenía con Sofía. Y Sofía era una paciente más. Punto. No podía hacer excepciones. Ya habían sobrepasado la línea bastantes veces, y tenía que comportarse con ella como con cualquier otro paciente habitual. Aunque la confianza que sentían ambos era sobrenatural. Aunque solo le dejara de doler el pecho cuando estaba con ella. Aunque solo se hubieran besado dos veces... Aunque...

—Recuperarás la memoria —dijo Sylvain brusco, intentando centrarse—. Lo que acabas de hacer, escribir tus recuerdos en ese cuaderno... —Giró la cabeza lentamente para indicar el objeto que reposaba sobre la mesa—... Es un gran paso, aunque tú no te des cuenta.

Sofía lo miraba dolida, sin creerle del todo.

—Solo necesito leerlo, estudiarlo —continuó Sylvain—. Y encontraré la clave para desbloquear tu cabeza.

—¿Y si no la encuentras?

—La encontraré. Te lo prometo.

El rostro de Sofía se suavizó y, cuando volvió a parpadear, las lágrimas volvieron a surcar sus mejillas.

Sylvain quería tocarla de nuevo. Quería limpiarle las lágrimas y con ello acabar con el sufrimiento que ella sentía. Pero no. No podía. Tenía que parar esa extraña sensación que sentía al verla, al estar con ella. No podía extralimitarse. Tenía que ser un profesional. Sofía se lo había dejado bien claro: Adrián y ella estaban pasando una mala época, y quizá Sofía buscaba en él lo que Adrián no le daba. Podía haberlo encontrado en otro perfectamente, pero el destino quiso que

ellos se conocieran.

—Gracias... —susurró ella limpiándose las lágrimas con el reverso de las mangas.

Dicen que las sonrisas de las personas con el corazón roto son las más bonitas, porque sonreír desde la tristeza a veces cuesta el doble. O el triple. Y cuando Sofia le sonrió, pensó que nunca había visto una sonrisa más bonita en su vida, a pesar del dolor que ocultaba.

Sylvain

El reloj de su despacho dio las dos de la madrugada. Sylvain se quitó las gafas, se apretó los párpados con los dedos y se recostó contra el asiento. Estaba exhausto. Llevaba horas leyendo el cuaderno azul que Sofía le había dejado horas antes. Cuando se marchó aquella misma tarde, un poco más tranquila, se puso manos a la obra. Tenía que encontrar algo en el cuaderno que les ayudara a llegar hasta sus recuerdos. Y lo tenía que encontrar ya. Se les acababa el tiempo.

Sylvain se sabía de memoria las palabras que Sofía había escrito. Después de tantas horas leyendo una y otra vez aquellas hojas, era normal. Sofía había hecho justamente lo que él le había pedido hacía unas semanas. Había escrito de manera regresiva sus recuerdos, comenzando por el día del entierro de su padre en París y finalizando justo cuando despertó, en el Hospital.

“Empecé a sentir miedo cuando el avión ya había despegado. Fue en ese momento cuando me di cuenta de lo que estaba haciendo. ¿Yo, cogiendo un avión? ¿Yo, que nunca había salido de Madrid más allá de los pueblos a los que destinaban como interino a Adrián? Y resulta que cogía un vuelo de un día para otro y me iba con lo puesto a París. Por un entierro. Ni más ni menos. Pero sentía que tenía que estar con vosotros, contigo y con Marie. Os lo debía por todo lo que estabais haciendo por mí”.

“Aquella noche con Marie, en el evento de IFEMA, por primera vez en mucho tiempo, me sentí libre. Sé que el alcohol ayudó a liberarme, pero hacía tanto tiempo que no salía de fiesta con una amiga que había olvidado lo divertido que podía ser disfrutar con otras personas”.

“Reconozco que no me caíste bien la primera vez que te conocí. ¿Cómo iba a dejar que un extraño indagara en mis recuerdos? Era algo que no lograba entender, y solo a día de hoy comprendo que todo lo que estás haciendo lo haces para ayudarme”.

“No quería ir. No necesitaba ayuda de nadie, pero mis padres estaban demasiado preocupados por mis recuerdos. Adrián había dicho que había sido una discusión sin más y que me fui enfadada. Pero por más que él me lo repitiera, yo no conseguía recordar nada”.

“Desperté en una habitación completamente blanca. Me dolía todo el cuerpo, pero la cabeza más. Enseguida los médicos me preguntaron quién era, dónde estaba... Al principio no entendía nada, no entendía ese afán por conocer qué era lo que yo sabía. Estaba un poco desorientada, pero sabía quién era. Me contaron que había tenido un accidente de coche el día 29 de octubre. Al parecer me salté un semáforo en rojo y choqué contra un camión, dando vueltas de campana. El otro conductor salió ileso y fue el que llamó a la ambulancia. Me encontraron en el interior del coche inconsciente, con un golpe en la cabeza bastante importante. Mis padres y Adrián fueron directamente al hospital y al parecer tardaron en llevarme porque el rescate se complicó debido a la tormenta de nieve que había aquel día. Por más que me repitieran una y otra vez ese momento, no lograba recordar nada. Después de realizarme varias pruebas, me dijeron que los resultados

cognitivos y neurológicos eran normales y que, a pesar de no tener ningún daño físico, tenía una laguna de los días antes del accidente hasta justo después de despertar”.

“Lo único que he conseguido recordar en todos estos cuatro meses han sido pequeños ‘flashback’... Una discusión con Adrián en la que no recuerdo las palabras, pero recuerdo cómo yo cogía el patrón de mi vestido de novia y lo rompía... Entrar en casa y escuchar a alguien hablar...”.

Sylvain suspiró de nuevo y se levantó. Era inútil, no encontraba nada. Por más que leía las frases una y otra vez no encontraba la clave para llegar hasta los recuerdos de Sofía.

Chasqueó la lengua mientras miraba por la ventana y Madrid le devolvía la oscuridad de la noche. ¿Sería porque había traspasado la línea entre psicólogo y paciente? León se lo había dejado claro: él no había podido ayudar a su hija por el vínculo que los unía y, desde que se habían besado por segunda vez, Sylvain no hacía más que pensar en esa extraña relación que habían creado entre los dos y que le impedía llegar hasta los recuerdos de ella. Había leído muchos estudios donde la relación entre paciente y terapeuta cruzaba la línea de lo profesional. Había casos en los que la paciente se enamoraba del psicólogo y el psicólogo se enamoraba de la paciente. Contratransferencia lo llaman en el ámbito profesional. Pero eso no les pasaba a ellos. Estaba seguro. No estaban enamorados. La palabra amor era demasiado grande para ellos. Simplemente había conexión, se entendían. Había una atracción física. Punto. Aunque cada día les costase más controlarla. Nada más. En estos casos, lo que recomendaba el código ético de psicología era derivar el caso a otro profesional. Pero Sylvain jamás había hecho eso y no tenía pensado hacerlo. Estaba demasiado cerca y, además, era un profesional. Podía apartar esos sentimientos que tenía y centrarse en su trabajo. Por mucho que la ansiedad por verla y por ayudarla con sus recuerdos le consumiera, tenía que centrarse. Tenía que cambiar el procedimiento. Tenía que comportarse como el profesional que era. Y apartar todos los sentimientos que fluían en su cabeza para ser el profesional que su padre quiso que fuera. Su recuerdo se clavó en su corazón como un clavo ardiendo. Suspiró con fuerza mientras se apoyaba contra el frío cristal de la ventana y cerró los ojos.

“Tranquilízate, Sylvain”, se dijo a sí mismo. Podía hacerlo. Solo tenía que calmarse, pensar en Sofía como una paciente más, y la clave aparecería delante de sus ojos. Lo mejor sería irse a casa, descansar y comenzar de nuevo con el diario mañana por la mañana.

Se separó del cristal, notando cómo la frente se le quedaba fría durante unos segundos más. Y, cuando abrió los ojos, lo vio. Ahí estaba: la clave para recuperar los recuerdos de Sofía. Al principio no cayó en la cuenta. Tan solo le sorprendió ver cómo pequeños copos de nieve caían al suelo a través de su ventana a finales de marzo. Y, entonces, como si de una proyección se tratara, las palabras del cuaderno aparecieron en su cabeza: *“al parecer tardaron en llevarme porque el rescate se complicó debido a la tormenta de nieve que había aquel día”*. Tormenta de nieve. Nieve. ¿Cómo no se había dado cuenta antes?

Sonrió. La clave para recuperar los recuerdos de Sofía había aparecido delante de sus ojos. Y nunca mejor dicho.

Sofía

—Tengo que irme, Adrián.

—¿En serio tienes que irte? ¿Con el tiempo que hace? —dijo él molesto, señalando hacia la ventana.

—Precisamente por eso —respondió Sofía comprobando que no le faltaba nada. Se había puesto la ropa que más abrigaba: pantalones vaqueros, un jersey blanco de cuello vuelto y un plumas. No tenía ropa de montaña, pero consideraba que aquello le serviría.

—Al final el que va a necesitar ayuda de un psicólogo es él —respondió Adrián cruzando los brazos.

Sofía puso los ojos en blanco.

—No digas eso, Adrián —respondió Sofía mientras metía lo básico en una pequeña mochila donde previamente había metido ropa de muda. A pesar de que volverían por la tarde, Sylvain le había dicho la noche anterior que llevara ropa de cambio. Por si acaso.

—Esto no es normal, Sofía.

—Solo intenta ayudarme.

—¿Llevándote a la montaña en medio de una tormenta de nieve?

—El dice que...

—Ya sé lo que él dice. Como el día del accidente nevaba, cree que porque nieve volverás a recuperar tus recuerdos. Me lo has dicho mil veces.

—Tengo que irme. Sylvain está esperándome abajo.

—Bajo contigo.

—Adrián...

Pero él ya había abierto la puerta y se había dirigido a las escaleras. Sofía suspiró. Sylvain se había puesto en contacto con ella el día anterior para comunicarle que había leído el cuaderno y que había tenido una idea. Dicen que las personas recuperan sus recuerdos por medio de los sentidos. Una canción, un olor, un paisaje... El día del accidente nevaba, y ella no había caído en eso durante todo este tiempo. No le había dado importancia. Pero Sylvain le dijo que aquello era muy importante, que era clave. Y cuando Sylvain supo que aquel día nevaría cerca de Madrid, a pesar de estar a finales de marzo, no lo dudó. Tenían que intentarlo. Quizá si volvía a ver la nieve algo se activaría dentro de ella.

Cerró la puerta y bajó las escaleras de dos en dos. Alcanzó a Adrián justo cuando estaba abriendo el portal y salía hacia la calle. Sylvain estaba aparcado en doble fila, con las luces de emergencia dadas. Estaba apoyado en el coche, revisando el móvil.

Sofía sonrió cuando vio que él también había elegido unos vaqueros y un anorak para el frío, y se quedó más tranquila al pensar que él tampoco tenía ropa de montaña.

—Así que tú eres el famoso Sylvain —dijo Adrián acercándose hasta él, con los brazos aún cruzados.

Sylvain levantó la vista, guardó el móvil en su abrigo con una mano y tendió la otra en su

dirección.

—Mucho gusto. Tú debes ser Adrián.

Adrián soltó una pequeña risa ante el acento de Sylvain, mientras miraba con desprecio la mano que estaba delante de él. Pasados unos segundos y viendo que no iba a aceptarla, Sylvain la apartó.

—Adrián... —dijo Sofía llegando hasta ellos, intentando relajar la tensión que se había formado entre los dos hombres.

—¿Puede saberse qué se os ha perdido en la Sierra de Guadarrama?

—Una tormenta de nieve —respondió Sylvain tranquilo.

—Oh, claro —dijo Adrián molesto—. ¡Cómo no había caído antes!

Sofía miró a su alrededor. Pequeños copos de nieve caían sobre el asfalto. El aire estaba frío, pero no era helador.

—La noche del accidente nevaba —dijo Sylvain haciendo que Sofía volviera a la conversación—. Los recuerdos se activan por alguno de los sentidos. Si Sofía...

—¿Vas a simular de nuevo el accidente para que mi prometida recupere sus recuerdos?

—Adrián...

Se mantuvieron la mirada. Sofía sabía que Adrián no creía en las terapias de Sylvain, pero no se imaginó que el desprecio que le tenía se notara tanto. Adrián estaba tenso, frunciendo el ceño, preparado para atacar. Sylvain, por su parte, estaba sereno. Más de lo normal.

—No voy a simular ningún accidente —dijo Sylvain levantando una ceja—. Se trata de una terapia de choque. Iremos hasta la tormenta para activar sus recuerdos.

—Eres todo un romántico. ¿Haces eso con todos los pacientes?

Algo se tensó en la mandíbula de Sylvain. Sofía lo vio. Sylvain no apartó la vista cuando se cruzó de brazos.

—No se trata de una cita romántica. Puedes venir con nosotros.

Sofía parpadeó y miró a Adrián. Ahora el que se puso tenso fue él. ¿Vendría? Siempre que le había pedido que la acompañara a una sesión con Sylvain, se negaba. ¿Sería diferente ahora que Sylvain se lo estaba pidiendo?

—De hecho —dijo Sylvain dando un paso hacia él, sin apartar la mirada—, nos serías de gran ayuda. Eres el único que sabe lo que olvidó Sofía.

Sofía miró a Adrián, que aguantaba la respiración. Una parte de ella quería que viniese con ellos, pero otra... Si Adrián no había querido participar en las sesiones, no tenía derecho a hacerlo ahora. No tenía derecho a meterse entre Sylvain y ella. Esto era algo de los dos. Espera un momento, ¿qué estaba pensando?

—Tengo demasiado trabajo como para irme de excursión —dijo molesto.

Después se acercó a Sofía, la agarró por la cintura y le plantó un sonoro beso en los labios ante la atenta mirada de Sylvain—. Nos vemos luego.

Ni siquiera se despidió de Sylvain. Se giró sin mirar atrás y se metió en el portal. Sofía se había quedado inmóvil. Hacía tiempo que Adrián no la besaba así, con esa fuerza. ¿Qué estaba pasando? Sylvain se acercó a ella y cogió la pequeña bolsa que ella portaba.

—¿Has cogido todo lo que te dije? —preguntó rodeando su coche y abriendo el maletero.

—Eh... sí... creo que sí —dijo Sofía saliendo de su ensimismamiento y acercándose a Sylvain.

—Bien —respondió él mientras se quitaba el abrigo y lo dejaba en el maletero—. Dame tu abrigo.

Sofía se quitó el plumas y se lo dio a Sylvain, que lo metió en el maletero junto al suyo. Cerró el portón y se dirigió a la puerta del copiloto.

—Volveremos por la tarde, antes de que la tormenta vaya a más.

—Vale —respondió ella nerviosa, entrando en el coche mientras Sylvain le sujetaba la puerta.

Sylvain se sentó en su asiento, se abrochó el cinturón y emprendió la marcha. Estaba demasiado serio. Demasiado callado.

—¿Estás bien? —preguntó Sofia mirándolo fijamente.

—Sí —respondió sin apartar la vista de la carretera—. Solo estoy concentrado.

Sofia parpadeó. “Solo estoy concentrado”, repitió las palabras en su cabeza y sintió un pellizco en el pecho. Por un momento se había olvidado de que aquello era una sesión como otra cualquiera. Diferente, porque no estaban en el despacho de Sylvain, pero una sesión, al fin y al cabo. ¿Acaso hubiera esperado otra cosa? Dos amigos pasando el día en la montaña. No. No se trataba de eso. Era una sesión para recuperar la memoria. Nada más. Lo tenía claro. Entonces, ¿por qué sintió aquel pellizco en el pecho?

—¿Y tú? —preguntó Sylvain sacándola de sus pensamientos.

—¿Qué?

—¿Cómo estás?

—Bien —mintió.

—Sofia...

Y no hizo falta que dijera más. Él sabía cuándo mentía. La conocía mejor que nadie.

—Un poco nerviosa —se sinceró.

—¿Por qué?

Porque iba a pasar un día entero con él a solas. Porque cuando no estaba con Sylvain no hacía otra cosa más que pensar en los momentos que habían estado juntos. Porque una parte de ella quería recuperar sus recuerdos, pero otra no, porque eso suponía que las sesiones con Sylvain finalizaran y no estaba preparada para ello. ¿Qué pasaría después? ¿Qué ocurriría una vez que ella recuperara la memoria? ¿Volvería a ver a Sylvain? ¿Seguirían siendo amigos? Aquellas preguntas llevaban rondando por su mente unos cuantos días y le angustiaban. Porque, aunque no estaba bien, Sofia sentía que ella era misma solo cuando estaba con él.

—Porque no sé qué va a pasar hoy —respondió sin mirarlo, sabiendo que había dicho una verdad a medias.

Sylvain entró en la autopista y aceleró.

—¿Tienes miedo de recordar?

—No. Si estoy contigo no tengo miedo de nada.

Sylvain no la miró. Mantuvo la mirada fija en la carretera mientras apretaba el volante con sus manos. ¿Le costaba respirar? Y cuando permaneció callado después de unos segundos, Sofia supo que la había fastidiado. No debería haber dicho nada de eso. Mierda. ¿Quizá se estaba imaginando cosas donde no las había? Pensaba que entre ellos había una conexión especial. Un vínculo. Quería pensar que Sylvain y ella no eran solo psicólogo y paciente. Que eran amigos. Aunque se hubieran besado dos veces. Los amigos también se besaban, ¿verdad? Mierda. ¿A quién quería engañar? Ni siquiera ella misma sabía lo que le pasaba. Quería a Adrián, iba a casarse con él, pero con Sylvain... se sentía bien. Se sentía ella misma. Y por primera vez en muchos años, se sentía viva. ¿Tan malo era aquello?

“Basta, Sofia”, se reprimió a sí misma. Tenía que concentrarse. Sylvain solo era su psicólogo. Era normal que pensase que tenía sentimientos por él. Un psicólogo era alguien que tenía que prestarle atención, ayudarla, estar con ella. Nada más. Iban a la montaña para recuperar sus recuerdos. Y tenía que ser consciente de que, una vez que recuperase la memoria, volvería a su vida normal, se casaría con Adrián y no volvería a tener nada que ver con Sylvain. Era fácil.

¿Entonces por qué se sentía triste cuando pensaba aquello?

Cerró los ojos y tragó la bola de rabia que se había quedado en su garganta. Tenía que cambiar de conversación.

—No me hagas caso —dijo Sofía, soltando una risa histérica—. Solo estoy nerviosa. Espero que no simules un accidente de coche para que por fin recuerde.

Sylvain sonrió. Un poquito, pero sonrió.

—No vamos a tener un accidente, Sofía —respondió aún con la sonrisa en sus labios, haciendo que Sofía se relajase—. Solo vamos a ver la tormenta de nieve y nos volveremos.

—Vale —dijo un poco más tranquila.

Sylvain carraspeó y soltó la mano derecha del agarre del volante.

—Además —susurró él mientras colocaba su mano sobre las de Sofía, que reposaban en su regazo—, jamás haría algo que te hiciera daño.

El corazón de Sofía comenzó a latir con fuerza, y tuvo miedo de moverse. No quería que Sylvain apartara la mano que tenía sobre las suyas. Estaba suave y caliente, comparada con las manos frías que tenía ella. Se quedó quieta, y movió los dedos rápidamente para atrapar los de Sylvain. Pensó que apartaría la mano ante el contacto, pero la mantuvo ahí, con la suya. Poco a poco la respiración de Sofía se reguló, al igual que su corazón.

Y se quedaron así, agarrados de la mano, durante unos cuantos kilómetros.

Sofía

Nada. Ni un *flashback*. Ni un solo recuerdo. Su memoria se había puesto en huelga y no conseguía recordar nada.

Sofía contemplaba la chimenea de la pequeña casa rural en la Sierra de Guadarrama que había alquilado Sylvain para aquel día. El fuego chisporroteaba con fuerza mientras le calentaba el cuerpo. Se había sentado en el suelo, encima de la enorme alfombra de pelo, y apoyaba la espalda en el sofá. Tenía las piernas encogidas y se las abrazaba con los brazos, mientras rememoraba lo que había pasado por la mañana en la montaña.

Sylvain y ella entraron a la casa rural pasadas las once. Cuando llegaron, la tormenta todavía no había empezado, aunque despuntaba a lo lejos. Habían descargado las bolsas y se habían abrigado para dar una vuelta por los alrededores. Estuvieron caminando por la montaña cerca de dos horas, recorriendo senderos, atravesando riachuelos que empezaban a congelarse. Pero, aun así, nada. Sofía no conseguía recordar absolutamente nada de lo que pasó aquel día del accidente.

Al principio estaba ilusionada. El plan de Sylvain parecía robusto y estaba segura de que funcionaría. Aunque tuviera miedo de recordar, estaba con él. Pero según iba avanzando la mañana, su ilusión se iba desvaneciendo. Se esforzó por contemplar todo. Estaba con los ojos bien abiertos, pendiente de todo para rememorar algo. Pero nada. Si aquello no funcionaba, ¿qué les quedaba?

—Toma —dijo Sylvain apareciendo a su lado mientras le ofrecía una taza humeante.

Sofía lo miró desde abajo, volviendo al presente.

—¿Qué es?

—Chocolate caliente.

Ella apartó la vista y volvió a fijarla en la chimenea.

—No me apetece.

—Te vendrá bien para entrar en calor —insistió él sentándose a su lado, en la alfombra. Sus hombros se tocaron por la proximidad de sus cuerpos y ella sintió un escalofrío que le recorrió de arriba abajo.

—Estoy bien así.

Y era verdad. El fuego de la chimenea la calentaba.

—De acuerdo —dijo Sylvain mientras dejaba una taza en el suelo, junto a ella, y se llevaba la otra a la boca—. Aunque está realmente bueno.

En otra ocasión Sofía hubiera levantado la vista y hubiera visto cómo Sylvain se limpiaba los restos de chocolate de la boca con la lengua. Pero estaba demasiado abatida. Demasiado frustrada. Se encogió más en sí misma.

—¿Y ahora qué? —preguntó dolida.

Sylvain se tomó su tiempo para responder, mientras saboreaba el chocolate. Afuera, la tormenta empezaba a coger forma. El aire soplaba más fuerte que antes.

—Terminaré el chocolate y volveremos a la ciudad.

Sofía chasqueó la lengua, molesta.

—Me refería a mis recuerdos.

—Los recuperarás —espetó Sylvain.

Ahora sí que Sofía se giró para mirarlo.

—¿Cuándo? —preguntó con el ceño fruncido—. Si esto no ha funcionado, nada lo hará.

Sylvain la miró de reojo, impasible, bebiendo de nuevo chocolate.

—Los recuperarás —repitió convencido.

Sofía aguantó la respiración.

—¿Cuándo? —increpó—. Me caso en dos meses. Dijiste que recuperarías los recuerdos antes de mi boda. No nos queda tiempo.

—Tenemos tiempo —dijo Sylvain serio.

Sofía frunció el ceño y volvió a retarlo con la mirada. Como en las primeras sesiones. Como las primeras veces que coincidían y parecían mantener un duelo de miradas.

—Quizá ha llegado el momento de darnos por vencidos —espetó dolida, con la única intención de provocarlo, de sacarlo de quicio—. De olvidarnos de mis recuerdos y seguir con nuestras vidas. Esto es una pérdida de tiempo.

—No lo es —respondió Sylvain apartando la vista y centrándose en el fuego que emergía de la chimenea—. Aunque duela es mejor recordar, Sofía. Si no recuperamos tu memoria corres el riesgo de cometer los errores del pasado una y otra vez. Nuestra memoria sirve para aprender.

Sofía cogió aire y llenó sus pulmones, dispuesta a replicar, pero cuando vio el rostro de Sylvain endurecerse, entendió lo que él estaba haciendo. Sylvain intentaba mantener la calma. A través de esa fachada de control, Sylvain estaba nervioso. Su cabeza daba vueltas a mil por hora buscando otras alternativas. Sofía no era la única que se encontraba frustrada porque el plan de la nieve hubiera fallado. Sylvain también, pero mantenía la compostura por los dos. Por ella. Si los dos perdían la calma entrarían en un círculo de negatividad del que no podrían salir. Y Sylvain se estaba esforzando por ser él quien mantuviera la compostura, aunque en el fondo estuviera igual o más frustrado que ella.

Sofía relajó el rostro y, cuando fue a disculparse, Sylvain se adelantó.

—¿Cómo te propuso matrimonio Adrián?

Ella parpadeó, sin esperarse esa pregunta.

—¿Por qué quieres saber eso ahora? —cuestionó nerviosa—. ¿Es una de tus preguntas clave?

Sylvain sonrió y volvió a mirarla.

—No —dijo—. Dejemos la sesión de hoy por un momento. Cuéntame algo sobre ti. Hablemos como si solo fuéramos dos amigos, y no un psicólogo y su paciente.

Sofía abrió mucho los ojos. ¿Lo decía en serio? ¿Como dos amigos? El corazón le dio un vuelco al oír aquellas palabras de boca de Sylvain. Apartó la vista y volvió a fijarse en el fuego.

—Nunca hubo una petición de matrimonio como tal... —dijo un poco entristecida—. Digamos que lo decidimos de mutuo acuerdo.

—¿No hincó la rodilla ni te dio un anillo?

—No.

—Vaya... —dijo con un deje divertido—. Un poco soso, ¿no?

Sofía se giró y se sorprendió al ver la sonrisa pícaro de Sylvain. Ella levantó una ceja.

—¿Qué tienes que decir tú? —dijo entre divertida y molesta—. Tú no es que tengas pinta de ser de los que hincan rodilla ni dan anillos.

Sylvain volvió a beber de la taza y esta vez Sofía contempló cómo se limpiaba los labios con la lengua. Su mente la traicionó y recordó el último beso que se dieron. Y cómo la lengua de Sylvain

se introdujo en su boca y la saboreaba por completo. ¡Céntrate, Sofia!

—Tienes razón —dijo Sylvain mirando el fuego—. No creo en el matrimonio, pero si estuviera con una persona que sí que creyera en él y deseara con todas sus fuerzas que se lo pidiera hincando rodilla y con un anillo de su joyería favorita, lo haría.

Sofía parpadeó, sorprendida. Apartó la mirada y se encogió aún más.

—Tampoco es que yo deseara una pedida de película... —susurró.

—Sofía...

—¿Qué?

—Nada de mentiras, ¿recuerdas?

Ella apretó las piernas contra su pecho. El hombro de ella rozaba el brazo de Sylvain.

—Vale... bueno —dijo por lo bajo—. Quizá sí que me hubiera gustado algo así, pero no puedes cambiar a las personas.

—La gente cambia, Sofia, el pasado no.

Lo miró de reojo y, cuando volvió a encontrarse con sus ojos, Sylvain estaba serio. La mirada de Sylvain la intimidó y volvió a mirar al fuego.

—Bueno... —dijo ella buscando rápidamente una excusa—. Tampoco es que estemos muy holgados económicamente. Quiero decir, el anillo no era necesario.

—¿Por eso decidiste hacer tú misma el vestido de novia? —preguntó—. ¿Porque no tenías presupuesto?

Algo se encogió en su pecho.

—Lo del vestido es un tema diferente —comenzó entristecida—. Desde pequeña siempre he soñado con hacerme mi propio vestido de novia.

—¿Entonces por qué no lo haces?

Se apretó los labios antes de responder.

—A Adrián no le convence mucho la idea de que yo misma me cosa el vestido de novia...

—¿Por qué?

Sintió cómo los ojos empezaban a picarle. Nunca había hablado tan abiertamente así de ese tema con alguien. Ni siquiera con Bea, a la que consideraba su mejor amiga. Intentaba evitar ese tema porque le dolía demasiado.

—Bueno... —comenzó ella nerviosa—. Adrián quiere algo más serio, algo más... profesional. Mis diseños son de aficionada. Ni siquiera me dedico a la costura.

—Eso no es verdad.

—¿El qué?

—Tus diseños —respondió Sylvain serio—. No tienen nada que envidiar a los diseños de profesionales. He visto el vestido que le hiciste a Marie o el tuyo, el que llevaste a la fiesta aquella noche. Y son perfectos.

Sofía sonrió y las lágrimas que trataba de aguantar se transformaron en lágrimas de alegría. ¿De verdad Sylvain pensaba que sus vestidos eran perfectos?

—No necesito ver el vestido de novia que has diseñado para saber que es perfecto para ti —dijo con un deje melancólico—. Y estoy seguro de que el día de tu boda estarás preciosa.

Preciosa. Ahí estaba esa palabra. Sylvain la había dicho por segunda vez. La primera fue durante el evento al que fue con Marie, cuando le dijo que nadie tenía que hacerle dudar de lo preciosa que era. ¿Lo creería de verdad? Sofia sintió cómo las mejillas le ardían y se relajó.

—Gracias —dijo bajito, aprovechando la proximidad de sus cuerpos para dejarse caer hacia atrás y apoyar la cabeza en el hombro de Sylvain—. Por intentar animarme.

—¿Lo he conseguido? —preguntó Sylvain sonriendo, sin moverse y aceptando la muestra de

cariño de Sofía.

—Un poquito.

Se quedaron así un minuto, viendo cómo el fuego les devolvía la mirada mientras la tormenta empezaba a azotar las ventanas de la casa. Tendrían que marcharse pronto, los dos lo sabían, pero Sofía quería alargar un poco más esos escasos minutos tan liberadores. ¿Querría Sylvain quedarse también un poco más con ella?

—Sofía... —comenzó Sylvain sin moverse—. Acaba tu vestido y cástate vestida con él. Si realmente es lo que quieres, no dejes que nadie te impida hacerlo. Ni siquiera tú misma.

¿Realmente quería eso? Sí. Quería casarse con el vestido de novia que ella misma había deseado. Que ella misma había diseñado. Todo de encaje, de corte sirena y con una pequeña cola que le daba un toque muy elegante. El escote era tipo barco, con las mangas cortas. Era sencillo, pero era lo que siempre había soñado. Tenía todas las piezas recortadas y guardadas en la maleta del armario de su habitación. Tan solo tendría que unir las piezas y estaría listo. Sí. Le daría tiempo. En un mes tendría el vestido listo. Sylvain tenía razón. Tenía que hacer lo que ella siempre había querido, lo que le pedía el corazón. Y si durante todo este tiempo no había comprado un vestido propio era porque su propio corazón quería coser su propio vestido. Y Adrián tendría que entenderlo. ¿Verdad?

Sofía giró la cabeza y miró a Sylvain, sin dejar de apoyarse en su hombro. Él le devolvió la mirada desde arriba y se vio reflejada en esos ojos oscuros que tanta paz le traían. Puede que, al principio, cuando se conocieron, no entendiese muy bien la frustración y la inquietud que sentía al verse reflejada en los ojos de Sylvain. Pero ahora lo entendía.

Aquella mirada le transmitía la calma que ella tanto anhelaba. Sylvain le hacía ser fuerte, le hacía ser ella misma. “*Si realmente es lo que quieres, no dejes que nadie te impida hacer lo que te pide tu corazón*”. Y tenía razón. Sentía que había vivido su vida en función de lo que querían los demás. ¿Y ella qué? ¿No contaba? Aunque le diera miedo, tenía que empezar a vivir como ella quería hacerlo. Tenía que empezar a ser ella misma.

Sofía se irguió un poco, sin apartar los ojos de los de Sylvain. En ese momento solo estaban ellos dos. Y la montaña. Y el fuego crepitando en la habitación.

Se acercó más a él, hasta que sintió su respiración en la boca. Sylvain no se apartó, y eso le dio valor para acercarse un poco más. Ahora solo podía pensar en una cosa. Y nadie le iba a impedir hacerlo.

—Gracias... —susurró Sofía contra sus labios.

—Sofía...

Pero no dejó que se apartara de ella. No lo dejó hablar. Lo sujetó por la nuca y juntó sus labios con los suyos. Sabía que besar a Sylvain, a pocos meses de casarse con Adrián, estaba mal. Muy mal. Pero lo necesitaba. Era lo que quería en ese momento, era lo que le pedía su corazón. Desde que se habían besado por última vez no dejaba de pensar en sus labios, en él. La conexión y el vínculo que se había creado entre ellos era demasiado fuerte, y las palabras ya no eran suficientes. Necesitaba más. Necesitaba contacto físico. Necesitaba volver a besarlo. Aunque fuera una última vez.

Sylvain no se apartó. Recibió el beso con ganas, como si lo estuviera esperando. Y toda la apariencia de autocontrol, de serio y de concentración que él había estado manteniendo durante todo el día, desapareció en cuanto sus labios se juntaron.

Colocó una mano en su espalda y la atrajo hacia él, al tiempo que con la otra mano la sujetaba por la barbilla y tiraba de ella hacia abajo, para meterse en su boca. Sofía gimió cuando sus lenguas se juntaron, embargada por un poderoso e instantáneo deseo sexual. Notó cómo se le

endurecieron los pezones contra el encaje del sujetador y el clítoris le palpitó, ansioso por un orgasmo. Jamás se había sentido así, jamás había experimentado ese deseo incontrolado con un hombre. Sylvain le despertaba su instinto sexual, pero también su verdadero ser.

—Esto está mal, Sofia... —dijo él separándose unos milímetros de su boca. Sylvain respiraba entrecortadamente, cerrando los ojos.

Lo sabía. Sabía que estaba mal. Pero no podían contenerse. Ni ella ni él. Sofia le mordió el labio y se subió a horcajadas sobre él.

—Solo son unos besos... —susurró ella contra su boca, volviendo a besarlo con ansias.

Sylvain gimió y eso la excitó aún más. Tenía el control.

—Si seguimos así no solo serán unos besos, Sofia... —arguyó Sylvain mientras la cogía por las caderas y la encajaba en las suyas, haciendo que notara su prominente erección.

No pudo replicar porque Sylvain volvió a besarla. ¿En serio ella había conseguido excitar así a un hombre? Sylvain la apretaba contra él mientras saboreaba su boca. “Él tiene razón”, pensó Sofia, si seguían así aquello no se quedaría en un par de besos. Se deseaban. Se necesitaban. Y estar solos en una cabaña en la montaña no hacía otra cosa más que ayudarles a propiciar la situación.

—Joder, Sofia... —susurró Sylvain mientras metía una mano por debajo de su jersey y llegaba hasta su sujetador de encaje. Empezó a acariciar su duro pezón y gimió—. Si pasamos la línea no habrá marcha atrás... Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé... —gimió ella agarrándose fuerte a su cuello—. No pares... no pares ahora, por favor...

Sylvain pellizcó su pezón por encima de la tela y Sofia sintió la excitación directamente bajo su vientre. Dios. Si conseguía excitarla así con solo pellizcarle por encima de la ropa, ¿qué sentiría cuando la tocara piel con piel?

Antes de que pudieran ir a más, algo les sobresaltó. La ventana de la habitación en la que se encontraban se abrió de par en par, haciendo que los dos se asustaran. La tormenta empezaba a ser más evidente y el aire había conseguido abrir la ventana con su fuerza.

—Joder... —dijo Sylvain llevándose una mano a los ojos, con Sofia todavía encima de él—. Ha sido el viento.

Sofía contempló el exterior, hipnotizada. La nieve y el viento se acumulaban en ráfagas fugaces, y el frío entró en la habitación irremediablemente. La ventana se movía, dando golpes contra la pared, con un ruido rítmico y ensordecedor. Y entonces, unos recuerdos surgieron en forma de nubes oscuras y amenazantes ensombreciendo todo con su presencia.

—¿Sofía?

Pero ella ya no estaba allí. Sofia retrocedió en el tiempo hasta una noche exactamente como esa.

Sofía

29 de octubre de 2018

—¿En serio? —exclamó Sofía cuando vio la nieve caer sobre la calle. ¿Qué esperaba? Estaban a finales de octubre. Era totalmente normal que nevara en Madrid.

Sofía se abrigó todo lo que pudo y decidió coger un taxi que la llevara hasta su apartamento. Aquel día había empezado a sentirse mal en la tienda, y su jefa le había dicho que fuera al médico cuando vomitó por tercera vez. Un virus de veinticuatro horas. Es lo que le había dicho el doctor después de ponerle una inyección de petpiran para que los síntomas remitieran. En un día estaría recuperada, pero tenía que descansar.

Llamó a su responsable y le comunicó lo que le había dicho el médico. Mañana estaría de baja y volvería al día siguiente a la tienda de Naf Naf con más energía.

Sofía cogió un taxi y le dio las indicaciones hasta su apartamento. Se sentía débil, y solo quería llegar a casa y tumbarse en la cama. Le pediría a Adrián que fuera a la farmacia a por suero. Normalmente a esas horas Adrián ya debía haber regresado del instituto. Ni siquiera tuvo fuerzas para llamarlo desde el taxi. Estaba tan cansada...

Cuando llegó a su destino, pagó al taxista y subió hasta su piso como pudo. Le costó horrores encajar la llave en la puerta. Cualquiera diría que estaba entrando a robar, pensó. Con la delicadeza con la que la insertó en la cerradura y giró la llave, era más que probable.

Entró arrastrando los pies y cerró despacio, con todas las fuerzas que su debilitado cuerpo le permitía. Ni siquiera tuvo energía para alertar a Adrián de que había llegado, como siempre hacía. Se quitó el abrigo y se dirigió al estudio donde estaría él. Cruzó el pasillo y se detuvo. ¿Voces? Quizás Adrián estaba en una tutoría con alguno de sus alumnos. A veces pasaba. Acababan las clases y alguna tarde se encontraba a algún alumno en su estudio, mientras Adrián le asesoraba. Cuando llegó hasta la puerta del estudio y la abrió, se sorprendió al encontrarlo vacío. El miedo se apoderó de ella y tuvo un mal presentimiento. Volvió a escuchar voces que venían de su habitación y se encaminó hacia allí. Quizá le estaba enseñando la casa, pensó ella buscando una explicación. Las voces se incrementaron, junto con las risas. Llegó hasta la puerta de su dormitorio y la abrió.

Sofía se quedó en shock. Adrián estaba en la habitación, como ella había imaginado. Estaba desnudo, tumbado en la cama. Pero no estaba solo. A su lado se encontraba una mujer en las mismas circunstancias. Se estaban riendo mientras se hacían arrumacos. No había duda de lo que acababa de pasar allí. La desnudez de los dos y el olor a sexo que desprendía la habitación eran inequívocos. Cuando Sofía abrió la puerta ni siquiera se dieron cuenta de su presencia. Siguieron riéndose durante un rato hasta que Adrián se fijó en ella. Se quedó blanco y se levantó como alma que lleva el diablo.

—¿Sofía? ¿Qué... qué haces aquí?

¿Qué hacía ella allí? ¿Eso era lo mejor que podía preguntarle? Ni siquiera le salían las

palabras para replicar. Se había quedado paralizada. La mujer morena se dio la vuelta, asustada por el comentario de Adrián, y Sofía la reconoció. Era Elena, una profesora del instituto, compañera de trabajo de Adrián. La conocía porque había coincidido con ella en alguna ocasión. Una mujer divorciada, de cuarenta años, que se jactaba de vivir la vida que ella quería sin atarse a ningún hombre. No podía creerse lo que estaba viendo. Hacía apenas unos meses habían decidido casarse. ¡Casarse! ¿Y ahora esto?

—Sofía... —dijo Adrián levantándose y poniéndose los calzoncillos a medida que andaba hacia ella—. Puedo... puedo explicarlo...

Cuando Adrián se acercó a ella, Sofía fue incapaz de moverse. No era capaz de reaccionar.

—Sofía... cariño... —dijo él cuando se acercó a ella y la sujetó por los hombros.

Quería apartarse. Quería que Adrián dejara de tocarla, pero no podía reaccionar. Notó cómo los ojos se le llenaban de lágrimas y volvió a mirar a la mujer que ahora estaba vistiéndose como podía. No era capaz de creerse lo que estaba viendo. Esto no le estaba pasando a ella.

—Deja que te lo explique... —Adrián sujetaba su cara, pero Sofía no era capaz de mirarlo. Estaba absorta en la mujer que los miraba compungidos. ¿Por qué? ¿Por qué estaba con una mujer diez años mayor que él? ¿Qué había pasado para llegar a esto?

—Será mejor que me vaya... —susurró Elena cuando pasó a su lado a toda velocidad. La mirada que se intercambió con Adrián no pasó desapercibida para Sofía. Y solo cuando oyó el portazo de la puerta, centró su mirada en los ojos de Adrián.

—Ha sido un error, Sofía... —empezó él nervioso—. No ha significado nada para mí...

Sofía estaba quieta, mirándolo fijamente. Si movía cualquier parte de su cuerpo, las lágrimas saldrían de sus ojos sin piedad.

—¿Cuántas veces? —preguntó ella con la voz rota.

—¿Qué...?

—¿Cuántas veces os habéis acostado?

—Sofía...

—¿Esta es la primera vez?

Adrián apartó los ojos y Sofía tuvo que aguantar la náusea que le subió hasta la garganta. No hizo falta que dijera nada más.

—¿Por qué? —quiso saber mientras una lágrima caía por sus mejillas.

Adrián la miró compungido y sostuvo su rostro con las manos.

—Sofía... te quiero... ha sido un error —se justificó él, intentando besarla.

Ella apartó la cara y lo agarró por las muñecas, para apartar las manos de su rostro.

—¿Por qué?!

—¡No lo sé!

—¡Vamos a casarnos, Adrián!

Él se apartó de ella y se pasó la mano por la cabeza, desesperado.

—¡Me encontraba solo! —dijo de pronto—. ¡Nunca estabas en casa!

No podía creerse que le echara eso en cara. No es que tuvieran problemas económicos, pero no iban holgados. Necesitaban trabajar los dos para mantener un piso en Madrid. Necesitaban el dinero. Y más ahora que estaban a punto de casarse.

—¡Estoy trabajando, Adrián, igual que tú! —le reprochó ella con las lágrimas desbordadas.

—Vale... vale... —dijo él acercándose y sujetándola por los brazos—. Podemos arreglarlo...

—¿Podemos... arreglarlo? —repitió ella incrédula.

—Solo tienes que perdonarme, cariño. Ha sido un error. No volverá a pasar.

—¿No volverá a pasar? —Sofía se apartó de él—. ¿Y cómo quieres que te mire a la cara

después de lo que has hecho con ella?

—Porque te quiero. Porque eres la mujer de mi vida, porque...

—¡Eso tenías que haberlo pensado antes!!

—Cariño —dijo Adrián intentando acercarse a ella de nuevo—. Cariño, cálmate...

—¿Cómo quieres que me calme después de lo que acabo de ver?!

—Solo estamos pasando una crisis... como todas las parejas.

—¿Qué?

—Todas las parejas que van a casarse tienen crisis. Cariño, por favor...

Se apartó de él cuando intentó abrazarla. Estaba viviendo un mal sueño. Esto no podía estar pasando. No podía estar pasándole a ella.

Adrián y ella llevaban juntos desde que acabaron el instituto. Ocho años. Eran una pareja fuerte, estable. Apenas discutían. Ella había dado todo por él. Había renunciado a su sueño de ser diseñadora de moda por él, por estar con él y seguirlo en todos y cada uno de los institutos a los que lo destinaban. Cuando terminó la universidad y a su amiga Bea y a ella les ofrecieron irse a Barcelona a una conocida marca de moda, ella renunció por ir con Adrián al pueblo que lo habían destinado como profesor interino. ¡Lo había dado todo! Y él se lo devolvía así. Acostándose con una mujer. No una vez. Porque él mismo se había delatado al apartar la mirada ante la pregunta si era la primera vez que follaban. ¿Cuántas veces habrían hecho el amor en aquella cama en la que luego dormiría ella?

Otra arcada subió hasta su garganta y la contuvo. Tenía que irse de allí. Tenía que alejarse de él. ¿Sería capaz de perdonarlo?

Sofía se dirigió al armario y lo abrió.

—Sofía, ¿qué haces? —dijo Adrián desde atrás—. Sofía, por favor... Vamos a hablarlo. Tranquilízate.

—¿Cómo quieres que me tranquilice?! —explotó ella girándose hacia él y limpiándose las lágrimas con el dorso de las manos—. ¿Cómo quieres que me tranquilice cuando he pillado a mi futuro marido follando en nuestra cama con otra?!

—Sofía...

Pero ya no escuchaba. Abrió las puertas del armario de par en par y, cuando cogió una de las maletas, la vio. Debajo de esta había otra maleta marrón, en la que ella guardaba las telas, los retales y los patrones de su vestido de novia. Ese vestido de novia que Adrián no quería que llevase a su boda. Y entonces todo empezó a encajar.

Sofía tiró la maleta al suelo y sacó del armario la otra, la de su vestido. La abrió y, enfurecida como nunca, cogió los patrones y se giró hacia Adrián.

—¿Era por eso?! —gritó golpeando el pecho de Adrián con los patrones—. ¿Era por eso por lo que no querías que me casara con mi propio vestido?!

—¿Qué?

—¡En el fondo nunca has querido casarte conmigo!

—Sofía... —dijo Adrián agarrándola por las muñecas para que dejara de golpearle—. Sofía, tranquilízate...

Pero no podía. Sentía que se estaba rompiendo por dentro. Que se ahogaba. Necesitaba salir de allí. Necesitaba alejarse de él.

—Eres un capullo... —dijo entre lágrimas mientras rompía uno de los patrones de su vestido y lo lanzaba contra él.

Pasó por su lado a la velocidad del rayo. Después de lo débil que se encontraba debido al virus gástrico, no sabía que podía sacar fuerzas de donde no tenía.

—¿A dónde vas?! ¡Sofía!

Pero no lo escuchaba. Cogió el abrigo y su bolso y salió disparada de su apartamento. Ya volvería mañana a por sus cosas. Necesitaba aire. Bajó las escaleras de dos en dos mientras Adrián le gritaba que parara. Tenía algo de tiempo antes de que él la alcanzara. Al fin y al cabo, estaba desnudo y tenía que vestirse.

Cuando llegó hasta su coche apenas veía. Las lágrimas desbordaban por sus ojos y le costó encajar la llave en su sitio.

Arrancó lo más rápido que pudo. Jamás la puerta de su garaje se había abierto tan despacio. No quería que Adrián la interceptara. No quería verlo. ¿Cómo había podido...?

Salió derrapando del garaje. Afuera nevaba mucho más que antes. Tuvo que poner los limpias con sus manos temblorosas para poder ver por dónde iba, aunque no supiera a dónde ir. Paró en un semáforo y volvió a derrumbarse. ¿Cómo había podido Adrián hacerle algo así? Su bolso empezó a vibrar y el corazón se le paró. Seguro que era Adrián, que quería hablar con ella. Con las manos temblorosas sacó el móvil del bolso y no pudo evitar romper a llorar cuando vio que quien la llamaba no era otra que su madre.

—¿Mamá...?

—¿Cielo! ¿Cómo ha ido el médico? ¿Te han dado algo para la gastroenteritis?

Hipó ahogando un sollozo. Alguien pitó detrás de ella y reanudó la marcha como pudo. Las lágrimas le llenaban los ojos y el teléfono no podía sujetarlo con el hombro.

—Mamá...

—¿Sofía? ¿Qué te pasa? —Ella volvió a hipar mientras giraba a la derecha, sin rumbo fijo—. Cariño, ¿qué te pasa?

—Él... Adrián...

—¿Qué ha pasado?

No podía aguantar más el llanto. Iría a casa de sus padres. Ellos la entenderían. Necesitaba estar con ellos. Necesitaba contarle a alguien lo que había pasado y Bea estaba demasiado lejos como para recurrir a su amiga.

Giró en la rotonda sin pensar en la velocidad que llevaba.

—Cielo... me estás asustando. ¿Adrián y tú habéis discutido?

—No, mamá, él estaba con...

Pero no pudo continuar la frase. El semáforo estaba en rojo y Sofía no lo vio. Atravesó el cruce sin fijarse en que por la derecha venía un camión que no tendría tiempo de frenar. El impacto fue brutal. El coche de Sofía dio vueltas de campana y, para cuando por fin dejó de girar, Sofía estaba inconsciente.

Sylvain

Había recordado. Sofia había recuperado su memoria en el momento en el que la ventana se abrió de par en par, debido a la tormenta de nieve. Sylvain solo tuvo que mirarla a los ojos para saberlo. Ahí estaban. Por fin. Sus recuerdos salieron a la luz, quitando a su vez el fulgor de sus ojos y ensombreciendo su mirada.

—¿Sofia? —había intentado llamarla, pero ella no estaba allí, a pesar de que siguiera encima de él, a horcajadas. Su mente había viajado hasta el pasado, reviviendo aquel fatídico día en el que casi pierde la vida.

Sylvain no se atrevía a tocarla. Una parte de él quería que siguiera en su particular trance mientras recuperaba su memoria, pero otra... Al cabo de un minuto que se hizo eterno, Sofia parpadeó.

—Sofia... —susurró él intentando descubrir cómo se encontraba.

Ella lo miró con cautela y Sylvain se amedrentó. Los ojos de Sofia se habían oscurecido y pudo ver cómo en apenas unos segundos se llenaron de lágrimas. ¿Por qué sentía que su pecho se partía en dos cada vez que a Sofia se le rompía el alma?

—Sofia... —Intentó agarrarla por los brazos, pero ella fue más rápida. Se levantó y salió corriendo hacia el baño, donde se encerró.

Sylvain se apretó el ojo con los dedos y suspiró. ¿Había acabado todo?

Dos horas después Sofia seguía encerrada en el baño. Después de dar vueltas por el salón para tranquilizarse, Sylvain volvió a sentarse en el sofá, contemplando la chimenea. Sofia había recordado. Sylvain había conseguido el objetivo. Había conseguido que ella recuperara la memoria en el plazo acordado al inicio de las sesiones. Entonces... ¿por qué no se sentía orgulloso de sí mismo? En otra ocasión su ego se hubiera engrandecido al haber conseguido otro caso satisfactorio. Pero en ese momento se sentía inquieto. Se sentía... raro. ¿Qué pasaría ahora?

Sylvain hundió la cabeza en sus manos y respiró. ¿Qué estaría haciendo ella? ¿Estaría llorando por lo que acababa de recordar? Había agudizado el oído en busca de algún sollozo, pero solo escuchaba el silencio.

Su mente viajó al pasado, al momento en el que Sofia había entrado por segunda vez en su despacho con la intención de finalizar las sesiones, y él pudo ver qué era lo que realmente había olvidado. Desde la primera vez que la vio supo que algo no iba bien con Adrián. Si todo hubiera ido bien, León no habría recurrido a él con la idea de ayudarla a recuperar la memoria antes de que se casara. León no se fiaba al cien por cien del que se convertiría en su nuero. Recordó que solo le hizo falta hacerle un par de preguntas para descubrir que a Sofia le daba miedo recordar la discusión que había tenido con Adrián. Porque era verdad, no había sido una discusión cualquiera. Cuando los ojos de Sofia se ensombrecieron, Sylvain tuvo una intuición. Algo le decía que Sofia había descubierto la infidelidad de Adrián. No sabía cómo, pero sí sabía cuándo: el día que tuvo el accidente descubrió que Adrián no le había sido fiel y ella se derrumbó. Por eso salió corriendo de su apartamento aquel día, cogiendo el coche alterada y teniendo el fatídico accidente

que casi le cuesta la vida. Fue eso lo que escribió en el pequeño sobre que le dio aquel día.

La puerta del baño se abrió de repente y, como un resorte, Sylvain se levantó del sofá. Sofia salió con los ojos enrojecidos y Sylvain apretó los puños. Había estado llorando, aunque en silencio, y eso lo mataba por dentro. Quizá debería haber entrado allí a consolarla, quizá... *Merde*. ¿Por qué el maldito código deontológico se le aparecía ahora en su cabeza? Los psicólogos debían actuar con objetividad. Eran profesionales. Tenían que apartar los sentimientos y no dejarse llevar por sus emociones. Y por el amor de Dios. Con Sofia le estaba costando.

Sofia pasó a su lado sin mirarlo y él vio las manchas oscuras debajo de sus ojos. Quería preguntarle si estaba bien, pero era obvio que no. “*Merde*, Sylvain, piensa un poco”, se increpó a sí mismo.

—¿Quieres... hablar? —preguntó él nervioso.

Sofia no lo miró, esquivando sus ojos. Cogió el abrigo que reposaba sobre el perchero de la entrada.

—Quiero irme a casa —dijo con la voz ronca mientras se lo ponía.

Sylvain cerró los ojos y respiró. ¿Por qué quería consolarla? ¿Por qué se moría de ganas de darle un abrazo que la aliviara? Apretó los puños mientras su imaginación le jugaba una mala pasada y se veía a sí mismo estrechándola entre sus brazos y acariciándole la cabeza.

—¿Ahora me dirás que va a salir todo bien? —le diría ella mientras ocultaba la cara en su pecho, aguantando sus sollozos.

—No —le respondería él—. No te iba a decir eso.

—¿Entonces?

—Me quedaré contigo el tiempo que haga falta.

Sylvain volvió a la realidad cuando Sofia se giró y lo miró a los ojos.

—Por favor —suplicó ella aguantando su mirada—. Llévame a casa.

Sylvain soltó el aire que había estado reteniendo en su pecho y le sostuvo la mirada. Quería ver qué era lo que ella sentía, lo que había dentro de ella, como tantas otras veces había hecho con solo mirarla. Pero Sofia apartó los ojos y abrió la puerta, saliendo hacia el exterior.

El camino hasta Madrid lo hicieron en silencio, mientras la nieve caía sobre el cristal del coche de Sylvain. Sofia miraba por la ventana, quieta, sin apenas moverse. Sylvain conducía con las dos manos agarrando el volante y controlando por el rabillo del ojo a Sofia. Se había quedado tan callada que lo estaba poniendo más nervioso de lo que estaba. Se hubiera esperado que Sofia rompiera a llorar de manera desconsolada. Pero no lo hizo. O quizá sí, aunque Sylvain no lo viera. Quizá lloraba por dentro, en silencio.

—Lo pillé con otra mujer.

—¿Qué? —dijo Sylvain girándose para mirarla. *Merde*. Se había quedado tan metido en sus pensamientos que no había escuchado lo que Sofia acababa de decir.

—Adrián —respondió ella por lo bajo—. Estaba con otra mujer la noche que tuve el accidente.

Sylvain tragó saliva y apretó con fuerza el volante hasta que los nudillos se tornaron blanquecinos.

—Lo siento. —Fue lo único que pudo decir entre dientes.

No volvieron a hablar en todo el camino. Cuando llegaron a Madrid, la oscuridad y el silencio les invadieron. No sabían qué hora era, pero parecía entrada la noche. Sylvain circuló por las calles en dirección al apartamento de Sofia y, según se acercaban a su destino, se iba poniendo más nervioso. ¿Qué le pasaba?

Estacionó en doble fila frente al portal del edificio y se quedó quieto, con las manos sujetando el volante con fuerza. Y los dos se quedaron en silencio durante unos segundos que se hicieron

eternos. Y, sin decir palabra, Sofía abrió la puerta del coche. Sylvain hizo lo propio y salió de su vehículo, sintiendo que sus piernas le pesaban más de la cuenta. Llegó hasta el maletero y lo abrió. Sofía ya había llegado hasta allí y esperaba con una calma inquietante a que él le diera la bolsa que se había llevado con la ropa de cambio.

—Gracias —susurró Sofía sin mirarlo cuando Sylvain le dio la bolsa—. Gracias por...

—Puedo quedarme.

Ahora sí que levantó la vista y sus ojos se volvieron a encontrar. Los de él, decididos, intensos. Los de ella, apagados, rotos.

—Sylvain...

—Esperaré aquí —dijo metiendo las manos en los bolsillos. Era la única manera que tenía de evitar la tentación de colocarle el mechón de pelo rebelde detrás de la oreja—. Esperaré aquí por si... necesitas hablar.

Sofía apartó la mirada, se colocó el mechón detrás de la oreja y sonrió. Pero no era una sonrisa como las demás. Como la que Sylvain había visto cuando le enseñó París en su coche, o como cuando había estado en su casa con Karma. No. Era una sonrisa triste, sin luz, sin vida. Y eso le destrozó por dentro.

—Ya has hecho demasiado por mí —dijo ella mirándolo de nuevo—. Ya he recuperado mis recuerdos.

—Sofía...

—Gracias por todo, Sylvain. —Ella dio un paso hacia atrás. Le temblaba el labio inferior y tenía los ojos brillantes. Se giró antes de romperse y despedirse con una única palabra que se le incrustó a Sylvain en el pecho como un clavo ardiendo—. Adiós.

Y se quedó allí. Solo. Viendo cómo aquella mujer que conseguía desestabilizarse desaparecía a través del portal. Y sintió un extraño dolor en el pecho al pensar que, quizá, aquella fuera la última vez que la viera.

Merde.

Sofía

Respiró hondo antes de entrar en su apartamento. Despedirse de Sylvain le había costado más de la cuenta. ¿Por qué? ¿Por qué no le había dicho “sí, por favor, espérame, no quiero estar sola cuando termine de hablar con Adrián”? Apretó los labios sabiendo la respuesta. Porque quería ser valiente. Porque quería ser capaz de enfrentarse sola a lo que hacía unos meses no había podido enfrentarse.

Las sesiones con Sylvain le habían hecho abrir los ojos. Le habían hecho cambiar. Ahora se sentía más ella misma, más viva. Y quería demostrarse a sí misma y a Sylvain que podía llevar la situación. Aunque siguiera muerta de miedo.

Abrió la puerta despacio. Eran las dos de la mañana y, con un poco de suerte, Adrián estaría dormido. Pero cuando entró en su apartamento y vio la luz encendida del salón, supo que él la estaba esperando.

—¿Se puede saber dónde estabas? —preguntó él levantándose rápidamente del sofá y acercándose a ella—. ¡Son más de las dos de la mañana! ¡Dijisteis que regresaríais por la tarde!

—Adrián...

—¡He estado a punto de llamar a la policía! ¡¿Qué cojones has estado haciendo con el loquero hasta las dos de la mañana?!

Ni siquiera se quitó el abrigo. Ni siquiera dejó las llaves en el mueble que había en el pasillo. Dejó la bolsa que traía en el suelo. No necesitaría lo que había metido dentro una vez que acabase la discusión con Adrián.

—¿Quieres hacer el favor de contestarme! —gritó Adrián fuera de sí mientras la agarraba por los hombros y la giraba para colocarla frente a él.

Sofía levantó la mirada y se enfrentó a sus ojos. A esos ojos que le habían prometido amor eterno. A esos ojos que durante ocho años pensaba que solo la habían mirado a ella.

—¿Quieres saber qué he estado haciendo con Sylvain hoy? —preguntó ella brusca, frunciendo el ceño. Eso encendió más a Adrián, que apretó los dedos contra sus hombros.

—Sofía...

—Buscar mis recuerdos —espetó ella dolida—. ¿Y sabes qué es lo mejor de todo? Que los he encontrado.

Adrián abrió mucho los ojos y aflojó la presión que ejercía en sus brazos. Sofía aprovechó para apartarse de él de un manotazo y dirigirse a su habitación.

—Sofía... —susurró él mientras la seguía.

Ella apretó los ojos. En otra época le encantaba oír su nombre en boca de Adrián, pero ahora...

—Espera, por favor... podemos hablar.

Sofía se giró totalmente.

—¿Hablar? —preguntó irónica—. De acuerdo, vamos a hablar. —Se cruzó de brazos y levantó la barbilla, buscando valor en su interior—. ¿Por qué no me contaste la verdad?

—Sofía...

—¿Por qué no me dijiste que aquella noche te vi en nuestra cama con otra mujer?

Adrián apartó los ojos.

—He sido una estúpida... —dijo ella sintiendo cómo las lágrimas llegaban a sus ojos. Se giró de nuevo y fue hacia la habitación.

—Escúchame...

—No quiero escucharte, Adrián. Esto se terminó —terció ella abriendo el armario y cogiendo algo de ropa.

—¿Vas a terminar con ocho años de relación?

Sofía se giró ofendida.

—¿Yo? —Puso los ojos en blanco—. ¿Cómo puedes decirme eso? ¡Has sido tú el que ha roto la relación!

—Sofía...

—¿Pensaste que no iba a darme cuenta?

—Sofía...

—Sí. Lo pensaste. Por eso no querías que viera a Sylvain. Por eso no querías que recuperara mis recuerdos. Querías hacer como que no había pasado nada.

—Yo...

—¿Crees que volveré a confiar en ti después de lo que has hecho?!

—Fue un error, cariño... —Intentó abrazarla, pero ella no se dejó. Sofía estaba muy nerviosa. Toda la calma que había conseguido estando en la montaña con Sylvain se estaba esfumando en apenas unos segundos.

—¿Un error? —repitió ella con la voz queda—. ¿Un error que has repetido cuántas veces?

Adrián apartó la vista y un terrible presentimiento cruzó la mente de Sofía. No. No podía ser. La Sofía del pasado hubiera hecho caso omiso a su intuición. Hubiera dejado pasar el tema y se hubiera forzado en olvidarlo. Pero la Sofía de ahora no. Frunció el ceño y se acercó a él.

—Has vuelto a verla.

—Sofía...

—Incluso después de mi accidente. Has vuelto a verla, ¿verdad?

—Cariño...

—Eres un capullo.

No le bastó más para saber que Adrián había vuelto a verse con Elena. Todas las piezas del puzle encajaron. Y lo peor de todo es que ella lo había tenido delante de sus narices todo este tiempo y no se había dado cuenta. Cerró los ojos y apartó ese pensamiento de su cabeza, cerró el armario y salió hacia el pasillo con unas cuantas prendas y un bolso grande.

—¿A dónde vas? ¡Son las dos de la mañana!

—Me voy.

Adrián la agarró del brazo y la giró, para ponerla de cara a él. Sofía miró asqueada la mano sobre su brazo.

—Suéltame.

—No puedes irte, Sofía.

—Claro que puedo. —Intentó zafarse, pero él oprimió con más fuerza.

—¿Crees que voy a dejar que te vayas así? —bufó nervioso, acercando su rostro al de ella—. No permitiré que pase lo de la última vez. No permitiré que vuelvas a tener un accidente.

Sofía se libró del agarre con brusquedad.

—¿Te crees que soy idiota? —le reprochó rota.

Sofía se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja, cogió el bolso y abrió la puerta. No

quería estar ni un minuto más allí. Necesitaba alejarse de Adrián. Necesitaba tomar espacio.

—¿Sabes qué? —dijo ella antes de abandonar definitivamente el apartamento—. Alguien me dijo una vez que la memoria sirve para que aprendamos de nuestros propios errores. Deberías aplicarte el cuento.

Adrián quiso replicar, pero, cuando abrió la boca, Sofía había salido de casa con un sonoro portazo.

Sylvain

Había pasado una semana. Siete días desde aquella típica (o, mejor dicho, “atípica”) sesión en las montañas. Y Sylvain no había vuelto a saber nada de Sofía. Ni siquiera un mensaje. Ni una llamada. Nada. Sofía había recuperado sus recuerdos y eso significaba que su trabajo había terminado. Aunque le doliese. Aunque Sylvain no entendiese qué era esa presión que sentía en el pecho incrementándose día tras día. Debería cerrar su expediente, pero no podía. Algo dentro de él se lo impedía. ¿Y si Sofía aún necesitaba ayuda psicológica? Acababa de descubrir una infidelidad por parte de su pareja de toda la vida. La gente se derrumbaba ante ese tipo de cosas. Sí. Quizá aún necesitase su ayuda. Espera un momento, ¿qué narices estaba haciendo? ¿Acaso estaba intentando buscar una excusa? Él era un psicólogo especializado en neuropsicología, no en la rama social, no en tratar las conductas de una persona con otras personas. Hundió la cabeza entre sus manos y suspiró. ¿Pero qué cojones le pasaba?

La puerta de su despacho se abrió de repente y Marie apareció con cara de pocos amigos.

—Marie —dijo Sylvain sorprendido, quitándose las gafas—. No te esperaba.

—Yo también me alegro de verte, hermanito.

Marie se quedó de pie y se cruzó de brazos, haciendo que su enorme bolso negro de Guess ocultara parte de su figura.

—Estoy un poco liado, pero...

—¿Ah, sí? —Marie miró a ambos lados, irónicamente—. Tampoco veo que tengas muchos pacientes.

Sylvain puso los ojos en blanco. Vale. Su hermana no tenía un buen día.

—¿Qué ocurre, Marie?

—Nada, solo quería saber cómo estabas. Llevas una semana incomunicado y no he conseguido contactar contigo.

Era verdad. A pesar de tener el teléfono activo, no cogía las llamadas. Marie había intentado ponerse en contacto con él varias veces, pero no había tenido ganas de hablar con ella. Y no entendía por qué. Sabía por sus mensajes que pasaría aquel día en Madrid por un evento, pero ni siquiera la llamó para saber dónde se instalaría. Chasqueó la lengua, molesto consigo mismo.

—Lo siento —confesó Sylvain suspirando—. He tenido una semana un poco complicada. Han venido pacientes nuevos y ya sabes cómo son estas cosas.

—Ajá.

—Lo siento, Marie, de verdad.

Su hermana rodeó las butacas y se sentó frente a él, sin descruzar los brazos.

—Al final has conseguido que Sofía recuperase sus recuerdos —soltó su hermana como si nada—. Y... ¡Oh! ¡Qué casualidad! Hace justo una semana de eso.

¿Había hablado Marie con ella? Ignoró el resto de la conversación. ¿Cómo estaría Sofía? La última vez que Sylvain vio a Sofía la dejó frente a su apartamento, dispuesta a enfrentarse a Adrián por haber recordado su infidelidad. A pesar de que no había cogido el teléfono a su

hermana, cada vez que sonaba su móvil lo comprobaba esperando que fuera Sofía quien se pusiera en contacto con él. Pero nunca lo hizo. Y él tampoco llamó. Aunque se moría de ganas por saber cómo se encontraba ella.

—Sí —respondió Sylvain cuando el silencio se le hizo demasiado pesado.

—A pesar de todo —dijo Marie más seria de lo normal—, sabía que lo conseguirías.

Sonrió entristecido. “Ojalá no lo hubiera conseguido y siguiera estando en contacto con ella”, pensó.

—Gracias.

Marie siguió mirándolo sin apartar la vista, y eso solo puso más nervioso a Sylvain. Apartó los ojos una décima de segundo y decidió soltar por la boca lo que le estaba carcomiendo por dentro. Aunque aquello significara romper otra maldita regla de la ética profesional.

—¿Has hablado con ella?

—Sí.

No hizo falta que Sylvain dijera su nombre, porque Marie sabía perfectamente que se refería a Sofía. A pesar de que Marie no fuera psicóloga, había aprendido técnicas de la mente humana gracias a su familia. Y cuando Marie le respondía con monosílabos, lo único que hacía era poner más nervioso a Sylvain. Apretó la mandíbula antes de formular la siguiente pregunta, ansioso por saber más.

—¿Cómo está?

A Sylvain le pareció ver cómo Marie retenía una sonrisa.

—¿Por qué no la llamas y se lo preguntas tú mismo?

Cerró los ojos y suspiró.

—Marie...

—¿Qué?

Había sido un error preguntar aquello. ¿En qué momento había bajado la guardia? No podía dejarse llevar por sus sentimientos. No podía comportarse como un gilipollas. Él era un profesional. Y tenía que cumplir las normas. Abrió los ojos y dijo lo que tuvo que decir.

—Olvida lo que he dicho. Ha sido una pregunta estúpida.

—Sylvain.

—Marie. —Le sostuvo la mirada—. Las sesiones con Sofía se han acabado. Mi trabajo como psicólogo ha terminado.

—¿Y como amigo?

Aquello no se lo esperaba. Su estómago giró en su interior e intentó controlar la congoja que se le marcó en el rostro.

—Los psicólogos no hacemos amigos, Marie.

—Y una mierda.

Parpadeó sorprendido por la expresión tan española que su hermana acababa de utilizar.

—Sofía es diferente —continuó Marie con el ceño fruncido—. Lo sabes. Es más que una paciente.

¿Lo era? ¿O tan solo el afecto que Sylvain creía sentir por ella estaba provocado por la intensidad de las sesiones?

—Deberías llamarla —insistió Marie—. Está confusa. Y perdida.

Descubrir que Sofía lo estaba pasando mal le provocó una ira que no conocía. Normalmente, cuando terminaba las sesiones con otros pacientes, estos se ponían en contacto con él unas semanas más tarde para contarle que se encontraban mejor, que estaban muy agradecidos por toda la ayuda que les había dado... y cosas así. Sylvain respondía a sus llamadas en automático,

porque ya había apartado esas antiguas sesiones y se centraba en nuevos pacientes. Pero con Sofia no podía. No era capaz de alejarla de su mente. Una parte que no entendía deseaba que ella lo llamara, aunque fuera solo para escuchar su voz.

—Sylvain —espetó su hermana con el ceño fruncido—, Sofia se ha portado muy bien con nosotros. No es una paciente más. Es tu amiga —dijo la palabra amiga haciendo hincapié en todas y cada una de las letras—. Dejó todo para ir a París con nosotros en cuanto se enteró que nuestro padre había fallecido.

Sylvain le sostuvo la mirada y los recuerdos del cementerio aparecieron demasiado nítidos.

Marie sujetó el paraguas de Sofia y ella avanzó hacia Sylvain, acortando las distancias.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Sylvain.

Y lejos de contestarle, Sofia se lanzó a sus brazos, rodeándole el cuerpo y apoyando la cabeza sobre su pecho.

—Quería estar aquí. Contigo. Con Marie —susurró tan bajito que solo él pudo oírlo.

Con él. Había dicho con él. Tenía que llamarla. Hablar con ella. No como su psicólogo, sino como su amigo. Ella lo estaba pasando mal, y él también, aunque no entendía por qué. Aunque se muriera de miedo por no controlar la situación. Por saltarse una vez más las normas y no saber qué tipo de consecuencias acarrearía. Suspiró y tomó una decisión.

—Está bien.

Sofía

Había pasado una semana desde que había recuperado sus recuerdos y, durante todo ese tiempo, Sofía había estado en casa de sus padres. Se había pedido días libres en la tienda porque no se veía con fuerzas de seguir con su rutina normal. Necesitaba tiempo para pensar y reflexionar sobre todo lo que había pasado.

Adrián había intentado ponerse en contacto a diario. Decía que necesitaba hablar con ella, aclarar las cosas. ¿Qué había que aclarar? A Sofía le había quedado bastante claro lo que pasaba: Adrián la había estado engañando con otra mujer durante meses. Incluso después del accidente. Recordó la vez que los amigos de Adrián llegaron a casa con la excusa de hacerles una especie de despedida de solteros, y vino ella. Elena. Como si nada. Como si no llevara meses acostándose con su futuro marido delante de sus narices.

Sofía miró de nuevo al exterior. Estaba en la habitación que había sido suya desde que era una niña. Sus padres no habían cambiado la decoración y todavía parecía la habitación de una adolescente. Pero no le importaba. Ahora se sentía bien allí. Segura, protegida.

El teléfono volvió a sonar sobre el banco de la ventana, junto a ella. Sofía chasqueó la lengua al ver la enésima llamada de Adrián y dejó pasar la llamada. Ojalá hubiera sido otro nombre el que apareciese en la pantalla. Ojalá hubiera sido él. Llevaba una semana sin ver a Sylvain y lo echaba de menos. Más de lo que hubiera imaginado.

Durante todos estos días en casa de sus padres había tenido mucho tiempo de pensar, sobre todo en él. Sylvain tenía razón. Siempre la tuvo. Una parte de ella sabía lo que había ocurrido aquella noche, pero tenía miedo de hacerle frente. De plantarle cara a una infidelidad. Tenía miedo de recordar por qué su castillo de naipes se había venido abajo cuando para ella era lo único que tenía en la vida. Pero Sylvain la había ayudado a recuperar sus recuerdos. O más bien, la había ayudado a no tener miedo. A enfrentarse a sus problemas, a la vida. A enfrentarse a sus inseguridades y fracasos.

La puerta de su habitación se abrió y apareció su padre con una sonrisa apagada.

—¿Cómo estás, cariño?

—Bien —dijo ella tranquila.

Su padre cerró la puerta y se acercó a ella. Se sentó en el otro extremo del banco, junto a su hija.

—¿Te apetece salir a dar un paseo?

—No, papá. Muchas gracias.

León acarició las piernas de su hija, que estaban encogidas contra su pecho, rodeadas con su brazo.

—¿Estás segura de tu decisión, hija?

Sofía miró a su padre y se vio reflejada en esos ojos que compartía con él.

—Sí. No voy a casarme con Adrián.

Lo había decidido al día siguiente de recuperar sus recuerdos. Había anulado la boda. Al

principio sus padres le dijeron que lo meditara, que no tomara decisiones en caliente. Pero Sofia no sentía que se estaba precipitando. Había leído muchos libros en los que, cuando la protagonista descubría la infidelidad de su pareja, se descontrolaba, sentía rabia y decepción. Y pensó que ella sentiría eso. Rabia y dolor. Pero nada más lejos de la realidad. Sofia se sentía... libre. Quizá hace cuatro meses, cuando tuvo el accidente después de descubrir el engaño de Adrián por primera vez, sí se hubiera sentido así. Pero de alguna manera, las sesiones con Sylvain le habían enseñado a encontrarse a sí misma y a tener claro qué era lo que quería y lo que no. Y por mucho que llevase tanto tiempo con Adrián se había dado cuenta de que ella no quería una relación como aquella. Ya no.

—Adrián nos ha llamado —dijo su padre, y a Sofia no le sorprendió que lo hiciera—. Le hemos comentado tu decisión y dice que no anulará nada hasta que hable contigo.

—Que haga lo que quiera. Él verá.

León asintió con la cabeza.

—¿Cómo te encuentras? ¿Qué sientes, Sofia?

Sofia miró a su padre de nuevo. Se sentía libre. Se sentía bien con ella misma. Dejar a Adrián era una de las primeras decisiones que tomaba por su cuenta y eso le hacía sentir bien. Estar unos días en casa de sus padres le había venido bien, le había hecho reordenar sus pensamientos. Se había dado cuenta de que durante toda su vida había estado haciendo lo que otros querían, sin importar lo que ella quería. Y sí. Quería ser modista. No quería trabajar en una tienda de ropa como dependienta. Quería diseñar vestidos para grandes firmas, quería crear moda. Y aunque sentía que había estado perdiendo el tiempo, todavía no era tarde. También se había dado cuenta de que se había encontrado a ella misma gracias a Sylvain. Si nunca hubiera aceptado seguir sus sesiones, no hubiera despertado así. Y quería decírselo. Quería verlo y darle las gracias. Pero le daba miedo. No quería descubrir que para Sylvain solo había sido una paciente más.

—Lo echo de menos —dijo Sofia en un susurró.

—Es normal que echéis de menos a Adrián, llevabais muchos años juntos.

—No hablaba de Adrián —respondió mirando a su padre y sincerándose por primera vez con él—. Hablaba de Sylvain.

León apartó sus ojos y se apretó las manos sobre el regazo.

—Se te pasará —dijo sin mirarla—. A veces es normal echar de menos a nuestro psicólogo.

—No es solo mi psicólogo, papá —respondió con fuerza.

—Sofía. —León miró a su hija con una expresión inquebrantable—. Los psicólogos tenemos que crear vínculos con todos nuestros pacientes para poder llegar hasta ellos. Pero eso no significaba que haya algo más.

—Sylvain y yo somos amigos.

—Quizá para ti sí, pero para él no.

Aquello le sentó como un jarro de agua fría.

—No, papá, te equivocas —dijo Sofia con la voz temblando—. Puede que al principio sí. Que solo fuera su paciente. Pero hemos pasado muchas cosas juntos. Conocí a su familia, estuve con él... Estoy segura de que para él esto es amistad.

León suspiró y apretó los labios.

—Sylvain es un profesional —respondió León con la voz neutra—. Y tiene sus métodos con cada paciente. Seguramente contigo sabía que si “os hacíais amigos” sería más fácil ganarse tu confianza.

No era verdad. No había sido tan frío, ¿no? Sylvain se lo había dicho. Con ella había hecho cosas que no hacía con otros pacientes. A ningún otro le había llevado a conocer a su padre

moribundo. Ni siquiera le habría llevado a la montaña para que recuperara sus recuerdos. Y no las besaba. Tres veces. ¿Verdad?

—¿Has vuelto a hablar con él? —preguntó León, y Sofía sintió cómo el corazón se le encogía.

—No.

—Pues ahí lo tienes —justificó su padre—. Después de que finalicen las sesiones, los psicólogos no deben tener contacto con sus pacientes a menos que estos lo hagan. ¿Lo entiendes ahora, Sofía?

Los ojos le empezaron a escocer. ¿Por eso Sylvain no la había llamado? ¿Porque era solo una paciente más? Su padre miró el reloj de su muñeca y se levantó.

—Tengo que irme a la consulta, ¿estarás bien, cariño?

—Sí —dijo forzando una sonrisa que permaneció en su cara hasta que su padre cerró la puerta y la dejó sola en su habitación.

No. No podía haber sido todo tan frío. Estaba de acuerdo con su padre en que Sylvain era un profesional, pero no lo consideraba una persona que aparentase ser algo delante de ella que no era. Y sentía que, igual que ella se había abierto a él, Sylvain lo había hecho con ella. Desde el primer momento había sido sincero con ella. Cuando hablaron sobre la soledad, sobre el amor. Nunca la había engañado. Incluso cuando le dijo que sabía, desde el primer momento en que la vio, lo que había olvidado aquella noche en el accidente.

Sofía parpadeó. Un momento. ¡Es verdad! ¿Cómo no había caído antes? Se levantó de un salto y corrió hacia su bolso, buscando su cartera. ¡Era idiota! ¿Cómo había podido olvidar algo tan importante como aquello? Buscó la cartera en su bolso con las manos temblorosas y la abrió, encontrando lo que llevaba allí desde la segunda sesión con Sylvain. El sobre. Durante todo este tiempo lo había llevado siempre con ella, pero nunca se había atrevido a abrirlo por miedo a encontrarse con sus recuerdos. Sylvain le había dicho que sabía lo que había olvidado. Lo sabía desde el principio. Y ahora podía comprobarlo.

Antes de abrir el sobre, su teléfono volvió a sonar. Pero no era una llamada, era un mensaje. Sofía chasqueó la lengua y se acercó hasta la repisa, donde descansaba su móvil. El corazón le dio un vuelco cuando vio que el mensaje no era de Adrián, sino de Sylvain.

“Hola, Sofía, ¿cómo estás?”

El pulso se le aceleró y la sangre le subió hasta la cabeza, provocándole un ligero mareo. Sylvain le había escrito. ¡Le había escrito! Sofía sonrió. Era un mensaje tan típico de Sylvain... Suspiró risueña. Su padre acababa de decir que los terapeutas se desentendían de sus pacientes una vez finalizaran las sesiones, y Sylvain le había escrito. ¿Significaba aquello que...?

Los recuerdos de todos los momentos vividos con Sylvain se le aparecieron en su cabeza como un flashback. No era solo su paciente. Eran algo más. ¿Pero el qué?

Sonrió de nuevo, dispuesta a abrir el sobre y a descubrir qué era lo que había escrito y lo que sentía por Sylvain.

Ya no tenía miedo.

Sylvain

—No me mires así —dijo Sylvain observando a Karma desde el sofá. La gata negra estaba en el umbral de la puerta, muy quieta, clavándole sus ojos felinos en él.

Sofía había dicho una vez que los gatos eran como el karma, devolvían aquello que recibían. Y por el tiempo que llevaba la gata sin mostrar muestras de cariño hacia Sylvain, este debía haber pasado de ella olímpicamente.

Sylvain suspiró y echó la cabeza hacia atrás, apoyando la nuca en el respaldo de su sofá. Tenía los brazos estirados en forma de cruz con el único objetivo de relajarse. Pero no podía. Desde que había escrito el mensaje a Sofía no paraba de mirar el teléfono. Jamás había estado tan obsesionado con las nuevas tecnologías. Incluso había reiniciado su terminal un par de veces por si la señal no era suficientemente buena. Pero nada. Sofía no daba señales de vida. ¿Había metido la pata? El puto código ético de la psicología volvió a aparecer en su cabeza como una punta incandescente. ¡Tampoco estaba haciendo nada malo! Tan solo preocuparse por una de sus pacientes. “Expaciente”, se recordó a sí mismo. Si es que aquella palabra existía...

El timbre de la puerta sonó, sacándolo de sus pensamientos. Sylvain se tensó y miró hacia la entrada de su apartamento.

No esperaba a nadie aquella noche. Su hermana había vuelto a París esa misma tarde y le había escrito hacía apenas una hora anunciándole que había llegado bien. Como siempre hacía.

El timbre sonó de nuevo y Sylvain se levantó. Caminó descalzo hasta la entrada pasando al lado de Karma, que no se inmutó.

Y cuando abrió la puerta de su apartamento se quedó sin palabras.

Sylvain

Ella estaba allí. Al otro lado de la puerta, respirando entrecortadamente, como si hubiera subido los cinco pisos que había hasta su apartamento por las escaleras. Tenía las mejillas sonrojadas y el pelo recogido en una coleta, aunque algunos mechones caían a ambos lados de su cara. Incluso así, alterada y sofocada, Sofía parecía un ángel a los ojos de Sylvain.

—Lo sabías... —dijo ella entre sorprendida y jocosa.

Sylvain parpadeó, aún con el pomo de la puerta en una de sus manos.

—Sofía...

Ella avanzó hacia él y en apenas dos pasos entró en el apartamento y se lanzó a sus brazos. Al principio Sylvain no se lo esperaba, y cuando sintió a Sofía apretarse contra su pecho sintió que le faltaba el aire. ¿Había ido hasta su casa para abrazarlo?

Reaccionó a tiempo para cerrar la puerta y estrecharla entre sus brazos también. De alguna manera no quería que nadie los viera en ese momento tan... íntimo. Tan suyo.

Sylvain hundió la cabeza en el pelo de ella y aspiró su olor. Joder. La había echado de menos. Más de lo que podía admitir. Más de lo que jamás hubiera pensado que lo haría. Sofía temblaba en sus brazos y sintió cómo tenía el corazón desbocado. ¿O se trataba del suyo?

—Siempre lo supiste... —murmuró Sofía contra su pecho, sin apartar las manos de su espalda.

—¿El qué? —preguntó Sylvain nervioso, sin entender.

Sofía se separó de él lo justo para mirarlo desde abajo. Aquellos ojos saltones que se le aparecían en sueños todas las noches lo miraban sin parpadear. Joder. ¿Cómo es posible que una persona pueda encontrar la paz en la mirada de otra? Sonrió como un imbécil y se alegró al ver lo que los ojos de Sofía reflejaban. Porque lejos de estar hinchados, tristes o apagados, los ojos de Sofía estaban... vivos. Más vivos que nunca.

—Mis recuerdos —dijo Sofía mientras le enseñaba lo que llevaba en una mano. Un papel. Una cartilla que había estado doblada en un sobre y que él conocía tan bien.

Era el papel que Sylvain le había dado en el momento en el que ella quiso abandonar las sesiones. La segunda vez que se vieron. Y recordaba perfectamente lo que había puesto en él, sin necesidad de leerlo otra vez.

Descubriste la infidelidad de Adrián la noche del accidente.

—¿Por qué no me lo dijiste? —dijo Sofía soltándose de él, haciendo que Sylvain sintiera un vacío en su interior ante la pérdida del contacto con Sofía.

La miró, intentando descubrir a dónde llegaría esta conversación. Pero Sylvain no supo descifrar si Sofía estaba enfadada, dolida o decepcionada. Sylvain se pasó una mano por el pelo, nervioso.

—Tenías que descubrirlo por ti misma.

Sofía resopló, llevándose las manos a la cabeza. Aún mantenía el papel en la mano, como si no

quisiera soltarlo, como si siempre hubiera estado entre sus dedos.

—Si lo hubiera sabido...

Sylvain frunció el ceño. Dio un paso hacia ella.

—Sofía...

—No lo entiendes.

—¿El qué no entiendo?

—¡Nada!

Sylvain se quedó quieto. Quería darle su espacio. Quería que ella se volviera a abrir a él. Como había hecho durante las últimas semanas. Aunque en el fondo se muriera por volver a abrazarla, por tenerla entre sus brazos, por tocarla, por besarla... No. ¿Qué cojones estaba pensando? Tenía que concentrarse.

—Entonces explícamelo —pidió Sylvain tirando de su autocontrol.

Sofía volvió a mirarlo a los ojos. Y su particular reto volvió a aparecer entre ellos. Pero ella ya no fruncía el ceño y él ya no estaba psicoanalizándola todo el tiempo. Solo estaban los dos. Ni más. Ni menos. Solo eran Sofía y Sylvain.

—Sofía.

—Si lo hubiera sabido... —repitió ella, respirando entrecortadamente—. Si hubiera abierto el sobre desde el primer momento...

Sylvain se quedó callado, esperando que Sofía siguiera hablando. Que continuara. Pero cuando no lo hizo se impacientó.

—Si lo hubieras sabido, ¿qué?

Sofía lo miró arrugando el ceño. Esta vez sí. Parecía estar librando una batalla en su interior. Parecía que quería decir demasiado, pero no encontraba las palabras adecuadas.

—Las cosas habrían sido de otra manera —masculló entre dientes, no muy convencida de sus palabras.

—¿Qué cosas? —preguntó Sylvain dando un paso más hacia ella y acortando las distancias.

El pecho de Sofía subía y bajaba rápidamente, y Sylvain se dio cuenta de que no llevaba abrigo, tan solo una chaqueta fina sobre una blusa que dejaba ver parte de su cuerpo. ¿Acaso había ido hasta su casa sin pensarlo?

—Sofía... —susurró Sylvain sin poder aguantarlo más, acariciando sus brazos.

Ella pareció reaccionar ante el contacto y apoyó las manos sobre su pecho, empujándolo rápidamente contra la pared.

—¿Quieres saber qué cosas habrían sido de otra manera? —preguntó ella demasiado cerca de él, aún con las manos en su pecho, reteniéndolo contra la pared.

Sylvain podía sentir su cuerpo, agitado y acelerado contra el suyo. Podía sentir la respiración entrecortada de Sofía, demasiado cerca de su boca. Podía sentir su libertad, sus pensamientos. Sofía había dejado salir a una versión de ella misma que llevaba encerrada mucho tiempo. Y eso le gustó y acojonó a partes iguales. Más de lo que pensaba.

—Sí —dijo mirándola fijamente, sin moverse. No pensaba irse a ningún lado. No pensaba separarse de Sofía durante todo el tiempo que ella quisiera estar cerca de él.

Los ojos de Sofía se oscurecieron y antes de que se diera cuenta sus labios estaban sobre los suyos. Sylvain abrió mucho los ojos, sorprendido. Sofía lo apretaba contra la pared, mientras le metía la lengua buscando la suya. Y cuando Sylvain probó su sabor de nuevo, algo en su pecho se desinfló. Toda la ansiedad, toda la presión y el desasosiego que llevaba sintiendo desde que se habían separado hacía una semana, desapareció. Con un beso. Con un simple beso. ¿Qué cojones le estaba pasando?

—Sofía... —susurró contra su boca, pero ella no se apartó. Estaba claro que Sofía no quería hablar, no quería parar. Las manos de ella se metieron bajo su camiseta y se estremeció al sentir el contacto. La polla le dio un latigazo en sus pantalones, deseando salir de la opresión. Deseando meterse dentro de ella.

—Espera... —suplicó Sylvain antes de perder el control, sujetándole la cara con ambas manos —. No podemos hacer esto, Sofía...

—¿Por ese maldito código ético vuestro?

Sylvain cerró los ojos, sorprendido por la brusquedad de sus palabras.

—Soy tu psicólogo.

—No —respondió ella, acercándose más a él—. Ya no.

—Sofía...

—Ya no eres mi psicólogo. Ya no soy tu paciente. Solo soy yo. Sofía.

Joder. Lo que acababa de decir era una verdad como un templo. Abrió los ojos y volvió a encontrarse con los de ella. Llenos de fuego, pasión. Llenos de vida. Parecía más segura que nunca y se dio cuenta de que ahora el que respiraba con dificultad era él.

Merde. ¿Qué podía hacer? La deseaba. Por supuesto que la deseaba. Llevaba deseándola desde el primer día que la conoció. Desde que sintió que Sofía era diferente. Joder. ¿Tan malo era sentir eso?

—Si cruzamos la línea no podremos volver atrás... —susurró Sylvain apoyando su frente contra la de ella, suplicando que fuera Sofía la que dijera que no. Que fuera ella la que parara y no permitiese que pasara lo que los dos estaban deseando que pasara.

—No quiero volver atrás, Sylvain.

Y no le hizo falta nada más para acortar la distancia que le separaba de su boca y besarla como si no hubiera un mañana.

Sofía

¿Qué estaba haciendo? Había sido ella quien había salido de casa de sus padres apresurada, sin apenas coger un abrigo. Solo las llaves del coche y nada más. Tenía que verle. Sofía sentía que tenía que pedirle explicaciones por lo que había escrito en el sobre. ¿Explicaciones? Sylvain no le había mentado, desde el primer momento le había dicho que sabía lo que había recordado, lo que su cabeza se negaba a recordar. Nunca le había engañado.

Y por eso fue a su casa. A verle. A estar con él. Porque desde que le había enviado el mensaje y había abierto el sobre, Sofía sentía que necesitaba estar con él. Era lo que quería hacer. Y la nueva Sofía no iba a dejar de hacer cosas por el simple hecho de que estuvieran mal. Porque sí. Estaba mal que hubiera ido a ver a Sylvain hasta su casa. Estaba mal que lo hubiera arrinconado contra la pared para lanzarse a su boca. Ansiosa por volver a besarlo, porque él la tocara y le hiciera sentir. Porque Sylvain le hacía sentir. Y la hacía sentir viva.

Cuando Sylvain le devolvió el beso no podía creérselo. Y mucho menos cuando él la empotró contra la pared. Las tornas habían cambiado y ahora era Sylvain el que la tenía aprisionada, mientras la besaba con ansiedad y devoción. Ahora era Sylvain el que había cogido las riendas de la situación y Sofía la que se dejaba hacer.

Sylvain la besó como si no hubiera un mañana. Recorría su lengua con ansiedad y fervor, haciendo que el cuerpo de Sofía se estremeciera sin control. Cuando metió la mano bajo su blusa, y acarició su abdomen, no pudo evitar soltar un gemido.

—Joder... —susurró Sylvain—. ¿Estás segura de esto?

Sofía asintió con los ojos clavados en él. Sylvain subió la mano hasta su pecho y pellizcó su pezón con delicadeza, haciendo que ella soltara un gemido entre sus labios que él atrapó con los suyos.

—Si empiezo...—dijo él mientras le sacaba la blusa por encima de la cabeza, llevando consigo también la chaqueta—. No voy a poder parar...

—No quiero que pares —pidió Sofía deshaciéndose de la camiseta de él y apretándole contra su cuerpo.

—Sofía...

—Te necesito, Sylvain —dijo ella, llevada por una pasión desconocida en ella. Jamás se había sentido así. Tan libre, tan excitada. Tan ella. Sus encuentros sexuales se limitaban a unos minutos de empellones, pero con Sylvain... Necesitaba más. Necesitaba soltar todo el fuego que tenía dentro de ella.

Con agilidad en sus manos le quitó el pantalón y, agarrándolo de las caderas, lo apretó contra ella, sintiendo la erección de Sylvain contra su vientre.

—Joder... —gruñó él mientras se separaba y le desabrochaba los pantalones hasta dejarlos caer al suelo. Después, con un rápido movimiento, la cogió de las caderas e hizo que lo rodeara con las piernas, dejando el cuerpo de Sofía entre la pared y su erección.

—Sylvain... —susurró ella cuando él dejó de besarla y llevó su boca hasta uno de sus pezones,

liberados de su sujetador.

—Sabía que serían así... —gimió él, mientras trazaba círculos alrededor de la aureola con la lengua.

—¿Qué? —preguntó Sofia sintiendo cómo su vientre se contraía con cada lengüetazo de Sylvain.

—Rosados y pequeños...

Sylvain succionó y Sofia creyó morir de placer. Recordó la sesión en la que hablaron de sexo. En la que él le preguntó cuándo fue la última vez en la que Adrián le había pellizcado los pezones hasta enrojecerlos y ella mintió para no decir que jamás la habían tocado así. Como él lo estaba haciendo.

Sylvain deslizó una mano por debajo de sus bragas y comenzó a tocarla, sin dejar de succionar su pezón.

—Joder, Sofia... —dijo trazando círculos en su clítoris—. Estás empapada...

Lo estaba. Y se asustó por estar así, porque nunca antes se había sentido tan mojada como con él. Un dedo de Sylvain se posicionó en la entrada de su sexo y empezó a meterse dentro de ella. Sofia ahogó un grito ante la sensación de estrechez que sintió ahí abajo.

—¿Te hago daño? —preguntó Sylvain levantando la cabeza y mirándola a los ojos.

—No... Es solo que... —susurró, sintiendo cómo el dedo de Sylvain entraba poco a poco en ella, excitándola más—. Es solo que... hace demasiado tiempo que...

—No te haré daño.

Y Sylvain volvió a besarla con ansiedad, apretando sus caderas contra ella e introduciendo el dedo hasta el fondo. Comenzó a moverlo en movimientos circulares y Sofia se agarró a sus hombros, temiendo perder el conocimiento ante tanto placer. Pronto comenzó a notar el cosquilleo en la parte baja del vientre y movió las caderas al ritmo de la mano de Sylvain, de forma instintiva, buscando el clímax.

—Todavía no, pequeña... —susurró Sylvain sacando el dedo de su interior—. Quiero que te corras conmigo dentro...

La separó de la pared y cargó con ella hasta la habitación. Sylvain depositó a Sofia suavemente en la cama y le quitó la última prenda de ropa interior que le quedaba. Él mismo se quitó los calzoncillos y cogió un preservativo de la mesilla. Después de colocárselo, se posicionó entre las piernas de Sofia y se acercó a ella.

—Si te duele...

—Hazlo ya, por favor —suplicó ella, agarrándose a su cuello—. Hazme el amor ya, Sylvain...

Sylvain gruñó y, con una delicadeza que sorprendió a Sofia, se introdujo dentro de ella. Poco a poco. Midiendo la reacción de ella, controlando la fuerza y las ganas con las que él se quería meter en su interior. Sofia ahogó un grito cuando notó cómo la polla de Sylvain la inundaba por completo, y volvió a sentir el cosquilleo en su vientre.

—Joder, Sofia...

—Muévete...

Y lo hizo. Sylvain empezó a moverse dentro de ella. Al principio despacio, y después comenzó a introducirse en ella de manera más rítmica, haciendo que la fricción entre sus cuerpos los terminara de calentar.

—No aguantaré mucho... —masculló Sylvain apretando los dientes.

—Sylvain...

Pero no pudo seguir hablando. Sofia no pudo decirle que ella tampoco aguantaría mucho porque el orgasmo le sobrevino mientras él la penetraba con fuerza una y otra vez. Sofia gritó su nombre

mientras alcanzaba el clímax y Sylvain se dejó ir dentro de ella a la vez.

Sylvain

No había pegado ojo en toda la noche. No solo porque hubiera estado horas haciendo el amor con Sofia, sino porque su cabeza no dejaba de pensar en todo lo que había pasado. Cuando ella entró en su apartamento sintió una sensación de alivio que no entendió. Y cuando Sofia se abalanzó sobre él, nunca pensó que acabaría acostándose con ella. No una, ni dos veces. Hicieron el amor hasta en tres ocasiones, cada una de ellas más intensa que la anterior.

Recordaba a la perfección su cuerpo, la manera en la que se estremecía con sus caricias, el color de sus mejillas y de sus pezones al hacerla llegar al orgasmo. “*Merde, Sylvain*”, se reprimió a sí mismo. ¿Qué cojones le estaba pasando? Tan solo era un polvo, con una mujer más. Ni más ni menos. ¿Entonces por qué no era capaz de quitarse de la cabeza la manera en la que Sofia gritaba su nombre mientras él la embestía?

Giró la cabeza y la contempló en silencio. Sofia dormía plácidamente, de lado, dándole la espalda. Su cabello rubio caía sobre su espalda desnuda, tan solo cubierta por una pequeña parte de la sábana.

Suspiró. Alargó la mano y comenzó a acariciar el hombro de Sofia. Su piel era demasiado suave para él, demasiado delicada. Se estremeció al sentirla bajo sus dedos y algo se encogió en su pecho. ¿Qué coño le pasaba? ¿Por qué sentía ese estremecimiento al estar con ella? El miedo y el agobio se apoderaron de él. Jamás, en toda su vida, había tenido la necesidad de quedarse un rato más con una mujer después de follar con ella. Siempre estaba deseando acabar para volver a su apartamento. Pero con Sofia era diferente. Quería más. No le bastaba con besarla, con desnudarla y estar dentro de ella, haciéndole el amor una y otra vez hasta que su polla acababa irritada y enrojecida. Espera un momento. ¿Había dicho hacer el amor en vez de follar?

Se levantó bruscamente, intentando no despertarla. Necesitaba una ducha. Sí. Una ducha le despejaría las ideas y le bajaría los humos. Lo único que le pasaba era que llevaba demasiado tiempo sin estar con una mujer, por eso sentía que se había encariñado con Sofia. Nada más. ¿Verdad?

Se dirigió al baño, cerró la puerta y se metió a la ducha. Había dormido desnudo, como ella, por eso no tuvo que desnudarse. Abrió el agua y la puso lo más caliente que su piel podía soportar. El agua caliente se llevaría las caricias y el olor de Sofia, que se había metido bajo su piel sin control. Dejó que el chorro cayera sobre su cabeza durante unos minutos y, después, apoyó la frente contra la pared, mientras colocaba las manos a ambos lados de la cabeza. ¿Qué le pasaba? Parecía haber perdido el control sobre sí mismo. Ese control que tantos años le costó conseguir. Y ahora estaba así. Nervioso, sin entender qué narices estaba sintiendo. Sin entender por qué cojones no se podía quitar esos ojos azules de su cabeza. Era psicólogo. ¿No se supone que tendría que saber qué era lo que le pasaba?

La puerta del baño se abrió y Sylvain pudo ver a Sofia a través del vaho que se había formado alrededor. Sofia se acercó hasta la ducha, con los labios apretados y los ojos fijos en él. Sylvain limpió con la mano la humedad que había en la cristalera para verla mejor. Se había puesto la

camiseta blanca que él llevaba aquella noche y, cuando vio que no llevaba nada más puesto, su polla lo traicionó poniéndose dura como una piedra. Joder.

—Pensé que te habías ido —dijo ella con la voz queda.

—Solo me estaba duchando.

Sylvain abrió la mampara y la humedad se extendió por toda la estancia. Sofia se sonrojó, haciendo esfuerzos por no bajar la vista y clavarla en la prominente erección de Sylvain. Respiraba entrecortadamente y parecía preocupada. ¿Estaría sintiendo lo mismo que sentía él?

—Sofia...

—¿Te arrepientes? —soltó frunciendo el ceño, clavándole sus azulados ojos en él.

No. Por supuesto que no se arrepentía. Debería hacerlo, debería arrepentirse. Se había saltado varias normas del código ético de su carrera. Y todas ellas en apenas una sola noche. Pero maldita sea, no se arrepentía. Quería más. Mucho más. Pero...

—Sofia...

—Yo no me arrepiento, Sylvain. Lo que pasó ayer lo hice porque...

Pero no la dejó acabar. No quiso oír más. ¿Tenía miedo de lo que venía a continuación? ¿De lo que pudiera confesar? Antes de que Sofia acabara la frase, la agarró de la muñeca y tiró de ella hasta colocarla contra la pared de la ducha, frente a él.

—No me arrepiento de nada, Sofia.

Ella abrió los ojos y, cuando sus labios se curvaron para replicar, él la besó. O, mejor dicho: invadió su boca.

Colocó sus manos alrededor de su rostro y la empotró contra los azulejos, accionando el agua sin querer. Los dos comenzaron a empaparse y la camiseta de Sofia se ajustó a su cuerpo como un guante, dejando al descubierto los pezones rosados, duros, que se apretaron contra el pecho de Sylvain, excitándolo aún más.

Sylvain la retuvo, apretándola con su cadera, clavándole su erección en el estómago. Sofia le devolvió el beso con ganas y lo apretó contra ella, clavándole las uñas en la espalda. Atrás quedaba la Sofia temblorosa que temblaba en sus brazos anoche, cuando le hizo el amor por primera vez. Ahora confiaba en ella misma, se dejaba llevar por el placer y las caricias de Sylvain. Y eso, a pesar de que le agobiara, le volvía loco.

Sofía

—Gracias por venir, que pase un buen día —exclamó Sofía con una sonrisa en la boca cuando su último cliente salió por la puerta.

No podía dejar de sonreír. Desde lo ocurrido con Sylvain aquella noche no era capaz de dejar de sonreír. Cada vez que se acordaba de la manera en que Sylvain la besaba, en la que recorría su cuerpo con sus manos y hacía que se estremeciera bajo sus embestidas, sentía un nudo en el estómago. ¿Qué le estaba pasando? Se sentía como una adolescente que se queda colgada del primer chico que la trata bien. Solo que Sofía no era una adolescente y Sylvain no era su primer amor. ¿Había dicho amor? Enseguida notó cómo sus mejillas entraban en calor y tuvo que buscar algo con lo que distraerse. Colocar la ropa de la tienda no parecía mala idea, así que corrió hacia la isla de ropa más cercana.

No había doblado ni tres camisetas cuando Sylvain volvió a aparecer en su cabeza. Sonrió. Jamás pensó que Sylvain sería tan atento y cariñoso con ella. Cuando lo conoció, le pareció el típico chico malo del que tu madre te aconseja alejarte. Tan serio, tan controlador, tan... Sylvain. Pero nada más lejos de la realidad. Cuando anoche se atrevió a pedirle explicaciones por el sobre, lo que menos esperaba era que Sylvain fuera tan atento en el sexo con ella. Vale que no había tenido tantas experiencias sexuales en su vida, pero sus encuentros sexuales se limitaban a unos cuantos besos, unos cuantos jadeos y un par de empujones. O, por lo menos, así lo era con Adrián. Con Sylvain había sido demasiado diferente. Se preocupó desde el principio porque estuviera cómoda, porque disfrutara... y sus caricias... Tuvo que taparse la cara con las manos antes de seguir dejando libertad a sus pensamientos. Maldita sea. ¿Qué estaba haciendo? ¡Podía entrar un cliente en cualquier momento!

Suspiró, se colocó un mechón rebelde detrás de la oreja y se dio la vuelta, sonriendo. Se quitó el fular que llevaba puesto, porque empezaba a notar demasiado calor. Sabía perfectamente lo que le pasaba. Sylvain le gustaba. Y mucho. Más allá de lo que había dicho su padre. No se trataba solo de un amor de paciente hacia su terapeuta. Se trataba de algo más. Sofía sentía que entre ellos había un vínculo que nunca había sentido por nadie. Y eso le daba miedo, pero también le daba vida.

—¿Sofía?

El corazón se le detuvo al oír esa voz. Y ojalá hubiera sido otra persona quien hubiera dicho su nombre. Quien hubiera entrado en la tienda para hablar y estar con ella. Cerró los ojos y se dio la vuelta, dispuesta a enfrentarse a su destino.

—Adrián.

Parecía otro. Adrián estaba hecho polvo. Habían pasado tan solo diez días y no parecía él. Estaba más delgado, los pómulos se le marcaban en la cara y tenía barba de unos cuantos días. Debajo de esos ojos que una vez la habían mirado solo a ella, había unas sombras oscuras que entristecían su rostro.

—Sofía... —dijo soltando todo el aire que estaba reteniendo en sus pulmones—. Tenemos que

hablar.

Ella frunció el ceño, molesta. Si no había respondido a sus llamadas, ¿acaso no se daba por enterado de que no quería hablar con él?

—Estoy trabajando.

—Solo serán unos minutos...

—No, Adrián. Vete. No tenemos nada de qué hablar.

Adrián dio un paso en su dirección y ella retrocedió.

—Tan solo estamos pasando una crisis...

—No —respondió brusca, mirando alrededor de la tienda. Si entraba un cliente...—. Hemos terminado, Adrián. ¿Cuándo vas a asumirlo?

—Íbamos a casarnos...

—Tú lo has dicho. Íbamos. En pasado. Ya no.

—Te quiero, Sofía.

Ella cerró los ojos, asimilando sus palabras. Sabía que decir esa frase en voz alta no era fácil para él. Adrián no era el típico hombre que confesara sus sentimientos cada dos por tres. Se lo guardaba para él. Sofía era capaz de contar con los dedos de una mano la cantidad de veces que se lo había oído decir.

—Adrián.

—Es la verdad. Te quiero, Sofía. Eres la mujer de mi vida. Por favor... —Se acercó a ella, acortando las distancias—. Vuelve conmigo, dame otra oportunidad.

¿Qué hubiera pasado si aquellas palabras las hubiera dicho cuando ella descubrió su infidelidad, la misma noche que tuvo el accidente? Quizá no hubiera salido corriendo y se hubiera quedado con él para arreglar las cosas. Quizá si se lo hubiera dicho no hubiera tenido el accidente que le arrebató sus recuerdos. Y entonces, quizá, ni siquiera hubiera conocido a Sylvain.

Sofía apartó la vista, girando por completo el cuello, y cerró los ojos.

—Ahora es diferente, Adrián.

—¿Qué tienes ahí?

Sofía lo miró y parpadeó, sin entender. Adrián se había acercado otro paso más, quedando demasiado cerca de ella. Cuando le apartó la coleta que ocultaba su cuello, lo entendió.

—Eh... —Se cubrió la marca con la mano, instintivamente.

—¿Eso de ahí es un muerdo?

La cara de Adrián había cambiado. Su expresión se había vuelto más dura, más seria. Sofía cerró los ojos, buscando paciencia. Se había visto la marca al llegar a su casa, cuando se había vuelto a duchar para prepararse e ir al trabajo. Y no era la única que tenía, lo que pasa es que las demás no se veían. ¿Qué esperaba? Había estado haciendo el amor toda la noche con Sylvain y algunas caricias se les habían ido de las manos. De hecho, podía asegurar cuándo apareció esa marca ahí y se estremeció al recordar cómo Sylvain le clavaba los dientes al correrse dentro de ella por tercera vez.

—Sofía... ¿Qué has hecho?

Ella volvió a la realidad y frunció el ceño, molesta. ¿Por qué la pregunta de Adrián sonaba a reproche?

—Nada que no hayas hecho tú antes —se defendió ella.

Adrián retrocedió, como si aquellas palabras le hubieran abofeteado de verdad.

—Vale... —dijo pasándose una mano por el pelo—. No pasa nada... Yo... Te perdono.

—No tienes nada que perdonarme. No somos nada, Adrián.

—Sé por qué lo has hecho.

Sofía puso los ojos en blanco y se giró. Necesitaba alejarse de él.

—Es normal —susurró Adrián, autoconvenciéndose—. Pero no pasa nada. Te perdono.

—Basta.

—Lo has hecho para darme celos. Para que entienda todo el daño que te he hecho. Pero no volverá a pasar. Ahora ya...

—Basta, Adrián. —Volvió a mirarlo—. No lo he hecho por eso. No lo he hecho para darte celos. Lo he hecho porque he querido.

—¿Porque has querido? —repitió riendo de manera nerviosa.

—Adrián.

—Te conozco, Sofía. Estás enfadada, dolida... es normal que buscaras a algún desconocido para devolverme la jugada.

—¿Qué?

Adrián se acercó a ella.

—Pero ya está. No pasa nada. Volveremos a ser felices, ya lo...

—No puedo creerme lo que estás diciendo. No me escuchas.

—Sofía.

—No ha sido un desliz. No ha sido una locura para darte celos. Lo he hecho porque he querido.

Adrián retrocedió, temblando.

—Cariño...

Sofía cerró los ojos y cogió aire. Había llegado el momento de ser sincera con él. Con ella misma.

—Me he enamorado de otro hombre, Adrián.

Al principio él no reaccionó, pero luego su rostro se tornó blanquecino. No se esperaba aquella respuesta. Dio otro paso hacia atrás y su cara se transformó en una mueca divertida. Después soltó una carcajada demasiado escandalosa.

—¿En serio? —dijo riendo—. Por un momento me lo he creído. —Volvió a reír, pasándose una mano por el pelo, nervioso—. Sofía...

—Adrián, estoy hablando en serio.

—Vamos, cariño. —Se acercó hacia ella—. ¿En serio? ¿De quién vas a enamorarte? Apenas tienes amigos, te pasas todo el día trabajando...

Aquello le dolió. Demasiado. Frunció el ceño y le sostuvo la mirada. El rostro de Adrián se tensó esta vez y, antes de que ella pronunciase las palabras, él lo leyó en sus ojos.

—Me he enamorado de Sylvain.

Sylvain

¿Debería llamarla? Había estado con ella esa misma mañana. ¿Qué coño le pasaba? Sylvain se quitó las gafas y apoyó la cabeza sobre sus manos. Necesitaba respirar. Desde que Sofia se había marchado aquel día, no había dejado de pensar en ella. Sus ojos, sus labios y su cuerpo se le aparecían una y otra vez, sin control. Y eso le agobiaba. Pensó que, una vez que resolvieran la tensión sexual que había entre ellos, se le pasaría. Pero no. Iba a más. Cada hora, cada minuto, cada segundo que pasaba. Aquello que le apretaba en el pecho iba creciendo cada vez más. Y lo peor de todo era que Sylvain no podía controlarlo. Él, que lo controlaba todo. Él, que sabía a la perfección qué es lo que hacía cada hora de su día. Él, que controlaba las emociones de otras personas, ahora era incapaz de controlar las suyas. *Merde.*

Se levantó y se giró hacia los ventanales de su despacho. Necesitaba despejarse, necesitaba olvidarse de ella. ¿Por qué? Aquella maldita pregunta le martilleaba la cabeza. ¿Qué demonios le pasaba y por qué se sentía así?

La puerta se abrió de golpe y él se giró con el corazón en un puño. Quizás Sofia también lo echaba de menos y había decidido venir a verle. Quizá...

Se le heló la sangre cuando él apareció en su despacho y cerró la puerta de un portazo.

—Adrián —dijo intentando parecer sereno, mientras giraba su cuerpo por completo y metía las manos en los bolsillos de su pantalón.

Adrián parecía desmejorado. Desde la última (y primera) vez que se habían visto cara a cara, estaba más delgado. Tenía unas ojeras horribles y se había dejado barba de unos días. Ni siquiera le contestó. Se limitó a mirar la estancia minuciosamente y con cara de pocos amigos.

—Vaya, vaya... —dijo haciendo una mueca, caminando hacia donde se encontraba él—. Así que este es el despacho del señor Sylvain Arnaud. Interesante.

Sylvain se tensó. No le gustó nada el tono en el que Adrián se estaba dirigiendo a él. Respiró, buscando la calma que tanto le caracterizaba.

—No te esperaba —dijo Sylvain intentando sonar lo más amable posible. Barajó todas las posibles opciones con la velocidad que su mente le permitió. Podía echarle o podía intentar hablar con él, ver cómo estaba. Era un psicólogo. Su deber era ayudar a las personas y Adrián parecía que no estaba bien del todo. Miró el reloj y supo que tendría tiempo hasta que llegara su próximo paciente—. Tengo un hueco ahora, podemos...

—No te molestes —contestó brusco—. No he venido aquí para que me trate un psicólogo.

Sylvain tragó saliva y aguantó su mirada, sin sacar las manos de sus bolsillos.

—Vale —respondió intentando averiguar sus intenciones.

Adrián lo miró con desprecio y sonrió, para después volver a observar a su alrededor.

—Tan solo quería ver dónde se folla a sus pacientes el psicólogo más importante de Madrid.

Merde. Sylvain cerró los ojos y los apretó con fuerza. ¿Sabría...? ¿Cómo...? ¿Se lo habría dicho Sofia?

—¿Te las tiras aquí? —preguntó Adrián señalando el diván que tenía en la pared opuesta—.

Ah, no. Ya sé. —Se acercó hasta el escritorio como un felino que se acerca a su presa—. Te las tiras aquí, en el escritorio. —Apartó algunos papeles de un manotazo, haciendo que algunas de las pertenencias de Sylvain cayeran al suelo—. Sí. Te pega más. Las encandilas con palabras bonitas para que ellas se lancen a tus brazos y tú te las follas aquí, sin remordimientos. A lo bestia.

—Adrián.

—¿Pensaste que no me daría cuenta? —preguntó al tiempo que apoyaba las manos en el escritorio y lo miraba fijamente.

Lo sabía. Sylvain no sabía cómo, pero lo sabía. Le aguantó la mirada, sin inmutarse. Era normal que Adrián reaccionara así. Era perfectamente normal. Sofía le había sido infiel y él estaba enfadado, porque no se lo esperaba.

Respiró, intentando encontrar la manera de manejar la situación.

—Adrián.

—¿Qué cojones le has metido en la cabeza?!

Aquel grito no se lo esperó. Y tampoco que Adrián lo agarrara de las solapas del chaleco gris y lo acercara a él, separados solo por la mesa del escritorio.

—¿Qué coño le has dicho para que no quiera casarse conmigo?!

—Cálmate —pidió Sylvain colocando las manos en sus brazos.

—¿Que me calme?! ¿Que me calme?! —Adrián lo apretó más, haciendo que Sylvain notara el cuello de su camisa estrangulando su garganta—. ¡¡Debería pegarte una paliza por follarte a mi prometida!!

—No me la he follado —escupió Sylvain dolido, por la forma en la que Adrián había dicho esas palabras.

Y entonces sucedió. Sin avisar, sin ni siquiera intuirlo. Adrián se puso rojo de ira y le soltó un puñetazo que se estampó con demasiada fuerza en su cara, haciendo que retrocediera hacia atrás y cesaran el agarre.

—¿Encima tienes los cojones de negarlo?! —espetó Adrián hecho una furia.

Sylvain lo miró desde su posición, recuperando la visión de su ojo izquierdo. Quería decirle que no, que no lo negaba. Qué se había acostado con Sofía, pero que para él no había sido solo “follarla”. Para él había sido hacerle el amor hasta que su cuerpo no pudo más. Quería decirle que se moría por volver a verla. Por volver a besarla. Solo eso. Un beso. Un simple beso lejos de la lujuria o el deseo. Quería decirle que... Pero se acojonó. El pecho le latía con fuerza y le costaba respirar. Y no era por la discusión que estaba teniendo con Adrián. Era por ella. Por los sentimientos que despertaba en él y que le aterrorizaban.

—¿Tiene marcas tuyas por todo su cuerpo! —gritó Adrián colérico, al otro lado del escritorio—. ¿Crees que no me iba a dar cuenta? ¿Crees que no las vería?

—Adrián...

—¿Qué cojones le has metido en la cabeza para que piense que se ha enamorado de ti?! —espetó Adrián dando un sonoro golpe en la mesa.

Sylvain parpadeó y se llevó la mano al labio, que le sangraba.

—Sofía no está enamorada de mí.

—Eso díselo a ella —gruñó Adrián—. Porque pensaba que lo había hecho para darme celos. —Comenzó a dar vueltas por el despacho, nervioso—. ¡Era normal! Ojo por ojo, ¿no? Yo le había sido infiel y ella me lo devolvía de la misma manera. —Se giró de nuevo hacia Sylvain, con los ojos vidriosos—. Pero, ¿sabes qué? Lo negó. Cuando se lo pregunté, lo negó. Y dijo que se había acostado contigo porque te quiere. Porque se ha enamorado de ti.

No. Joder. No podía ser. Sofía no había podido decir aquello. No, no y no. Estaba equivocada,

estaba confundida. Lo que sentía era amor de contratransferencia. Sí. Era eso. Sofia no podía sentir “eso” por él. Tan solo creía sentirlo por todo el tiempo que habían compartido juntos. Nada más. Los pacientes podían llegar a pensar que se enamoraban de sus psicólogos por el tiempo que pasaban juntos. Nada más. Aquello no podía estar pasándole a él. No podía. Era el mejor neuropsicólogo de Madrid precisamente por eso. Porque era capaz de mantener al margen sus emociones, sus sentimientos. Y con Sofia la había fastidiado. Había roto todas las reglas posibles.

Sylvain comenzó a sudar y sintió un escalofrío por todo su cuerpo. “*Sofia se ha enamorado de ti*”. El pecho le oprimía y podía sentir sus latidos llenando su cabeza. Adrián seguía hablando, gritando. Pero él no lo escuchaba. “*Sofia se ha enamorado de ti*”. ¿Era posible? ¿Quería que fuera posible?

La puerta de su despacho se abrió y León entró con cara de pocos amigos.

—¿Adrián? —preguntó confuso—. ¿Qué estás haciendo aquí? He oído gritos y... —Cuando León se fijó en Sylvain frunció el ceño—. Sylvain, ¿qué te ha...?

—¿Quieres saber lo que estoy haciendo aquí, León? —preguntó Adrián acercándose al padre de Sofia.

—Adrián —dijo Sylvain en un intento de... ¿de qué?

—He venido a pedirle explicaciones al señor Sylvain Arnaud.

León parpadeó, confuso.

—¿Explicaciones? —quiso saber León y, cuando miró a Sylvain interrogándole con la mirada, este no pudo evitar apartar la vista.

—Sí, explicaciones —continuó Adrián—. Me gustaría saber por qué Sylvain se ha acostado con su hija, León. Con mi prometida.

Sylvain cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos se encontró con la mirada de León, que lo observaba sin comprender.

—¿Qué?

—¿También lo vas a negar delante de él? —espetó Adrián—. ¿Delante de tu jefe?

Sylvain respiró intentando calmarse, intentando que su pecho subiera y bajara acompasadamente.

—¿Es eso verdad, Sylvain? —preguntó León con la mirada empañada de miedo y sospecha.

Y sostenerle la mirada al padre de Sofia le recordó a ella. A esos retos que tenían entre ellos. A esos cruces de miradas que... *Merde*. Tenía que parar esto.

—Lo es.

No supo qué le dolió más. La cara de satisfacción de Adrián, sonriendo como si hubiera ganado la batalla de su vida, o la decepción en los ojos de León. La conversación que habían mantenido justo después de que Sylvain hubiera llevado a Sofia a conocer a su padre se le incrustó en la cabeza. Habían hablado de los vínculos con los pacientes, de no formarlos. Sylvain le había dicho que no lo haría y ahora León descubría que no solo no los había formado, sino que, además, había traspasado la línea.

—Puedo explicarlo —dijo Sylvain en un intento por salvar la situación.

—Adrián, por favor —dijo León, sin apartar los ojos de Sylvain—. Márchate.

Este parpadeó, sorprendido.

—Pero...

—Por favor, Adrián. Márchate.

Adrián chasqueó la lengua, dolido. Se giró para mirar por última vez a Sylvain y salió por la puerta, dejándola abierta. León solo apartó la mirada cuando retrocedió hacia la salida y, antes de cerrar la puerta, volvió a girarse.

—Márchate tú también —le pidió bruscamente, como nunca antes se había dirigido a él—. No deberías recibir a tus pacientes con un ojo morado.

Quiso decir algo, quiso replicar, pero las palabras murieron en sus labios antes de pronunciarlas. Y cuando Sylvain volvió a recuperar el aire, León se había marchado y le había dejado solo en su despacho.

Sofía

Quería llamarlo. Se moría de ganas por hacerlo. Por volverlo a ver. Sofía no había dejado de pensar en él ni un momento, y mucho menos cuando Adrián se fue de la tienda y la dejó a solas. Pensó que se sentiría mal, que se sentiría culpable por haberle hecho daño a Adrián. Pero se sentía bien. Demasiado bien. Se había dado cuenta de que por primera vez estaba siendo ella misma, de que no tenía miedo de arriesgarse, de que se había enamorado de Sylvain. Y se moría por contárselo.

Cerró la verja de la tienda y salió del centro comercial como si estuviera volando. Sí. Lo había pensado. Aquella noche volvería a casa de Sylvain y le confesaría sus sentimientos. Aunque tuviese miedo, aunque estuviese aterrada. Él le había dicho que tenía que ser valiente, ¿no? Y no hay nada más valiente que tener miedo e intentarlo.

Caminó por las calles lo más rápido que pudo. Pensó en enviarle un mensaje, pero al final decidió no hacerlo. Quería sorprenderle. Su teléfono móvil vibró en su bolso y su corazón le dio un vuelco dentro del pecho. ¿Sería...?

—¡Hola, Marie! —exclamó Sofía nada más descolgar—. ¡Qué alegría que me llames! Tengo que contarte algo muy...

—¿Sofía? —La manera en la que Marie la llamó por su nombre le preocupó.

—¿Estás bien, Marie? ¿Ha pasado algo?

—Estoy bien —dijo no muy convencida—. ¿Puedes venir?

Sofía parpadeó.

—¿A dónde? ¿Estás en París? —preguntó confusa. Sabía que Marie había estado esta semana en Madrid, pero que en teoría regresaba hoy a París.

—No. Estoy en Madrid. En casa de Sylvain.

Oír su nombre le produjo mariposas en el estómago, que pronto se esfumaron. Su plan de estar con él a solas de nuevo se volatilizó.

—Pensé que volvías hoy a París.

—Ya... Bueno, necesito que vengas y que me ayudes.

Sofía paró en seco.

—¿Qué ha pasado?

—Sylvain no entra en razón.

—¿En razón con qué?

Pasaron unos segundos que a Sofía se le hicieron eternos.

—¿Marie?

—Hoy ha ido Adrián a la consulta. Al despacho de Sylvain.

No.

—El resto... ya puedes imaginarlo.

Mierda. Mierda. Mierda. ¿Adrián había ido a ver a Sylvain? Eso solo podía significar que...

—Voy ahora mismo.

Sylvain

—Me haces daño, Marie —exclamó Sylvain echando la cabeza hacia atrás.

—Lo siento —respondió su hermana, volviendo a colocar el algodón impregnado en alcohol sobre su labio, para desinfectar la herida—. Estoy un poco nerviosa.

—Marie...

—Y cabreada. Lo siento, Sylvain, pero no lo entiendo —bufó con cara de pocos amigos. Sylvain estaba sentado en el sofá de su apartamento y su hermana delante, apoyada en la mesita central—. No entiendo por qué no le devolviste el puñetazo a Adrián.

Sylvain cerró los ojos y giró la cara. Marie lo sujetaba por la barbilla para que no se moviera.

—Sabes que no soy así.

—¿Así, cómo? —protestó Marie—. ¿Del tipo de personas que, por cobardía, no se defienden cuando les dan un puñetazo?

—No —exclamó molesto, abriendo los ojos y mirándola—. Del tipo de personas que se meten en una pelea.

Marie le sostuvo la mirada, con el ceño fruncido.

—Adrián se lo merecía.

—Marie...

—¡No! ¡Joder, Sylvain! ¡Se lo merecía! —Le apretó el hombro, nerviosa—. ¡No has hecho nada malo! Su relación llevaba rota años y él ya había sido infiel. ¡Sofía y tú no habéis hecho nada malo!

Sylvain cerró los ojos. Oír su nombre le produjo una sensación de vértigo que le acojonó. Su hermana estaba equivocada. Por supuesto que Sofía y él habían hecho algo malo. Habían traspasado la línea, habían roto las reglas. Entendía perfectamente a Adrián, entendía su enfado y su dolor. Pero no se entendía a él mismo. Llevaba varios días intentando entender qué era lo que estaba sintiendo, qué era lo que le estaba ocurriendo con Sofía. El problema era que, por mucho que se hubiese pasado los últimos meses viendo en ella a una paciente, no podía ignorar que había dejado de serlo. Desde que había conocido a Sofía su vida se había vuelto una montaña rusa. Acostumbrado a llevar el control de todas y cada una de las cosas que le rodeaban, Sofía había entrado como un torbellino, desequilibrándolo por completo. Ella había tomado las riendas de las sesiones cuando él preparaba al milímetro cada sesión de psicología. Ella había tomado las riendas de su autocontrol, haciendo que se dejara llevar por primera vez en muchos años, haciendo que se saliera del camino que tanto le había costado preparar.

El sonido del timbre le sacó de sus pensamientos y clavó los ojos en Marie, temiéndose lo peor.

—Marie, dime que...

—Lo siento —exclamó ella levantándose rápidamente. Sylvain hizo lo mismo—. Sofía tiene derecho a saber lo que ha pasado.

La puerta se abrió y, cuando Sylvain la vio aparecer, se quedó sin aire. No estaba preparado. No había tenido suficiente tiempo para reflexionar sobre lo que estaba pasando, sobre lo que

estaba comenzando a sentir por ella. *Merde*.

—He venido lo más rápido que he podido —dijo Sofía abrazándose a Marie mientras le clavaba los ojos a él, inmóvil en el salón.

—Gracias... —susurró Marie en sus brazos.

—Sylvain... —dijo Sofía mientras avanzaba hasta donde se encontraba, cambiando su semblante de alegría a preocupación—. ¿Qué...?

Él dio un paso hacia atrás, apartando de su cabeza la necesidad de abrazarla. Joder. Porque cuando la abrazaba, cuando la tenía entre sus brazos, la ansiedad que sentía se desvanecía. Y le dolía admitir aquello, porque no podía. Sinceramente, no podía.

—¿Qué haces aquí? —preguntó más brusco de lo que ella se esperaba.

—Marie me llamó y...

—Os dejo solos —exclamó Marie desde la puerta del salón, y antes de cerrarla dijo— estaré en mi habitación por si me necesitáis.

—Sylvain —dijo Sofía acercándose a él.

Cuando sus dedos rozaron su mejilla, sintió morir. Había extrañado tanto el contacto con ella que no podía soportarlo más. *Merde*. Odiaba no controlar sus emociones. Odiaba que ella tuviera ese poder sobre él.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Sofía con miedo, sujetándole por la barbilla.

Sylvain cogió aire y lo retuvo en sus pulmones, hasta que le quemaron por dentro.

—No es nada —espetó apartándose de ella, rompiendo el contacto que tanto anhelaba. Giró sobre sus talones y volvió a sentarse donde se encontraba antes de que ella apareciera.

Sofía frunció el ceño y se acercó a él.

—¿Ha sido Adrián? —preguntó nerviosa—. ¿Adrián te ha hecho eso?

Guardó silencio, sin mirarla. Le costaba respirar. Cogió la bolsa con hielo que su hermana le había preparado y se la colocó en el ojo izquierdo.

—Ese ojo no tiene buena pinta —respondió ella, sentándose en el sitio que minutos antes ocupó su hermana—. Tienes un derrame. Trae.

Ella le cogió la bolsa y, con un cuidado inaudito, la apoyó sobre su mejilla. Sylvain se estremeció, pero no la miró. ¿Por qué se lo tenía que poner tan difícil? Ni siquiera se había mirado él mismo en el espejo, pero sabía por el escozor que sentía en el ojo que no debía tener muy buen aspecto. Seguramente se le habría reventando una vena y tendría parte del ojo rojo, además del morado que empezaría a aparecer en su carrillo.

—Sylvain —dijo Sofía de nuevo—. Por favor...

Apretó los párpados antes de mirarla de nuevo. Sofía tenía los ojos muy abiertos y más verdes que nunca. Estaba preocupada. Su cara reflejaba a la perfección sus emociones y tuvo que tragar la bola de rabia que se le formó en la garganta. ¿Por qué era tan difícil dejarse llevar y perderse en esos ojos para siempre?

—Sí, vino a verme al despacho —confesó, apartando la vista, incómodo.

—¿Qué ha pasado?

Suspiró.

—Sofía... —Agarró su mano y la apartó de su mejilla—. No deberías estar aquí.

Pudo oír cómo ella dejó de respirar. Sofía aguantó su mirada en silencio, intentando descubrir en sus ojos lo que no decían sus palabras.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Sofía con la voz queda—. Quiero estar aquí, Sylvain, quiero...

—No —dijo bruscamente—. Esto no puede ser, Sofía.

—¿Qué?

—No lo entiendes.

—Entonces explícamelo.

Que Sofia usara las mismas palabras que él había utilizado en sus sesiones solo complicó más las cosas. Sylvain podía notar su corazón desenfrenado dentro de su pecho y le sudaban las manos. La ansiedad empezó a apoderarse de él de nuevo.

—¿Es por algo que te ha dicho Adrián? —preguntó ella inquieta.

“Sofia se ha enamorado de ti, por eso se acostó contigo”. Las palabras de Adrián le taladraron la cabeza.

—Da igual lo que él me haya dicho —espetó—. Está molesto, enfadado. Y es normal. Sabe que nos hemos acostado.

Sofía cerró los ojos.

—Es culpa mía. Yo se lo dije. Él... —Abrió los ojos y los clavó de nuevo en Sylvain—. Él vio las marcas. Lo siento...

—Tú no tienes la culpa de nada, Sofía. La culpa es solo mía.

—Sylvain...

—Jamás debería haber cruzado la línea contigo.

Sofía frunció el ceño.

—Dijiste que no te arrepentías —escupió dolida.

—Y no me arrepiento —respondió él, diciendo la verdad—. Pero esto no puede ser.

—¿Qué quieres decir con “esto”?

—Nosotros, Sofía. Nosotros.

Sofía aguantó la respiración y Sylvain tuvo que apartar la mirada.

—¿Por qué? —quiso saber ella, comenzando a impacientarse cuando Sylvain permaneció en silencio.

—Porque soy tu psicólogo y tú una paciente.

—Ya no —dijo dolida, agarrándole las manos—. Ahora ya no. Ahora solo somos... nosotros.

El contacto le quemaba. Le torturaba sin control. Y Sylvain no podía soportarlo más. Si dejaba que ella le tocara un segundo más, bajaría las barreras, cedería, y tiraría la toalla. Se dejaría llevar por esos sentimientos que no entendía y se arriesgaría a creer que algo como el amor era para él.

—No —dijo levantándose, alejándose de ella—. No puede ser.

—¿Pero qué te pasa? —preguntó Sofía detrás de él—. ¿Qué es lo que te pasa, Sylvain? Habla conmigo.

Se apretó el ojo bueno, intentando calmarse. Cuando cogió suficiente aire para enfrentarse de nuevo a ella, se giró.

—No sé qué es lo que quieres. No sé lo que esperas de mí. Pero sea lo que sea, no puede ser.

Sofía lo miraba con el ceño fruncido. Estaba enfadada. Dolida. Y era normal. Completamente normal. Hasta eso podía llegar a entenderlo. Pero...

—Sabes lo que quiero, Sylvain.

La rudeza de sus palabras le bloqueó.

—Sofía...

—Te quiero a ti. ¿Tan difícil es de entenderlo?

Se bloqueó. Aquello no se lo esperaba. Tan directa. Tan clara. Maldita sea. Lo quería. A él. Lo que había dicho Adrián era verdad. Pero...

—No puede ser, Sofía...

—¿Por qué no?

—Estás equivocando sentimientos.

—No. —Sofía avanzó hacia él—. Te juro que nunca he estado tan segura de algo como lo estoy ahora.

Se ahogaba. Le costaba respirar. La sinceridad de Sofía le aplastaba con la fuerza de una apisonadora. Y se incrustaba en su pecho sin permitir que el aire entrara dentro. Necesitaba terminar con esto. Necesitaba acabar con esta locura que le iba a volver loco. Y solo había una manera de hacerlo. Cruel. Dura. Pero no había otra solución.

—No estás enamorada de mí —espetó Sylvain brusco—. Crees que lo estás, por el tiempo que hemos pasado juntos. Porque has pasado una mala época y crees que el único que te ha escuchado he sido yo, pero...

—No me vengas con el maldito amor de transferencia —gruñó, dando otro paso hacia él—. Mi padre me lo explicó, sé muy bien de lo que estás hablando. Pero no es eso. Lo he meditado y estoy segura de que no es eso.

—Sofía.

—Estoy enamorada de ti, Sylvain.

Cerró los ojos, desesperado de nuevo ante el latigazo que le dio el estómago al escuchar aquella confesión de Sofía por segunda vez. Se pasó las manos por la cabeza.

—No puede ser... ¿No te das cuenta?

—¿Pero por qué? —Otro paso—. ¿Por qué no podemos estar juntos?

—Sofía...

—Y no me mientas —bufó ella, dando otro paso—. No me digas que no sentiste nada porque no es verdad. Yo lo sentí. Y sentí que tú lo sentiste.

Touché. No podía negarlo. No iba a mentirle y decirle que no sentía nada por ella. Porque no era verdad, y Sylvain no acostumbraba a ocultar la verdad. Sentía por Sofía, pero no estaba preparado para admitir el qué.

Cerró los ojos y respiró profundamente.

—Esto no entraba en mis planes... —confesó Sylvain al fin, con el corazón en un puño.

—¿En tus planes? —Sofía se acercó otro paso más y quedaron demasiado cerca el uno del otro.

—En mis planes. En mi vida.

Sofía aguantó estoica sus palabras. Estaba nerviosa, su pecho subía y bajaba rápidamente.

—A veces las cosas no salen como planeamos... —justificó ella, agarrándole por los brazos, con miedo a que se apartara—. La vida es así, no podemos controlarla.

—Sí podemos —dijo Sylvain—. Podemos controlarla. Llevo controlando mi vida desde hace treinta y dos años. Y no puedo dejarme llevar simplemente porque tú hayas aparecido en ella para trastocar mis planes.

—Sylvain...

—En mi vida no entraba esto. No entraba el amor. No entrabas tú. No entraba un nosotros.

Pudo escuchar cómo el corazón de Sofía se rompía en mil pedazos. Por segunda vez. Porque cuando la conoció, el corazón de Sofía ya estaba roto. Y poco a poco los pedazos en los que estaba dividido se juntaron de nuevo. Con el tiempo, con su ayuda. Y ahora que ella le confesaba que su corazón era de él, Sylvain se lo rompía.

Sofía dejó de tocarle, como si aquello le hubiera quemado las manos. Sus ojos se inundaron de lágrimas y Sylvain sintió un latigazo en el estómago. Se había acostumbrado tanto durante aquellos meses a sostenerla en su dolor, a ayudarla, a calmarla... y ahora era él quien la lastimaba.

—Me dijiste que tenía que salir de mi zona de confort... —comenzó ella con la voz rota—. Que

tenía que arriesgarme. Ser valiente. —Una lágrima deslizó por su mejilla—. Y lo he hecho, Sylvain. Lo he hecho.

—Sofía...

—¿Y tú? —Otra lágrima—. ¿Estás siendo valiente?

Sylvain cerró los ojos. Ella tenía razón. Ella siempre había tenido razón. Estaba siendo un cobarde. Un auténtico y maldito cobarde.

—Lo siento... —confesó sin mirarla.

—No. Lo siento yo. Siento que quererte no sea suficiente.

Cuando Sylvain abrió los ojos, Sofía se había alejado unos pasos. Las lágrimas caían sin control por sus mejillas, pero ella se mantuvo fuerte, con la cabeza alta, a pesar de estar más rota que nunca.

—Sofía...

Pero ella no cedió. Giró sobre sus talones y se marchó, dando un portazo que le rebotó en sus entrañas. La imagen de Sofía destrozada se quedó clavada en su memoria, irritándole el corazón. ¿Qué había hecho?

Marie apareció en el salón con el rostro compungido.

—Ella tiene razón —susurró bajito, con los ojos llenos de rabia y dolor—. Eres un cobarde.

Sylvain

Cuando Sofía se marchó de su apartamento, Marie hizo lo mismo. Estaba enfadada con él, pero Sylvain no tenía fuerzas para solucionar la situación con su hermana. Simplemente cogió sus cosas y se fue, de la misma manera que había llegado. Sylvain se pasó toda la noche en vela, reordenando sus pensamientos y organizando sus emociones. Había tomado una decisión con respecto a Sofía y no iba a echarse atrás. “Es lo mejor”, se repetía a sí mismo una y otra vez. No había otra solución. Tenía que reconducir su vida y enmendar sus errores. Tenía que volver a ser el mismo Sylvain ordenado y cauto que siempre había sido. Tenía que empezar de cero.

Por eso, lo primero que hizo cuando se levantó al día siguiente fue arreglarse y dirigirse al gabinete. Lo había meditado y había decidido presentar su renuncia, sin vuelta atrás.

Llamó a la puerta del despacho del Señor Ruíz y esperó a que le diera paso. Cuando oyó a León decirle que entrase, tuvo que coger aire para calmarse.

—Sylvain —respondió León detrás del escritorio—. No te esperaba.

—León.

Sylvain cerró la puerta y sacó el sobre que guardaba en el interior de su americana.

—He venido a presentar mi carta de renuncia.

León miró el sobre que Sylvain le estaba tendiendo y luego lo miró a él. Se quitó las gafas, dejando la carta suspendida en el aire.

—Siéntate, Sylvain.

Pero no lo hizo. Le sostuvo la mirada y se quedó de pie, con el brazo extendido.

—Por favor —le pidió su jefe, mientras le cogía el sobre y lo dejaba sobre la mesa.

Sylvain suspiró y se sentó en una de las butacas que había frente a él. León juntó las manos y apoyó los codos, sin dejar de mirarlo.

—No quiero que renuncies a tu puesto, Sylvain.

—He incumplido el código, señor.

—Sí. Un psicólogo debe saber cuándo derivar al paciente a otro profesional. Y tú no lo has hecho, cometiendo una gravísima mala práctica profesional.

Cerró los ojos. Oírlo de su jefe dolía, y mucho. Sylvain odiaba cometer errores, odiaba equivocarse. Y en aquella ocasión lo había hecho de la peor manera posible.

—Pero... —continuó León, haciendo que Sylvain volviera a mirarlo—. Una vez, el mejor psicólogo que he conocido en los últimos tiempos, me dijo que nosotros, como profesionales, no debemos olvidarnos que estamos tocando almas humanas. —Sylvain tragó saliva—. Y para tratar a las personas lo único que tenemos que hacer es ser otra alma humana más.

Sylvain sintió cómo su pecho se aflojaba un poco. Aquella frase la había dicho él, y recordaba perfectamente en qué momento había sido.

—Reconozco que tus métodos no me acaban de convencer, no voy a negarlo —dijo León—. Pero mi hija ha recuperado sus recuerdos. Has cumplido tu palabra y has hecho que Sofía recupere la memoria en el tiempo establecido. Además, mi hija es más ella que nunca. Y te

estaré siempre agradecido, Sylvain.

—León, yo... —comenzó con un nudo en la garganta—. No puedo.

—Sí que puedes. Te conozco, Sylvain. Sé que eres muy exigente contigo mismo. Sé que eres un perfeccionista y que te gusta tener todo bajo control. Pero yo te necesito aquí, conmigo. Necesito a alguien como tú para llevar el gabinete.

Sylvain aflojó la tensión de sus hombros y se pasó una mano por la cabeza.

—Lo de Sofia...

—A veces pasan esas cosas —le cortó León—. Somos humanos, y como tales tenemos sentimientos. Pero no es malo, Sylvain. No te tortures por eso.

—Lo siento —confesó él—. Siento si le he hecho daño o le he decepcionado.

León sonrió por primera vez y eso le dio fuerzas a Sylvain para seguir hablando.

—Quiero que sepa que jamás he hecho algo así —dijo—. Jamás he cruzado la línea con ninguna paciente. Mi trabajo es lo más importante para mí. Y con Sofia...

—Lo sé —dijo León interrumpiéndole—. Te conozco, ya te lo he dicho.

Sylvain le aguantó la mirada. León no estaba decepcionado ni dolido. Estaba... ¿alegre? León cogió el sobre que había dejado en la mesa y lo levantó en el aire.

—Te necesito aquí, Sylvain. Por favor, quédate. No sé cómo pedírtelo.

Sylvain miró el sobre. Para él su trabajo era muy importante. Había pasado años dedicándose a perfeccionar sus técnicas, a seguir aprendiendo sobre la psique humana. Estaba seguro de que, si se marchaba de allí, encontraría otro trabajo en poco tiempo. Pero... ¿A dónde iba a ir? Madrid se había convertido en un sitio importante para él. Había pasado los últimos años allí y además estaba ella... Basta. Se reprimió a sí mismo. Tenía que olvidarla. Tenía que controlar sus recuerdos y buscar algo que le distrajera de recordarla.

—De acuerdo —accedió Sylvain.

León sonrió y, sin dejar de mirarlo, rompió el sobre en varios pedazos. Sylvain asintió, aferrándose a la idea de que había hecho lo correcto. Al fin y al cabo, el trabajo era lo único que le quedaba.

Sylvain

Dos meses después...

—Anúlalo.

—Pero...

—¿Te estoy hablando en chino? —espetó Sylvain mientras se quitaba las gafas y observaba cómo el rostro de Mel se compungía.

—Sylvain... —susurró ella, acercándose al escritorio—. Es la tercera sesión que anulas hoy.

—¿Y? —Entornó los ojos—. ¿Acaso vas a decirme cómo tengo que hacer mi trabajo?

Mel apretó los labios y aguantó el llanto. Sylvain le sostuvo la mirada y, cuando ella no pudo con la presión, giró sobre sus talones y salió de su despacho sin decir nada.

Sylvain suspiró, frustrado, y apoyó la cabeza en sus manos. ¿Tan difícil era de entender que podía anular las sesiones según le conviniese? Necesitaba más tiempo para estudiar los casos. A los nuevos pacientes. Desde los últimos meses había duplicado las sesiones y estaba desbordado, pero Mel no era nadie para decirle cómo tenía que hacer su trabajo.

Llamaron a la puerta y Sylvain resopló.

—Mel, te he dicho que...

Pero cerró la boca cuando vio aparecer a León por la puerta.

—Sylvain.

El señor Ruíz cerró la puerta y caminó hasta el escritorio.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó León sin sentarse, con el semblante serio—. He visto a Mel salir de aquí con lágrimas en los ojos.

Perfecto. Además de incompetente, chivata. Suspiró y se recostó sobre su butaca.

—No ha sido nada—espetó—. Le he pedido que anulara unas cuantas sesiones y le ha sentado mal. Tendrá un día sensible.

—Sylvain.

Se aguantaron la mirada y Sylvain supo que se había pasado.

—Lo siento —se disculpó—. Me disculparé con ella.

León apartó una silla y se sentó allí. Sylvain frunció el ceño cuando vio que la silla que había escogido era en la que normalmente se sentaba ella. Ella.

—¿Qué te pasa? —preguntó León cruzando los brazos.

Sylvain parpadeó, sorprendido por la pregunta.

—Nada —espetó—. Me he organizado mal con las pacientes y solo necesito unas horas para preparar todas las sesiones. En unos minutos tendré...

—Sylvain —le cortó León—. No has contestado a mi pregunta.

—¿Perdón?

León le sostuvo la mirada, con el ceño fruncido. Aquella expresión le dolía, porque ella lo miraba así. Lo había mirado así tiempo atrás. Y odiaba recordarlo.

—Llevas unas semanas irascible, irritable —explicó León—. Estás estresado y tu comportamiento con el resto del equipo y de pacientes no es aceptable.

Merde. Sí. Lo sabía. ¡Por supuesto que lo sabía! Sabía que en las últimas semanas no estaba siendo él mismo. Sylvain se sentía más estresado de lo normal, más irritable, como había dicho su jefe. Pero no podía evitarlo. Apenas dormía por las noches, y cuando lo hacía, tenía pesadillas. La relación con Marie se había enfriado considerablemente y, cuando ella venía a Madrid para algún evento, ya no se quedaba en su casa. Ni siquiera lo avisaba. Su relación se limitaba a escuetas llamadas telefónicas donde las preguntas eran obligadas y las respuestas monosilábicas. Sylvain se había implicado en el trabajo más de lo que se había implicado en toda su vida, entrando a las siete de la mañana y saliendo a las diez de la noche del gabinete. Había aceptado llevar más pacientes de los que podían hacerse cargo y estaba saturado. Pero era mejor así. Era mejor mantener la mente ocupada y no pensar.

—Lo siento —se disculpó Sylvain, sin saber muy bien por qué.

—Sylvain —dijo León con voz apaciguadora—. Quizá deberías tomarte un descanso. Unas vacaciones te vendrían bien.

No. Eso no. Vacaciones significaba tiempo libre para que su mente viajara en el tiempo y reviviera los recuerdos que había formado con ella.

—Estoy bien. No necesito vacaciones.

—Ya.

—Me organizaré mejor. Y le pediré disculpas a Mel.

—¿Por qué no estás siendo sincero?

Sylvain parpadeó.

—León...

—No por mí, Sylvain. Yo sé perfectamente lo que te pasa —dijo, y su tono sonó como cuando un padre intenta darte un buen consejo—. Pero deberías ser sincero contigo mismo.

Tragó saliva, notando cómo su corazón empezaba a bombear más deprisa. Intentó respirar, buscando la calma.

—Estoy siendo sincero —mintió, rezando por que la conversación terminara y no fuera a más.

León le sostuvo la mirada durante más tiempo del que Sylvain creyó soportar. Cuando el silencio se hizo demasiado incómodo, no pudo aguantarlo más.

—Está bien —dijo al fin—. Me cogeré un par de días de vacaciones. Creo que...

—La echas de menos.

No hacía falta que dijera su nombre. No hacía falta que León nombrara a su hija porque los dos se entendían con solo mirarse. Sylvain cerró los ojos e intentó que la ansiedad no se apoderara de él.

—¿Por qué no lo admites? —preguntó León serio.

Porque dolía. Porque dolía demasiado. Porque le ahogaba no saber nada de ella. Le ahogaba saber que la echaba de menos, que la pensaba incluso en sus sueños. Porque estar sin ella estaba siendo lo más difícil que había hecho en toda su puñetera vida. Miró a su jefe, que esperaba una respuesta. Pero Sylvain no podía dársela. No podía. Era mejor ocultar sus sentimientos que admitirlos.

—León...

El señor Ruíz suspiró y se levantó.

—Te vendrán bien unos días de vacaciones —espetó mientras avanzaba hacia la puerta—. Avísame cuando los cojas.

El sonido de la puerta hizo que Sylvain cerrara los ojos con fuerza.

Merde.

¿Desde cuándo se había convertido en un cobarde?

Sylvain

El teléfono móvil daba vueltas en su mano. Sylvain estaba sentado en el sofá de su apartamento, con los brazos estirados, contemplando a Karma, que lo miraba desde la entrada al salón. La relación con la gata, al igual que la de su hermana, se había enfriado considerablemente.

—No me mires así —le pidió Sylvain.

Karma ni se inmutó. Parecía que también estaba enfadada con él. *Merde*. La conversación con León le había dejado tocado. “*La echas de menos*”. No había sido una pregunta, había sido una afirmación. Porque León lo conocía. ¿Cómo no iba a conocerlo si era uno de los psicólogos más importantes de Madrid? Conocía a las personas, y él no era una excepción. Parecía conocerlo mejor de lo que incluso se conocía él mismo. Pero tuvo miedo. Como siempre. Tuvo miedo de decir: “Sí, joder, la echo de menos”. ¿Y por qué? Porque ella tenía razón. Se lo había dicho muy claro antes de desaparecer de su vida. “Eres un cobarde”.

Dejó de girar el móvil en su mano y marcó el último teléfono al que había llamado. Necesitaba hablar con alguien. Los tonos comenzaron a sonar y, cuando Sylvain pensó que no responderían, descolgaron.

—Hola.

Soltó el aire que había estado reteniendo.

—Hola, Marie, ¿cómo estás?

—Bien —respondió seca, como todas las veces en las que había hablado con ella en las últimas semanas—. ¿Y tú?

—Bien.

Silencio. Se quedaron callados durante un rato en el que Sylvain intentó escuchar de fondo para ver si averiguaba... Si averiguaba, ¿qué? Estaba paranoico.

—¿Qué haces? —preguntó nervioso.

Notó la sorpresa a través del teléfono.

—Preparándome para una pasarela —respondió ella.

—Ah. ¿Dónde es?

—En las Galerías Lafayette.

—Suena interesante.

—Es lo mismo de siempre —dijo Marie con la voz apagada—. ¿Y tú? ¿Qué estás haciendo?

Comerme la cabeza. Pensar en ella.

—Estoy en casa, sin hacer nada. —Sylvain contempló a Karma, que seguía mirándolo fijamente—. Karma te echa de menos.

Casi pudo oír cómo su hermana sonreía a través del teléfono. Casi.

—Espero que la estés cuidando bien.

—Yo también te echo de menos, Marie —confesó, con el corazón en un puño. Odiaba que la relación con su hermana se hubiera enfriado. Odiaba que cada vez que ella venía a Madrid ya no se quedase con él en su apartamento. Odiaba que, a pesar de que le doliese, la culpa fuera toda

suya.

—Intentaré acercarme a verte la próxima vez que esté en Madrid —respondió Marie fría.

Sylvain cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, apoyando la nuca en el respaldo del sofá.

—Y también la echo de menos a ella —confesó al fin.

Marie permaneció callada al otro lado del teléfono y Sylvain temió por un momento que la conexión se hubiera cortado.

—¿Marie?

—¿A quién? —preguntó ella.

Sylvain suspiró. Su hermana sabía perfectamente a quién se refería, pero le gustaba picarle. Y eso le animó.

—Marie...

—Hay muchas ellas.

Cogió aire.

—A Sofia, Marie. Echo de menos a Sofia.

Su hermana permaneció en silencio al otro lado del teléfono, inquietando más a Sylvain.

—¿Por qué después de dos meses me hablas de ella? —preguntó su hermana con la voz queda.

Volvió a cerrar los ojos.

—No lo sé, Marie... —se sinceró—. Solo necesito saber que está bien.

—Entonces llámala.

Un latigazo impactó en su pecho.

—No puedo, Marie... —confesó Sylvain—. Ella tiene su vida. Ahora... —Miró el reloj que tenía en el armario de la pared, que marcaba el día y la hora, y sintió que se quedaba sin aire al ver que estaban a 4 de junio—. Ahora es una mujer casada.

Marie resopló al otro lado del teléfono.

—Sofía no se ha casado, Sylvain.

Sintió un alivio en el pecho que le permitió respirar. Sofia le había dicho que no se casaría con Adrián, pero después de lo que pasó la última vez que se vieron, no estaba seguro.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Sylvain.

Su hermana resopló exhausta. Sabía que Marie seguía teniendo contacto con ella porque no la mencionaba nunca. Se habían hecho buenas amigas, habían congeniado de forma muy intensa en poco tiempo. Y en cierta parte entendía el distanciamiento que Marie había tenido con él. La había cagado. Lo sabía. Había elegido su estabilidad laboral y la comodidad que se había labrado en los últimos años en vez de la locura de Sofia. Pero tuvo que elegir. Y a Marie le dolió su decisión. Porque quería a Sofia incluso como si fuera su propia hermana. Por eso Sylvain no podía reprocharle que, de alguna manera, se hubiera posicionado de parte de Sofia a raíz de la ruptura. Un momento. ¿Ruptura?

Chasqueó la lengua, irritado por aquel pensamiento. No había habido ninguna ruptura como tal. ¿Verdad?

—Por si no lo recuerdas —continuó su hermana en un tono más brusco—, anuló la boda porque se enamoró de ti.

Oír de nuevo aquello le trastocó. Las pesadillas que le atormentaban por las noches tenían que ver con eso. Con Sofia confesándole que lo quería, que se había enamorado de él. Mientras él se amedrentaba y forjaba un caparazón a su alrededor para que ni ella ni nadie entrara en su vida.

—Es imposible que se haya enamorado de mí...

Marie suspiró al otro lado.

—Lo que tú digas —respondió molesta—. Oye, tengo que...

—No dejo de pensar en ella, Marie —confesó al fin Sylvain, intentando mantener la conversación con su hermana un poco más—. No me la saco de la cabeza. Creo que me estoy volviendo loco.

—No te estás volviendo loco —dijo brusca—. Lo único que te ocurre es que te has enamorado de ella.

No. No podía ser. Era imposible.

—No creo que...

—¿Y cómo lo sabes? —le cortó ella, molesta—. ¿Cómo sabes que no estás enamorado de ella cuando nunca antes has estado enamorado de nadie?

Touché. Su hermana tenía razón. Jamás había sentido el amor por ninguna mujer más allá del deseo carnal. Pero con Sofía era diferente. Porque no podía negarlo: la deseaba. Pero la deseaba más allá del sexo. Echaba de menos sus ojos, su risa. Su manera desenfadada de ver el mundo. Incluso su ceño fruncido. La echaba de menos por completo. Y eso jamás le había pasado con nadie. ¿En qué momento había cambiado todo? ¿En qué segundo exacto dejó de ser invisible ante sus ojos y terminó por invadir cada rincón, cada esquina de su cabeza?

—Marie...

—Lo único que te pasa es que eres tan metódico con todo que incluso esos nuevos sentimientos que tienes los reprimes. Siempre has sido demasiado racional. Demasiado cuadrulado. Tenías que controlar hasta el más mínimo detalle de tu vida y, cuando has descubierto que tienes sentimientos, los has reprimido.

Sylvain apretó los labios.

—Porque te da miedo —continuó Marie—. Porque te acojona sentir. Te acojona que ella haya entrado en tu vida de esa manera y te haya trastocado los planes. Pero así es la vida, Sylvain. A veces las cosas pasan. A veces la gente se enamora.

Sylvain se pasó una mano por el pelo, desesperado. Joder. Claro que a veces pasaban esas cosas, pero...

—Necesito saber que está bien, Marie. Solo eso.

Marie resopló al otro lado del teléfono.

—Sé que hablas con ella —continuó Sylvain, desesperado—. Solo necesito que me digas que está bien. Y me olvidaré de ella.

—¿La olvidarás? —Ahora la voz de su hermana sonaba preocupada.

Sylvain cogió aire y apretó los puños.

—Es lo mejor, Marie.

Casi pudo oír cómo apretaba los dientes.

—No lo es. Sofía y tu plan de vida no son incompatibles. Puedes tener las dos cosas a la vez. Puedes seguir siendo el profesional que eres y tener a la mujer que amas.

Sylvain se quedó sin palabras. No podía. No había espacio para todo. Por eso había tenido que renunciar a ella. Quiso replicar a su hermana, pero no encontró las palabras para hacerlo.

—Eres un cobarde, Sylvain.

Lo era. Claro que lo era. Pero tenía que olvidarse de ella como fuese. Solo necesitaba...

—Sofía está bien —confesó Marie—. Está siendo valiente. Como tú le pediste.

Respiró tranquilo. Sofía estaba bien. Estaba bien. Con eso le bastaba, ¿verdad?

—Y tú deberías hacer lo mismo —dijo Marie con la voz queda—. Deberías ser valiente. Deberías arriesgarte y luchar por ella.

—Marie...

—Tengo que dejarte.

Y colgó.

Sylvain

Otra noche sin dormir. Otra noche en vela, rememorando todos y cada uno de los recuerdos con Sofía. Porque sí, porque se había dado cuenta de que los recuerdos desvelaban más que el café.

La conversación que había mantenido con Marie hacía dos días le había dejado tocado, y había decidido hacer caso a su jefe: tomarse unos días de vacaciones. Estaba frustrado, irascible, decepcionado. Y no paraba de dar vueltas a todo. Sofía ocupaba la mayor parte de sus pensamientos y, lejos de quedarse más tranquilo cuando Marie le dijo que ella estaba bien, se inquietó más. Por eso decidió llamarla. Encontraría una excusa tonta y la llamaría, pero se quedaría más tranquilo si escuchaba su voz. Eso es. Una llamada no hacía mal a nadie. ¿Qué excusa le pondría? Podría decirle que tenía que verla para que firmara unos papeles de sus sesiones psicológicas. Eso podría ser. Espera... ¡Su padre trabajaba allí! Si tuviera que firmar unos papeles se los llevaría él mismo.

—Joder... —espetó en alto, levantándose de la cama y desechando la idea. Tenía que pensar en otro pretexto y rápido.

Quizá podía inventarse la excusa de que se había dejado algo en su casa. Sí. Un jersey o una bufanda, de la excursión que hicieron a la montaña para que ella recuperara los recuerdos. Aunque fuera mentira. Se quedó parado en el pasillo, recordando esa noche en la que la memoria volvió a Sofía. Se habían besado y habían estado a punto de acostarse. Pero los recuerdos aparecieron antes de que fueran a más y Sylvain se quedó con el sabor de sus labios para siempre. Joder. Necesitaba hablar con ella, aunque lo mandara a la mierda.

Esperó una hora prudencial y, con las manos temblorosas, buscó su teléfono. Apretó el botón de llamada antes de arrepentirse y se llevó el teléfono al oído. ¿Se lo cogería? ¿Qué le diría? ¿Qué sentiría cuando escuchase su voz?

Pero no pudo averiguarlo.

—El número marcado no corresponde a ningún cliente.

Merde.

Sylvain

Nada. Por más que llamara a ese número, no existía. Joder. ¿Qué cojones significaba aquello? ¿Había cogido mal su número de teléfono? No, espera. Había hablado con ella en alguna ocasión. Había intercambiado mensajes con Sofía para concretar las sesiones hace unos meses. ¿Entonces? *Merde*. Había cambiado de teléfono. No había otra explicación.

Furioso, cogió el móvil de nuevo y llamó a su hermana.

—¿Sylvain?

—Sofía ha cambiado de número de teléfono —dijo directo, con la voz brusca.

—¿Qué?

—¿Por qué no me lo dijiste? —quiso saber Sylvain—. ¿Por qué no me dijiste que había cambiado de número de teléfono?

—¿La has llamado?

Sylvain resopló.

—Joder, sí. ¿Si no cómo crees que me he enterado de que “su número no corresponde a ningún cliente”? —repitió Sylvain en tono brusco.

—A mí no me hables así.

Sylvain cerró los ojos y se apretó el párpado, buscando la calma.

—Perdóname... —susurró—. Perdóname, Marie, por favor... Estoy nervioso.

—Vale.

—Necesito hablar con ella. Necesito que me des su número de teléfono.

—¿Para qué?

Suspiró, nervioso.

—No lo sé, Marie —confesó él—. Solo necesito hablar con ella. Saber que está bien.

—Ya te dije que estaba bien.

—¿No me vas a dar su número de teléfono?

—¿Ya te has aclarado?

Se mordió la lengua. No. No sabía qué le pasaba. Estaba perdiendo la cabeza. Por ella. Estaba perdiendo la cabeza por ella.

—Marie...

—Tengo que dejarte —soltó ella enfadada—. Tengo que entrar en un evento de IFEMA.

¿IFEMA?

—¿Estás en Madrid?

—Sí.

—Joder, Marie. —Se pasó la mano por el pelo—. ¿Por qué no me has dicho nada?

—Porque estoy enfadada contigo, Sylvain. No quiero verte.

Daba vueltas por el salón, nervioso. Estaba más nervioso que nunca.

—Sé que estás enfadada conmigo, joder. Pero te dije que me avisaras la próxima vez.

—Vale.

—Eres una niña —explotó, sin evitar que las palabras salieran de su boca.

—Y tú un orgulloso —contrató ella—. A veces el problema no es lo que haces, sino lo que NO haces.

—¿Qué cojones quieres que haga, Marie?!

—Acepta tus sentimientos por Sofia.

No pudo replicar. Marie colgó el teléfono sin despedirse.

Joder. El pecho le subía y le bajaba muy rápido. Tenía que calmarse. Tenía que pensar. Quería hablar con Sofia, quería llamarla. Y necesitaba a Marie, pero se cerraba con él. “*Acepta tus sentimientos por Sofia*”. Parecía fácil, pero no lo era. Al menos para él no lo era. Pero si seguía con esa ansiedad en el cuerpo no llegaría lejos.

Miró a Karma, que le contemplaba desde la puerta del salón. ¿Cuánto tiempo llevaría allí? La gata lo miró durante unos segundos que se hicieron eternos y luego maulló. *Merde*. ¿Acaso ella también le estaba diciendo que aceptara sus sentimientos?

—Joder...

Salió del salón directo a su habitación. Solo había una manera de acercarse a Sofia. Y esa manera pasaba por Marie.

Sylvain

La sangre le hervía por las venas cuando atravesó el control de seguridad del complejo de IFEMA.

—Señor, no...

—Vengo a ver a mi hermana, Marie Arnaud —dijo sin mirar al guarda que custodiaba las puertas, mientras enseñaba su pasaporte.

Oyó que le decía algo, pero Sylvain siguió su camino. Escuchaba su corazón en la cabeza, palpitándole sin parar. Ni siquiera había tenido tiempo de afeitarse. Se había colocado una camisa, unos vaqueros y su abrigo de paño. Había cogido un taxi para evitar tener que buscar aparcamiento y se encontraba ahí. Dispuesto a hablar con su hermana.

Como no era la primera vez que iba a ese tipo de eventos, sabía perfectamente dónde la encontraría. Estaría en la zona de atrás, con el resto de modelos, preparándose para la pasarela. Aunque Marie no se lo hubiera dicho, él había buscado en las noticias los horarios y sabía que le quedaban todavía un par de horas antes de que comenzara el evento.

Atravesó los pasillos y llegó hasta la zona indicada. Varios modelos iban de aquí para allá, ataviados con las ropas y a medio peinar. Sylvain no dudó y, cuando llegó hasta la puerta donde estarían las modelos de Naf Naf, entró.

No le costó encontrarla. Marie hablaba animadamente con una compañera de profesión. Tenía horquillas en el pelo y un batín que cubría su cuerpo. Había llegado a tiempo.

—Eh, oye —dijo una chica a su lado—. Usted no...

—Marie —soltó Sylvain, elevando la voz.

Al principio la sala se quedó en silencio. Marie se giró y, cuando descubrió a su hermano allí, abrió muchos los ojos.

—¿Sylvain? —dijo ella acercándose hasta él—. Por el amor de Dios. —Lo agarró del brazo y lo condujo a la salida—. No puedes estar aquí.

—Necesito que me ayudes —suplicó cuando habían llegado hasta el pasillo, encontrando un poco más de intimidad.

Marie cerró los ojos y se abrochó el batín que llevaba.

—Sylvain, ya te he dicho que...

—La quiero, ¿vale? Me he enamorado de Sofía.

Su hermana se llevó una mano a la boca, ahogando un grito.

—Y necesito decírselo —continuó Sylvain—. Esto es lo que querías, ¿no? Que aceptara mis sentimientos.

—Sylvain...

—Necesito decirle que no sé vivir sin ella. Que me estoy ahogando desde que no está. Que no soy yo. Que estoy perdido. ¡Y sí, joder! ¡Estoy acojonado! Porque llevo toda mi puta vida controlando hasta el más mínimo detalle de lo que hago y esto no me lo esperaba. No me esperaba que Sofía significase tanto para mí. No me esperaba amarla por encima de todo. Porque daría lo

que fuera por protegerla, por salvarla de todo. Incluso de mí mismo. Y necesito decírselo.

Marie tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Sylvain... —susurró con el semblante triste—. Ella no... Ella no quiere verte.

Algo se rompió en su interior. Pero no podía rendirse. No podía abandonar. Ahora no.

—No me importa —dijo Sylvain, agarrando a su hermana por los hombros—. Ayúdame a encontrar la manera de que me escuche.

Una lágrima cayó por la mejilla de su hermana.

—Por favor...

Y Marie asintió en silencio. Acortó la distancia que la separaba de su hermano y se apoyó en su pecho, rodeándole con sus brazos. Sylvain le devolvió el abrazo y, por primera vez en varias semanas, sintió que volvía a respirar.

Sofía

El reloj de pared dio las nueve de la noche. Sofía levantó la vista de los patrones que estaba preparando y parpadeó al descubrir que era la única que quedaba en el taller de costura de la Rue Berger, en París.

Suspiró y se frotó los ojos, intentando en vano que le dejaran de picar. Llevaba allí metida desde primera hora de la mañana y le dolían los hombros. Tenía callos en los dedos, por los picotazos de las agujas. Y todo su uniforme estaba lleno de alfileres, hilos y cintas métricas. Pero era feliz. Al menos, eso intentaba.

Cuando hace un mes le pidió a Marie que la ayudara a dar un cambio en su vida, esta no se lo pensó. Le propuso ir con ella a París y aprender el oficio de modista desde cero. Marie conocía a la jefa del taller de costura de Naf Naf y podría ayudarla a entrar.

Y Sofía no se lo pensó. Cogió lo puesto y se fue a París, a empezar de cero. Madrid le traía recuerdos dolorosos: un matrimonio que no pudo ser, una carrera frustrada y un amor no correspondido. Y de todos ellos, el que más le dolía era el último. Porque se había enamorado hasta las trancas de Sylvain. Porque pensó que no podía querer más a una persona que conocía desde hacía ocho años, hasta que apareció él. Y al principio no lo supo, no lo entendió. No entendió esa extraña conexión que sintió con Sylvain desde el primer momento. Lo entendió al final, cuando sus besos, sus palabras y sus miradas eran mucho más importantes para ella que respirar.

Suspiró recogiendo sus enseres. Lo peor de todo es que, a pesar de no ser correspondida por él, no dejaba de quererlo. Era así de ingenua. O idiota.

Salió del taller después de haberlo cerrado tal y como Stephanie, su jefa, le había indicado. Solía irse la última y entrar la primera, y a pesar de ser la que menos experiencia tenía, estaba aprendiendo muy rápido. Ayudaba con los patrones, remataba vestidos... Todavía no diseñaba sus propios modelos, pero estaba segura de que poco a poco lo conseguiría. Ganaba el salario justo para pagar el pequeño apartamento que había alquilado en la Rue de Rivoli y los gastos de comida y demás. Marie le propuso trasladarse con ella al apartamento donde ella vivía. El de Sylvain. El mismo donde había estado aquella vez que se quedó en París cuando falleció el señor Arnaud. Pero Sofía rechazó la propuesta. No estaba preparada para revivir aquello. No estaba preparada para estar en un sitio que frecuentaba Sylvain. Necesitaba olvidarse de él a toda costa, aunque fuera lo último que hiciese.

Caminó por las calles de París a paso lento, fijándose en todos y cada uno de los detalles que aquella mágica ciudad le devolvía. Pero, aun así, a pesar de intentar centrarse en otras cosas, no podía olvidarse de Sylvain. Rememoraba todos y cada uno de sus encuentros, desde aquella primera vez que se conocieron hasta el último. El recuerdo de su despedida, en su apartamento, aún le quemaba por dentro. Cada vez que recordaba la expresión de Sylvain cuando ella le confesó que le amaba, su corazón se encogía. Porque Sylvain la había mirado con miedo. Con terror. Con auténtico pavor. Y ella solo quiso acunarlo en sus brazos y consolarle, decirle que

todo saldría bien, que el amor también era para él. Cualquier chica normal se hubiera aferrado a ese momento tan doloroso para olvidarse de aquel hombre. Pero ella no podía. Por más que lo intentase, no podía.

Fue entonces cuando decidió alejarse, dejarlo ir, aunque le doliera casi tanto como quererlo. Marie era la única que estaba con ella, que la escuchaba cada noche contándole sus penas, sus anhelos y sus sentimientos por Sylvain. Sabía que no estaba bien apoyarse de esa manera en la hermana del hombre al que amaba, pero Sofía necesitaba estar con ella. Aunque fuera para desahogarse. La semana pasada se animó a salir con ella y unos amigos, para olvidarse de Sylvain. Y lo intentó. Intentó hablar (en su pésimo francés, que poco a poco iba mejorando) con uno de los amigos de Marie. Pero Sylvain siempre volvía a su cabeza una y otra vez.

Suspiró. Decidió mandar un mensaje a Marie para verla y proponerle hacer algo diferente para no pasarse la noche sollozando por Sylvain.

Sofía:

Sushi en mi casa?.

Marie:

Hoy no puedo. Mañana viajo a Madrid por un evento y cojo el vuelo a primera hora. Pero te traeré algo bonito.

Sonrió, a pesar de que el corazón se le estrujó al pensar que en Madrid estaba Sylvain.

Intentó apartarlo de su cabeza, leyendo otro WhatsApp que en este caso le había escrito Romain, el chico con el que tonteó la semana pasada.

Romain:

Conozco una crepería en Versalles que te gustará. ¿Viernes a las 19?.

Intentó sonreír. Intentó que le hiciera ilusión. Pero no lo consiguió. Guardó su teléfono móvil en su bolsillo y sacó las llaves de su apartamento.

Entró en el portal y, antes de subir por las escaleras destartaladas, abrió el buzón. No sabía por qué lo hacía, por costumbre quizá. Normalmente estaba vacío salvo alguna vez que recibía facturas de la luz o del gas. Pero en aquella ocasión no había nada de eso. Y tampoco estaba vacío. Sofía ahogó un grito y sintió cómo su corazón se paraba cuando vio lo que había en su interior. Un cuaderno.

Un cuaderno azulado que reconocería en cualquier parte.

Sofía

—¡Tú lo sabías!

—¿Qué querías que hiciera? —dijo Marie al otro lado del teléfono—. ¡Es mi hermano!

Sofía se mordió la lengua. Maldita sea, Marie tenía razón. Contra eso no podía decir nada.

Miró de nuevo el cuaderno azulado que descansaba en la mesita de café del salón de su apartamento. Desde que lo había cogido hacía tres días de su buzón, no lo había abierto. Ni siquiera lo había tocado.

—No quiero saber nada de él —susurró Sofía intentando sonar lo más enfadada posible.

—Dale una oportunidad —propuso Marie—. Por lo menos lee el cuaderno.

—¿Tú sabes lo que pone?

—No.

—No te creo.

—Te lo prometo —inquirió Marie—. No sé lo que pone, pero creo que deberías leerlo.

—Lo he tirado —argumentó Sofía, sin apartar los ojos del cuaderno.

—Mentirosa.

Sofía se mordió la lengua. Mierda.

—No quiero saber nada de él, Marie. Necesito olvidarme de él.

—Pero no puedes. Y lo sabes.

—Haré un poder.

Marie sonrió al otro lado del teléfono.

—Hazlo por mí. Conozco a mi hermano. Sé que le ha costado horrores dar este paso. Lo que hay en el cuaderno estoy segura de que merecerá la pena. Léelo, por favor.

—Ya veré —espetó Sofía—. Tengo que colgar. Llego tarde.

Sofía

Siete días desde que el cuaderno azul había aparecido en el buzón. Siete días desde que Sofía no había pegado ojo, y cuando lo hacía, soñaba con él. Con Sylvain. Con los recuerdos que habían creado juntos en los últimos meses. Unos tras otros se sucedían en su cabeza, y cuando se despertaba, lo hacía con lágrimas en los ojos.

La curiosidad la carcomía. ¿Por qué? ¿Por qué después de dos meses Sylvain volvía a dar señales de vida? A ella le había quedado claro que sus sentimientos por él no eran correspondidos. Que Sylvain tenía su propio plan de vida (como él mismo había dicho) y ella no entraba en ese plan. Por eso salió de su vida. Por eso cambió de ciudad, de trabajo e incluso de número de teléfono. Para no tener nada que ver con él. Porque Sylvain le dolía. Le dolía demasiado.

Volvió a mirar el cuaderno azul que descansaba en la mesita del salón, esta vez impregnado por las últimas luces del día. Fuera anochecía en París. La luz se apagaba y con ello el corazón de Sofía, que se debatía entre dejarlo pasar o leer el cuaderno y salir de dudas de una vez por todas.

“Tienes que salir de tu zona de confort. Tienes que ser valiente”. Las palabras de Sylvain se le atragantaron en la garganta y los ojos se le llenaron de lágrimas. Ya lo estaba haciendo. Ya estaba siendo valiente. Entonces, ¿por qué sentía que todavía podía hacer algo más?

Miró el cuaderno. Podía tirarlo a la basura y olvidarse de Sylvain de una vez por todas, o podía leerlo y averiguar qué era lo que él quería decirle. Meditó las opciones y al final decidió hacer lo que su corazón le pedía.

Tenía que ser valiente.

Sylvain

No sé muy bien cómo empezar esto. Ni siquiera sé muy bien cuál es la finalidad de esta locura. Pero no podía más, Sofía. Necesitaba contarte lo que tengo dentro de mí porque me está matando, y estos últimos dos meses alejado de ti está acabando conmigo.

Jamás olvidaré aquella vez en la que nuestras miradas se encontraron por primera vez. Llegaste enfadada, molesta y con el corazón roto en mil pedazos, aunque tú no lo supieras. Me sorprendió tu determinación y tu fortaleza, la manera en la que me mirabas con el ceño fruncido y cuestionabas hasta la más mínima de mis indicaciones. Tenías carácter, y supe que serías del tipo de persona que llega a mi vida para quedarse, aunque al principio me resistiera a admitirlo.

Tan solo necesité mirarte una vez para saber qué es lo que había pasado. Qué es lo que habías olvidado y lo que te había roto el corazón. Y ahora, viéndolo desde otra perspectiva, me doy cuenta de que te metiste muy dentro de mí.

Eras cabezota e imprevisible. Cada sesión era un misterio para mí. Daba igual las horas que me pasara planificándola al milímetro. Cuando tú llegabas, Sofía, trastocabas mis planes. Y me frustraba. Porque estoy acostumbrado a mantener el control y tú me lo quitabas.

Poco a poco nos fuimos conociendo, te fuiste abriendo a mí. Y yo a ti, aunque no me daba cuenta en ese momento. Porque pensaba que tenía la situación controlada, pero eras tú quien me guiaba a mí.

La noche en la que fuiste con Marie al evento de IFEMA y fui a buscaros, creí morir. Cuando te vi con aquel hombre, la forma en la que él te agarraba y tonteaba contigo, me volví loco. Estabas preciosa con ese vestido tan tuyo. Porque sí, no me hizo falta preguntarte para saber que lo habías diseñado tú misma. Porque ese vestido eras tú. Y él te estaba tocando. Estaba demasiado cerca de ti. Y no pude soportarlo. Jamás me había sentido así con ninguna mujer y pensé que me había salido el instinto de hermano mayor. Pero me equivoqué. Como en todo lo demás...

Te enfadaste conmigo cuando te saqué de la fiesta y te coloqué mi abrigo para que no te mojaras con la lluvia. Y, aun así, a pesar de tu enfado, me besaste. Y cuando lo hiciste se detuvo el tiempo. Porque cuando nos besamos por primera vez supe que te había encontrado. Había encontrado mi hogar. Porque nunca me había sentido en casa estando en ningún sitio. Ni en París, ni en Nueva York, ni en Madrid. Solo contigo. En ti. Porque mi hogar estaba donde estabas tú.

Pensé que había sido un simple beso, pero no era capaz de quitármelo de la cabeza. Tus labios, tu lengua, tu sabor... se convirtieron en mi recuerdo favorito desde que sucedió. Porque aquel beso duró solo unos segundos, pero sé que lo recordaré durante toda mi vida. Y me agobié, intentando reprimir esos sentimientos que empezaban a florecer. Tenía que comportarme como el profesional que era y necesitaba que

avanzáramos en tus recuerdos, aunque eso fuera doloroso para ti.

Te frustraste, quisiste tirar la toalla. Y me hiciste abrir los ojos cuando discutimos en mi despacho y tomé la decisión de que conocieras a mi padre. Cuando León se enteró, no le sentó nada bien. Estaba muy cerca de cruzar la línea contigo para romper las reglas. Pero me daba igual. Tú eras especial. No eras una paciente cualquiera. Y necesitaba abrirme a ti para que tú te abrieras conmigo. Jamás he compartido con nadie mis temas personales. Jamás he presentado a mi padre a ninguna mujer. Tú fuiste la primera. Y ahora lo entiendo. Aunque sea demasiado tarde...

Desgraciadamente mi padre falleció y, aunque pensaba que podía superar cualquier cosa, que estaba preparado psicológicamente para la muerte, me quedé vacío. ¿Y sabes qué? Cuando te vi aparecer en el cementerio, bajo la lluvia y tan preciosa, me llenaste. Me llenaste el alma con solo mirarme. Y deseé quedarme a vivir por siempre en tu mirada. Deseé por primera vez no ser yo, no ser tan metódico, no ser tan profesional. Deseé dejarme llevar.

Aquella noche, en la terraza de mi apartamento, quise besarte. Lo sabes. Sé que lo sabes por la manera en que me miraste. Y ojalá no hubiera sido tan cobarde. Ojalá hubiera ido a la habitación donde estabas y te hubiera besado durante horas. Porque al principio pensé que lo que había entre nosotros era atracción física, pero nada más lejos de la realidad. Porque a veces no sientes atracción física hacia alguien, sino sentimental. Te enamoras de su alma y eso es jodidamente irreparable. Sofía, eso es lo que me pasó contigo.

Te besé por segunda vez en Madrid, en tu portal. Porque no podía aguantar más. Porque necesitaba atrapar tus labios de nuevo con mi boca. Porque me estaba enamorando de ti y no lo sabía. Pero tú eres más lista que yo. Siempre lo has sido. Tú descubriste lo que había entre nosotros mucho antes que yo. Y lo aceptaste. Aunque tuvieras miedo. Aunque trastocara tu vida. Nos estábamos enamorando. Y eso no era nada malo, aunque yo pensara que sí.

El tiempo se me acababa contigo. Necesitaba hacer que recordaras porque te lo había prometido. A pesar de que una parte de mí no quisiera que lo hicieras, por puro egoísmo, porque te quedases conmigo más tiempo. Y otra quería que la recuperaras porque anhelaba la esperanza de que, cuando descubrieras el engaño de Adrián, vinieras conmigo. ¿Y sabes lo que pasó? Que lo hiciste. Me elegiste a mí. Y eso me acojonó.

Pensé que acostarme contigo haría que la obsesión que sentía por ti desapareciera. Pero de nuevo, me equivoqué. Porque aquella noche hicimos el amor con el alma, no solo con el cuerpo. Aquella noche te entregaste a mí por completo hasta que nos quedamos sin respiración y hoy sé que te entregué mi corazón.

Sofía, yo nunca había roto ninguna regla en mi vida, y mucho menos en mi trabajo. Jamás había traspasado las reglas. Pero contigo las rompí todas. Desde besarte, hasta pensarte cada noche que no estaba contigo. No había ningún precedente, ese fue el problema, porque eso me aterrorizaba.

Me equivoqué aquella última noche, en mi apartamento. Me equivoqué al alejarte de mí cuando me confesaste tus sentimientos. Ahora lo sé, y he necesitado perderte para darme cuenta de cuánto te amo. Porque me enamoré. Sí, me enamoré. De quien no imaginaba, de quien no esperaba y de quien no estaba buscando. Pero el amor no se elige, Sofía, es él quien nos elige a nosotros.

Sé que lo que hice estuvo mal. Sé que fui un cobarde, pero quiero enmendar mis

errores, porque pretender que no te amaba ha sido lo más difícil que he hecho nunca.

Te quiero, Sofía. Te quiero y voy a hacer lo que sea para tenerte conmigo para siempre.

Te estaré esperando en la Torre Eiffel, en el primer piso, cada tarde hasta que cierren.

Sylvain

Sofía

Tenía las mejillas empapadas en lágrimas. Sofía no podía adivinar en qué momento, mientras leía el cuaderno azul, había comenzado a llorar. No podía creerse lo que estaba escrito. No podía. Sylvain... ¿estaba enamorado de ella? El corazón le latía muy deprisa, y su pecho subía y bajaba rítmicamente. Todavía tenía el cuaderno en las manos y releyó las últimas frases una y otra vez.

“Te quiero, Sofía. Te quiero y voy a hacer lo que sea para tenerte conmigo para siempre”.

“Te estaré esperando en la Torre Eiffel, en el primer piso, cada tarde hasta que cierren”.

Un momento. Abrió mucho los ojos.

“Te estaré esperando en la Torre Eiffel, en el primer piso, cada tarde hasta que cierren”.

No. No podía ser verdad. No podía ser. El cuaderno había aparecido en su buzón hacía exactamente siete días. No era posible que Sylvain estuviera en la Torre Eiffel durante todos esos siete días. ¿Verdad?

Solo había una manera de comprobarlo. Miró el reloj que había en la pared y chasqueó la lengua al descubrir que pasaban las diez de la noche. Sabía que la Torre Eiffel cerraba a las once y media, y si quería llegar hasta allí tardaría por lo menos cuarenta y cinco minutos en llegar. Joder. ¿Qué iba a hacer? ¿Sería verdad que Sylvain estaría allí, en París, esperándola en el primer piso de la Torre Eiffel? Maldita sea.

Cogió el cuaderno, su bolso y salió corriendo de su apartamento.

Sofía

—Cerramos en cuarenta minutos —dijo el empleado que le tendió la entrada.

—Gracias —respondió Sofía cogiendo la entrada y saliendo disparada al ascensor que la llevaría hasta el primer piso. Otro empleado la estaba esperando para comprobar su entrada y la miraba con cara de extrañado. Sofía miró a ambos lados y descubrió que era la única que esperaba para subir a la torre y no para bajar.

Cuando el ascensor llegó hasta ella, entró rápidamente, sin esperar que el resto de personas saliera de él. Nunca se le había hecho tan largo el ascenso hasta el primer piso de la Torre Eiffel. Desde que había llegado a París, hacía poco más de un mes, había estado hasta en tres ocasiones, pero nunca tan nerviosa como hasta ahora. El corazón parecía querer salirse de su pecho y, cuando se llevó una mano hasta ahí, se dio cuenta de que no había soltado el cuaderno azul.

El ascensor se detuvo y Sofía salió con las piernas temblando y apretando el cuaderno en su pecho, entre sus brazos. Observó con cautela a ambos lados, pero no encontró a Sylvain. ¿Quería verlo? Frunció el ceño y se dispuso a recorrer el primer piso en su totalidad. Quería comprobar cada uno de los cuatro lados por sí misma. Apenas había una decena de personas sacando fotos, pero no había rastro de Sylvain.

Cuando volvió al punto de partida, las lágrimas amenazaban con salir de sus ojos. Había sido una idiota por pensar que él estaría allí, como había dicho. Pero la había vuelto a engañar. Sorbió por la nariz para eliminar las lágrimas y tragarse su orgullo, y se dispuso a volver a su casa, donde podría llorar sin que nadie la viera. Giró sobre sus talones y entonces lo vio.

Sylvain estaba frente a ella, con las manos en los bolsillos de su pantalón negro. Seguía siendo igual de atractivo para ella. Seguía teniendo ese pelo negro, peinado hacia atrás. Esos ojos oscuros que la derretían y que tanto había echado de menos.

—Sofía... —susurró él, con una ligera curva en los labios—. Has venido.

Ella abrió mucho los ojos y apretó con más fuerza el cuaderno sobre su pecho. Cuando Sylvain dio un paso en su dirección, ella retrocedió. Estaba enfadada, estaba dolida. No entendía por qué había tardado tanto tiempo en ponerse en contacto con ella (a pesar de que ella hubiera cortado cualquier comunicación posible). No entendía por qué su corazón estaba desbocado. Tenía que olvidarse de él. Tenía que volver a su apartamento.

—Sofía...

Sylvain dio otro paso en su dirección y ella frunció el ceño.

—Tan solo quería comprobar que lo que había aquí... —Señaló su cuaderno sin apartar los ojos de él—... era verdad.

—Todo lo que he escrito ahí es verdad.

Sofía intentó ignorar el vuelco que dio su estómago.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

Sylvain dio otro paso más hacia ella.

—¿Hoy? Desde las tres de la tarde. —Otro paso más—. Pero en realidad llevo viniendo todas

las tardes desde que dejé el cuaderno en tu apartamento, hace siete días.

Era verdad. Lo que Sylvain había escrito en el cuaderno era verdad. Llevaba esperándola siete días allí, en la Torre Eiffel. Los ojos se le volvieron a llenar de lágrimas.

—¿Y el gabinete?

Sylvain dio otro paso más hacia ella, quedando a un escaso metro de distancia.

—Me he cogido unos días.

¿Él? ¿Que adoraba su trabajo y que nunca lo dejaba de lado?

—Sylvain...

—Lo siento —susurró nervioso—. Lo siento por todo, Sofia. He sido un completo idiota y un...

—Cobarde. —Sofia terminó la frase por él, con las lágrimas a punto de salir de sus ojos.

Sylvain tragó saliva.

—Sobre todo un cobarde —afirmó, apretando los puños—. Tenía miedo de lo que estaba sintiendo por ti, porque jamás he sentido algo así por nadie. Sofia, yo...

—No —le interrumpió, dando un paso hacia atrás. No quería oír aquella confesión. No quería que aquellas palabras salieran de su boca. Sintió cómo una lágrima se deslizaba por su mejilla—. Ahora es tarde.

Sylvain cerró los ojos y cuando volvió a abrirlos se acercó de nuevo a ella.

—Lo sé —susurró—. Sé que es tarde, pero solo necesito decirte una última vez que...

—Con el cuaderno es suficiente —sentenció dolida, secándose las lágrimas con el dorso de la mano.

—No lo es.

—Sylvain...

—Te quiero —confesó por fin, haciendo que a Sofia se le parara el corazón—. Te amo desde la primera vez que me miraste. Aunque me diera cuenta demasiado tarde. Fingir que no sentía nada por ti ha sido lo más difícil que he hecho en toda mi vida.

Sofia ahogó un grito. La quería. Él la quería. Sylvain tenía los mismos sentimientos que ella. Las lágrimas volvieron a caer por sus mejillas.

—¿Y qué pretendes que haga, Sylvain? —espetó dolida—. Ahora es tarde. Demasiado tarde...

—Sofia...

—¿Quieres que lo deje todo por ti? —dijo con la voz queda—. ¿Que olvide todo lo que ha pasado y vuelva a tus brazos?

Sylvain tragó saliva.

—No quiero que olvides nada, Sofia. Y por supuesto no quiero que dejes nada por mí.

Sofia sorbió por la nariz.

—Sé que por fin estás cumpliendo tu sueño —confesó Sylvain—. Marie me lo ha contado. Y no sabes lo orgulloso que estoy de ti. Jamás permitiría que renunciaras a tu futuro, Sofia.

El corazón de Sofia volvió a girar en su pecho.

—Pero no puedo vivir sin ti —continuó Sylvain, nervioso—. Lo he intentado, pero no puedo. No hago más que pensar en ti, y cuando no te pienso, te sueño. Te has metido muy dentro de mí y necesito estar contigo.

Sofia cerró los ojos y se limpió las lágrimas con el dorso de la mano.

—No podemos, Sylvain...

—Sí podemos. Claro que podemos.

—Yo... —susurró Sofia con un hilo de voz—. No quiero volver a sufrir...

Sylvain acortó la distancia entre ellos y le sostuvo el rostro con las dos manos, limpiando sus lágrimas con los pulgares.

—Jamás quise hacerte daño. —Sylvain posó sus labios en la frente de ella—. Jamás. —Volvió a mirarla—. Solo dame una oportunidad. Una. Para demostrarte que lo nuestro puede funcionar.

¿Estaba preparada para empezar una nueva relación? ¿Para volver a entregar su corazón a alguien?

Sonrió levemente al darse cuenta de que su corazón había sido desde el primer día de Sylvain. Colocó una mano sobre la de él y la acarició suavemente. Su vida había cambiado desde hacía dos meses. Se había encontrado a sí misma y había empezado a crear la vida que siempre quiso tener. Quería estar con Sylvain, pero... Una relación a distancia no saldría bien, y ella, a pesar de ser egoísta por su parte, no quería renunciar a su sueño en París. Cerró los ojos antes de volver a encontrarse con la mirada de Sylvain y confesar, con todo el dolor de su corazón, su decisión.

—Yo... no voy a volver a Madrid, Sylvain.

—Lo sé —dijo serio.

Sofía parpadeó y frunció el ceño.

—Volveré a París —confesó Sylvain, sin dejar de acariciar sus mejillas.

—¿Qué? —preguntó nerviosa—. ¿Y el gabinete?

—He hablado con tu padre —dijo feliz—. Al principio no le gustó la idea, pero lo entiende.

—Sylvain, no puedes...

—Sí puedo —le interrumpió—. Y quiero.

—Pero...

—Abriré mi propio gabinete aquí. No creo que me resulte complicado, aunque los primeros meses será difícil. Pero podemos empezar de cero. Los dos juntos. Nos trasladaremos a mi apartamento. Es pequeño, pero para los dos está...

Sofía soltó una carcajada y Sylvain parpadeó.

—Lo tienes todo controlado... —susurró ella, sonriendo.

Sylvain se separó un poco.

—Perdona —dijo, nervioso—. Tienes razón, intento controlarlo todo. Podemos hacer lo que tú quieras, vivir donde tú quieras. Solo dime que sí.

Los ojos de Sofía volvieron a llenarse de lágrimas y ahora fue ella la que buscó el contacto con él, apoyando su frente en la de Sylvain.

—Sí...

Sylvain acortó la distancia y buscó su boca para depositar sus labios y besarla. El estómago de Sofía se contrajo, y se preguntó si aquello serían las mariposas que la gente siente cuando besa a su verdadero amor.

—Te quiero, Sofía —dijo Sylvain sin separar los labios—. Te amo. Por encima de todo.

Ella sonrió mientras lo volvía a besar.

—Y yo a ti, Sylvain.

EPÍLOGO

Sylvain

Tres años después...

Estaba nervioso. Demasiado nervioso. Sylvain se apretaba las manos sudorosas mientras esperaba la llegada de Sofia.

—¿Quieres calmarte? —susurró Marie a su lado. Su hermana estaba preciosa. Había elegido un vestido granate de manga larga con pedrería en los hombros, en las muñecas y en la cintura. Un vestido perfecto para una auténtica madrina.

El resto de invitados al enlace esperaba de pie, ilusionados con ver aparecer a Sofia. La iglesia que habían elegido para el enlace había sido la Sainte Chapelle, la iglesia gótica conocida como la Iglesia de la Luz por las increíbles vidrieras que la decoraban.

Habían pasado tres años desde que Sylvain se instalara definitivamente con Sofia en París, y habían creado muchos recuerdos juntos. Los primeros meses no fueron fáciles para ellos. Sylvain tuvo que empezar de nuevo, haciéndose de nuevo un nombre como el reputado psicólogo que había sido en Madrid, mientras que Sofia se esforzaba día tras día por llegar a ser la diseñadora que siempre había soñado. Al cabo de un tiempo, Sylvain pudo abrir su propio gabinete y Sofia tuvo la oportunidad de diseñar varios vestidos para la colección primavera-verano de Naf Naf. Debido al éxito de sus diseños, consiguió reconocimiento en el taller de costura y desde ese momento era una modista indispensable para todas las pasarelas. Al año pudieron cambiarse de piso a uno más grande, pero se mantuvieron en el mismo, porque para Sofia era especial. Las vistas que tenía de la Torre Eiffel eran increíbles y todas las noches, después de cenar, salían a la terraza a contemplarla. Por eso decidieron continuar en el pequeño apartamento que tenía Sylvain en la Avenida Duquesne, al que, por supuesto, llevaron a Karma con ellos.

Su amor se fue fortaleciendo y construyeron innumerables recuerdos juntos. El trabajo de Sofia le permitió viajar por importantes ciudades de Europa a distintos eventos de moda y juntos pudieron conocer Milán, Londres, Praga... Sylvain viajaba con ella a todos lados porque había descubierto que le costaba estar alejado de ella.

Cada año, y para rememorar su encuentro, cenaban en la Torre Eiffel y paseaban agarrados de la mano por el primer piso. Y cuando fueron por tercera vez, lo que menos se esperaba Sofia era que Sylvain le pidiera matrimonio.

Sylvain sonrió, rememorando aquel día. Sofia no sospechó nada en ningún momento, a pesar de que él llevara meses planeando el día. Se había recorrido todas las joyerías de París con la única intención de encontrar el anillo perfecto para ella. Y al final, lo consiguió en Cartier. Era una alianza sencilla, con un diamante solitario rodeado de pequeños cristales de apatita, de color azulado que según le diera la luz se tornaba verdoso. Aquel día fueron a cenar como cada año, y cuando dieron una vuelta a la luz de la luna por el primer piso, Sylvain retrocedió un paso y se arrodilló. Cuando Sofia se dio la vuelta no pudo creerse lo que estaba viendo: Sylvain sujetaba una caja en la que estaba el anillo, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

A pesar de que el matrimonio se había convertido en un tema escabroso para Sofía a raíz de lo que le ocurrió con Adrián, Sylvain se arriesgó a pedírselo, como ella siempre había soñado. Y se dio cuenta de que, aunque él no había creído en el matrimonio antes, desde que conoció a Sofía lo único que quiso es que fuera feliz. Y por solo verla sonreír, haría cualquier cosa por ella.

Tres meses después de la pedida, se encontraba allí, esperando a que Sofía apareciera del brazo de su padre. Sylvain había movido sus hilos y había conseguido reservar la Sainte Chapelle durante una mañana para realizar el enlace. Era una ceremonia íntima, apenas estaban los padres de Sofía, Marie, su madre, Manuela, y su pareja, Didier, y media docena de amigos más íntimos, entre los que se encontraba Bea y Miguel, con quien Sofía había recuperado la relación. No necesitaban más.

Los violines comenzaron a sonar y Sylvain se enderezó. Se estiró el traje y quitó algunas arrugas para estar impoluto. Había escogido un traje negro, con las solapas brillantes. Combinándolo con un chaleco y una camisa que resaltaban su figura. Marie le había ayudado con el estilismo y no podía negar que el traje le quedaba como un guante.

Los invitados se giraron para ver entrar a Sofía y, cuando la vio aparecer, Sylvain se quedó sin respiración. Estaba preciosa. Llevaba un vestido palabra de honor que se ajustaba perfectamente a su figura. La tela fluía como una cascada hacia abajo, haciendo una cola espectacular, y la forma del pecho, en forma de corsé, marcaba los hombros al descubierto de Sofía.

Sylvain sonrió y sintió cómo su pecho se llenaba de orgullo. No había duda de que el vestido que llevaba su futura mujer había sido diseñado y confeccionado por ella.

Los ojos de Sofía se posaron en los suyos, a través de un velo que cubría su rostro, pero que dejaba ver sus labios, de un tono rojo. Sylvain sonrió, emocionado al ver el detalle que ella había tenido con respecto a su primer beso.

León caminaba junto a ella, emocionado y conteniendo las lágrimas. Había elegido un traje en azul oscuro y temblaba como una hoja. Cuando llegó hasta ellos, abrazó a Sylvain con demasiada euforia y entregó la mano de su hija.

—Estás preciosa, Sofía —dijo Sylvain sin dejar de sonreír.

—Tú tampoco estás mal.

—¿Crees que si te doy un beso se quedará el pintalabios?

—¿Tú por qué crees que lo he hecho? —respondió Sofía, pícara.

—Te quiero.

El sacerdote carraspeó, al tiempo que Sofía ponía los ojos en blanco. No había pasado un día desde aquella noche en la Torre Eiffel en la que Sylvain no le hubiera dicho a Sofía que la quería. Y no pensaba dejar de hacerlo ningún día del resto de su vida.

Fin



Ingeniera con alma de escritora. Así se define M^aJesús de la Torre (Valladolid, 1988), que bajo el seudónimo de Beta Julieta ha publicado la Bilogía Enamorados, que consta de Hasta que te enamores de mí (Enero 2018) y Enamorada de ti (Noviembre 2018). Amante de la lectura, adora descubrir nuevos mundos y viajar. Como gran apasionada del amor, su debut como escritora no podía ser de otra manera que con una bilogía diferente, en el que el cambio de roles es fundamental, pero en la que no faltan el amor, la pasión y los momentos que, sin duda, os robaran el corazón.

Blog: <https://betajulietablog.wordpress.com/>

Instagram: <https://www.instagram.com/betajulieta9/>

Twitter: @BetaJulieta9

Facebook: <https://www.facebook.com/betajulieta/>

AGRADECIMIENTOS

Con lo que me gusta enrollarme contando historias, esta ha sido todo un reto para mí. Contar la historia de Sylvain y Sofia en un solo libro, a dos voces y hablando sobre un tema tan desconocido para mí como la psicología, ha resultado ser un desafío considerable.

Quiero agradecer especialmente a mis lectores cero, Víctor y María, por leer esta historia cuando estaba sin pulir, por ilusionarse y animarme a que no me rindiera.

Gracias a Nerea por inspirarme con su fuerza interior, su bondad y su predisposición con los demás. A Chus, por tener siempre una sonrisa (como Marie) y adorar a los animales (no podía faltar Karma en este libro). A Alba, porque las segundas oportunidades existen y aparecen cuando menos te lo esperas.

Gracias a todas las personas que día tras día están ahí, ilusionándose con mis historias, con mis personajes. Gracias escritores locos, lectores, amigos, familia, compañeros... Vuestras ganas e ilusión son el motor de mi cabeza para seguir creando ilusiones.

Y gracias a Víctor, por dejar que no me rinda nunca, por enseñarme que mis alas las tengo para volar, por aguantar mis días buenos y no tan buenos. Jamás hubiera escrito estas historias si no es por ti.

Table of Contents

[El Psicólogo](#)

[Copyright](#)

[Dedicatoria](#)

[Sinopsis](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[Capítulo 54](#)

[Capítulo 55](#)

[Capítulo 56](#)

[Capítulo 57](#)

[Capítulo 58](#)

[Capítulo 59](#)

[Capítulo 60](#)

[Capítulo 61](#)

[Capítulo 62](#)

[Capítulo 63](#)

[Capítulo 64](#)

[Capítulo 65](#)

[Capítulo 66](#)

[Capítulo 67](#)

[Capítulo 68](#)

[Capítulo 69](#)

[Capítulo 70](#)

[Capítulo 71](#)

[Capítulo 72](#)

[Capítulo 73](#)

[Capítulo 74](#)

[Capítulo 75](#)

[Capítulo 76](#)

[Capítulo 77](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la Autora](#)